

BAOSHU

LA
REDENCIÓN
DEL
TIEMPO

NOVA

LA REDENCIÓN DEL TIEMPO

Baoshu

TRADUCCIÓN DEL CHINO

Agustín Alepuz Morales

Corrección a cargo de
Antonio Torrubia y Gisela Baños

**NOVA**

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@NovaCiFi



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Dedicado a Cixin Liu

TABLA DE ERAS

Era de la Crisis	201X – 2208
Era de la Disuasión	2208 – 2270
Era de la Retransmisión	2272 – 2332
Era del Búnker	2333 – 2400
Era Galáctica	2273 – Desconocido
Era del Planeta Azul	2687 – 2731
Línea temporal previa al universo 647	2731– 18906416
Línea temporal para el universo 647	18906416 – 11245632151
Era Final	11245632152 – 11245632207
Línea temporal para el nuevo universo	A partir el año 11245632207

PRÓLOGO

Era Final, año 1, 00:00:00

El fin del universo

Hace mucho mucho tiempo, en otra galaxia...

La misma pléyade de estrellas resplandecientes, la misma majestuosa Vía Láctea, las mismas innumerables formas de vida esparcidas por el oscuro espacio, que nacían, luchaban, se escondían y morían por todos los confines de la constelación... Esa lejana galaxia era como los demás lugares del universo, repleta del palpito de la vida y del llanto de la muerte.

La vida de aquel antiguo e inconmensurable universo, sin embargo, había tocado a su fin.

A millones de años luz de aquella galaxia, una estrella moría, una civilización se extinguía y una constelación desaparecía en el olvido a una increíble velocidad... Todo regresaba a la nada, como si nunca hubiese existido.

Pero las incontables criaturas que habitaban aquella galaxia todavía no eran conscientes de que ni sus luchas, ni sus frustraciones, ni sus secretos ni sus crímenes tenían sentido alguno, ni de que en aquel universo infinito se había producido un espeluznante cambio que pronto pondría fin a su existencia.

Los débiles rayos de luz de aquella antigua galaxia que había sido aniquilada hacía mucho tiempo atravesaron el insondable y oscuro vacío hasta llegar a esa lejana constelación situada a cientos de millones de años luz de distancia, como si se tratara de una carta sin destinatario en la que se narraban remotas historias que ya no eran más que polvo.

Finalmente llegó a un anodino rincón entre miles de millones de estrellas

una pequeña luz que la mayoría de las formas de vida no podían apreciar a simple vista, y cuyo pasado eran incapaces de imaginar.

Ye Wenjie, Ding Yi, Zhang Beihai, Luo Ji...

Michael Evans, Frederick Tyler, Bill Hines, Thomas Wade...

Costa Roja, la Organización Terrícola-trisolariana, el Proyecto Vallado, el Proyecto Escalera, el portador de la espada, el Proyecto Búnker...

Parecía como si todo aquello hubiera ocurrido ayer, y como si la gloria de los héroes brillara todavía en el firmamento; pero ya nadie conocía sus historias, y nadie les dedicaba homenajes. El telón había caído, y los actores habían abandonado el escenario.

En un momento determinado, en medio de un frío recoveco de aquel infinito espacio oscuro alejado de cualquier otra galaxia, apareció súbitamente un espectro.

Varias luces estelares trazaban el contorno de un cuerpo que evocaba vagamente la forma de la criatura que en otro tiempo había sido conocida como «ser humano», aunque en billones de años luz a la redonda no había ningún otro miembro de la misma especie capaz de dar fe de ello.

Aquel espíritu era consciente de su soledad, y sabía que en el otro extremo del universo su mundo y su raza habían desaparecido sin dejar rastro. Su estirpe había creado una espléndida civilización que había colonizado millones de estrellas, había destruido incontables enemigos y había legado un heroico espíritu capaz de domeñar cielo y tierra; pero se había perdido en el río de la historia, que a su vez había desembocado en el océano del tiempo. Y ahora el océano del tiempo estaba a punto de secarse.

En aquel último instante de ese universo, al final de ese cosmos en el que el tiempo seguía fluyendo, el espectro decidió continuar escribiendo esa historia ya conclusa.

Nadando en el oscuro espacio, alargó lentamente lo que podría

considerarse un «brazo», en cuyo extremo crecieron cinco dedos, y una pequeña luz plateada se encendió en la palma de la mano.

Los ojos del fantasma emitieron el brillo de una miríada de estrellas, y clavó una profunda mirada en el punto de luz que tenía en la mano como si estuviera recordando innumerables historias pasadas. Aquel punto de luz blanca flotaba como una brillante luciérnaga cuya tenue luz pareciera estar a punto de desaparecer en cualquier momento, y al mismo tiempo tenía el aspecto del punto singular previo al nacimiento del cosmos, repleto de posibilidades.

Al cabo de un período de tiempo indeterminado, el espectro hizo un gesto. Entonces el punto de luz se convirtió en una línea blanca que se extendió a lo lejos como el tiempo infinito, y que en un abrir y cerrar de ojos se prolongó hasta convertirse en un plano bidimensional que luego se volvió tridimensional; entonces el plano blanco se movió y poco a poco se fue haciendo cada vez más grueso. El grosor de aquella superficie, no obstante, era insignificante en comparación con su longitud, y parecía como si aquel espíritu hubiera desplegado un niveo lienzo sobre el universo.

El espectro se posó suavemente sobre el plano, abrió los brazos, y enseguida empezó a soplar una ligera brisa y se formó una atmósfera. El plano que había a sus pies pareció agitarse con el viento, formando ligeras ondas que pronto se solidificaron hasta convertirse en montañas, colinas, valles y llanuras.

Entonces llegaron el fuego y el agua, y tras el ruido de una enorme explosión, surgieron el hidrógeno y el oxígeno, que ardían con grandes llamaradas en el aire hasta convertirse en un mar de fuego que se extendía hasta el infinito. Durante la combustión aparecieron en el aire moléculas de agua que fueron condensándose en gotas y formando grandiosas nubes de las que se precipitaron lluvias torrenciales que cayeron sobre la tierra que

acababa de nacer, y donde ya existía la fuerza de la gravedad. La inagotable lluvia caía sobre la superficie, inundando los desniveles y formando un vasto océano.

Una vez creado el océano, el espectro lo sobrevoló rozándolo como si de un pájaro se tratara y se posó sobre una playa desierta. Alargó una mano hacia el mar y otra hacia la tierra, al tiempo que se alzaba hacia arriba. Entonces, como en una exhalación, empezaron a aparecer seres vivos por doquier: del mar emergieron bancos de peces y ballenas como saludando a su creador; de las profundidades de la tierra nacieron hierbas y árboles, entre los que caminaban animales e insectos, mientras pájaros de todos los tamaños surcaban el cielo. En ese nuevo mundo estaba surgiendo el rumor de la vida, y junto con todas esas formas de vida fueron apareciendo bosques, praderas, lagos y desiertos.

Al completar todo esto, el espectro notó que todavía faltaba algo. Levantó pensativo la cabeza hacia el cielo oscuro y al fin se dio cuenta de qué era lo que echaba en falta. Dibujó un círculo en un punto del cielo con un dedo y lo acarició. Entonces volvió a aparecer en su mano un nuevo punto de luz que ascendió hacia el cielo y se convirtió en una resplandeciente bola amarilla: un sol. Cielo y tierra se iluminaron con los rayos del sol que se proyectaban sobre la atmósfera. A través del intenso azul del cielo y los océanos se filtraba una luz cristalina.

El recién nacido resplandor caía sobre el cuerpo del espectro, que se levantó embriagado, bañado por un resplandor que no había sentido en mucho tiempo.

Era como aquella época dorada de la antigüedad.

La luz le caía sobre el pelo y la piel desnuda, trazando la silueta de un ser humano. Para entonces ya había dejado de parecer un espíritu oscuro y había pasado a adquirir sustancia, convirtiéndose en lo que parecía un hombre

venido de aquel viejo mundo extinto que en otra época había sido conocido con el nombre de «Tierra».

El espectro sabía que ese mundo artificial era insignificante, y que parecía una mala copia en comparación con el gran universo y la Tierra que habían existido; pero aun así quería crear ese pequeño mundo para seguir escribiendo la ya concluida historia. Aunque las historias de aquel universo no continuarían realmente, en ese mundo irreal podía volver a sumergirse en aquel otro que estaba a punto de llegar a su fin y sentir el resplandor de aquel antiguo sol, aunque el de ahora fuera un astro artificial y mucho más pequeño. Puede que de esa manera pudiera sentirse algo feliz.

—Este será el último rayo de sol de este universo —murmuró.

PRIMERA PARTE

UN PASADO
DENTRO
DEL TIEMPO

Era del Planeta Azul, año 2

Nuestra estrella

Del cielo, que tenía un neblinoso tono grisáceo, caía una fina lluvia igualmente vaporosa que cubría el pequeño lago formando una ligera bruma. La brisa mecía la hierba junto al lago, que absorbía con avidez la agradable agua de la lluvia. Un barquito hecho de hojas flotaba en el lago, alejándose empujado por el movimiento del agua causado por las gotas de lluvia al caer.

Sentado a la orilla del lago, Yun Tianming lanzaba piedrecitas húmedas que generaban ondas sobre la superficie. Una encantadora chica estaba sentada a su lado, clavando su bella mirada en él mientras su melena agitada por el viento le golpeaba de vez en cuando en la cara haciéndole cosquillas.

De repente tuvo la falsa impresión de haber vuelto a aquella excursión de su primer año de carrera, a aquella feliz hora que había pasado con Cheng Xin. Pero el agua amarillenta, la hierba azul y las piedras de colores le recordaban que ahora se encontraba en otra era y en otro mundo: habían pasado siete siglos, estaba en una estrella a trescientos años luz... y le acompañaba otra mujer.

«No quiero regresar a pesar del viento y la lluvia», pensó. Por alguna extraña razón Yun Tianming recordó ese verso de *La canción del pescador*, aquel famoso poema clásico chino sobre la sencilla felicidad de un hombre al verse en un lugar maravilloso.^[1] Su padre, que adoraba la cultura clásica, le había obligado a aprenderlo de memoria. Y ahora realmente no podía volver: nada de lo que había vivido volvería.

No solo no le resultaba extraño, sino que podría decirse incluso que estaba

dentro de la normalidad. Muchos de sus antiguos compañeros de estudios y de trabajo cambiaban de pareja cada siete años, o cada siete meses, o incluso cada siete días; él, en cambio, había cambiado de mujer siete siglos después, así que no podía albergar la vana esperanza de volver a sentarse con la misma persona. Lo cierto es que el mero hecho de estar acompañado de una hembra de su misma raza sin pelos en las piernas era ya una inmensa suerte.

Pero la fortuna estaba muy cerca, y tan solo un par de horas después — puede que incluso al cabo de algunos minutos— podría ver a la mujer con la que había soñado a lo largo de siete siglos. Y cuando eso ocurriera, podría vivir con ella para siempre junto a ese lago y jamás volverían a separarse. La mujer que ahora tenía a su vera sería solamente la mejor amiga de su esposa, una simple amiga que le haría reír.

La mujer de sus sueños no estaba muy lejos de él, a solo algunos millones de kilómetros de distancia; de hecho, a veces se podía ver en el cielo nocturno la nave en la que viajaba a una velocidad no demasiado alta, dando vueltas alrededor del planeta en el que se encontraban. Para él, sin embargo, estaba casi al alcance de la mano.

Él le había regalado una estrella, pero ahora la estrella era ella misma.

Sonrió con amargura y levantó la vista como solía hacer. En el cielo no se veía nada aparte de nubes de lluvia, pero él sabía que ella estaba allí y que en cualquier momento pasaría sobre su cabeza... Sintió un brazo suave como el terciopelo rodeándole la parte posterior del cuello y el tacto de un cuerpo desnudo junto al suyo, y oyó el tintineo de una voz susurrándole al oído:

—Otra vez pensando en ella, ¿eh?

Yun Tianming no contestó. Se limitó a acariciar el pelo de aquella persona, consciente de que nada de lo que dijera serviría de algo.

—Te dije que podías pensar en ella —dijo Ai AA frotándose contra él—;

pero no justo después de hacer el amor conmigo, porque si no... ¡te castigaría!
—añadió, mordiéndole la oreja.

—¡Ay! —exclamó dolorido Yun Tianming, a quien había cogido por sorpresa el arrebató de la chica. Entonces AA se puso a reír con picardía y le hizo la típica pregunta que haría cualquier hembra, ya fuera humana o de otra especie, de la Tierra o de cualquier otro lugar de la Vía Láctea—. ¿Quién es mejor, ella o yo?

—¡Tú, por supuesto! —dijo él sin dudar. Que la respuesta fuera sincera o no era irrelevante: tras un sinfín de dolorosas experiencias había llegado a desarrollar reacciones condicionadas.

—¿En qué soy mejor? —preguntó ella, siguiendo con el diálogo encorsetado que ya habían tenido otras veces.

—En todo —respondió él con la cabeza en otra parte. Yun Tianming no entendía por qué, pese a ser amigas desde hacía siglos, esas dos mujeres tenían que competir por el mismo hombre. Aunque se tratara de una rivalidad imaginaria, ellas se sentían satisfechas de esa manera.

«¿Cheng Xin habría sentido envidia en su lugar?», se preguntó para sus adentros.

—¡Ja, menudo mentiroso! —le espetó AA, mientras iba dando mordiscos al hombro desnudo de Yun Tianming, que dio un grito de dolor y apartó a la chica de un empujón. Entonces volvieron a su mente muchas imágenes del pasado que le pesaron en el corazón y le cortaron la respiración, nublándole la cabeza con miles de ideas caóticas.

—¡Que es broma, hombre! ¿Por qué te lo tomas tan a pecho? ¡Vaya cenizo! —protestó AA con una mueca. Pero enseguida se dio cuenta de que a Yun Tianming le pasaba algo: estaba pálido y temblaba, como si le hubiera poseído un enorme terror.

—¿Tianming? ¿Qué te pasa? —preguntó AA desconcertada. Yun

Tianming miró a la chica presa del pánico mientras respiraba con dificultad, y al cabo de un buen rato pronunció una sencilla frase:

—Dime que eres real...

AA, asustada, adivinó por qué estaba tan alterado. Intentó acercarse para abrazarle, pero él se apartó aterrado y se hizo un ovillo en el suelo mientras observaba cómo se iba acercando. Ella, consciente de la gravedad de la situación, y marcando cada una de sus palabras, dijo:

—Soy real, Tianming; mírame, estoy frente a ti. Cada centímetro de mi piel y cada hebra de mi cabello son reales, y son tuyos... Esta es nuestra estrella.

—¿Nuestra... estrella...? —balbuceó él.

—Sí, ¿te acuerdas? Aquel día estábamos esperando a que la nave de Cheng Xin y Guan Yifan entrara en la órbita de este planeta. Tú sonreías ilusionado como un niño mientras me decías una y otra vez que ibas a darle una sorpresa, y que irías con ella a ese microuniverso... Pero entonces las líneas de muerte se expandieron, desaparecieron el sol y las estrellas y se hizo la oscuridad más absoluta. Al comprender lo que había sucedido te quedaste aquí plantado, inmóvil como un muerto en vida. Esa desesperación tuya me hizo ver lo mucho que querías a Cheng Xin...

—... lo recuerdo —murmuró Yun Tianming.

—Estuviste tres días sin comer ni beber, y apenas pegabas ojo. Yo te decía una y otra vez que no habían muerto, que según la teoría de la relatividad tan solo estaban viviendo en otro tiempo, y que tal vez algún día podríamos volver a verlos; pero era como hablarle a una pared. La tercera noche por fin te echaste a llorar, primero con lágrimas silenciosas que pasaron a ser sollozos y que finalmente acabaron convirtiéndose en grandes llantos. Al final yo... te di un abrazo. Tú te abrazaste con fuerza a mí, y me dijiste: «¡En

esta estrella estamos solo nosotros dos! ¡Solo nosotros dos!». ¿Recuerdas lo que te dije entonces?

—Me dijiste «tú serás mi Adán, y yo seré tu Eva» —contestó él, recordando con los ojos cerrados.

—No sé por qué te dije eso —murmuró AA mordiéndose el labio inferior y con las mejillas sonrojadas—, pero... aquel día me hiciste tuya, y yo te hice mío. Todavía no hemos dejado atrás la desesperación, pero aquel día... renunciamos a todo y fuimos muy felices. Al día siguiente me dijiste que esta sería nuestra estrella. ¿Te acuerdas?

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Yun Tianming:

—Sí, me acuerdo.

—¿No crees que eso es lo más real que puede existir? —preguntó ella.

Yun Tianming la miró confuso. Ella sonrió intentando transmitirle confianza y dio un paso hacia él, que esa vez no se apartó. Le tomó la mano, se la puso en el pecho y sintió los latidos de su corazón. Yun Tianming continuó mirándola indeciso, mientras ella se abrazaba a sí misma. Le besó suavemente la frente y él correspondió a su cariño; la abrazó inseguro mientras la besaba, y ella a su vez le abrazó y le besó con más fuerza todavía... hasta que finalmente volvieron a hacer el amor.

Había dejado de llover, y la hierba azul se mecía en el viento del atardecer mientras la mortecina luz salpicaba las cerúleas colinas cubriéndolas de una capa dorada. Entonces se pudo ver una escena que habría resultado insólita en la Tierra: los árboles y los arbustos comenzaron a moverse, estirando las ramas y desplazando las hojas hacia el crepúsculo. Intentaban absorber la energía del sol vespertino, y en ocasiones las ramas y las hojas competían entre sí por los resquicios de luz, produciendo unos ligeros sonidos de

fricción. Un insecto parecido a una libélula alzó el vuelo desde la superficie del lago, efectuó una danza en el aire y absorbió los nutrientes liberados por la hierba azul con sus cuatro alas transparentes mientras emitía sonidos de cortejo. La amalgama de esos sonidos constituía la particular sinfonía de la vida del Planeta Azul.

En el centro de aquel eterno dominio negro, el mundo y la vida parecían seguir su curso, con la única perturbación de esos dos extraños que permanecían tumbados en la tierra, fundidos en un fuerte abrazo que parecía eterno. Para un planeta que había existido durante billones de años y que seguiría existiendo durante otros miles de millones de años más, sin embargo, esas dos personas desaparecerían en un segundo sin dejar nada tras de sí, como una ola en la superficie de un lago.

—Es que para mí... —continuó en voz baja Yun Tianming tras el arrebató de pasión, mientras contemplaba la puesta de sol— este mundo parece una ilusión. Perdóname, lo que acaba de pasar no es culpa mía. Ni siquiera ahora estoy seguro de si he salido del sueño o no. No sé ni dónde está el principio ni dónde está el fin.

Entonces le hizo una repentina pregunta:

—Por cierto, ¿cuántos años tienes?

—No me acuerdo, cuatrocientos y pico, creo —contestó ella con la primera respuesta que se le ocurrió.

—¿Y restando los años de hibernación?

—Veinti... treinta y... No sé, la verdad es que no me acuerdo. Oye, ¿y tú cómo es que le preguntas la edad a una mujer? —protestó ella.

—Más de treinta... Para una persona nacida en la Era de la Disuasión, eso es como ser adolescente. ¿Sabes cuánto he vivido yo?

—¿Más de setecientos años? Supongo que no eres mucho mayor que yo, excluyendo la hibernación.

—No; desde el punto de vista mental, he vivido varios miles de años. Puede que más de diez mil... o incluso más.

—Pero ¿qué dices? —exclamó ella.

Yun Tianming esbozó una sonrisa amarga.

—La diferencia entre tú y yo es que yo pasé la mayor parte del tiempo viviendo en sueños. Me tiré varios miles de años en ese mundo irreal...

»Es como si desde que me crionizaron... no, desde que crionizaron mi cerebro, estuviera soñando. Un sueño infinito en el que solo me acompañaba el oscuro espacio. Puede que todo esto no fuera más que fruto de mi imaginación: al fin y al cabo, un cerebro a doscientos grados bajo cero es incapaz de soñar... Entonces los trisolarianos capturaron esta poderosa arma, y usaron mis sueños para estimularme, estudiarme... y utilizarme.

Al usar el verbo «utilizar» Yun Tianming se mantuvo impassible, como si estuviera narrando una anécdota trivial; pero AA se estremeció, consciente de que aquellas palabras escondían un sufrimiento, un dolor y un terror sin límites.

Llevaba más de medio año viviendo con Yun Tianming. Aquella noche en que la línea de muerte se extendió los dos se abrazaron con fuerza, consolándose mutuamente en aquella sobrevenida oscuridad. A partir de entonces tuvieron que depender el uno del otro para sobrevivir. Durante aquellos días Yun Tianming había tenido síntomas parecidos en más de una ocasión, pero nunca le había explicado a qué se debían. Ella tampoco quería preguntarle, aunque intuía que ese extraño comportamiento tenía algo que ver con su experiencia junto a los trisolarianos.

Yun Tianming le contó muchas cosas de su infancia y su juventud, y ella también le explicó muchas de las vivencias de su corta y al mismo tiempo larga existencia. Lo que más le molestaba a ella era que la gran mayoría de las cosas que más le interesaban a Yun Tianming tenían que ver con Cheng

Xin. Solo en una ocasión le preguntó acerca de su familia, y cuando le contó que había crecido en un orfanato dejó de hacerle más preguntas.

Él, en cambio, nunca le explicó nada acerca de su vida con los trisolarianos. AA sabía que era el mayor espía de la historia humana, que había logrado infiltrarse en el interior de un mundo extraterrestre y entregado al ser humano una información de valor incalculable. Saltaba a la vista que para conseguir tamaña proeza había tenido que realizar grandes esfuerzos, y era capaz de imaginar lo duro que había tenido que ser vivir entre trisolarianos. Ardía en deseos de escuchar el relato de Yun Tianming para poder consolar su espíritu, pero no se atrevía a preguntarle nada por miedo a hurgar en sus heridas. Fue por ese motivo por el que ese día, cuando él finalmente accedió a contarle esas historias, un sentimiento de felicidad le colmó el corazón.

Aunque lo que Yun Tianming dijo a continuación le cogió por sorpresa:

—Justo ahora no he podido evitar acordarme de aquellos sueños — comentó Yun Tianming mientras jugueteaba con unas piedrecitas que tenía bajo los pies—. En los sueños fabricados por los trisolarianos volví a aquella excursión en la que tuve una conversación íntima con Cheng Xin sentado a su lado. Entonces ella me abrazaba y me besaba, haciéndome sentir el más feliz de los mortales... Pero luego, de golpe y porrazo, ella se convertía en un espantoso monstruo que me mordía la garganta y me lanzaba al fondo del lago, donde yo me asfixiaba en una sensación de frío y pánico...

—¡Qué horror! —exclamó AA.

—¿Horror? —dijo Yun Tianming con una sonrisa afligida—. Eso no es nada, mucha gente ha tenido pesadillas mucho peores. La diferencia es que este sueño era muy real: todavía ahora soy capaz de recordar como si fueran reales aquellos colmillos que me traspasaban el cuerpo y los centenares de ojos de aquella bestia, y aquella sensación de asfixia y dolor extremo. Pero lo

más terrible de todo es que aquel sueño no terminaba nunca: era como si estuviera ahogándome en el lago sin despertarme ni desmayarme ni morirme, como si el tiempo se hubiera congelado en ese preciso instante. El dolor tampoco desaparecía nunca, y mi consciencia a veces estaba despejada y a veces borrosa. A veces era consciente de que todo era un sueño, pero al cabo de un rato lo olvidaba todo y creía estar siendo devorado de verdad por aquel monstruo...

»En esos momentos —prosiguió Yun Tianming, cuya voz se parecía cada vez más a la de un sonámbulo—, yo solo era capaz de pensar en una persona, como Dante Alighieri al imaginarse a Beatriz, una persona rodeada de ángeles tocada con una corona de flores y vestida con una túnica de llamas entre las nubes que irradiaba una luz sagrada en el oscuro lago y que me transmitía un rayo de esperanza. Yo decía para mis adentros que Cheng Xin no era un monstruo, sino la diosa que me salvaría, y que nada de eso me engañaría, que era un ardid del demonio... Pero en el mundo no hay cuentos de hadas, y no basta con pronunciar el nombre de una diosa para que acuda en tu auxilio. Pensar en el rayo de esperanza de Cheng Xin no me aliviaba, sino todo lo contrario: intensificaba el lacerante dolor que sentía.

—No digas más —zanjó AA, acariciando el mentón sin afeitar de Yun Tianming—. Te comprendo. Olvida todas esas pesadillas: no son más que sueños, ya han pasado.

—¡No, no tienes ni idea! —le reprochó Yun Tianming, encolerizado de repente—. ¡Aquello no eran sueños de verdad! ¿Lo entiendes? Los trisolarianos enviaban señales eléctricas a mi cerebro para hacer que parecieran reales, tan reales como tú ahora. Hacían que las pesadillas que flotaban en mi mente se hicieran realidad, una reacción fisiológica contra la que yo era incapaz de luchar. En vez de resistirme a las ilusiones con la realidad, luchaba contra la realidad a través de ilusiones creadas por mí

mismo, una guerra imposible de vencer. ¿Creías que pensar en Cheng Xin iba a servir de algo? Un segundo después la hacían aparecer de verdad, y cuando creía que había llegado el milagro que me salvaría, todo se convertía en un infierno muchísimo más espantoso que lo que había vivido.

»En uno de esos sueños había pasado diez años viviendo con Cheng Xin, con quien tenía una hija preciosa. Pero la felicidad de esos diez años no era más que la antesala del infierno: llegó el Gran Cataclismo y sobrevino una terrible hambruna. Pasábamos hambre, pero un día Cheng Xin me sorprendió con un guiso de carne. Me extrañó muchísimo que hubiera sido capaz de encontrar carne en medio de una hambruna como la que estábamos padeciendo. Entonces descubrí horrorizado que en un rincón de la cocina había un montón de piel y pelo, y Cheng Xin sacó de la olla una cabeza humana deshecha que resultó ser de nuestra hija. Entonces ella, sonriendo, dijo: “Toma un poco más, que de lo que se come se cría...”.

AA apretó con fuerza el brazo de Yun Tianming en un intento de aguantar las arcadas; él, por su parte, continuó su relato con total crudeza:

—Pero espera, que aún hay más: sentía una repulsión, un dolor y un pánico infinitos, pero al mismo tiempo era incapaz de soportar el hambre. Incapaz de aguantar el apetito, me comí a mi propia hija a grandes bocados, y al final hasta solté un eructo y todo. Luego Cheng Xin y yo hicimos el amor entre los huesos de nuestra hija... Entonces me dormí, y al despertarme vi que Cheng Xin me tenía atado. Me dijo que tenía que comerme para sobrevivir, y vi con mis propios ojos cómo se me comía un brazo hasta dejar solo el hueso desnudo...

—¡Basta! ¡No sigas! —exclamó AA, que ya no podía aguantar más. Se dio la vuelta mientras se sujetaba el estómago y vomitó.

Una vez recuperada, le preguntó sacudiendo la cabeza:

—¿Para qué querían los trisolarianos torturarte con esas pesadillas?

—Para comprender a los seres humanos —repuso él—. Si te paras a pensarlo fríamente, no es de extrañar: aunque podían ver todo lo que pasaba en la Tierra gracias a los sofones, solo podían conseguir reacciones emocionales y fisiológicas extremas a través de experimentos. Las escenas que acabo de describir no son trágicas en el mundo de los trisolarianos, porque su ética es completamente distinta a la humana: a menudo se alimentan de miembros deshidratados de su propia especie, y el frágil mundo de las emociones humanas les resulta incomprendible. También hay otras cosas muchísimo más repulsivas, como por ejemplo...

—¡No sigas! Ya me contarás esas cosas tan desagradables más adelante —le interrumpió AA, que al fin había comprendido por qué nunca hablaba de esos temas—. Piensa que te pusieron a prueba y tú conseguiste su confianza y respeto, colándote en el interior de Trisolaris. Y todos esos sacrificios han valido la pena, ¿verdad?

Yun Tianming la miró con una extraña sonrisa en el rostro:

—Pues sí, han servido para destruir la Tierra y Trisolaris.

AA miró totalmente desconcertada a Yun Tianming, que dio un hondo suspiro y le desveló un secreto que había mantenido siempre oculto en su interior:

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad? Me gané la confianza de los trisolarianos y conseguí entrar en su sociedad porque capitulé. El ataque de las gotas que puso fin a la Era de la Disuasión fue posible en gran parte gracias a mí.

La culpa de la destrucción del hogar de la humanidad no fue de Cheng Xin, ni de Yun Tianming ni nadie parecido, sino de Thomas Wade, el hombre que quiso redimir el destino de la humanidad a sangre y fuego. Fueron

precisamente aquellas palabras que él había pronunciado más de seis siglos antes lo que selló el destino final de ambos mundos:

—Enviaremos un cerebro.

Fue justamente esa inteligente estratagema la que dio salida al encallado Proyecto Escalera y puso en bandeja a los trisolarianos la valiosa muestra de un cerebro humano. Aunque los sofones habían sido capaces de observar el cerebro humano en todo momento, eso no les bastó para comprender en detalle los mecanismos de la mente humana. Además, los gobiernos de la Tierra descubrieron los potenciales peligros de las investigaciones neurológicas, y después de Bill Hines aplicaron unos rigurosos límites que impidieron las investigaciones sobre la relación causaefecto entre el pensamiento y la conciencia y sus bases fisiológicas (la actividad eléctrica del cerebro humano), para así evitar que los trisolarianos obtuvieran esos conocimientos y pudieran captar los pensamientos de las personas.

Por ese motivo, más de dos siglos después la actividad cerebral del ser humano seguía siendo una caja negra para los trisolarianos. Trisolaris ardía en deseos de conseguir un ejemplar humano real con el que poder experimentar, no tanto por un genuino amor a la ciencia como por la necesidad práctica de llevar a cabo un engaño estratégico. Durante toda la Era de la Crisis, la humanidad no fue consciente de estar siendo objeto de una trampa, porque acabar con el ser humano era como exterminar una plaga: bastaba con rociar con insecticida, pero no hacía falta mentirle. Pero a Trisolaris, que ya conocía el principio del bosque oscuro, le aterraban las otras zonas del universo porque sabía cuántos cazadores había escondidos aguardando posibles presas, y existía la posibilidad de que sus comunicaciones con la Tierra hubiesen puesto en peligro su supervivencia. El engaño estratégico era un importante medio para hacerle frente, y para

conseguir adquirir esa técnica decidieron empezar con el único ser vivo con esta capacidad que conocían: el ser humano.

En Trisolaris apareció un campo de estudio conocido como «engañología» poco después de que Evans desvelara los secretos del pensamiento humano. Los trisolarianos querían aprender este arte propio de los humanos en un corto período de tiempo, pero dicho deseo no tardó en darse de bruces con la realidad. Los científicos trisolarianos concluyeron que comprender el principio del engaño desde el punto de vista teórico no resultaba muy difícil: se trataba esencialmente de una forma de expresar una falsedad de forma consciente con el fin de hacer creer a la otra parte algo con el fin de conseguir el efecto deseado. El problema consistía en que los trisolarianos carecían de ese instinto, y por eso no eran capaces de llevar la teoría a la práctica. Pasaba lo mismo con las cuatro dimensiones: los científicos humanos podían explicar sus complejos postulados, pero eran incapaces de imaginar una representación sencilla en cuatro dimensiones.

Los trisolarianos ciertamente habían cometido errores, pero como su lengua consistía en la emisión directa de señales eléctricas era muy difícil hacer pasar por cierto algo que era falso. Si los trisolarianos creían que algo estaba equivocado, las ondas cerebrales transmitían al interlocutor que lo que pensaban era falso. Aunque en el particular contexto de las telecomunicaciones a gran distancia era posible falsificar las ondas cerebrales, la idiosincrasia trisolariana les impedía dar ese paso.

Los alienígenas confiaban en poder llegar a dominar esa técnica a través del estudio de la historia humana y de casos reales, así como de la lectura de obras políticas, militares y de teoría de juegos. Pero no tardaron en comprobar que les era imposible comprender una teoría que incluso los propios terrícolas consideraban insondable. Entonces trasladaron su atención a obras literarias más accesibles, y durante algún tiempo varias novelas

populares sobre el tema del engaño se convirtieron en la Biblia de los trisolarianos: *El conde de Montecristo*, *Las aventuras de Sherlock Holmes* o *El romance de los tres reinos* pasaron a ser libros de cabecera entre los extraterrestres, que, no obstante, carecían de la capacidad de comprenderlos de manera directa. En Trisolaris esos libros que los terrícolas leían para pasar el rato habían adquirido un aura de misterio que obligaba a hacer una lectura en profundidad para llegar a ser comprendidos. Muchos años más tarde las mentes más brillantes de Trisolaris desentrañaron las artimañas más sencillas escondidas en cuentos para niños como la historia de Caperucita Roja, pero aquello no tenía ninguna utilidad estratégica.

Tras varias décadas de esfuerzos, los trisolarianos tuvieron que renunciar a su plan de modificar la base de sus instintos, y recurrieron a simulaciones matemáticas para «calcular» las probabilidades de posibles formas de engaño. Sin embargo, la capacidad de los ordenadores era solamente una versión aumentada y ampliada de la inteligencia de sus creadores, y para poder dar a las máquinas una capacidad de cálculo especial hacía falta crear un *software* equivalente, pero para lograr desarrollar algo así era necesario tener una comprensión y un dominio profundo de los principios correspondientes. Si al ser humano no se le hubiesen ocurrido pasos para comprobar la conjetura de Goldbach, las computadoras humanas jamás habrían sido capaces de obtener resultados. De modo similar, si los trisolarianos eran incapaces de entender el engaño, sus ordenadores tampoco iban a poder hacerlo.

Tras múltiples investigaciones y ensayos por parte de varias generaciones de las élites de Trisolaris y la introducción de ingentes cantidades de información equivalentes a todos los archivos de la Tierra, los ordenadores trisolarianos lograron al fin desarrollar la capacidad de engaño de un niño terrícola de doce años de edad. Si bien era capaz de mantener esa capacidad siempre y cuando se encontrara en el mismo entorno —puesto que toda la

información almacenada procedía de ese contexto—, al hacer frente a un posible conflicto entre Trisolaris y otra civilización alienígena toda esa capacidad resultaba inútil. Lo cierto es que en muchas situaciones los ordenadores equipados con programas de engaño producían un discurso incoherente que no superaba siquiera el test de Turing.

Finalmente los científicos trisolarianos llegaron a la misma conclusión: para lograr poner en práctica una estrategia de engaño viable, Trisolaris necesitaba conseguir estudiar un ejemplar real de ser humano, y la única muestra real de que disponían antes de la conquista de la Tierra era el cerebro de Yun Tianming, que había sido enviado más allá del Sistema Solar. Así, a finales de la Era de la Crisis la primera flota trisolariana decidió despachar una nave de combate para interceptar la sonda que transportaba el cerebro. Resulta irónico que en la Tierra este mensaje fuera interpretado erróneamente como el envío de una misión de paz por parte de los trisolarianos, lo cual indirectamente llevó a la destrucción de todos los ejércitos terrícolas durante la batalla del Día del Juicio Final. Este engaño no intencionado supuso un éxito inesperado para los trisolarianos.

El cerebro de Yun Tianming fue finalmente interceptado por la primera flota trisolariana al comienzo de la Era de la Disuasión. Para entonces, no obstante, se habían producido cambios radicales en el equilibrio de fuerzas entre la Tierra y Trisolaris, después de que Luo Ji lograra el milagro de alterar la situación de terror y poner a Trisolaris contra las cuerdas. De este modo, el principal objetivo del engaño estratégico pasó de ser un objetivo invisible en el universo a ser la propia Tierra. Aunque en ese planeta seguían existiendo muchos herederos del espíritu de la Organización Terrícola-trisolariana dispuestos a traicionar a su propio mundo y trabajar a favor de los trisolarianos, Trisolaris no estaba dispuesto a correr el riesgo de desencadenar

una retransmisión universal. Fue ahí donde la importancia de Yun Tianming ganó enteros.

Los trisolarianos tardaron aproximadamente diez años terrestres en dominar los rudimentos del funcionamiento del cerebro de Yun Tianming. Teniendo en cuenta que el organismo de los trisolarianos tenía un rendimiento mucho mayor que el de los terrícolas, sus esfuerzos equivalían a los conseguidos por el ser humano en un siglo. Crearon un cuerpo para el cerebro al que dotaron de órganos sensoriales, estudiaron cómo esas señales se transformaban en el cerebro de Yun Tianming e intentaron controlar la información contenida en sus recuerdos. Eso no era muy difícil: les bastaba con estimular en el momento adecuado la zona del lenguaje del cerebro de Yun Tianming para conseguir que este desvelara inconscientemente sus actividades neuronales —lo que veía, escuchaba y pensaba—. Aunque seguían sin poder ver la mente de Yun Tianming, a través de los constantes experimentos mediante estímulos podían introducir en su cerebro la información que ellos querían, y observar los resultados en las descripciones que él hacía cuando estaba inconsciente.

Al principio los trisolarianos actuaron con sumo cuidado, con experimentos bastante suaves en los que llegaron incluso a proyectar escenas paradisíacas, motivo por el que Yun Tianming tuvo la sensación de haber estado soñando durante su vuelo por el espacio. Pero conforme los trisolarianos fueron conociendo mejor los entresijos de la mente de Yun Tianming, los experimentos se fueron volviendo cada vez más macabros. En más de una decena de ocasiones Yun Tianming estuvo a punto de desmayarse, pero gracias al somero conocimiento que tenían del ser humano los trisolarianos intervinieron en el último segundo administrándole calmantes para darle tiempo a respirar.

Aunque ya habían logrado un control preciso de la consciencia de Yun

Tianming, los trisolarianos lamentaban el hecho de que la topología que activaba las neuronas variara mucho de una persona a otra, por lo que las investigaciones realizadas sobre él solo eran aplicables a un nivel muy básico en otras personas. La estructura y el modelo de alto nivel eran características propias de Yun Tianming, por lo que el control que habían adquirido sobre su mente y sus recuerdos no podía ser utilizado para leer la actividad cerebral de otros seres humanos.

Particularidades como la experiencia y la memoria protegieron la caja negra de la mente humana. De haber dispuesto de muchas más muestras, obviamente, esa caja negra quizá podría haber sido abierta, pero los trisolarianos solo tenían a Yun Tianming.

Sin embargo, solo con eso ya les bastaba para hacer muchas cosas. Los trisolarianos «usaron» al máximo el cerebro de Yun Tianming, y siete años después de tenerlo en su poder completaron el primer modelo digital que englobaba toda la información cerebral a nivel atómico. Los trisolarianos eliminaron de ese cerebro digital los «inútiles» sentimientos y la sensación de apego de los terrícolas e introdujeron en él ingentes cantidades de información sobre Trisolaris con el fin de urdir estrategias, un sistema que los trisolarianos bautizaron como «computación Yun».[2] Entonces se produjo un episodio curioso: la evolución de la sociedad trisolariana hacia un modelo más consumista hizo que aparecieran varias versiones de bajo nivel del sistema cerebral virtual de Yun Tianming que los trisolarianos comercializaron e instalaron en sus aparatos de pensamiento con el fin de conseguir objetivos que anteriormente habrían resultado imposibles.

En la época de apareamiento de los trisolarianos, por ejemplo, eran habituales diálogos de este tipo:

—Hermosa hembra, fundámonos —decía el macho, agitando sus antenas.

En Trisolaris también existían dos sexos, pero tenían diferentes connotaciones a las de la Tierra.

—¡Sal de mi vista, adefesio! ¡Me das ganas de vomitar! —le espetaba entonces la hembra, emitiendo unas ondas cerebrales que reflejaban una repulsión extrema.

Respuestas tan directas como esas solían acabar en agresiones de machos trisolarianos y fusiones forzosas, lo cual hacía que el apareamiento asociado a la época de cortejo fuera una pesadilla para muchas hembras. Pero la computación Yun les había enseñado a responder de una manera más sutil:

—Gracias. La verdad es que eres un buen tipo, pero no somos compatibles...

Así fue como los machos consiguieron salir del paso sin ver su orgullo herido. Tuvieron además la oportunidad de sentir algo más placentero que el acto de fusión en sí, y lograron reunir el valor suficiente para fijarse nuevos objetivos.

Esto supuso una notable mejora para Trisolaris, pero otras aplicaciones de la nueva técnica no fueron tan satisfactorias. Como entre los trisolarianos no existía el engaño, y dado que tenían una memoria muy superior a la humana, no tenían moneda física ni tampoco la costumbre de conservar registros de sus transacciones, y al intercambiar algo simplemente decían la cantidad de dinero de que disponían y lo que estaban dispuestos a pagar. Un intercambio habitual era el siguiente:

—Quiero comprar esta máquina de deshidratación rápida. Tengo 12.563 unidades básicas, te daré 231 por ella y me quedarán 12.332.

—Gracias. Yo tenía 73.212 unidades básicas, y después de recibir 231 tendré 73.443.

En realidad los diálogos no solían ser tan largos, sino que ambas partes se limitaban a proyectar los cálculos, y cuando alguno de los dos se equivocaba

el otro le corregía al momento. Sin embargo, la computación Yun permitía ocultar las ondas de pensamiento y proyectar resultados falsos. Los pobres que no tenían suficiente dinero para comprar artículos de lujo vieron que podían decir que eran ricos y comprar todo lo que quisieran sin que su crédito disminuyera. Los comerciantes también vendían productos defectuosos asegurando que eran de máxima calidad e inflando su precio. Llegaron incluso —quién sabe si inspirados por alguno de los recuerdos de Yun Tianming— a introducir un químico tóxico en el fluido de nutrientes necesario para las crías trisolarianas con el fin de reducir costes.[3]

El uso de esta técnica provocó la debacle del sistema económico trisolariano. El Gobierno finalmente tuvo que prohibir la instalación de la computación Yun en los aparatos de pensamiento de la población, so pena de ser deshidratados e incinerados, y se instalaron detectores por todo el planeta. De este modo se restauró el orden en Trisolaris.

Si bien la computación Yun no podía integrarse de forma directa en la mente de los trisolarianos, los diálogos que mantenían gracias a ese programa eran muy divertidos. Dejando a un lado la lentitud en la capacidad de cálculo y la baja capacidad memorística, lo cierto es que el nivel cognitivo de los humanos no tenía nada que envidiar al de los trisolarianos; tenían, de hecho, muchas virtudes desconocidas para los extraterrestres. Aparte de la capacidad de engañar, tenían cualidades como la curiosidad, una imaginación desarrollada, imprevisibilidad o un pensamiento creativo. En cierto sentido, el dominio del pensamiento humano —el de Yun Tianming— fue un factor clave que permitió a los trisolarianos la creación de la tecnología de motor de propulsión por curvatura a finales de la Era de la Disuasión, y fue justamente esa la razón por la que Yun Tianming fue objeto de veneración y recibió la más sincera gratitud de todo Trisolaris, y por lo que tras jurar lealtad a los trisolarianos consiguió un elevado estatus en aquel planeta.

Volviendo a los objetivos estratégicos de los trisolarianos, el modelo digital de la computación Yun pronto demostró ser insuficiente. La segunda generación de modelos digitales del cerebro de Yun Tianming ya eran de nivel atómico, pero tal como probaron las investigaciones de Hines durante la Era Común, la mente humana funciona a nivel cuántico y está sometida a la influencia de este tipo de fenómenos indeterminados. Por ese motivo los trisolarianos seguían teniéndolo difícil para desarrollar una réplica digital del cerebro de Yun Tianming en el plano cuántico, y aun en caso de lograrlo tras muchos esfuerzos el modelo seguiría siendo muy poco preciso y no tendría apenas utilidad. Por ese motivo las investigaciones sobre la compleja y enrevesada mente humana tenían que basarse en el cerebro de Yun Tianming. Después de llegar a la tercera generación de computadoras Yun, los trisolarianos finalmente decidieron renunciar a seguir desarrollando los modelos de pensamiento y optaron en su lugar por sacar a Yun Tianming de su interminable pesadilla y convencerle de que trabajara para Trisolaris.

Llegados a ese punto del relato, AA se había quedado mirando a Yun Tianming llena de tensión y con la boca reseca.

—¿Les dijiste que sí? —preguntó nerviosa. Temía oír una respuesta que diera al traste con sus esperanzas.

Yun Tianming sacudió la cabeza, pero eso no calmó los ánimos de AA, que ya intuía la respuesta: seguramente no se habría prestado a colaborar con los extraterrestres de entrada, pero tras las interminables torturas físicas y mentales finalmente se sometió. Ella conocía los límites del cuerpo humano, y jamás habría despreciado a Yun Tianming por haberse rendido, pero psicológicamente le costaba aceptar el hecho de que la mano del hombre que

amaba hubiera conducido a la aniquilación de la humanidad. No quería seguir escuchando.

—Tengo frío. ¿Y si volvemos a la nave? —AA sintió un escalofrío y se frotó el cuerpo desnudo con las manos. El sol ya se había puesto, y el aura extraña e irregular del dominio negro estaba suspendida en la bóveda celeste. La temperatura en el Planeta Azul se había desplomado, y ella, que estaba en cueros, empezaba a notar el frío.

Hacía pocos días que había comenzado el verano en el Planeta Azul. Las primeras hipótesis que habían hecho acerca de la temperatura del planeta resultaron ser falsas: aunque durante la época fría las dos terceras partes del planeta registraban unas temperaturas tan bajas como las de la Antártida, en las estaciones más tórridas podían llegar a los cincuenta grados. Como en ese planeta estaban ellos dos solos, no tardaron en optar por el nudismo en medio de aquel calor tan insoportable. Pero las estaciones también cambiaban con rapidez, y varias lluvias después finalmente acabó llegando el otoño.

Yun Tianming hizo girar un objeto brillante con forma de anillo que llevaba en la mano (lo único que llevaba puesto) y enseguida le rodeó un campo de protección de unos tres metros de radio, y la temperatura del aire subió hasta un nivel adecuado para el cuerpo humano. AA no vio que se hubiera producido ningún cambio, sino solo que el aire que le rodeaba se volvía más cálido. Entonces esbozó una sonrisa incómoda: esa tecnología también estaba al alcance de los seres humanos de la Era de la Disuasión, capaces de mantener la temperatura y la presión en el espacio mediante campos de fuerza, pero necesitaba enormes instalaciones que suministraran energía y mantuvieran el funcionamiento. Yun Tianming, en cambio, había necesitado un pequeño anillo para conseguir el mismo efecto.

Lo que más le intrigaba era de dónde había sacado Yun Tianming aquella supertecnología. Dejando a un lado el hecho de que estaba limitada por el

dominio negro y no podía salir de la galaxia, la nave de Yun Tianming podía proporcionarles todo lo que necesitaban para subsistir y llevar en ese inhóspito planeta una vida al menos tan cómoda como la que habían tenido en el Sistema Solar. Días antes, mientras AA se bañaba en el lago (los elementos básicos del agua eran completamente distintos a los de la Tierra, pero tenían una naturaleza física muy similar y no presentaban patógenos tóxicos, de modo que era seguro bañarse), había recordado aquella vez en la que ella y Cheng Xin habían metido una pastilla de jabón en la bañera. Le contó la anécdota a Yun Tianming, y le dijo en broma que quería una pastilla de jabón:

—¡Quiero jabón! Ahora que pienso, al final nunca me bañé con aquella pastilla... así que si me pudieras conseguir otra sería genial.

AA le estaba tomando el pelo, pero cuál fue su sorpresa al ver a Yun Tianming entrando en la nave y volviendo al cabo de un minuto con una pastilla de jabón de verdad, un jabón con una fragancia mucho más intensa que la de la pastilla que había encontrado en aquel museo varios siglos atrás. Seguía sin comprender cómo se las había ingeniado Yun Tianming para conseguir aquello.

Por no hablar del microuniverso que le había regalado a Cheng Xin. Nunca había entrado en el umbral de esa puerta, pero tras pensar un rato se dio cuenta de que era una creación increíble que podía separarse de todo el universo y existía de manera independiente. ¿Cómo habían sido capaces los trisolarianos de alcanzar esa tecnología tan avanzada? Con semejante nivel tecnológico, ¿por qué les preocupaba la destrucción de su planeta? ¿Acaso no podían haber ido a un microuniverso? Y sobre todo: ¿cómo es que un ingenio tan increíble había ido a parar a manos de Yun Tianming?

Entonces siguió escuchando a Yun Tianming, que tras un largo período de

pesadumbre volvía a tener ganas de contar su historia, y que una vez empezó a hablar ya no pudo detenerse.

Al «despertarse», Yun Tianming comprobó que se encontraba tumbado en una cama, como dentro de un cuerpo clonado. Las células cancerosas habían desaparecido por completo, y se sentía mucho más sano y fuerte que en la Tierra. Estaba rodeado de instalaciones automáticas controladas por ordenador, y no vio a ningún trisolariano. Pensó que tal vez no querían que su desagradable aspecto fuera un obstáculo para la comunicación.

Al salir de la habitación, Yun Tianming vio que se encontraba en un jardín de estilo chino en el que pudo ver cosas de la Era Común que le resultaban familiares: un pabellón, un puente sobre un lago, una roca, una torre... Parecía evidente que los trisolarianos habían creado una réplica de un jardín inspirándose en la cultura terrícola. El jardín estaba rodeado de unas paredes altas que impedían ver el exterior, y el cielo azul estaba lleno de una resplandeciente luz y nubes inmaculadas. Dedujo que aquel lugar formaba parte de una nave trisolariana, pero había sido acondicionado para que Yun Tianming viviera en él, de tal manera que el cielo y lo demás que podía ver serían tan solo imágenes irreales. Él y los trisolarianos se comunicarían a través de un sistema de sonido invisible y ventanas tridimensionales capaces de desplegarse en cualquier lugar.

Justo cuando Yun Tianming se encontraba mirando a su alrededor desconcertado aparecieron varias líneas de texto en el cielo:

—Señor Yun Tianming, le hemos despertado porque necesitamos su ayuda para finalizar el plan de ocupación de la Tierra.

«Al fin», pensó.

Una compleja expresión apareció en el rostro de Yun Tianming. La

petición de los trisolarianos no le sorprendió. Cuando se negó a prestar juramento a la humanidad en su comparecencia ante las Naciones Unidas ya pensó que tarde o temprano iba a llegar un día como ese. Había llegado el momento de tomar una decisión.

—¿Por qué iba a querer hacerlo? —preguntó con frialdad.

—A juzgar por la información de que disponemos, usted no recibió un buen trato en la Tierra. No es casualidad que haya elegido acudir a nosotros. Las investigaciones que recientemente hemos llevado a cabo sobre su cerebro han sido de gran utilidad para el progreso de nuestra sociedad, y usted goza de un gran respeto en Trisolaris. Si acepta ayudarnos, se convertirá en un ciudadano de honor con privilegios equivalentes a los de un vicepresidente. Puede que las riquezas de nuestro mundo no tengan ningún interés para usted, pero cuando nuestra flota haya conquistado la Tierra tendrá poder sobre una ingente cantidad de recursos, incluidas todas las cosas con las que el ser humano ha soñado.

—¿De qué servirá todo eso cuando la humanidad haya sido exterminada? —preguntó Yun Tianming manteniendo la compostura.

—No la exterminaremos del todo. Vuestra especie tiene que continuar. Aunque solo sea para fines científicos, mantendremos una pequeña cantidad de seres humanos, puede que entre cien mil y un millón de ejemplares, que podrán seguir viviendo en una reserva y sobre los que usted, por supuesto, tendrá todo el poder. Gracias a nuestra tecnología disfrutará de una vida como la de lo que en la Tierra se conoce como emperadores.

Yun Tianming era consciente de que los trisolarianos eran incapaces de mentir, y que aquellas promesas eran reales.

—¿Y si me niego? —repuso él.

—Lo lamentaríamos mucho, pero no le haríamos nada salvo invitarle a

permanecer en el sueño que hemos creado para usted —contestó sin más el trisolariano.

Yun Tianming se estremeció. Sabía lo que eso significaba: vivir para siempre en una terrorífica y dolorosa pesadilla de la que era imposible escapar. La mera idea le causaba más escalofríos que la más cruel de las torturas físicas.

Yun Tianming ya había probado demasiado el sabor del terror. ¿Es que acaso tenía que pasar el resto de sus días en aquel infierno? ¿Por qué? ¿Por los demás seres humanos? ¿Quiénes son los humanos? ¿No fueron precisamente ellos los que le quitaron la eutanasia de la punta de los dedos y le enviaron a un lugar todavía más terrorífico que la muerte? ¿Por qué tenía que pensar en ellos?

Un torrente de ideas le inundó la mente, gritándole que dejara de hacer el pardillo. Yun Tianming sabía que su interlocutor estaba esperando con ansias su respuesta.

—Lo siento, no acepto —dijo al fin.

Él tampoco sabía por qué se empeñaba en defender a los humanos; aunque sí sabía que no se habría sentido culpable aun en el caso de que al final hubiera decidido rendirse y toda la humanidad le hubiese maldecido. Su elección no se debía a su sentido de la responsabilidad, sino más bien a aquel desfasado aire aristocrático.

El rechazo a ser tratados como esclavos y a recurrir a una combinación de palos y zanahorias es motivo de orgullo para los seres humanos. Los trisolarianos, para quienes la supervivencia estaba por encima de toda otra consideración, no entendían o no querían entender esas menudencias.

—¿No prefiere pensárselo mejor? Hemos observado que los humanos necesitáis reflexionar mucho tiempo antes de tomar una decisión importante.

—No será necesario —aseguró Yun Tianming con tono indiferente.

Tiempo después Yun Tianming vio que se encontraba en un sendero bordeado de árboles sobre el que revoloteaban unas hojas amarillentas. Era otoño, y junto al camino podía ver el césped y los campos de deporte del campus de su universidad. Sentadas sobre la hierba había varias chicas leyendo en silencio, y más allá podía ver a una pareja de enamorados. En el campo de deporte había un grupo de personas jugando al baloncesto... Se puso a caminar por aquel sendero y de repente se dio cuenta de que había regresado a sus años de estudiante, aunque no sabía por qué razón se encontraba allí.

Entonces apareció al final del camino una menuda y familiar figura que poco a poco fue haciéndose más grande a medida que se iba acercando. Yun Tianming vio a una chica vestida con un abrigo de color marfil que le dedicaba una dulce sonrisa.

—Has venido —Yun Tianming observó que Cheng Xin le hablaba con cariño, y luego vio extrañado que le cogía del brazo, apoyándose en él como si fueran novios. ¿Es que acaso estaban saliendo juntos?

La calidez del amor le colmó el corazón, pero pronto cayó en la cuenta de que todo aquello era demasiado bonito como para ser real. Entonces, en un arrebatado de lucidez, dedujo que se encontraba en un sueño y que la tortura de los trisolarianos había vuelto a comenzar.

—¡¡¡Nooo...!!! —gritó desesperado, aunque era consciente de que sus alaridos no servirían para sacarle de aquel sueño. Una desconcertada Cheng Xin se le había quedado mirando.

Yun Tianming miró a su alrededor nervioso, y pensó:

«¿Caerá del cielo una lluvia de sangre? ¿Se resquebrajará el suelo? ¿Las personas que nos rodean se convertirán en zombis y se nos comerán? ¿Y en qué se convertirá Cheng Xin? ¿En una bruja desfigurada, o en un monstruo cubierto de sangre y supuraciones? ¿Enterrarán vivas a esas personas o las

torturarán hasta morir? ¿Qué horrores y atrocidades se esconden en este mundo que parece tan apacible?».

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? —le preguntó la Cheng Xin del sueño, que le observaba perpleja.

Contempló aquella limpia e inocente mirada y no quiso pensar en qué clase de mutación se iba a producir en esa delicada mujer. Incapaz de seguir soportando esa «vida» distorsionada, se dejó caer exánime en el suelo y exclamó:

—¡No hagáis más sueños como este! ¡Os... os ayudaré! ¿Me habéis oído?

En un abrir y cerrar de ojos, todo lo que le rodeaba se desvaneció. Yun Tianming se dio cuenta de que estaba tumbado en el jardín del principio. Abrió los ojos y dio una gran bocanada de aire.

Aquel mundo onírico con horrores escondidos en los rincones más insospechados le inquietaba y le estresaba más que esa realidad que sí era aterradora de verdad. No soportaba el hecho de que una escena bucólica pudiera convertirse de repente en una pesadilla, y por eso enseguida se derrumbó y se entregó a los trisolarianos.

—¡No quiero nada, solo poder estar con Cheng Xin en un sueño! ¡En un sueño de verdad! —Esa era la única demanda que planteó a los trisolarianos.

«Ningún problema —pudo leer en una pantalla. El texto no estaba acompañado de emoticonos, pero Yun Tianming pensó que detrás de las letras seguramente había una ufana sonrisa que parecía decir “todos tus esfuerzos son inútiles, gusano”.»

Yun Tianming interrumpió su relato y se sumergió en sus recuerdos y pensamientos. AA le abrazó por la espalda.

—No es culpa tuya, Tianming... No es culpa tuya... —murmuró. Aunque lo cierto es que tenía unos sentimientos enfrentados y no sabía si realmente era

culpa suya o no: lo único de lo que no tenía ninguna duda era de que su tristeza estaba creciendo en su interior.

Al final ese héroe al que idolatraba había dejado entrever la debilidad de una persona normal y corriente.

Entonces Yun Tianming dijo, esbozando una sonrisa amarga:

—¿Realmente creías que mi historia era tan sencilla?

Tras llegar a un acuerdo inicial, los trisolarianos entregaron a Yun Tianming toda la información que necesitaba, equivalente a una biblioteca entera. Yun Tianming dedicó mucho tiempo a estudiar todos aquellos datos, y les comunicó que dada la extrema dificultad de enseñar a los trisolarianos a engañar a los humanos necesitaría mucho tiempo para pensar. Entonces los trisolarianos le dejaron en paz, y pudo dedicarse a cavilar tranquilamente en aquel pequeño mundo artificial mientras deambulaba de un lado a otro y se paraba a descansar de vez en cuando. En ese mundo había una torre de siete pisos: subió a lo alto del edificio y miró todo lo que había a su alrededor mientras meditaba.

Al día siguiente volvió a subir a la torre, donde permaneció aproximadamente una hora sentado sin recibir noticias de los trisolarianos. Dedujo que los extraterrestres habían bajado la guardia, y al tercer día, cuando volvió a subir a la torre, pasó por encima de una de las barandillas y saltó desde una altura de más de veinte metros.

Su negativa inicial, su claudicación una vez dentro del sueño y su posterior colaboración con los trisolarianos habían sido tan solo una artimaña cuyo fin último era el suicidio. Aquel lugar tenía una gravedad similar a la de la Tierra, y tras estudiar a conciencia el ángulo y la trayectoria del salto se había asegurado de que al caer se precipitase haciendo que la cabeza chocara con el

suelo, de tal manera que muriera con los sesos desparramados. Pensaba que, por muy desarrollada que fuera la tecnología trisolariana, no serían capaces de reconstruir un cerebro destrozado. La única duda que tenía era si los trisolarianos contaban con alguna tecnología capaz de extender en el aire algo parecido a una red de protección formada por un campo magnético que le impidiera golpearse la cabeza en el suelo.

En el mismo instante en el que su cabeza impactó contra la superficie, esa preocupación también se desvaneció. Yun Tianming, que perdió la consciencia lleno de gratitud, se convirtió en el suicida más feliz de la historia.

—¿Cómo te salvaron la vida al final? —preguntó AA con voz temblorosa. Sabía que a Yun Tianming no le había pasado nada, pero aun así no pudo evitar sentirse asustada.

—Al despertarme vi que estaba tumbado en la primera habitación en la que me había despertado, sin un solo rasguño y como si nada hubiera ocurrido. Era como un programa de ordenador que hubiera sido reiniciado. Todo aquello había sido desde el principio un sueño creado por los trisolarianos, así que les daba igual lo que yo hiciera o dejara de hacer. No me engañaron: simplemente no compartieron conmigo ese detalle porque no creyeron que fuera relevante. Más tarde me elogiaron, diciéndome que mi suicidio había sido un engaño que no habían sido capaces de anticipar, y me confesaron que de haberme querido resucitar en aquel momento seguramente no habrían podido. Eso les hizo tener todavía más confianza en mis capacidades. Qué ironía, ¿eh?

»A partir de entonces mi conflicto con los trisolarianos fue a más. Yo me negué a colaborar con ellos, y empezaron a torturarme con toda clase de sueños insoportables. No me avine a colaborar hasta que al final no puede aguantar más; y entonces empecé a pensar en maneras de darles largas

inventándome cualquier tipo de excusas, y llegué incluso a proponerles ideas estúpidas. Como era de esperar, este juego del gato y el ratón se fue volviendo cada vez más difícil —y es que al fin y al cabo los trisolarianos no son idiotas—. Además, tras estudiar mi cerebro durante tanto tiempo mi mente era para ellos un libro abierto, y me resultaba muy difícil ocultarles nada; aunque al mismo tiempo también me había vuelto resistente a escenas macabras, e incluso podía aguantar con la mente el dolor de las torturas físicas. Al final se cansaron de ese juego y empezaron a usar mi cerebro sin necesidad de mi consentimiento.

—¿Usaron tu cerebro... directamente? —AA se quedó estupefacta sin saber qué decir. Yun Tianming no tuvo más remedio que explicarse.

La manera del cerebro humano de procesar y resolver los problemas es un proceso casi automático, en el que un estímulo genera una respuesta. En cierto sentido, se trata de un proceso que no requiere de la consciencia. Es bien sabido que muchas de las ideas más importantes del ser humano han sido fruto de la actividad mental en estados de semiconsciencia en los que el subconsciente únicamente realizaba tareas secundarias como la supervisión, el almacenamiento, la distribución o el procesado de información. Como es natural, la consciencia también puede bloquear determinados pensamientos. Con el fin de que el cerebro de Yun Tianming les resultara útil en estado de inconsciencia, los trisolarianos usaron técnicas muy precisas para retirar esa capa consciente e intentaron controlar e introducir información en su actividad cerebral mediante programas informáticos. Esos intentos, no obstante, resultaron infructuosos: los extraterrestres se dieron cuenta de que las funciones de reflexión y condensación de la consciencia no pueden ser sustituidas por un ordenador, y mucho menos por un ordenador trisolariano, incapaz de entender la mente humana. Los trisolarianos tenían que conseguir

que la totalidad del cerebro de Yun Tianming, incluida su consciencia, trabajara para ellos.

Entonces los trisolarianos recurrieron a diferentes técnicas, como por ejemplo inyectarle en el cerebro elementos químicos parecidos a las sustancias alucinógenas de la Tierra con el fin de simular un estado de delirio para extraer de su mente técnicas de engaño estratégico; pero en semejante estado la consciencia de Yun Tianming estaba borrosa, y no era capaz de reflexionar en profundidad. Entonces pusieron en práctica una tortura que Yun Tianming dio en llamar «electrochoques mentales», que consistía en introducir en su cerebro problemas que tenía que resolver para obligarle a pensar. Cuando su consciencia luchaba contra esos estímulos la zona central de su cerebro emitía unas señales especiales, y justo en ese momento le lanzaban un electrochoque que generaba un estímulo físico muy potente en su cerebro que, sin llegar a causarle daños fisiológicos, le producía un dolor mental y físico extremadamente intenso que le hacía desistir de toda resistencia.

Ese método de tortura cosechó ciertos resultados, pero al cabo de un tiempo Yun Tianming aprendió una técnica de autocontrol similar al yoga o al zen con la que logró «resistirse», poniendo la mente en blanco y al mismo tiempo reflexionar manteniendo cerrada a cal y canto la caja negra de su mente, un estado que ni siquiera las máquinas eran capaces de detectar. Llegó incluso a desarrollar una potente fortaleza espiritual que le permitió olvidar y soportar cualquier tipo de dolor y contrarrestar las torturas de los trisolarianos. Solo una pequeña parte del cerebro humano estaba abierta al ser humano, y las torturas de los trisolarianos obligaron a Yun Tianming a explorar las inmensas potencialidades latentes en su cerebro. Tras varias rondas de aquel tira y afloja mental, la abrumadoramente superior tecnología trisolariana seguía siendo incapaz de atravesar las defensas de la

inexpugnable fortaleza que era la mente de Yun Tianming, hasta que finalmente acabó dándose por vencida.

Pero AA tenía cada vez más dudas. Si tras devanarse los sesos los trisolarianos no habían sido capaces de someter a Yun Tianming, ¿cómo es que al final consiguieron utilizarle y hacer que siguiera sus órdenes?

—¿Cuál crees que es la clave para que una mentira sea creíble? —le preguntó Yun Tianming de sopetón.

—No sé... ¿que se justifique por sí misma, tal vez? Ah, ya lo tengo: debe cautivar la mente de la otra persona —aventuró AA tras pensar un buen rato.

—No; en realidad la clave está en que sea sincera, sincera a más no poder —suspiró él.

Trisolaris no era una sociedad monolítica como una plancha de acero, y al entrar en contacto con la cultura terrestre sufrió una tremenda conmoción. El inicio de la Era de la Disuasión, cuando los trisolarianos y Yun Tianming estaban enzarzados en su particular «guerra psicológica», fue un período de gran crisis para la sociedad trisolariana. Con el establecimiento de la disuasión el proyecto de conquista de la Tierra se disolvió como un azucarillo, lo cual supuso un duro revés para Trisolaris. Los trisolarianos quedaron sumidos en un estado de inquietud, y la difusión de la cultura terrícola y el uso de la computación Yun hicieron que la cultura tradicional trisolariana se desmoronara. Poco a poco la llama de la revolución se fue extendiendo por todo el planeta y por las flotas trisolarianas. No tardaron en producirse revueltas sociales que desembocaron en una violenta «Revolución trisolariana».

A causa de las dificultades para sobrevivir en aquel entorno, la estabilidad se había convertido en la máxima prioridad para Trisolaris, y a lo largo de su historia nunca se habían producido revoluciones en el verdadero sentido del término. Si bien siempre había estado viva la llama de la rebelión, la

incapacidad de los trisolarianos para mentir hacía que métodos clásicos para iniciar movimientos revolucionarios como los planes secretos o los contubernios resultaran impracticables: al mínimo indicio, los rebeldes eran ajusticiados por delitos de pensamiento. Los trisolarianos no supieron de la existencia de esa forma de cambiar las cosas hasta que conocieron a fondo la Tierra. Aunque se había prohibido el uso civil de la computación Yun, los departamentos gubernamentales y el ejército todavía contaban con varios dispositivos, y los revolucionarios podían usar sus capacidades de engaño para proteger la chispa de la rebelión y desatar una oleada de violencia que arrasara el planeta cual tormenta, aprovechando el intersticio entre eras caóticas y eras estables. Estaban preparados para el fracaso, pero todo fue como la seda: como las autoridades, que respetaban los viejos usos y costumbres, no estaban preparadas para una revolución, pronto fueron aplastadas al verse incapaces de reunir un ejército.

Los antiguos jefes de Estado y los miembros de la aristocracia de aquel planeta fueron derrocados, y se desechó el plan de ataque contra la Tierra. El nuevo Gobierno veía la Tierra con romanticismo, y quería mantener la paz con los terrícolas a cambio de un lugar en el que vivir en los sistemas estelares fuera del Sistema Solar. Además, se hicieron con el control de la flota trisolariana a través de los sofones. La flota estaba dominada por halcones partidarios de conquistar la Tierra y exterminar el ser humano, y se tomaron muy mal las órdenes de los nuevos gobernantes, pero la obediencia a las directrices de sus superiores formaba parte de su ADN. Los trisolarianos eran incapaces de tomar la iniciativa.

Yun Tianming apenas disponía de información, pero notó que había ocurrido algo: los trisolarianos cada vez le molestaban menos, hasta que un día todo terminó. Pasados unos días, los trisolarianos volvieron a contactar

con él para decirle que se habían producido enormes cambios en Trisolaris, y que querían que él los ayudara a tender un puente de amistad con la Tierra.

—Eso fue un intento de engañarte, ¿no? ¿Les creíste? —exclamó AA, que siempre había dudado de la sinceridad de los trisolarianos cuando hablaban de «amistad», y que se ponía en guardia ante la retórica trisolariana.

—No, no era mentira —replicó él—. Si los trisolarianos hubiesen sido capaces de engañar de esa manera, no habrían necesitado mi ayuda. Si entonces les hubiera creído, quizá habría podido ayudar de verdad a que la Tierra y Trisolaris coexistieran en paz; pero la historia está llena de estas cosas... y volví a perder otra oportunidad.

Al igual que AA, la primera reacción de Yun Tianming fue dudar de la honestidad de los trisolarianos, con quienes se negó a cooperar. Ellos, ocupados como estaban con sus propios problemas, no le habían prestado demasiada atención y le habían dejado sumido en sus sueños, sin torturarlo pero tampoco despertarlo. Yun Tianming permaneció en su letargo sin saber cuánto tiempo había transcurrido, si dos mil, cinco mil o diez mil años.

—¿Cuánto tiempo pasó? —preguntó AA cada vez más desconcertada.

—El tiempo pasa más despacio cuando uno está durmiendo que cuando se encuentra despierto, y es todavía más difícil determinar el paso del tiempo cuando ni siquiera se tienen los puntos de referencia del Sol y la Luna. En realidad pasaron veinte años, pero para mí fue como si hubieran transcurrido varios milenios. En una ocasión llegué incluso a soñar que creaba una gran civilización y que veía cómo nacía y moría...

—¿Te dejaron durmiendo durante todos esos años? ¡Eso es muchísimo más aterrador que una cadena perpetua! —exclamó indignada AA.

—Todo lo contrario —objetó él—: fueron los años más felices de mi vida. Al fin logré regresar a mi yo interior sin que nadie me molestara. En la Tierra nunca llegué a sentir una felicidad semejante.

»Las torturas psicológicas a las que me sometieron los trisolarianos me habían templado el alma y me habían ayudado a descubrir en mí un inmenso mundo espiritual y una fuerza mental lo suficientemente grande como para dominarlo. Era capaz de dibujar y controlar cada sueño mediante la consciencia. Fue entonces cuando finalmente me resultó útil la educación clásica que mi padre me había impuesto de pequeño, que se convirtió en la herramienta básica con la que pude navegar por aquel mundo onírico. Unas veces surcaba el mar a bordo de la nave *Argo* dispuesto a matar gorgonas y monstruos; otras recorría las oscuras callejas del París medieval siguiendo los pasos de Pierre Gringoire, el poeta de la novela *Nuestra Señora de París*, y escuchando la voz de Quasimodo, y otras veces conducía un carro de nubes tirado por caballos voladores que atravesaba miles de cumbres nevadas hasta llegar al monte Kunlun para contemplar la legendaria Reina Madre del Oeste...[4]

»Yo no era un mero visitante, sino también un creador: di forma a todos y cada uno de los detalles de aquel mundo, desde el Jerusalén de la Biblia hasta el Infierno y el Paraíso de la *Divina Comedia*, pasando por el Kaifeng que puede contemplarse en la pintura *A la orilla del río durante la Fiesta de la Claridad Pura*[5] y los palacios y el país de Buda del *Viaje al Oeste*... Y no solo eso: también fui capaz de crear muchas cosas que nunca habían existido y que nadie había imaginado antes: reinos levantados sobre pétalos de flor, universos en el interior de cáscaras de frutas, ciudades en el fondo del mar, jardines en el espacio... Como creador de los sueños que era, no necesitaba fijarme en los detalles tecnológicos ni mucho menos respetar los principios científicos: bastaba imaginármelo todo para que existiera. Si quería que se hiciera la luz, la luz se hacía. Podía construir grandes edificios que no siguieran los principios de la mecánica pero de una belleza impresionante, y también paisajes maravillosos que no estuvieran sujetos al espacio-tiempo: di

vida a una Venecia en medio de un desierto, a un bosque primordial en medio de una gran metrópolis, a unas cataratas que caían del espacio a la superficie de la Tierra, a islas tropicales suspendidas en el éter...

»En cada uno de esos mundos también creé todo tipo de personajes e historias: guerras entre dioses, tesoros secretos, héroes legendarios, aventuras juveniles, amores inolvidables... La mayoría de los cuentos de hadas que conté a los trisolarianos los inventé durante esa época.

—¡Madre mía, y nosotros que pensábamos que dedicaste sudor y lágrimas a inventarte más de un centenar de cuentos para ocultar aquellas tres historias...! —exclamó AA atónita.

—¿Sudor y lágrimas? —rio él—. Cuando uno tiene un tiempo limitado, lo único que quiere hacer es holgazanear y pasar el rato; pero cuando se tiene todo el tiempo del mundo, no hay otra cosa que hacer aparte de crear. La verdad es que aquellos cuentos eran solo una pequeña parte de mis creaciones.

—Entonces... cuéntame una historia de amor escrita por ti —dijo AA, que le escuchaba embelesada. Había olvidado por completo el motivo por el que Yun Tianming había comenzado a relatarle sus experiencias, y ahora parecía más una alegre jovencita embriagándose con las palabras de su amante, mientras se apoyaba coquetamente en él.

—A ver, ¿cuál te podría contar...? Ah, ya sé: hay una historia que no sé si te gustará... aunque a mí me encanta:

»Érase una vez en la China antigua, en el lugar donde nace el río Yangtsé, en una aldea a los pies de las montañas tibetanas de Nyenchen Tanglha,[6] un joven lleno de pájaros en la cabeza que no sabía cómo era el mundo exterior. Un día un comerciante venido de las llanuras que se extendían a lo largo de los tramos medio e inferior del río Amarillo fue a pasar unos días allí. Aquel mercader le contó que el río que avanzaba hacia el este atravesaba una gran

extensión de seis mil kilómetros, recorriendo altiplanos, llanuras, valles y promontorios hasta desembocar en un mar infinito. El joven no sabía cómo era el océano, y el comerciante le explicó que era como un montón de agua cuyos límites escapaban a la vista, como si toda la lluvia caída del cielo durante un día entero hubiera formado en el suelo un inmenso espejo del color del cielo y más extenso que la tierra... Y junto al mar se encontraba Jiangnan,[7] una hermosa tierra teñida del azul de las montañas y el esmeralda de los ríos y rodeada de bellos edificios que le daban un aspecto tan hermoso como el de una pintura. En ese lugar había jóvenes doncellas ataviadas con espléndidos vestidos de seda entonando preciosas canciones. El joven, totalmente cautivado por aquel relato, se moría de ganas de ir a ese lugar con el comerciante, pero la gente de la aldea no se creía las palabras de ese hombre, y sus padres no le dejaban irse con él. Al final el mercader le regaló una pequeña vasija que se había traído de Jiangnan y se marchó. El joven escribió una carta en lengua tibetana en la que contaba su vida y sus ilusiones, la metió en la botella junto con un trozo de jade de los verdes altiplanos tibetanos, echó la botella al río y dejó que se alejara flotando hasta llegar a Jiangnan. Entonces se produjo un milagro: seis meses después, en un lugar no muy apartado de la desembocadura del río, junto a una ciudad de piedra, una chica que estaba en cuclillas junto al cauce sacó la botella del agua...

Yun Tianming interrumpió su relato al ver la expresión de incredulidad de AA: esa mirada no era la de alguien que escuchaba con gran atención, totalmente inmerso en una historia, sino la de una persona que intuye el terror de la cruda realidad.

—¡Ese es el argumento de *Un cuento de hadas del Yangtsé!* —exclamó AA al fin.

Esa película que en su momento compartió con Cheng Xin tenía ya varios

siglos, pero para alguien que como ella había pasado buena parte de su vida hibernando era como si la hubiera visto apenas unos años antes, y la recordaba a la perfección: «Tú vives en un extremo del río Yangtsé, y yo en el otro. / Mi amor, pienso en ti cada día, aunque no podemos encontrarnos / bebemos del mismo río», rezaba el poema en el que se inspiraba. Se acordó de cuando le contó entusiasmada a Cheng Xin que aquella película era obra de los trisolarianos, pero Yun Tianming acababa de asegurarle que se trataba de una historia de amor que había visto en sueños. Por esa misma regla de tres, ¿era posible que...?

—Es *Un cuento de hadas del Yangtsé* —murmuró Yun Tianming, como si sus palabras no tuvieran nada que ver con él—. Por fin lo has comprendido: tanto esta película como la gran mayoría de las demás «creaciones» de los trisolarianos eran fruto de mis sueños. Dejando que usaran mis sueños ayudé a los trisolarianos a ganarse la confianza de los humanos.

Para destruir el sistema de retransmisión de ondas gravitacionales de la Tierra y poner fin a la disuasión sin miedo a sufrir represalias, la única opción que tenían los trisolarianos era hacer que la humanidad eligiera a alguien tan bondadoso y pusilánime como Cheng Xin para el cargo de portador de la espada, y la única forma de conseguir ese objetivo era hacer creer a los humanos que Trisolaris no constituía una amenaza. Había muchas maneras de lograr que los humanos dejaran de percibir a los trisolarianos como un peligro, pero seguramente no existía nada más eficaz que la confianza y la simpatía. Despertar confianza y simpatía hacia una civilización alienígena desconocida sería una tarea harto difícil a menos que los humanos se sintieran identificados con ella: esa fue la conclusión a la que llegaron los estrategas de Trisolaris tras muchas disquisiciones, pero no tenían ni idea de

cómo llevar a cabo este último paso. Las diferencias entre Trisolaris y la Tierra eran abismales: a comienzos de la Era de la Disuasión los trisolarianos desvelaron a los terrícolas algunos rasgos de su sociedad que causaron un gran rechazo, como por ejemplo el hecho de que los bebés trisolarianos nacieran tras la fusión y explosión de los padres, o que los ancianos y los discapacitados fueran deshidratados e incinerados. Aquella palabra que los trisolarianos solían emplear para referirse a los humanos se usaba ahora en sentido inverso: «¡Gusanos!».

Mientras que los trisolarianos usaban esa expresión para hacer referencia a la enorme brecha que les separaba de los humanos en términos científicos y tecnológicos, en boca de los terrícolas respondía más bien a un sentimiento de desprecio desde el punto de vista moral y cultural. Cuando el Gobierno pacifista llegó al poder, los trisolarianos quisieron en un primer momento estrechar las relaciones con la Tierra, pero la acumulación de los agravios históricos y el abismo cultural que separaba a ambos mundos hicieron que sus esfuerzos cayeran en saco roto. Los trisolarianos eran una raza racional que casi nunca actuaba movida por los sentimientos, y la batalla del Día del Juicio Final había inyectado en la humanidad un odio inveterado hacia ellos, un rencor tan irracional que no les dejaba otra alternativa.

Entonces se acordaron de Yun Tianming, y decidieron buscar alguna pista en su mente. Todos sus sueños habían quedado registrados por las máquinas trisolarianas, y para los extraterrestres aquello era una mina de oro inagotable. De ese modo Yun Tianming se convirtió en objeto de veneración para los trisolarianos amantes de la cultura terrícola, y sus creaciones, que fueron tratadas y publicadas en forma de texto e imágenes, causaron furor en Trisolaris. Después de ser meticulosamente editadas, aquellas obras eran enviadas a la Tierra haciéndose pasar por creaciones de artistas trisolarianos.

La verdad es que los extraterrestres no engañaron a los humanos desde el

principio. En la cultura colectivista de los trisolarianos no existía la noción de derechos de autor, y una vez adaptadas a los gustos locales las historias sacadas de los sueños de Yun Tianming pasaron a ser propiedad de Trisolaris. Los trisolarianos habían descubierto lo que era el secretismo, y cuando se les preguntó por el origen de las obras fueron capaces de llevar a cabo un pequeño engaño al no responder de forma directa; y la humanidad, por su parte, ni en la más fabulosa de sus fantasías habría sido capaz de llegar a imaginar que los trisolarianos fueran a tener a su disposición a un ser humano creando inconscientemente obras para ellos, y daban por sentado que aquellas creaciones eran fruto del trabajo colectivo de los alienígenas.

Las obras de Yun Tianming tenían tantos rasgos propios de las producciones culturales humanas que parecía imposible que un trisolariano hubiera conseguido algo así, y debería haber levantado suspicacias en la Tierra. Pero la confianza de la Era de la Disuasión y la admiración trisolariana hacia la cultura terrícola hizo que muchos humanos desarrollaran una especie de monismo cultural: pensaban que, pese a estar todavía en pañales, la cultura humana había alcanzado la categoría de valor universal en todo el cosmos y había logrado trascender el tiempo y el espacio, de modo que era normal que los trisolarianos la imitaran. El hecho de que una civilización avanzada como la trisolariana también produjera formas culturales similares en las condiciones adecuadas, sumado al hecho de que los extraterrestres añadían elementos aislados de su cultura durante el proceso de edición y creaban imitaciones (imitaciones que, dicho sea de paso, no podían ni de lejos compararse con lo que había creado Yun Tianming), había llevado a los humanos a creerles a pies juntillas.

Entonces AA sintió un escalofrío al acordarse de otra creación trisolariana llena de rasgos humanos:

—¿Es... posible... que Tomoko, aquella mujer que a veces parecía una

encantadora japonesa y a veces una temible *ninja*, también fuera...?

Una extraña expresión de incomodidad recorrió el semblante de Yun Tianming.

—Así es; Tomoko nació en uno de mis sueños...

Aparte de personas como su madre, su hermana o Cheng Xin, en los sueños de Yun Tianming también aparecía de vez en cuando una misteriosa mujer a ratos dulce y tímida, y a ratos intensa y apasionada, que despertó un poderoso interés entre los trisolarianos. Los sofones descubrieron que esa mujer no era otra que Ran Asakawa, una actriz porno japonesa de la Era Común. Yun Tianming había visto muchos de sus vídeos en su época universitaria, y llegó incluso a comprarse una colección de sus películas cuando ya había empezado a trabajar. Varios aspectos de la cultura japonesa que encarnaba esa actriz eran bastante populares en el ámbito asiático de aquella época.

Al principio los trisolarianos no repararon en un país tan pequeño como Japón, pero más tarde los estrategas de Trisolaris observaron algunos detalles interesantes a través de los sueños de Yun Tianming: Japón es un archipiélago con un entorno natural extremadamente frágil situado entre dos placas tectónicas, muy expuesto a la amenaza de seísmos, maremotos y erupciones volcánicas, y en el que un enorme tsunami se había cobrado la vida de decenas de miles de personas a finales de la Era Común. Desde la antigüedad los japoneses habían vivido con el miedo a que su país fuera engullido por las aguas, y por eso en no pocas ocasiones habían intentado conquistar el continente en busca de un lugar al que aferrarse para sobrevivir. Se trataba además de una nación con un fuerte sentimiento nacional en la que primaba el sometimiento a la colectividad y existía un gran sentido de la disciplina... En otras palabras, era como una réplica de Trisolaris en la Tierra.

Pero lo que más les fascinaba era el hecho de que, a pesar de que la

civilización japonesa se había desarrollado bajo el influjo de la cultura china, Japón fue capaz de invadir y ocupar el país de Yun Tianming varias décadas antes de que él naciera, y entre ambas naciones existía una profunda enemistad. Varias décadas más tarde, sin embargo, las manifestaciones culturales y de ocio de ese país habían conquistado el lugar de nacimiento de Yun Tianming y habían cautivado a millones de jóvenes, lo cual había contribuido a reducir los agravios históricos. Ese paralelismo histórico llevó a los expertos trisolarios a concluir unánimemente que Japón era el modelo que Trisolaris tenía que estudiar a fin de lograr que los terrícolas olvidaran su odio hacia los trisolarios. Así fue como Tomoko adquirió el aspecto de una bella japonesa hecha a imagen y semejanza de la actriz que había aparecido en el sueño de Yun Tianming.

—¡Ahora lo entiendo todo! —exclamó de repente AA como si hubiera caído en la cuenta de algo—. Cheng Xin me contó que Tomoko le recordaba a una actriz de su época, pero no me dijo quién. Yo no llegué a preguntarle, pero no imaginaba que sería una de las estrellas del cine de las que te acordabas.

—¿Cheng Xin también ha visto películas de Ran Asakawa? —Ahora el sorprendido era Yun Tianming.

—¿Qué pasa? —preguntó ella algo confusa.

—No, no es nada... —dijo él sacudiendo la cabeza visiblemente incómodo.

La imagen de Tomoko tuvo un éxito arrollador en la sociedad terrícola. A mediados de la Era de la Disuasión la humanidad había comenzado ya su proceso de feminización, y la delicada imagen de doncella nipona de Tomoko, apodada «la mujer más femenina», tuvo una muy buena acogida entre la gente de esa época, y sus vestidos, sus afeites y sus joyas se pusieron de moda. Tomoko contribuyó a impulsar la feminización de la humanidad, un proceso que se basaba en una premisa: el hecho de que hasta los salvajes

trisolarianos hubieran elegido a una mujer como esa demostraba que la feminización constituía un valor universal y el rumbo de desarrollo que la humanidad tenía que seguir. El ser humano parafraseó el verso final del *Fausto* de Goethe para reflejar el sentido simbólico de la cultura femenina: «El eterno femenino lleva a la Tierra y a Trisolaris a lo alto».

Pero Trisolaris no tardó en negarse a seguir las directrices de la cultura humana.

El movimiento reformista de Trisolaris no duró mucho tiempo, y la incorporación e imitación ciega de la cultura terrícola no pudo resolver los numerosos problemas reales a los que se enfrentaba la sociedad trisolariana: las eras caóticas no se esfumarían con el simple advenimiento de una «sociedad humanista». Bien al contrario, el nacimiento de la consciencia individual socavó el anterior régimen militarizado, y el sálvese quien pueda que cundió entre los trisolarianos durante las eras caóticas causó estragos. Más de veinte años después se estaba gestando un creciente descontento entre las clases bajas de Trisolaris, que llegaron incluso a tildar el Gobierno trisolariano de «Gobierno de gusanos terrícolas».

Los atribulados nuevos gobernantes intentaron aprender del sistema de elecciones democráticas de la Tierra para resolver sus problemas políticos, pero el remedio fue peor que la enfermedad: las viejas fuerzas regresaron de sus cenizas al obtener una mayoría absolutísima en las elecciones y purgaron a los «proterricolas». Ese tortuoso episodio sirvió a los trisolarianos para darse cuenta de los puntos débiles de la cultura terrícola, con lo que resurgió el pensamiento autoritario y el engaño estratégico y la ofensiva contra la Tierra recuperaron su lugar prioritario en la agenda trisolariana.

Los partidarios de la guerra descubrieron con gran deleite que apenas necesitaban hacer nada más, porque los terrícolas ya confiaban plenamente en la bondad de Trisolaris, de tal manera que el engaño estratégico

prácticamente había prosperado. Las claves de dicho éxito fueron precisamente las producciones artísticas de Yun Tianming y la sinceridad de Trisolaris.

La cuestión era cómo lograr mantener el engaño, aunque eso tampoco resultaba demasiado difícil. Los estudios de los expertos trisolarianos concluyeron que ya había comenzado la feminización de la sociedad humana, y que no se produciría un giro en dicha tendencia durante un siglo a menos que hubiera algún gran cambio. Existía un noventa por ciento de probabilidades de que el siguiente portador de la espada fuera una mujer débil, y el cerebro de Yun Tianming podía seguir produciendo arte que amodorrara a la humanidad; además, los trisolarianos habían enseñado a Tomoko a realizar con destreza la ceremonia del té y arreglos florales para congraciarse con los humanos.

Justo entonces aparecieron en Trisolaris naves capaces de alcanzar la velocidad de la luz mediante la propulsión por curvatura. Más tarde los terrícolas se preguntaron por qué motivo los trisolarianos no se habían lanzado a la conquista del Sistema Solar, dado que dominaban una tecnología tan avanzada. La verdad es que eso tenía fácil explicación: los trisolarianos eran una raza pertinaz cuya primera flota había partido para invadir la Tierra, y desde su punto de vista el desarrollo de naves capaces de volar a la velocidad de la luz era una doble garantía de supervivencia. Aunque el contraataque fracasara y la humanidad pusiera en marcha la retransmisión de ondas gravitacionales, antes de ser víctima del ataque de bosque oscuro dispondrían de casi ciento cincuenta años para construir enormes naves capaces de alcanzar la velocidad de la luz que permitieran a todos o casi todos los trisolarianos escapar del Sistema Trisolar. Ese cálculo temporal era razonable a juzgar por el tiempo que había tardado en cumplirse la maldición de Luo Ji.

Sin embargo, nadie imaginó que el ataque de bosque oscuro acabaría llegando tan pronto.

Yun Tianming fue sacado de su letargo cuando Trisolaris estaba viviendo un período de gran esplendor, porque los trisolarianos consideraron que ya no necesitaban seguir estudiando su cerebro. Yun Tianming había dejado de tener un papel clave, y los trisolarianos, henchidos de orgullo, le dijeron que confiaban en que colaborase con ellos *motu proprio* para conseguir llevar a cabo el engaño estratégico contra la Tierra; en caso de no aceptar su oferta tampoco le coaccionarían, puesto que había adquirido el estatus de «benefactor» de Trisolaris, y se le permitiría pasar el resto de sus días en paz sumido en sus sueños o integrado en la sociedad trisolariana.

Si accedía a colaborar con ellos, podría enseñarles a disimular mejor sus verdaderas intenciones. Los trisolarianos le explicaron que, según los cálculos de sus expertos, existía un 87,53 por ciento de probabilidades de que un ataque contra la Tierra tuviera éxito si este coincidía con el momento del traspaso del cargo de portador de la espada, porcentaje que aumentaría al 93,27 por ciento con la ayuda de Yun Tianming. En esas circunstancias, los trisolarianos mantendrían con vida a diez millones de seres humanos a los que se les concedería la posibilidad de vivir tranquilamente en Australia, lo cual debería bastar para mantener la continuidad de la civilización terrícola.

Por supuesto, aun en el caso de que decidiera no colaborar con ellos, los trisolarianos seguirían teniendo un 87,53 por ciento de probabilidades de conseguir su objetivo, y en caso de éxito exterminarían a la humanidad y a todos los seres vivos de la Tierra, manteniendo como mucho muestras aisladas y un repositorio genético. El ser humano desaparecería del Sistema Solar, y la nave *Espacio azul*, que ya había abandonado dicho sistema estelar,

también sería destruida por las gotas trisolarianas. El hombre se extinguiría irremediablemente.

—¡Qué horror! —exclamó AA indignada. Sabía que, eligiera lo que eligiera, Yun Tianming acabaría convirtiéndose en un enemigo de la humanidad, a menos que intentara aprovechar una oportunidad oculta entre ese 87,53 por ciento y ese 93,27 por ciento. Pero esa probabilidad era demasiado remota.

—¿Tú qué habrías hecho en mi lugar? —preguntó Yun Tianming, volviéndose hacia ella.

—Yo... no habría sido capaz de elegir... —respondió ella, negando con la cabeza.

—¿Y si no hubieras tenido más remedio que hacerlo? Si te hubieses visto obligada a dar una respuesta, ¿qué habrías dicho?

Tras un largo silencio, AA finalmente contestó:

—Supongo que... habría optado por colaborar con ellos.

Eso fue justamente lo que hizo Yun Tianming, puesto que de esa manera se podía mantener una parte de la población humana y era la única forma de intentar advertir a la humanidad. Tras muchas preguntas acerca de la situación en la Tierra, y después de realizar varias consultas a través de los sofones para asegurarse de que los preparativos de guerra estaban muy avanzados y que la información era totalmente correcta, Yun Tianming volvió a pedir a los trisolarianos que dejaran vivir a cincuenta millones de personas. No juró lealtad a Trisolaris hasta que los trisolarianos dieron su brazo a torcer.

Entre los trisolarianos no existía el concepto de lealtad, puesto que su pensamiento era transparente y bastaba con una simple mirada para saber si alguien era fiel o no. Pero para confiar en Yun Tianming, el primer terrícola que se había incorporado a sus filas, los trisolarianos prefirieron someterle a

un procedimiento formal: se tomaron la molestia de consultar varios archivos sobre la Organización Terrícola-trisolariana que había existido varios siglos antes, y celebraron con gran alharaca una ceremonia que fue retransmitida por todo Trisolaris. Yun Tianming, con rostro contrito, alzó el puño ante un proyector y pronunció las mismas palabras que aquellos guerreros que ya dormían bajo tierra:

—¡Abajo con la tiranía humana! ¡El mundo pertenece a Trisolaris!

No sabía qué habrían pensado Ye Wenjie o Michael Evans de haber oído esa consigna tan familiar.

Durante la ceremonia de juramento —una mera formalidad— los trisolarianos examinaron detenidamente la actividad cerebral de Yun Tianming, que tras varias décadas de lucha había aprendido a ocultar sus pensamientos superficiales y a pensar desde el interior de la caja negra de su mente mediante el subconsciente. Eso era en realidad algo muy sencillo para el ser humano, que contaba con la habilidad innata de engañarse a sí mismo, pero Yun Tianming hizo el paripé con total naturalidad pensando en todas las perrerías de las que había sido víctima en la Tierra, e imaginando los beneficios que obtendría en el futuro. Los trisolarianos no consiguieron descubrir su verdadera motivación, sino que solamente vieron los sentimientos que había en la capa más superficial de su mente: el miedo, la rabia y la humillación de alguien que está analizando la situación a la espera de su oportunidad. Yun Tianming dividió cuidadosamente su pensamiento en diferentes capas: la insatisfacción y el desengaño que sentía hacia la humanidad, el miedo que le carcomía por dentro, la necesidad de buscar coartadas y la ambición de conseguir beneficios materiales. Esas respuestas, que se correspondían con la lógica, transmitieron confianza a los trisolarianos.

Tras rendirles pleitesía, Yun Tianming todavía no había visto físicamente a

esos extraterrestres que parecían estar escondiéndose adrede. Los trisolarianos se justificaban alegando que las necesidades ambientales de humanos y trisolarianos eran demasiado grandes, y que para verse cara a cara habrían tenido que tomarse muchísimas molestias. Además, en cualquier momento era posible comunicarse mediante ventanas virtuales, por lo que no había ninguna necesidad de verse en persona; pero Yun Tianming seguía preguntándose por qué los trisolarianos no se dejaban ver ni tampoco le permitían ver vídeos de miembros de aquella raza. ¿Es que acaso tenían algo que esconder? En cualquier caso, esa era de momento la última de sus preocupaciones.

La principal tarea de Yun Tianming era seguir creando obras de arte para enviarlas a la Tierra, corregir y adornar los despachos diplomáticos que los trisolarianos enviaban a los gobiernos terrícolas y organizar varias comunicaciones civiles. Como era natural, debía mantener en riguroso secreto su identidad. Sus labores debían ser examinadas por un departamento *ad hoc* del Gobierno trisolariano, con el fin de evitar la difusión de información confidencial a los seres humanos. Esa era precisamente la intención oculta de Yun Tianming: buscar alguna manera de decirle a la humanidad que Trisolaris no había renunciado a su ambición de conquistar la Tierra.

Yun Tianming no tardó en observar que la capacidad del órgano censor para detectar engaños dejaba mucho que desear, y descubrió que podía enviar mensajes ocultos a la Tierra eludiendo la atención de los trisolarianos, algo que cabía esperar de alguien que no dominaba el arte del engaño. Durante los diez años posteriores, Yun Tianming mandó mucha información camuflada a través de Tomoko.

—¿De verdad? —preguntó AA—. ¿Y cómo es que nadie se dio cuenta?

—Claro que sí. Mira, voy a ponerte un ejemplo: en *Conjura estelar*,

aquella novela de ciencia ficción basada en una historia de la China antigua, hice hincapié en que el rey de Yue y sus ministros habían hecho ver que se habían sometido al reino de Wu solo aparentemente, cuando en realidad estaban urdiendo su venganza: puse ese argumento de la China antigua en un contexto cósmico. ¡Ese libro se vendió muy bien en la Tierra, pero nadie supo verle el doble sentido...!

—¡Conque ese era el significado de esa historia! —exclamó sorprendida AA—. A mí también me pareció ver algo oculto en ese libro... Y yo que pensaba que era que a los trisolarianos les había cautivado la venganza urdida por Luo Ji, Zhang Beihai y toda esa gente... ¡Pero era justo al revés!

—¡Sí! —se lamentó Yun Tianming—. Nueve de cada diez terrícolas pensaban lo mismo. Ay, la vanidosa raza humana... Al final me di cuenta de que esconder los mensajes de esa manera no servía de nada. Fueron pasando los años y cada vez quedaba menos tiempo, así que al final decidí jugármelo todo a una carta y os mandé una película que decía la verdad sin tapujos: *La traición de los cielos*.

Esa obra era un drama basado en hechos históricos que narraba cómo poco después de que Luo Ji creara la disuasión los trisolarianos acabaron con él a través de una hábil conspiración y retomaron su plan de conquista de la Tierra. La invasión de las naves trisolarianas aparecía descrita con gran lujo de detalles sangrientos y escabrosos; Yun Tianming no esperaba que esa obra pasara la censura trisolariana, pero al final no solo la pasó, sino que además fueron los propios trisolarianos quienes filmaron la película con efectos 3D y la transmitieron a la Tierra. Esa película sí causó una gran polémica entre los humanos, pero para sorpresa del pobre Yun Tianming aquel filme fue descrito como «una profunda reflexión sobre los crímenes de guerra de la civilización trisolariana y una muestra de la profundidad del pensamiento

humano» y obtuvo el Óscar a la mejor película, galardón que fue recogido por la propia Tomoko vestida con un espléndido kimono.

No podía echarle las culpas a la humanidad, puesto que aquello suponía un dilema: las creaciones de Yun Tianming habían sido presentadas como producciones firmadas por trisolarianos, y cuanto más mostraban la crueldad de Trisolaris más creían que se trataba de una muestra de arrepentimiento de los extraterrestres. Además, los seres humanos sabían que los trisolarianos eran incapaces de mentir, por lo que era prácticamente imposible que alguien viera en las películas enviadas por los trisolarianos un mensaje secreto sobre una conspiración alienígena. Algunos halcones se fijaron en el lado negativo de la película, y vieron en ella la constatación del deseo de los trisolarianos de invadir la Tierra, aunque esa era una opinión minoritaria.

Yun Tianming, sin embargo, tenía un plan B.

Aparte de crear obras de arte, también ayudó a los científicos trisolarianos a enviar a la Tierra teorías científicas básicas. Los trisolarianos querían enviar teorías erróneas que parecieran correctas, una ingrata tarea que encomendaron a Yun Tianming. Pero en su currículum no figuraba más que una licenciatura en ciencias del siglo xx, y le costaba mucho adquirir un conocimiento profundo de las últimas teorías. Entonces tuvo la idea de simplemente cambiar los números, añadiendo un cero en los valores de energía y quitando raíces cuadradas a características como la curvatura.

Teniendo en cuenta el ritmo al que evolucionaba la ciencia humana, sería imposible demostrar esas magnitudes en un laboratorio en menos de veinte años. Los científicos trisolarianos, admirados, vieron en Yun Tianming un genio al enterarse de esta forma de engaño. Era fácil lograr un ardid como ese, pero la mera idea de alterar las cifras les repugnaba sobremanera.

—¡Ahora lo entiendo! —exclamó AA de repente—. Cuando estaba haciendo la tesis había una fórmula de los trisolarianos que parecía incorrecta

la calculara como la calculara. Al final no tuve más remedio que ignorarla, y eso por poco me cuesta la defensa en el tribunal... ¡Así que fuiste tú...!

Yun Tianming sacudió la cabeza mientras esbozaba una sonrisa impotente.

—En realidad todo aquello eran errores que introduje adrede. La mayoría de las modificaciones no se podían demostrar científicamente, pero en algunos casos era posible deducir sus contradicciones. Pensaba que alguien se daría cuenta de lo que pretendían los trisolarianos y saltarían todas las alarmas.

—O sea, que solo tenías una triste licenciatura y no tenías ni idea de la cara oculta de la ciencia —dijo la doctora AA en tono desdeñoso—. ¡Esa estrategia tuya era totalmente inútil! No porque las teorías fueran imposibles de demostrar en un laboratorio, sino porque nadie tenía por qué dudar de una ciencia tan avanzada como la trisolariana: aunque se hubiese logrado demostrar que esas fórmulas eran erróneas, los humanos no habrían dudado de la autoridad trisolariana en materia científica, sino de los laboratorios que habían examinado dichas teorías. Otros laboratorios no habrían repetido los experimentos, y aunque el mundo entero lo hubiera hecho y se hubiera confirmado que esas teorías tenían lagunas, las autoridades académicas se habrían sacado de la manga todo tipo de explicaciones para justificar las teorías y las cifras iniciales y poner en duda a sus colegas humanos (esta gente tiene que comer, al fin y al cabo). Y aunque hubieras recurrido a sofismas, te habrían obligado a proponer una teoría más convincente, y al descubrir cualquier detalle incompleto, por mínimo que fuera, se habrían lanzado sobre ti como una jauría de perros y se habrían ensañado contigo sin piedad. Eso en el mejor de los casos: lo peor que te podía pasar era que te hicieran el vacío o que te lanzaran todo tipo de pullas. Para que los científicos empezaran a reconocer en masa sus errores había que esperar a que esos miembros de la vieja escuela desaparecieran.

De este modo los esfuerzos de Yun Tianming fueron en balde.

Su colaboración con los trisolarianos, lejos de lograr su objetivo, había ayudado a Trisolaris a asegurar las probabilidades de éxito de su ofensiva. Aunque fue precisamente ese el motivo por el que Yun Tianming consiguió que los extraterrestres no adivinaran sus verdaderas intenciones y bajaran la guardia ante él, convencidos de su lealtad. En los años previos a la operación definitiva el estatus de Yun Tianming fue escalando posiciones poco a poco, hasta el punto de que se le permitió observar la Tierra a través de los sofones cuando quisiera, aunque no tenía autorización para interactuar con sus habitantes.

—Justo entonces vi despertar a Cheng Xin, y desde entonces ha sido como si siempre hubiera estado a vuestro lado...

—¿A nuestro lado? Querrás decir al lado de Cheng Xin... —le corrigió AA despechada. Sabía que no tenía que reaccionar de esa manera, pero ya no podía disimular sus celos.

Y es que ella también guardaba un secreto, algo que tenía que ver con Yun Tianming...

—No... —se apresuró a decir él—. También estaba a tu lado, por supuesto. Tú siempre has acompañado a Cheng Xin, y al final te convertiste en su mejor amiga. La verdad es que la primera vez que te vi sentí que te conocía desde hacía tiempo, como si fueras alguien muy cercano.

—Ya, quieres decir como esa Asaka no sé qué, ¿no? —le espetó ella.

—Pues claro que no. Yo tampoco sabría decirte por qué. Quizá es porque... eres un sol. Estás llena de energía, y de lo inquieta que eres a veces me costaba seguirte incluso usando los sofones...

—Un momento... —AA se paró en seco—. ¿Me estás diciendo que nos observaste en todo momento a través de los sofones?

—Sí, gracias a ellos os acompañé durante todos aquellos años de

sufrimiento y penurias. Es como si hubiese experimentado en mis propias carnes vuestro dolor —explicó él.

Esas mismas palabras habían causado una gran emoción en Cheng Xin, pero tuvieron un efecto completamente diferente en una mente tan dispersa como la de AA: la chica apretó los puños y empezó a golpear a Yun Tianming.

—¡Cabrón! ¡Pervertido! ¡Nos espiaste con los sofones! ¡Eres un...! ¡Nos viste cuando nos duchábamos, cuando nos cambiábamos de ropa, cuando hacíamos gimnasia, cuando nos depilábamos...!

Yun Tianming se quedó pasmado. Jamás pensó que la conversación acabaría yendo por esos derroteros.

—¿Qué, me viste o no? ¡Dime la verdad! —continuó ella.

—No, de verdad —respondió él, haciendo un gesto incómodo. AA le lanzó una mirada de incredulidad y él se puso rojo—. Vale, lo reconozco: vi a Cheng Xin varias veces... ¡pero solo para protegerla, en serio! Te juro que a ti no te miré ni una sola vez...

—¿Eh? ¿La miraste solo a ella, y a mí no? ¿Y eso por qué, si podías haberlo hecho? ¿Es que yo no tenía ningún atractivo para ti? —AA hizo un mohín disgustado y se enfadó todavía más.

—Bueno... en realidad... —titubeó él, sin saber muy bien si reír o llorar—. Hubo una vez en Australia en la que os bañasteis juntas... Ya sabes que por aquel entonces había mucha gente que quería ponerle las manos encima a Cheng Xin...

—¡Conque sí que me viste...! ¡Pervertido! ¡Salido! ¡Qué asco! —gritó AA mientras daba puñetazos a Yun Tianming.

Él, totalmente aturdido, decidió que la mejor manera de poner fin a esa absurda conversación era juntar sus labios con los de ella.

—¿Aún sigues enfadada? —murmuró Yun Tianming al cabo de un rato.
AA rio entre dientes.

—¡Mira que eres fácil de engañar! —dijo ella—. ¿Pensabas que estaba enfadada? ¡Era broma! Solo la gente de la Era Común os tomáis tan a pecho estas cosas. Mira todo lo que quieras...

Yun Tianming abrazó a AA, le dio un tierno beso en la frente y una oleada de sentimientos le inundó el pecho. Sabía que la persona que tenía entre sus brazos también lo estaba pasando mal, y es que a fin de cuentas estaban rememorando unos episodios de la historia humana dolorosos de recordar. Por eso estaba bromeando en un intento de rebajar la pesada carga que él había tenido que soportar en silencio. Aunque ¿podría liberarse de ella realmente?

—Oye —siguió AA al cabo de un rato—, me has dicho que nos vigilabas para protegernos, pero poco después de despertarse Cheng Xin el loco de Wade estuvo a punto de matarla. Aquel día... ¿también estabas observándola?

En un abrir y cerrar de ojos la sonrisa desapareció del rostro de Yun Tianming, y fue sustituida por una expresión de tristeza y remordimiento impregnada de un dolor todavía mayor que el que acababa de sentir. Al ver la transformación de su semblante, AA deseó no haber pronunciado esas palabras.

—Tianming, no te pongas así: ya sé que no fue culpa tuya, y que no podías haber hecho nada aparte de mirar a años luz de distancia. Soy consciente de que eso es muy duro. Por suerte al final no le pasó nada a Cheng Xin, así que no te autoflageles, ¿vale?

Entonces Yun Tianming empezó a reír con una risa extraña que sonaba especialmente estruendosa en la noche del Planeta Azul.

—¡Ja, ja! Que no pude hacer nada, dice... ¡Ojalá todo hubiera sido tan fácil! Habría sido una suerte para mí... y para toda la humanidad. Pero lo

cierto es que fui precisamente yo quien acabó con la última oportunidad del ser humano. ¿Crees que debería cargar con la culpa?

—¿De qué me estás hablando? ¿Eso qué tiene que ver contigo?

Yun Tianming soltó una risa forzada y le dio a AA una respuesta que le hizo estremecerse:

—Fui yo quien salvó a Cheng Xin.

Toda la verdad de aquel intento de asesinato frustrado que había tenido lugar cuatro siglos antes salió finalmente a la luz.

—Vigilé a Cheng Xin en todo momento, y todos y cada uno de sus movimientos causaban en mí un dolor indescriptible. Llevábamos varios siglos separados, un período de tiempo que, para alguien que como yo había vivido tanto tiempo en el mundo de los sueños, parecían millones de años. Jamás habría imaginado que volvería a verla de esa manera tan insólita, como si entre nosotros hubiera apenas unos metros, pese a que estábamos separados por varios años luz. Pasé días sin hacer otra cosa que mirarla, hasta que recibió la llamada de Wade haciéndose pasar por ti.

—La llamada... —murmuró AA, intentando recordar.

—Me pareció raro que el lugar del encuentro estuviera tan apartado, así que rastree el origen de la llamada a través de los sofones y pude ver que quien había al otro lado de la línea no eras tú, sino Thomas Wade utilizando un aparato para modificar la voz. Por aquel entonces yo todavía no sabía quién era, pero una consulta rápida me bastó para saber cuáles eran su identidad y sus actividades, y enseguida comprendí cuál era su intención: competir por el puesto de portador de la espada.

»Cuando lo entendí todo me quedé estupefacto. Entonces, como si de repente hubiese despertado de un sueño, me di cuenta de que Cheng Xin era la candidata con más probabilidades de conseguir ese puesto. Yo había pasado los días anteriores inmerso en la felicidad de quien ha reencontrado a

su amor, y no había reparado en la fama y el poder de influencia que ella había llegado a adquirir entre la población. ¡Era increíble! Y todo por haberle regalado aquella estrella... No, aquel sistema estelar. Cheng Xin podría haber llevado una vida feliz, pero el hecho de ser la propietaria de ese sistema estelar la convirtió en una figura salvífica que tenía en sus manos un mundo entero; y eso hizo que todo el mundo la idolatrara, ¡hasta el punto de que se la llegó a comparar con la mismísima Virgen María!

»Yo tenía muy claro que los trisolarianos querían un portador de la espada así. Solo con ella al mando se atreverían a pasar a la ofensiva. Habían determinado que ella nunca pulsaría el botón de activación de la retransmisión de ondas gravitacionales, y que hiciera lo que hiciera la humanidad estaría condenada a la aniquilación.

»Por culpa de una estrella coloqué a mi amada en una posición en la que tanto ella como toda la humanidad podrían haber sido exterminadas.

»Al darme cuenta me puse a seguir a Wade como un poseso. Vi cómo se metía en la chaqueta una pistola antigua y se dirigía hacia su destino. No sabía nada acerca de él, pero pude sentir el peligro. Aun así, yo confiaba en que aquello fuera solamente una amenaza, y que no disparara a Cheng Xin si ella accedía a retirarse de la competición. Yo deseaba de veras que ella renunciara a ser portadora de la espada coaccionada por Wade, ya que eso sería lo mejor tanto para ella como para la humanidad en su conjunto.

»Pero cuando Wade sacó el arma y encañonó a Cheng Xin supe que me había equivocado. Thomas Wade no era un hombre de esos que van de farol, sino de los que están dispuestos a pagar cualquier precio para conseguir sus objetivos, sin importarles la moral ni la ley y a costa de lo que sea. Si hubiese querido hacer que Cheng Xin desistiera, probablemente habría avisado a alguien; solo habría guardado silencio en caso de tener la intención de

cometer un asesinato, para que así nadie hubiera tenido la oportunidad de pararle los pies.

»Resulta irónico que su objetivo (ser elegido portador de la espada y acabar con la crisis que amenazaba a la humanidad) fuera exactamente el mismo que el mío, ¿no te parece? —concluyó Yun Tianming, esbozando una sonrisa melancólica.

Ai AA comprendió que aquello planteaba un difícil dilema: para salvar a la humanidad tenía que ver a la mujer a la que más amaba morir a manos de Wade, pero salvarla y desbaratar el plan de aquel hombre podría llevar a toda la humanidad al patíbulo.

Para un hombre que había conseguido sobrevivir gracias al amor tras padecer incontables suplicios, sin embargo, no existía nada más importante que el ser amado. Ni siquiera el destino de toda la humanidad.

—Pero ¿qué podías hacer tú? Los sofones no podían intervenir —dijo AA con un hilo de voz tras permanecer un rato en silencio.

—Te equivocas: los sofones podían actuar en la Tierra con ciertas limitaciones. Podían, por ejemplo, atacar a la retina o crear imágenes mediante efectos sensoriales, como ya hicieron durante la Era Común. Pero yo no tenía ese nivel de autorización, y es que de haberlo tenido habría preferido mostrar mi identidad y avisar a los humanos... Lo que sí podía hacer era informar a los trisolarianos: para eso no hacía falta mucho tiempo, puesto que habían instalado un chip en mi cerebro y me bastaba con pensar una instrucción determinada para que en un instante supieran qué era lo que había ocurrido y protegerla utilizando las funciones de los sofones.

—Pero aunque tú no hubieras estado allí, ¿crees que los trisolarianos no habrían vigilado a una candidata para el puesto del portador de la espada como Cheng Xin? —preguntó AA.

—Es posible, pero la forma de ser de los trisolarianos les impide tener una

comprensión profunda de las relaciones sociales de los humanos. Para entender de manera general una trampa tan poco sofisticada como la que Wade le tendió a Cheng Xin, los trisolarianos habrían necesitado la computación Yun, de modo que no tenían suficiente capacidad de reacción. Además, eran bastante prudentes, porque sabían que cualquier intento de intervenir en una disputa entre candidatos a portador de la espada pondría en alerta a toda la Tierra. Además, en ese momento no había otros sofones cerca, o por lo menos a mí no me constaba que los hubiera.

»No sé si en el momento de los hechos había algún otro sofón observando, ni cuántos había, ni tampoco si habrían hecho algo de no haber sido por mí. Pero no se pueden cambiar los hechos: fui yo quien intervino al final.

»En ese momento pasaron por mi mente un montón de ideas. Tenía muchos motivos para salvar a Cheng Xin, más allá de lo que sentía por ella: era una chica blanda por fuera y dura por dentro, así que ¿por qué no iba a pulsar el botón llegado el momento? ¿Y si los trisolarianos tenían más miedo de ella que de Wade? Además, aunque Cheng Xin muriera después de ser elegida, la humanidad volvería a escoger a una mujer como portadora de la espada, así que alguien como Wade no tenía ninguna posibilidad. Daba igual que Cheng Xin muriera o no.

—Hiciste lo correcto, Tianming. El pasado, pasado está. Fue una decisión conjunta de toda la humanidad, y la vida o la muerte de Cheng Xin no habría cambiado nada —le consoló AA.

—No sé si hice lo correcto o no; pero lo que sí sé es que no pensé las cosas de manera racional, sino que me limité simplemente a buscar una excusa para salvar a Cheng Xin. Lo único que hice fue... engañarme a mí mismo y a los demás. Justo después de pensar eso, tomé la decisión (o al menos eso pensaba yo) de sacrificar mi amor por el bien de la humanidad. Quería cumplir con mi

deber ante el resto de la raza humana, dado que ya había cometido un crimen antes.

»Entonces contemplé boquiabierto cómo Wade abría fuego contra ella. No le dio en la cabeza, sino en el hombro izquierdo. Sabía que no lo había hecho por lástima, sino porque ese psicópata quería disfrutar viéndola sufrir y regodearse en su desesperación. Antes de darle el tiro de gracia quería hablar largo y tendido mientras la veía agonizar.

»Por desgracia para él, Wade no se dio cuenta de que había cometido un error fatal.

»Yo pensaba que después de tanto dolor iba a ser capaz de soportar todo aquello; me creía lo bastante fuerte como para ver morir a mi amada. Pero al ver el hombro ensangrentado de Cheng Xin el corazón me dio un vuelco: una ola de amor y pesadumbre me engulló, llevándose consigo mi raciocinio y mi sentido del deber. ¡Entonces supe que, pasara lo que pasara, no podía dejar morir a Cheng Xin, que tenía que salvarla aunque eso supusiera la extinción de la humanidad entera! Si alguien tenía que recibir un castigo por ello, ¡que fuera yo!

»Sin dudar un segundo, avisé a los trisolarianos a través de una señal cerebral. Les mostré las imágenes que estaba viendo y les dije: “¡Parad a Wade y salvad a Cheng Xin! ¡Sin ella, vuestro plan nunca tendrá éxito!”.

»Cuando envié ese aviso, Wade estaba efectuando el segundo disparo.

»Aparte de Wade y Cheng Xin, la única persona presente en aquella escena era yo, que lo veía todo a través de un sofón a años luz de distancia. Cheng Xin y Wade estaban concentrados en lo que estaba sucediendo, y no se dieron cuenta de que estuviera ocurriendo nada fuera de lo normal. Solo yo pude observar que la mano de Wade, que apuntaba a la cabeza de Cheng Xin, de repente y sin saber por qué, torció ligeramente el ángulo de tal manera que el disparo acabó impactando en el vientre de Cheng Xin. Entonces el sofón

detectó que otro protón había llegado a un punto cercano y estaba actuando sobre los ojos de Wade. Era evidente que ese sofón estaba generando ilusiones ópticas en Wade, o de lo contrario no habría errado el tiro. Sin embargo, al sofón solo le dio tiempo a hacer que el disparo se desviara ligeramente, y aun así alcanzó a Cheng Xin en el vientre.

Entonces las dudas y las sospechas que AA albergaba en su corazón se disiparon. Cuando intentó asesinar a Cheng Xin, Wade llevaba ya un tiempo viviendo en la Era de la Disuasión y conocía el nivel técnico de la medicina de la época, y teniendo en cuenta su elevado coeficiente intelectual y su capacidad de atención seguramente ya sabía que disparar a la cabeza era la única forma eficaz de matar a alguien. Aun suponiendo que el primer disparo hubiera sido un intento de torturar a Cheng Xin como el gato que juega con el ratón antes de matarlo, el segundo disparo era sin duda el golpe de gracia. Que alguien con la experiencia de Wade cometiera un error así era incomprensible. En su momento AA habló del tema con Cheng Xin, y le dijo que quizá Wade no quiso apuntarle a la cabeza porque le daba cosa destrozarse un rostro tan bello... A ambas les pareció que esa explicación era un tanto rebuscada e inverosímil, pero no encontraron otra mejor. Lo que jamás habrían podido imaginar era que detrás de ese misterio se encontraba la intervención de Yun Tianming.

—La intervención de los sofones fue muy sutil. Vi el testimonio de Wade tras el incidente: dijo que por alguna extraña razón había notado una alteración del paisaje, que atribuyó a un deterioro neurológico leve fruto de la edad. Apenas tenía recuerdo alguno del segundo disparo: de lo que sí se acordaba bien era de la bala atascada, cuando le costó apuntar a la cabeza de Cheng Xin. Wade tenía la certeza de que, de no haber sido por aquel error, Cheng Xin habría muerto. Es decir, que pensaba que todo fue una casualidad fruto del azar.

—Pues sí, aquello fue una coincidencia. Pero aun en el caso de que hubiese logrado disparar, la bala le habría rozado la oreja a Cheng Xin, porque el sofón había hecho que existiera una ligera diferencia entre su visión y la realidad. A juzgar por las imágenes retransmitidas, era imposible que apuntando a donde apuntaba hubiese podido herir a Cheng Xin.

Así fue como Wade acabó recogiendo lo que había sembrado. Aquel cerebro que él mismo seleccionó y envió al espacio había desbaratado su monstruoso plan, y en el insondable vórtice de la historia había empujado a la humanidad en una dirección de la que ya no podría regresar.

—Así fue como salvé a Cheng Xin y acabé con la última oportunidad de salvación de la Tierra. Lo que ocurrió después... ya lo sabéis.

Al acabar de pronunciar esas palabras, Yun Tianming se cubrió la cara con las manos como si de golpe le hubieran abandonado todas sus fuerzas.

—No te pongas así... Hiciste todo lo que pudiste. No fue culpa tuya —dijo AA de todo corazón. Al escuchar el largo y sobrecogedor relato de Yun Tianming no culpó a aquel hombre que tenía a su lado, y es que la pena y el cariño que por él sentía eran aún más fuertes.

«¿Cuándo empecé a enamorarme de este hombre tan tenaz y al mismo tiempo tan frágil?», pensó AA.

Ai AA lo ignoraba: lo único que sabía era que estaba a punto de cumplirse el destino que tanto había luchado por evitar. Había abandonado todos sus complejos, y haría todo lo posible por proteger a esa persona que tenía junto a ella. Conseguiría el amor de Yun Tianming entregándole el amor que sentía hacia él, y despertaría la fuerza de su amado a través de su propia fuerza.

¿Tenía que contarle ahora su secreto? En múltiples ocasiones AA empezó a hablar para luego detenerse: no sabía con cuántos hombres había estado durante los siglos que había durado su vida, ni tampoco con cuántos de ellos había hecho el amor, pero lo que sí sabía era que nunca se había sentido tan

nerviosa. Era consciente de que ese secreto, que tenía mucho que ver con la historia personal de ellos tres y con el punto de inflexión que había vivido la humanidad, no era un asunto baladí... Si Yun Tianming no se mostraba comprensivo, les sería imposible mantener sus buenas relaciones durante los próximos años.

Entonces recordó las palabras que le dijo a Cheng Xin cuando la conoció:

«Otra vez pensando en él, ¿verdad...? ¡Estamos en una nueva era, una nueva vida. ¡El pasado, pasado está!».

Sabía que estaba equivocada. Ella no era más que un juguete del destino: el pasado jamás desaparecería del todo, sino que tarde o temprano regresaría y tendría que afrontarlo. Así había sido para Cheng Xin y para Yun Tianming, y también lo sería para ella.

Quizá todavía no era el momento adecuado...

Todavía afligido tras recordar el intento de asesinato perpetrado por Wade, Yun Tianming empezó a relatar los diez minutos que duró el ataque de las gotas trisolarianas que tuvo lugar justo después de la ceremonia de traspaso del cargo de portador de la espada. La destrucción de la Tierra ya era inevitable, pero él seguía confiando en que Cheng Xin pulsara aquel botón e hiciera probar su propia medicina a los insectos trisolarianos. Al menos de esa manera podría resarcirse de las torturas y las humillaciones a las que se había visto sometido durante décadas. Anhelaba ver a Trisolaris presa del dolor y el arrepentimiento ante su propia destrucción.

Clavó la mirada en Cheng Xin, consciente de que todo Trisolaris tenía la atención puesta en ella. Pasó un minuto, y luego otro. Cheng Xin sintió un escalofrío, y las manos le temblaban mientras dudaba entre pulsar o no aquel interruptor. El corazón de Yun Tianming y el de todo Trisolaris se

estremecían con el movimiento de la mano de Cheng Xin, aunque por motivos distintos.

«¡Pulsa el interruptor! ¿Por qué no lo haces? ¡Haz que triunfe la justicia, y que el mal reciba su castigo! ¡Que mueran con nosotros!», gritaba el corazón de Yun Tianming sin emitir sonido alguno.

Pero al final Cheng Xin no pulsó el interruptor, sino que lo lanzó lejos. Justo entonces dejó de temblar, y sintió una extraña tranquilidad.

Cheng Xin había tomado su decisión.

Entonces apareció junto a él el destello de unas palabras retransmitidas por sus interlocutores trisolarianos:

—¿Lo ha visto, señor Yun? ¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido! ¡Esa mujer ha hecho lo que queríamos! ¡Hemos vencido! ¡La Tierra es nuestra...!

Para alguien tan poco dado a exteriorizar sus sentimientos como los trisolarianos, una expresión tan desabrida era una elocuente muestra del júbilo que sentían.

Esa fue la primera vez de su vida en que Yun Tianming sintió odio hacia Cheng Xin:

«¿Por qué eres tan blandengue? ¿Por qué no has luchado por tu supervivencia? ¿Para qué proteger la vida de estos gusanos traicioneros? ¿Por qué no morir con ellos? ¿Qué es lo que eres, humana o trisolariana?».

Luego, poco a poco, Yun Tianming se calmó y volvió a recordar aquella excursión con Cheng Xin. Ella había protegido una babosa que se encontraba junto al camino para evitar que alguien la pisara. Las demás chicas protestaron con muecas de asco, pero él se sintió conmovido por aquel gesto. A raíz de aquella anécdota, y movido por la curiosidad, decidió consultar la información de aquel insecto en una revista especializada y comprobó que se trataba de una cría de polilla, una especie que al crecer se convertía en un

anodino insecto volador de color gris que no tenía en absoluto los vistosos colores de la mariposa.

Esa polilla con alas, sin embargo, pertenecía a una antigua familia cuyos orígenes datan del período Jurásico o incluso antes según algunos fósiles: cuando ese insecto empezó a arrastrarse por el antiguo continente de Laurasia y a agitar sus tiernas alas en las selvas pobladas de dinosaurios la civilización todavía no había aparecido en Trisolaris, y mucho menos en la Tierra. Aquel insecto tenía derecho a vivir, pero en las últimas décadas la actividad del hombre había destruido su hábitat y ahora se encontraba al borde de la extinción, y pocas veces se veían ejemplares vivos.

Cheng Xin había salvado justamente a un ser vivo tan insignificante como ese.

Después de aquel episodio, cada vez que recordaba que Cheng Xin había salvado sin pensarlo a un ser vivo se sentía embargado por una agradable sensación, como si aquello tuviera alguna relación con él. Se imaginaba aquella larva convirtiéndose en una polilla, viviendo y reproduciéndose junto a otros miembros de su especie en los alrededores de Pekín, dando continuidad a esa antigua estirpe... cuya diosa protectora era Cheng Xin.

Quién le hubiera dicho que esa anécdota sin importancia iba a ser el presagio del destino de dos mundos...

Yun Tianming seguía sin comprender a Cheng Xin, pero lo que sí entendía era que ella era así. Ella era ella, exactamente la misma de más de dos siglos antes. La culpa no era suya, sino de las personas que la habían elevado al cargo de portador de la espada, ella incluida. En un abrir y cerrar de ojos, todo el odio que había sentido se convirtió en remordimiento.

Los trisolarianos seguían enviando mensajes. Para aquella raza sin sentimientos Yun Tianming era uno más con quien compartir su alegría, burlándose de Cheng Xin sin ningún pudor.

—La verdad es que dudábamos del plan del jefe de Estado. Luo Ji había sido nuestra pesadilla durante muchos años, y ¿quién iba a imaginar que su sucesora iba a ser tan fácil de neutralizar? Pero al final fue así como ocurrió. ¡Gracias, Yun! Gracias a ti hemos podido anestesiar a la humanidad. ¡Qué alegría cuando he visto a ese gusano terrícola lanzar el interruptor! ¡Mejor que el apareamiento y todo! Yun, ¿en qué estaba pensando ese insecto? Tú antes también eras un gusano, explícanoslo.

Entonces aquel trisolariano y todo Trisolaris centraron su atención en él, curiosos por conocer la respuesta.

Yun Tianming, reprimiendo la tormenta de emociones que le abrumaba, respondió con una única palabra:

—Amor.

—¿Amor? —preguntaron sorprendidos los trisolarianos—. ¿Te refieres a... ese sentimiento positivo que mueve a los seres humanos a ayudar a los demás para que la raza se multiplique?

—Algunos terrícolas creen que hay que amar a los enemigos y orar por quienes les persiguen.

—¿Cómo...? Eso suena a una paradoja lógica.

—No, es la doctrina de una gran figura de la antigüedad. Para mucha gente se trata de la verdad más importante de todo el universo, todavía más que su propia supervivencia.

Los trisolarianos enmudecieron, como si hubieran sentido la fuerza espiritual contenida en esas palabras. Al cabo de un rato pudo leer la siguiente respuesta en la pantalla:

—No entiendo esa doctrina; aunque si todas las razas del universo la siguieran, seguramente no existiría el estado de bosque oscuro.

—Tal vez —convino Yun Tianming. Miró el negro cielo estrellado que podía verse a través de la escotilla y tuvo la repentina idea de que quizá el

bosque oscuro fuera un tenebroso rincón del universo. Puede que ese caos existiera solo en ese extremo interminable de aquella galaxia, y que en los inmensos mundos que él era totalmente incapaz de ver la luz del amor hubiera iluminado ya todas y cada una de las hojas y las ramas, todas las capas de musgo y todas las briznas de hierba del bosque. ¿Cómo sería aquel «bosque luminoso», en caso de que realmente existiera?

Esbozó una sonrisa triste al comprender que jamás lograría desentrañar aquel misterio. El destino que le esperaba era, en el mejor de los casos, ver a la flota trisolariana aniquilar el Sistema Solar y pasar el resto de sus días en su hogar convertido en el mayor traidor de la historia humana, odiado y vilipendiado el resto de su vida —eso siempre y cuando, claro está, no hubiera otros humanos que le mataran a pedradas—. Jamás conocería otros lugares del universo aparte de la Tierra y de Trisolaris. ¿De qué le servía pensar en todo eso?

Fue entonces cuando de repente entró en el «bosque luminoso», y todo cambió —los humanos, los trisolarianos y el universo entero.

—¿«Bosque luminoso»? ¿Y eso qué es? —preguntó sorprendida AA al llegar a ese detalle de la historia. Pensó que tal vez aquello guardara alguna relación con el microuniverso que Yun Tianming había traído consigo.

—Yo... no lo sé... —respondió Yun Tianming, sacudiendo la cabeza.

Realmente no lo sabía. En ese mismo instante fue como si todo lo que le rodeaba hubiese sido iluminado por un súbito rayo de sol; o, mejor dicho, por la luz de miles de soles. En un abrir y cerrar de ojos comprobó que tanto él como la nave en la que se encontraba habían pasado de las oscuras entrañas del espacio a un lugar desconocido que le resultaba imposible de describir. Parecía como si hubiera llegado a un espacio sin límites... No, era más bien

un mundo infinito que se abría ante él. Si hubiera tenido que describirlo de alguna manera, habría dicho que era como si una hormiga hubiese salido de un negro agujero hasta llegar a un gran jardín bañado por la luz del sol. Todos los pétalos, todas las hojas y todos los charcos de agua eran para la hormiga un lugar inmenso. Y en ese mismo instante lo vio todo.

—¿Entraste en un espacio tetradimensional? —preguntó AA. La descripción de Yun Tianming se parecía mucho al relato de los tripulantes de la nave *Espacio azul*.

—No, no era un espacio de alta dimensionalidad —respondió él, negando con la cabeza—: yo seguía en el mundo tridimensional, y en ningún momento llegué a entrar en las cuatro dimensiones. Pero sentí algo increíble que estoy seguro de que supera con creces la experiencia tetradimensional. Era como... como el mito de la caverna de Platón: como si hubiera salido de una cueva oscura y hubiese visto por primera vez el mundo real, la belleza de un auténtico océano...

AA no había leído a Platón, pero enseguida buscó una forma de llevar el agua a su molino:

—¿Como la primera vez que me viste?

Yun Tianming pellizcó la nariz de su pizpireta novia mientras sonreía.

Si hubiera tenido que explicar con pelos y señales lo que vio, habría dicho que la primera imagen concreta que lo asaltó tras sentirse lleno de aquella luz sobrevenida fue un holograma flotante que emitía un tenue brillo plateado. Se trataba de una estructura semicircular aparentemente asimétrica y en cuyo interior anidaba una cantidad infinita de círculos de distintos tamaños. Un examen más minucioso, sin embargo, permitía observar que los círculos no eran completamente simétricos, sino que estaban formados por un sinfín de círculos unidos entre sí por una estructura todavía más compleja y sutil. Los trazos básicos que constituían la forma del holograma parecían incontables

curvas semitransparentes que emitían una débil luz, pero vistas más a fondo resultaban ser representaciones tridimensionales con estructuras bastante complejas que parecían abarcar la totalidad. El patrón tenía un nivel de detalle casi infinito, únicamente limitado por la capacidad visual de Yun Tianming.

—¿Como los fractales, quieres decir? —aventuró AA en un intento de resumir la descripción de Yun Tianming recurriendo a sus propios conocimientos.

—No exactamente, aunque es una comparación bastante acertada... Imagina una rosa en flor que es el pétalo de otra rosa más grande, que a su vez es el pétalo de otra rosa aún mayor, y así hasta el infinito. Al fijarme en la primera rosa observé que también estaba compuesta de varias rosas más pequeñas; pero lo más sorprendente era que el tamaño y la forma de cada una de ellas era completamente diferente, como si fueran de variedades distintas... Eso es más o menos lo que vi.

AA sacudía la cabeza, confusa, incapaz de hacerse a la idea.

Yun Tianming no se atrevía a seguir fijando la mirada en aquella imagen, cuya belleza parecía estar a punto de engullirle el alma. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que aquel anillo formaba parte de otra estructura anular más grande que estaba suspendida en medio de la cabina y se prolongaba hasta el exterior formando otra espléndida imagen. Como en la metáfora de las rosas, cada una de las capas eran parecidas pero no idénticas.

Mientras las observaba, Yun Tianming se fijó en otro increíble detalle: la nave en la que se encontraba parecía estar siendo transformada por esa extraña estructura y volviéndose semitransparente. Aunque lo cierto es que esa descripción no era del todo exacta: la cabina seguía siendo opaca y podían verse claramente las paredes y el techo como de costumbre, pero al mismo tiempo era posible apreciar con nitidez las formas del exterior como si

de dos imágenes superpuestas se tratara. Podía ver todas y cada una de las capas de las formas del exterior de la cabina y apreciar los recovecos de la nave que en circunstancias normales estaban fuera de su campo de visión, así como todo lo que le aislaba. Consideró la posibilidad de que hubiera ido a parar a un espacio de alta dimensionalidad, pero finalmente la descartó. Parecía evidente que la estructura cúbica que tenía ante él era tridimensional: nada obstaculizaba su campo visual, pero al mismo tiempo podía apreciar todos los elementos que se le interponían, como si las imágenes que veía se superpusieran las unas sobre las otras.

Yun Tianming vio que la luz que emanaba de esa exuberante y compleja estructura se esparcía por toda la nave envolviéndola, pero sin extenderse demasiado lejos. A solo unos metros de distancia, siguiendo el contorno de la nave, la línea luminosa se apagaba hasta finalmente desvanecerse en las estrellas... Era obvio que esa forma que se superponía a la nave no se fundía con ella, sino que constituía una pequeña parte de un todo aún mayor. Parecía como si fuera la nave la que de alguna manera hubiera activado la energía de esa singular estructura, haciendo que una parte de ella brillara.

Justo en el momento en el que Cheng Xin lanzó el interruptor, la flota trisolariana detectó mediante ondas gravitacionales que varios millones de kilómetros más adelante había aparecido un «objeto» cuya masa apenas podía detectarse y que se movía describiendo una trayectoria irregular sumamente compleja, tan difícil de apreciar como un movimiento de Brown, lo cual descartaba la posibilidad de que se tratara de un objeto natural en medio del espacio. La flota, que permanecía en estado de alerta, ordenó a todos los departamentos prepararse para una situación de emergencia, pero los eufóricos trisolarianos no pudieron reaccionar a tiempo, y aquel misterioso objeto observó el rastro dejado por la flota trisolariana y se dirigió hacia ella a

una velocidad similar a la de la luz, cubriendo en un santiamén varios centenares de naves.

Así fue como en todas y cada una de las naves de la primera flota trisolariana aparecieron esas extrañas y hermosas formas. Cuando estuvieron a punto de entrar en contacto con la flota trisolariana, dichas estructuras cambiaron en un instante su rumbo y velocidad para adaptarse a las naves trisolarianas, por lo que se mantuvieron relativamente quietas.

Las investigaciones posteriores, sin embargo, concluyeron que la única nave que había mantenido un contacto profundo con aquellas estructuras fue la que transportaba a Yun Tianming.

Más concretamente, el contacto se produjo exactamente en el cuerpo de Yun Tianming.

En un primer momento pensó que había regresado a uno de los sueños creados por los trisolarianos, pero entonces se dio cuenta de que eso era imposible. Por el conocimiento que tenía de la mentalidad trisolariana, estaba seguro de que no eran capaces de crear una ilusión como esa. Los trisolarianos son un pueblo carente de originalidad y sentido de la estética, y todas las imágenes de sus sueños habían sido sacadas de su consciencia y de su subconsciente, pero casi siempre tenían que ver con sus experiencias previas. Aquella espléndida forma cúbica superaba con creces las capacidades artísticas de los trisolarianos e iba mucho más allá de lo que había experimentado anteriormente, de modo que no podía ser un sueño.

Pero si no había sido un sueño y se trataba únicamente de una peculiar estructura, ¿cómo había sido capaz de ver hasta el más mínimo detalle de todos los rincones de la nave? ¿Y cómo habían podido penetrar en sus pupilas todos los rayos de luz que había al otro lado de las paredes de la nave? Aquello desafiaba todas las leyes de la física y la biología. Yun Tianming empezó a pensar asombrado.

—PORQUE LA ESENCIA DE LA LUZ ES INFINITA.

En su mente apareció una voz —o, mejor dicho, una idea—, pero él era plenamente consciente de que no era propia ni tampoco de los trisolarianos. Los extraterrestres solían comunicarse con él enviando señales eléctricas directamente a su cerebro y conocía perfectamente la sensación, pero ese pensamiento era completamente distinto. Parecía no provenir de ningún sitio, como si hubiera surgido directamente de lo más hondo de su consciencia.

Al surgir esa idea sintió de repente un dolor tan intenso que a punto estuvo de cortarle la respiración. No era un dolor corporal, sino una herida mental, una idea junto a la cual brotaba del fondo de su subconsciente una inmensa avalancha de imágenes y sentimientos que se vertían sobre su consciencia y sepultaban lo poco que quedaba de ella: «NACIMIENTO DEL UNIVERSO, LUZ DEL PARAÍSO, CIELO INFINITO, PROFUNDIDADES DE LA TIERRA... DESCONOCIMIENTO, MISTERIO, TERROR, TRISTEZA, ALEGRÍA...».

Yun Tianming, asustado como Zeus al abrirse el cráneo para dejar nacer a Atenea, se sujetó la cabeza con ambas manos mientras gruñía; pero al final logró controlarse, y haciendo uso de la técnica de concentración que había aprendido gracias a los años de lucha contra los trisolarianos, logró poner orden a la confusión de ideas que le habían asaltado. Las caóticas olas de su consciencia se calmaron formando un gran océano vacío.

—¿Quién eres? —preguntó con gran esfuerzo una vez recuperada la consciencia.

La respuesta llegó sin que mediara el tiempo: —SOY EL ESPÍRITU.

»SOMBRA DE LOS ÁRBOLES EN VERANO, SOMBRA DE LAS NOCHES DE LUNA, REFLEJO DE LA LUNA EN LA SUPERFICIE DEL AGUA, REFLEJO DE UN ESPEJO...

Tras recibir la respuesta, Yun Tianming sintió que volvía a sufrir otro duro

golpe, y su consciencia comenzó a desmoronarse, precipitándose a las profundidades de su subconsciente. Tras grandes esfuerzos logró hacer otra pregunta:

—¿Qué... espíritu?

—EL ESPÍRITU DE LA LUZ.

»LUZ Y SOMBRA, CLARIDAD Y OSCURIDAD, SONIDO Y SILENCIO, ABISMO Y CIELO...

»EL ESPÍRITU DE DIOS SE MUEVE SOBRE EL OSCURO ABISMO...

»DIOS DIJO QUE SE HICIERA LA LUZ, Y LA LUZ SE HIZO...

»LA LUZ PENETRÓ EN LA OSCURIDAD, PERO LA OSCURIDAD NO RECONOCÍA ESA LUZ...

El alud de imágenes golpeó la superficie de la consciencia que Yun Tianming se esforzaba por mantener a flote. La cabeza se le iba a partir en dos, y finalmente comprendió de dónde venía el dolor: esa voz no estaba manteniendo con él un «diálogo» en el sentido habitual del término, sino movilizándolo todos los recursos de su mente para expresar algo que él era incapaz de comprender. La información que le enviaba no tenía límites, y al igual que la imagen luminosa que había visto anteriormente presentaba una infinita complejidad: en cada significado superior anidaba una idea más pequeña, y cada concepto inferior estaba compuesto de distintos significados más concretos, en cuyo interior existía una estructura lógica de una precisión y una complejidad extremas en la que cada capa era imprescindible.

Pero dada su limitada capacidad de comprensión, Yun Tianming solo fue capaz de captar el aspecto más superficial del mensaje, convertido en un lenguaje de signos comprensible para un ser humano, mientras las demás ideas se desparramaban por su mente y el delirio agitaba sus recuerdos y su imaginación, levantando una enloquecedora tormenta en el interior de su psique.

Aquello era muy difícil de soportar para un ser humano, y de no haber sido por el pulso que había mantenido con los trisolarianos, que le había curtido y le había permitido desarrollar unas capacidades de pensamiento y autocontrol muy superiores a las de una persona normal y corriente, se habría derrumbado mucho antes.

—¿Eres un... mensajero de Dios? —preguntó atemorizado Yun Tianming entre jadeos, por aquello de «el espíritu de la luz». No era creyente, pero de pequeño su madre le había llevado a misa en varias ocasiones. Recordó que una vez un cura le contó que Dios le escucharía si rezaba. Dios enviaría a su Espíritu Santo a colmar el espíritu de sus fieles: «Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos», tal como estaba escrito en el libro de los Hechos de los Apóstoles del Nuevo Testamento.

—MÍA ES LA VENGANZA; YO DARÉ EL PAGO MERECIDO. [8]

En un momento como ese, en el que los trisolarianos se disponían a aprovechar el amor y la bondad de los humanos para invadir su hogar y exterminarlos, el buen Dios tenía que hacer acto de presencia y castigar a los malvados extraterrestres.

La idea que vino a continuación le llenó de euforia:

—DESDE VUESTRO PUNTO DE VISTA, SÍ: SOY EL ESPÍRITU DEL QUE RIGE EL UNIVERSO.

Pero esa fantasía no tardó en hacerse añicos:

—EL MAESTRO HA MUERTO; YO SOY SOLO UN ESPÍRITU SIN VIDA.

Yun Tianming, que se había adaptado un poco a la intensidad de esos diálogos, hizo otra pregunta:

—Según nuestro punto de vista, ¿eres una forma de vida extraterrestre?

—NO, SOY UN ESPÍRITU.

Su interlocutor le corregía pacientemente.

—¿Qué quieres decir con «espíritu»?

Recibió una respuesta, pero se trataba de una respuesta imposible de entender para él, que se veía incapaz de traducirla a ninguna lengua. Una vez más la avalancha de imágenes le martilleó la cabeza hasta llevarle al borde de la locura: «OCÉANOS SECOS, ORÍGENES DE LOS CONTINENTES, GUERRAS DE DRAGONES Y TITANES, TESOROS DE LA RAZA DIVINA, CANTOS DE LAS PIEDRAS...». Dio un grito y cayó al suelo.

—No me «hables» así: soy incapaz de soportarlo... —protestó Yun Tianming.

—ESTA ES LA ÚNICA FORMA DE COMUNICACIÓN QUE TENGO. ES LA FORMA DE INTERCAMBIO DE INFORMACIÓN MÁS RUDIMENTARIA Y MENOS EFICIENTE DE NUESTRO UNIVERSO; PERO EN VUESTRO UNIVERSO EL DETERIORO DEL ÓRGANO DE PENSAMIENTO ES DEMASIADO RÁPIDO, Y ES IMPOSIBLE RECIBIR LAS FORMAS DE CONSCIENCIA.

Yun Tianming no sabía lo que eran las «formas de consciencia», y no se atrevía a hacer demasiadas preguntas; pero al percibir la extraña expresión «nuestro universo» deslizó una pregunta:

—¿No perteneces a nuestro universo?

Entonces volvió a recibir una de esas formas de consciencia y sintió que la cabeza le estallaba. Desesperado y empapado en sudor, dijo:

—Soy incapaz de recibir tantas formas de consciencia. Habla con ellos.

«Ellos» eran los trisolarianos. Yun Tianming no quería seguir siendo víctima de esa tortura: durante todo aquel tiempo había creído que era capaz de soportar cualquier maltrato físico y psicológico, pero ante esos golpes se

sentía tan débil y desvalido como un niño de pecho. «¡A la mierda, la Tierra está acabada! Me da igual vuestro universo y vuestro Maestro: ve a torturar a los trisolarianos», parecía querer decir.

—YA LO HE INTENTADO, PERO SU FUERZA MENTAL ES MUY INFERIOR A LA TUYA. SON INCAPACES DE SOPORTAR NINGUNA FORMA DE CONSCIENCIA.

—¿Por qué?

—PORQUE SON INSECTOS.

«Insecto» era el término despectivo que Yun Tianming usaba para referirse a los trisolarianos en su mente, pero aquel «espíritu» se había apropiado de él y le había otorgado una extraña forma de consciencia. Yun Tianming, sorprendido, tuvo una súbita revelación y recordó algo; alzó la cabeza mirando a su alrededor, y bajo el extraño influjo de la estructura luminosa pudo ver todos los rincones de la nave en la que se encontraba, aunque no alcanzó a ver la «forma» de los trisolarianos ni ningún objeto con forma de extraterrestre.

¿Es que acaso no había ningún trisolariano a bordo? ¿Cómo era eso posible?

Entonces finalmente se dio cuenta de un hecho al que no había prestado suficiente atención: en la nave no había conductos similares a los de las naves terrícolas, y aparte del lugar en el que se encontraba él había muy pocas cabinas. Solo podían verse tuberías estrechas y agujeros de diferentes tamaños, los más pequeños de los cuales medían lo mismo que una caja de cerillas, mientras que los más grandes tenían el tamaño de un cajón. Entre ellos había una gran cantidad de pequeños dispositivos de color plateado que emitían una extraña luz y medían aproximadamente lo mismo que un grano de arroz, varios de los cuales se movían rápidamente.

«Son insectos...», pensó.

Yun Tianming respiró hondo y lo comprendió todo.

Esos pequeños «dispositivos» plateados eran los trisolarianos, cuyos cuerpos no eran mucho mayores que los de una hormiga.

Durante los siglos que duró la Era de la Crisis, la humanidad se había volcado en el estudio de los trisolarianos, una disciplina entre cuyas prioridades se encontraba la investigación acerca de su forma corporal. Aunque no era fácil obtener información de forma directa, tras considerar factores como las inclemencias del medio trisolar en comparación con la Tierra o la deshidratación los expertos terrícolas llegaron a la conclusión de que los trisolarianos eran mucho más pequeños que los humanos, con una altura de no más de un pie. Los científicos sostenían que aquellos extraterrestres no eran mucho más grandes que un ratón, y en algunas películas que imaginaban una invasión trisolariana aparecían representados incluso como grandes mantis de aspecto temible.

Pero nunca nadie había considerado seriamente la posibilidad de que los trisolarianos no midieran más que unos pocos milímetros, porque el sentido común decía que un ser vivo del tamaño de una hormiga no podía desarrollar un cerebro evolucionado, y mucho menos crear una civilización avanzada. Ahí fue donde los expertos humanos cometieron un grave error: la forma de pensar de los trisolarianos era muy diferente a la mentalidad individualista de los seres humanos, y se basaba en una fusión completa del pensamiento y su expresión, con la particularidad de que pensaban a gran velocidad; los trisolarianos habían creado un mecanismo colectivo de intercambio de pensamientos que había permitido la aparición de la computadora de formación. Si bien cada trisolariano tenía la capacidad de pensar de forma independiente, todos utilizaban la gran base de datos sustentada en el intercambio de información que constituía el principal recurso para la resolución de problemas. Cuando dos trisolarianos se fundían se dividían en

varias crías que conservaban parte de los recuerdos de sus padres, de tal manera que apenas necesitaban dedicar tiempo a aprender las habilidades para desenvolverse en la vida, y su cerebro relativamente simple bastaba para sostener los recuerdos divididos en módulos.

Sin embargo, los expertos humanos sí acertaron en otro aspecto. Ese rasgo de los trisolarianos les permitía sobrevivir a grandes catástrofes naturales y dar continuidad a su milenaria civilización, aunque su diminuto cuerpo limitaba la evolución de su cerebro; por ese motivo tenían una considerable falta de imaginación y solo eran capaces de respetar lo antiguo y apoyarse en los lentos avances fruto del pensamiento colectivo, de modo que muy pocas veces se producían explosiones tecnológicas como las de la Tierra. Aunque los trisolarianos abandonaran el Sistema Trisolar y encontraran un entorno más adecuado para su supervivencia, seguirían siendo durante mucho tiempo unos insectos con tecnología y civilización, pero insectos al fin y al cabo.

Esa era la razón por la que los trisolarianos querían lanzar un ataque sorpresa y exterminar la raza humana aun a riesgo de que su posición fuera retransmitida al universo. Sabían que, aunque ambos mundos llegaran algún día a realizar intercambios de igual a igual y desapareciera el estado de bosque oscuro, y por muy avanzada que fuera la tecnología trisolariana, en un futuro lejano los extraterrestres dejarían de ser capaces de rivalizar con los seres humanos. Por otro lado, los grandes cuerpos de los humanos intimidaban a los trisolarianos: podían aplastar a cien trisolarianos de un manotazo si quisieran, y eso era algo a lo que su superioridad tecnológica no era capaz de hacer frente.

Como la sociedad y la cultura trisolarianas eran diametralmente opuestas a las humanas, se las arreglaron para ocultar este punto débil sin que los humanos abrigaran la más mínima sospecha. ¿Cómo habrían podido imaginar que una civilización mucho más desarrollada que la suya iba a ser tan

«tonta»? Esa también era una de las razones fundamentales por las que los trisolarianos no querían mantener contactos directos con los terrícolas, porque temían que los humanos vieran la debilidad de su mente bajo su imponente aspecto. Pero gracias a la misteriosa inteligencia de aquel espíritu, ese importante punto débil había quedado al descubierto. Su escasa capacidad mental individual les impedía soportar un medio de intercambio de información como las formas de consciencia, y tampoco reunían las condiciones necesarias para llevar a cabo un intercambio de ideas a gran escala.

Por eso Yun Tianming se convirtió finalmente en el único con quien aquel espíritu podía hablar.

—¿Qué son estas... hebras? —inquirió Yun Tianming señalando unas estructuras luminosas que había junto a él. Entonces uno de sus dedos tocó involuntariamente uno de los filamentos y activó una increíble luz. Yun Tianming se asustó, aunque su dedo no notó nada, sino que la luz atravesó su mano suavemente como si no existiera ningún objeto físico.

—ESTO ES MI PROYECCIÓN EN ESTE UNIVERSO.

Yun Tianming se esforzó por comprender el significado de aquellas palabras:

—¿Quieres decir... que tu cuerpo físico no se encuentra en este universo? ¿No eres de este universo?

—VENGO DEL JARDÍN DEL EDÉN; LO QUE HAS VISTO ES LA PROYECCIÓN DEL JARDÍN DEL EDÉN.

—¿El jardín del Edén? ¿El Edén de la Biblia? ¿Es una metáfora? —preguntó Yun Tianming.

—VENGO DEL JARDÍN DEL EDÉN DE ESTE UNIVERSO, EL PRIMIGENIO MUNDO PERFECTO.

Justo después de la idea de «mundo perfecto» apareció la noción de

inmensidad y perfección: la sonrisa de Mona Lisa, *La fuente* de Dominique Ingres y muchos otros cuadros; y luego visiones oníricas de un Paraíso entre flores, un palacio cubierto de un arcoíris... Esta variedad de formas cada vez más numerosas deslumbraba a Yun Tianming, pero en cada una de ellas solo podía apreciar la huella de la perfección. Al final el espíritu acabó por desistir de sus intentos de transmitirle en detalle las impresiones de ese mundo perfecto, y se limitó a plasmar en su mente una forma muy sencilla: una esfera plateada suspendida en la oscuridad. Yun Tianming supo enseguida que aquello era la perfección.

—¿Dónde está ese mundo? —inquirió impaciente Yun Tianming. En aquella interacción había podido apreciar vagamente la belleza y la delicadeza de aquel mundo.

—HA SIDO DESTRUIDO.

Tras aquella sencilla respuesta regresaron las imágenes que acababa de ver: nubes negras cubrieron las estrellas, una fuerte tormenta agitó las aguas, los brazos de Venus se cayeron, la sonrisa de Mona Lisa se convirtió en llanto... Vio sangre y fuego, los demonios del infierno arrasaron el Paraíso, y la oscuridad devoró la perfecta esfera plateada por ambos extremos hasta convertirla en un plano de idéntica tonalidad. La oscuridad continuó engulléndolo todo, y el plano se fue volviendo todavía más delgado hasta convertirse en un hilo de plata, y entonces el hilo desapareció también dejando tras de sí un simple punto de luz. Entonces ese punto creció hasta ocupar toda su consciencia; en el centro del punto de luz había oscuridad, pero en medio de la noche oscura había un sinfín de galaxias, y entonces surgieron la Vía Láctea, el Sol, la Luna, la Tierra... Yun Tianming supo que aquel era el mundo que él conocía.

Se quedó mudo de la impresión. Intuyó que le estaba intentando decir que el universo que él conocía no era más que una parte insignificante de un

mundo perfecto, los restos de un universo que había sido destruido incontables veces.

Así fue como Yun Tianming descubrió el profundo significado del universo, como lo harían Guan Yifan y Cheng Xin tiempo después.

—¿Quién destruyó este universo perfecto? —preguntó Yun Tianming con voz ronca.

—EL OCULTO.

—¿El Oculto? —Yun Tianming volvió a sentir un intenso dolor de cabeza. Sabía que se estaba aproximando a una categoría conceptual que trascendía su comprensión, pero continuó preguntando—: ¿Por qué quiso destruir el Edén?

—NO LO SÉ; SOLO ÉL LO SABE.

—¿Por qué se llama Oculto? ¿Es un ser individual, una civilización u otra cosa? ¿Es que no todas las civilizaciones del bosque oscuro se esconden?

—EN UN PRINCIPIO NO EXISTÍA EL ESTADO DE BOSQUE OSCURO QUE VOSOTROS CONOCÉIS, PERO UNA INTELIGENCIA REBELDE LO PUSO EN MARCHA... EL MUNDO PERFECTO SE DERRUMBÓ, PERO ÉL ESCAPÓ...

Y SE OCULTÓ EN ESTE UNIVERSO.

La abundante información que le proporcionó el espíritu estaba sistematizada, pero Yun Tianming solo alcanzó a comprender pequeños fragmentos salpimentados de grandes vacíos. Solo fue capaz de llegar hasta ahí, pues el resto superaba su capacidad de comprensión.

—¡Un momento! —exclamó AA, que apenas podía respirar—. ¿Me estás diciendo que en nuestro universo existe una civilización venida de otro cosmos? —No sabía qué le había dicho Guan Yifan a Cheng Xin a bordo de aquella nave, pero recordó aquellas misteriosas palabras del anillo que había encontrado las naves *Gravedad* y *Espacio azul*:

—LOS PECES QUE HAN SECADO EL MAR NO ESTÁN AQUÍ.

Al fin comprendió parte del significado de esa frase.

—No sé... o puede que alguna vez lo supiera y luego lo olvidara —replicó él, confuso.

Yun Tianming continuó formulándole preguntas al espíritu:

—¿Existe alguna forma de acabar con el bosque oscuro y reconstruir aquel mundo perfecto? —Esa era la cuestión que más le importaba, porque tal vez era la única manera de salvar la antigua Tierra.

La respuesta fue un nítido y potente «SÍ».

—¿Cuál? —preguntó enseguida él.

—ELIMINANDO AL OCULTO PUEDO RECUPERAR EL MUNDO PERFECTO.

—¿Cómo puede ser eliminado?

Tras un rato en silencio, el espíritu volvió a «hablar»:

—NECESITO QUE TÚ SEAS UN BUSCADOR.

En un abrir y cerrar de ojos una avalancha de ideas y pensamientos barrió la mente de Yun Tianming, que solo entendió las dos primeras palabras del mensaje. Las siguientes ideas destruyeron su última barrera de contención mental: se hundió en un insondable mar de significados en el que no lograba aferrarse a ningún salvavidas, mientras se debatía en una marea de información sin que nadie acudiera en su ayuda. El espíritu introducía una ingente cantidad de datos en su cerebro, haciéndole caer en una interminable tormenta de pensamientos y visiones. En el momento inmediatamente previo a su desvanecimiento sintió como si hubiera tenido una epifanía y hubiera comprendido algo, pero ya era demasiado tarde: su cerebro había activado su mecanismo de autoprotección, y se desmayó.

—¿Qué pasó luego? —preguntó AA. La idea de restablecer el mundo

perfecto había despertado su interés. Si aquel mundo podía recuperarse, quizá también podría recuperarse el Sistema Solar y la Tierra, y recobrar el antiguo mundo del ser humano...

Yun Tianming sacudió la cabeza.

—No hubo «luego». Para cuando desperté, aquel espíritu y sus proyecciones ya se habían desvanecido.

Cuando Yun Tianming volvió en sí, todo a su alrededor había recuperado la normalidad. La nave seguía surcando como antes el espacio, sin rastro alguno del espíritu. Según los datos de observación aportados por los trisolarianos, poco después de desmayarse Yun Tianming la estructura de fibras de luz desapareció por completo, y las ondas gravitacionales detectaron que había abandonado la flota trisolariana a una velocidad próxima a la velocidad de la luz para luego situarse rápidamente a una distancia de varias decenas de unidades astronómicas hasta llegar a un lugar indetectable para la tecnología trisolariana.

Los científicos trisolarianos pronto descubrieron algo sorprendente: al intentar estudiar el movimiento de la proyección del espíritu descubrieron que si se eliminaban los efectos del movimiento de varias estructuras astronómicas de gran tamaño como la Vía Láctea, el movimiento del espíritu se volvía mucho más simple. Es decir, que en comparación con la totalidad del universo, o al menos con esa parte del universo, el espíritu muy probablemente se mantenía quieto en coordenadas absolutas. Su movimiento a la velocidad cercana a la velocidad de la luz era el resultado del movimiento de la flota trisolariana recorriendo el universo. El espíritu no se acercó ni entró en contacto con ellos hasta que descubrió la existencia de la flota.

¿Qué clase de fuerza inconcebible podía contrarrestar el enorme poderío del movimiento de la galaxia y mantener una posición fija?

Las investigaciones de los trisolarianos desvelaron que el espíritu no tenía

masa, y que el efecto de la materia que pudieron captar las ondas gravitacionales había sido generado por un campo de fuerza que lo apartaba de cuanto lo rodeaba y mantenía la existencia separada de alguna «cosa»; pero esa cosa no tenía superficie física, sino que probablemente era solamente un punto. Esa enorme estructura luminosa había sido proyectada por ese punto en un instante.

El espíritu había dicho la verdad: era solo una proyección sin ninguna existencia física.

En cualquier caso, los trisolarianos eran conscientes de que se trataba de una civilización divina que se escapaba a su imaginación, una civilización que no parecía tener ninguna intención hostil hacia ellos; incluso había intentado comunicarse con ellos sin que ningún trisolariano pudiera mantener un intercambio con aquel espíritu. Más de doscientos trisolarianos, de hecho, enloquecieron o perdieron facultades mentales después de intentar comunicarse con aquella entidad, lo que finalmente les llevó a ser deshidratados e incinerados.

Yun Tianming también fue uno de los que entró en contacto con aquel visitante, y durante un tiempo enloqueció por completo. Para cuando hubo recuperado la cordura ya había pasado más de un mes terrestre. Pero los trisolarianos no le abandonaron: observaron en las grabaciones que durante todo ese tiempo Yun Tianming estuvo murmurando sin parar, a veces con la cabeza gacha en aspecto meditabundo, lo que indicaba que había mantenido una larga conversación con el espíritu. Los demás trisolarianos, en cambio, enloquecían nada más recibir las formas de consciencia hasta tal punto que sus ondas cerebrales acababan completamente distorsionadas, ya que a causa de su composición fisiológica no podían recurrir al desmayo para protegerse.

Los trisolarianos escucharon atentamente a Yun Tianming con la esperanza de obtener algún tipo de supertecnología de aquella civilización divina. Sin

embargo, ni interrogando a Yun Tianming ni hipnotizándole ni examinando sus sueños pudieron conseguir apenas información. Poco después Yun Tianming recuperó parte de sus recuerdos, pero ni siquiera él fue capaz de recordar lo que el espíritu le había dicho. Después de examinar su cerebro, los trisolarianos descubrieron con gran sorpresa que había una gran parte en blanco que había sido rellenada por una enorme cantidad de información que los trisolarianos no podían interpretar, y que tampoco interactuaba con las demás zonas del cerebro de Yun Tianming.

A Yun Tianming solo le acompañaba un infinito sentimiento de terror. Aunque no conseguía recuperar el contenido de sus recuerdos, el miedo que sintió en aquel momento seguía grabado en su mente y de vez en cuando hacía que se despertara en medio de su sueño.

Conforme fue pasando el tiempo comenzaron a salir a la superficie varias informaciones secundarias que habían permanecido latentes en su consciencia. Un día, cuando los trisolarianos le contaron la proeza de las naves capaces de alcanzar la velocidad de la luz, Yun Tianming recuperó fragmentos de algunas de las ideas no elaboradas de la información que el espíritu había compartido con él.

—... EL MÉTODO DE SEGURIDAD MÁS BAJO ES... USAR LA VELOCIDAD DE LA LUZ... CONVERTIRSE EN UN AGUJERO NEGRO...

Yun Tianming no entendía eso de «convertirse en un agujero negro», y mucho menos qué relación podía tener con unas naves capaces de alcanzar la velocidad de la luz; aunque estaba seguro de que existía algún nexo entre ambas cosas. Tras muchos días de agotadoras reflexiones, alcanzó a comprender el secreto de los dominios negros. Quería contárselo a los trisolarianos —y es que al fin y al cabo eran ellos quienes tenían que realizar

experimentos para verificar su hipótesis—, con la condición de que detuvieran su invasión del Sistema Solar.

—Eso es imposible —sentenció categóricamente el general de la flota trisolariana—: no abandonaremos la gran conquista del Sistema Solar por una declaración de seguridad. Tus congéneres no han iniciado la retransmisión de ondas gravitacionales, y ya no podrán hacerlo nunca más, así que de momento no necesitamos esa tecnología.

—Allá vosotros: así no conseguiréis información sobre una civilización divina —le espetó Yun Tianming conteniendo su rabia.

—No —le corrigió el general—; necesitamos la información que tú nos puedes proporcionar. No podemos canjearla por la Tierra, pero sí podemos hacer algunas concesiones. Mira... —dijo, mostrándole a Yun Tianming unas imágenes captadas por los sofones: eran escenas dantescas inmediatamente posteriores al ataque de las gotas que mostraban una Tierra sumida en la anarquía y en la que un sinnúmero de personas morían como consecuencia de las estampidas, los asesinatos, las huidas y el hambre desencadenados por el pánico...

Una de aquellas imágenes le llamó la atención: en algún lugar de la costa Oeste de Estados Unidos, una mujer con un parecido más que razonable con Cheng Xin había sido descubierta entre la multitud mientras huía. Alguien gritó: «¡Mirad, es ella! ¡Esa es la perra que nos ha traicionado, la que ha vendido a la humanidad!». Entonces fue rodeada por una multitud tumultuosa que la golpeó y pateó mientras le rasgaba la ropa que llevaba puesta. A su lado, un hombre que posiblemente fuera su marido o su novio imploraba: «¡Basta, por favor! ¡No es Cheng Xin! ¡No es ella! ¡Somos coreanos!». Pero sus palabras fueron en vano: aquellos hombres enfurecidos le habían destrozado la ropa a aquella mujer inocente y estaban turnándose para

violarla. Las mujeres también se lanzaron sobre ella, y comenzaron a arañarla y morderla como si de bestias se trataran...

—Esa no es Cheng Xin —explicó el trisolariano—. Todavía está bajo protección de la ONU, aunque la verdad es que la situación pronto se saldrá de madre. Para cuando eso ocurra, es posible que sufra una muerte todavía más terrible.

Yun Tianming apretó los puños. No tenía otra opción. No podía soportar la idea de ver a Cheng Xin morir de esa manera tan cruel. Finalmente se rindió:

—Está bien. Puedo avisaros, pero tenéis que ordenar a Tomoko la creación de una fuerza de seguridad que mantenga el orden y evite muertes innecesarias, además de proteger a Cheng Xin y a sus amigos —pidió en tono perentorio.

Así fue como los trisolarianos consiguieron una forma de lanzar un aviso de seguridad: reducir la velocidad de la luz.

Como era natural, en ese momento los trisolarianos todavía no imaginaban que su planeta pronto quedaría expuesto al resto del universo, y por eso no dedicaron apenas esfuerzos a estudiar los dominios negros.

Cuando se enteraron de que las ondas gravitacionales habían sido retransmitidas intentaron crear dominios negros, pero el ataque de bosque oscuro llegó demasiado rápido y no les dio tiempo.

La humanidad, en cambio, tenía tiempo de sobra; pero también desaprovechó su oportunidad.

En otro espantoso sueño Yun Tianming imaginó que era aquel «buscador» del que había hablado el espíritu, y vagaba sin rumbo por el universo en busca de ese invisible Oculito. Recorría miles de millones de estrellas y galaxias sin encontrar absolutamente nada. Finalmente llegó al centro de la

Vía Láctea, donde vio el núcleo plateado, más brillante que cualquier otra galaxia, en cuyo interior giraban varios millones de antiguas estrellas, bailando una vertiginosa danza gravitatoria... En el centro del núcleo plateado había un enorme agujero negro que él era incapaz de ver, pero el enorme disco de acrecimiento que llevaba consigo mostraba su posición en ese lugar. Al colocar el Sol en aquel, aparecía como una mota de polvo sobre un disco de gramófono.

Sin embargo, Yun Tianming pronto descubrió que aquel disco de acrecimiento era en realidad uno muy fino que parecía girar en torno al agujero negro; se acercó al disco de acrecimiento y vio que evidentemente se trataba de una enorme pintura en la que estaba plasmado con una gran viveza el interminable sistema estelar de aquel universo. Al acercarse a aquel enorme cuadro alcanzó a ver incluso naves de todos tamaños y formas, todo tipo de extrañas formas de vida extraterrestre, plasmados con todo lujo de detalles de un modo increíble pero inerte. Yun Tianming sintió que una enorme fuerza lo arrastraba, intentando absorberlo al interior del cuadro. Trató de escapar con todas sus fuerzas, pero la potente atracción de la gravedad seguía arrastrándole a ese inmenso plano bidimensional.

Luchó con todas sus fuerzas hasta liberarse de aquella misteriosa maldición, y salió de la superficie de aquel disco de acrecimiento; pero entonces se precipitó en un agujero negro aún más aterrador, atravesó su horizonte de sucesos y cayó en el corazón de las tinieblas... En aquel vacío vio unos fuegos fatuos bajo cuya extraña luz se escondía un brujo cubierto con un manto oscuro y un sombrero puntiagudo, que lucía una siniestra sonrisa bajo una nariz aguileña. Estaba pintando un cuadro sobre un gran lienzo del que no paraban de salir agujeros negros, que se fueron enroscando los unos sobre los otros hasta convertirse en una parte del disco de acrecimiento. Vio que el brujo había dibujado el Sol, la Luna y la Tierra, y

entonces le miró a él e hizo un dibujo de sí mismo sin perspectiva en el que plasmó con total precisión todos y cada uno de sus cabellos, su vello e incluso su terrorífica mirada. A continuación él también fue absorbido por el cuadro, fundiéndose en un retrato de sí mismo en dos dimensiones...

Yun Tianming se despertó de la pesadilla entre gritos.

«YA HAN CAÍDO, ESTÁN CAYENDO Y CAERÁN EN DIMENSIONES INFERIORES, HASTA QUE AL FINAL...

»ESTO FORMA PARTE DE SU PLAN...»

De repente recuperó de algún lugar oculto en las profundidades de su mente fragmentos de las palabras del espíritu que había olvidado. Justo entonces comprendió el significado de aquel sueño.

—¡Un ataque dimensional! —AA relató con voz temblorosa la aterradora escena que ella misma había presenciado en el momento en el que el Sistema Solar fue destruido: Neptuno y Júpiter, como dos enormes ojos en dos dimensiones plasmados con todo lujo de detalles en el espacio bidimensional, copos de nieve más grandes que la Luna... El fantasioso sueño de Yun Tianming se había hecho realidad, y al final había resultado ser más terrorífico todavía.

Yun Tianming asintió con gesto grave.

—Si tu sueño realmente llevaba impresa la información que te había transmitido el espíritu y la bidimensionalización de aquel trozo de papel no se detendrá jamás, ¿quieres decir que al final... —AA sintió un escalofrío— el universo entero pasará a ser un mundo en dos dimensiones?

—No solo eso —suspiró él, que se preparaba para revelar algo todavía más increíble—: el espíritu me contó que nuestro mundo tridimensional es en realidad el resultado de un ataque dimensional, y que antes el mundo tenía más dimensiones.

—O sea... —AA se esforzaba por captar las implicaciones de lo que le

estaba explicando, no tanto porque fuera difícil de comprender como por el hecho de que costaba de creer—, ¿que antes el universo era tetradimensional? ¿Aquellos fragmentos tetradimensionales eran restos del mundo anterior?

Entonces recordó las palabras del anillo: CUANDO EL MAR SE SECA, LOS PECES TIENEN QUE REUNIRSE EN UN CHARCO.

—No era tetradimensional, sino decadimensional —dijo él con un hilo de voz—. El universo tetradimensional era en sí mismo el resultado de muchas reducciones dimensionales. El universo de diez dimensiones era el mundo perfecto al que se refería el espíritu. Ahora entiendo por qué Pitágoras dijo aquello de que el diez es el número perfecto.

—¡Diez dimensiones! —AA volvió a sorprenderse, aunque esta vez no tanto como antes. Al fin y al cabo, para ella la diferencia entre un cuatro y un diez era solo la que existía entre dos números.

—En realidad los científicos humanos ya habían descubierto que la partícula más básica tiene diez dimensiones, pero que solo tres de ellas están completamente desplegadas mientras el resto se encuentra latente en el microcosmos... Los científicos elaboraron muchas teorías para explicar este fenómeno, pero jamás habrían podido imaginar que se trataba del resultado del daño perpetrado por formas de vida inteligente sobre la estructura primigenia del cosmos.

AA suspiró emocionada, y a continuación formuló una pregunta más práctica:

—Entonces ¿es el Oculito el que lanzó el ataque contra el Sistema Solar?

—No necesariamente —contestó Yun Tianming tras sopesar la pregunta—; puede que otras civilizaciones superiores también tengan armas capaces de reducir las dimensiones a modo de ataque de bosque oscuro. Lo que sí podemos deducir es que la reducción dimensional es el objetivo último del Oculito.

—¿Para qué quiere eso? —preguntó AA.

—No lo sé —suspiró él—. Puede que ese sea el secreto mejor guardado del universo. ¿Te acuerdas de las zonas en las que los sofones perdían señal?

AA asintió: eran unas misteriosas zonas esparcidas por todo el universo en las que los sofones dejaban de funcionar. Como era de esperar, una doctora en astronomía como ella las conocía bien.

—¿Cómo sería el universo si no existieran esas zonas? —insinuó de repente Yun Tianming.

AA se estremeció. No le gustaba perderse en disquisiciones bizantinas, pero esa pregunta abstracta tenía un sentido práctico. Al inicio de la Era de la Disuasión, el mundo académico había debatido largo y tendido acerca de la existencia del bosque oscuro. Una corriente de pensamiento bastante popular en la época aseguraba que en el universo todas las civilizaciones tenían la capacidad de crear sofones o una tecnología de comunicación cuántica similar, y que en el transcurso de miles de millones de años varias de esas civilizaciones habían esparcido aquellos sofones por todos los rincones del universo, de tal manera que la presencia del bosque oscuro había quedado reducida. Los defensores de esa teoría creían que los ataques de bosque oscuro tan temidos por terrícolas y trisolarianos eran un fenómeno parcial del universo con el que se estaba exagerando.

Esa teoría, no obstante, quedó desmentida poco después con el descubrimiento de las zonas sin señal para los sofones. Varios indicios apuntaban a que esas zonas eran algo artificial. El universo también era un lugar opaco para todas las civilizaciones, y por eso cabía la posibilidad de que el estado de bosque oscuro existiera por todas partes.

Pero las zonas sin señal también planteaban desafíos para la teoría del bosque oscuro. Cualquiera podía llegar a la conclusión de que, si una civilización era capaz de colocar esas zonas por todo el universo y de ese

modo proyectar su influencia sobre la totalidad del cosmos, no tenía ninguna necesidad de crear esas zonas, sino que simplemente podía observar y matar en la cuna a cualquier civilización que estuviera en pañales y convertirse en dominadora de todo el universo.

A menos, claro está, que tuviera otro objetivo...

—¿Acaso... es el Oculito quien creó las zonas sin señal para los sofones, y el que está detrás del estado de bosque oscuro? —Se le puso la piel de gallina solo de pensarlo.

—No lo sé, la verdad —repuso Yun Tianming apesadumbrado—; pero es muy probable que así sea. De no haber habido una supercivilización colocando obstáculos por todo el universo, puede que tampoco hubiera existido el bosque tenebroso. Pero si realmente es así, se trataría de una civilización oscura de una maldad sin igual, capaz de jugar con el universo a su antojo una vez destruido el jardín del Edén. Es como un Satanás a nivel cósmico...

Volvieron a hablar acerca de pistas que hubiera podido dejar el Oculito, pero no llegaron a ninguna conclusión. Tal vez Yun Tianming tenía más conocimiento escondido en su mente, pero solo era capaz de recordar unos pocos fragmentos. Aquel profundo misterio del universo todavía no les había sido desvelado.

Al cabo de un rato, AA volvió a formular otra pregunta:

—O sea, ¿que para mandarles a la humanidad el mensaje del ataque dimensional te inventaste la historia de la princesa Gota de Rocío y el príncipe Aguas Profundas?

—No del todo: ya te he dicho que eso era parte de mis sueños. Lo único que hice fue mezclar cosas que salieron en varios de mis sueños.

—¿Y los trisolarianos no sospecharon nada? Era una metáfora bastante evidente.

—Una de las mayores debilidades de los trisolarianos es su falta de imaginación —le recordó Yun Tianming—. Si hubiesen sabido de antemano que se iba a producir este tipo de ataque, es posible que se hubiesen dado cuenta; pero no tenían ni idea. Si ni siquiera el ser humano fue capaz de adivinar la verdad sobre el ataque dimensional contenido en esa historia, ¿cómo lo iban a haber hecho los trisolarianos? Al fin y al cabo, nunca habían sufrido un ataque de esas características.

Yun Tianming no le contó a los trisolarianos ese gran secreto que había descubierto, aunque tampoco veía de qué manera iba a poder ayudar eso a resolver el conflicto entre la Tierra y Trisolaris. Los trisolarianos habían explorado ese sueño de Yun Tianming, pero aquella pesadilla apenas destacaba entre el gran número de visiones extrañas que había tenido. Los trisolarianos eran incapaces de interpretar el verdadero significado de esos sueños, y Yun Tianming no le pondría el cascabel al gato.

Pero más de un año más tarde la retransmisión de ondas gravitacionales por parte de la nave *Gravedad* llegó a la flota trisolariana, y el plan de conquista de la Tierra tuvo que ser abortado. Las probabilidades de que tanto la Tierra como Trisolaris quedaran expuestos aumentaron exponencialmente. Fue entonces cuando Yun Tianming logró al fin liberarse de la pesada carga moral de tener que ayudar a los trisolarianos a invadir la Tierra, pero tuvo que asumir una responsabilidad todavía mayor: salvar a la humanidad del inminente ataque de bosque oscuro que una civilización superior había lanzado contra el Sistema Solar.

Aquel espíritu procedía de un mundo con diez dimensiones, pero tenía un amplio conocimiento de todo lo que ocurría en el mundo tridimensional. Le contó a Yun Tianming siete posibles formas de ataque de bosque oscuro, una de las más avanzadas de las cuales era la bidimensionalidad. Más de un año después de entrar en contacto con el espíritu, Yun Tianming empezó a

recordarlo todo poco a poco. Los trisolarianos tenían prisa por conseguir esa preciosa información para poder defenderse. Yun Tianming compartió con ellos las otras seis formas de ataque, pero no les dijo nada acerca del ataque dimensional. Su intuición le indicaba que aquella era seguramente la forma de ataque con más probabilidades de ser empleada contra el Sistema Solar; y sabía que si le contaba todo eso a los trisolarianos ellos no compartirían esa información con los humanos, y mucho menos dejarían que Yun Tianming contactara con ellos.

Pero finalmente Yun Tianming consiguió la inestimable oportunidad de reunirse con Cheng Xin, con la condición de compartir con los trisolarianos las otras seis formas de ataque. Durante aquel encuentro le contó a Cheng Xin tres cuentos de hadas en los que mezcló las imágenes de sus sueños con otras historias. Ocultó bastante bien la parte acerca de los dominios negros y la propulsión por curvatura, mientras que la metáfora sobre el ataque de reducción dimensional estaba fuera del alcance de los conocimientos y la comprensión de los trisolarianos, de manera que no sospecharon nada.

—Pero ¿qué habría pasado si te hubieras equivocado y la civilización superior hubiese empleado otra forma de ataque en vez de un ataque dimensional? —reflexionó AA.

—No es incompatible lo uno con lo otro. Las naves capaces de alcanzar la velocidad de la luz también pueden evitar otro tipo de ataques. Ese era el método más seguro: no podía desvelar demasiada información en un cuento, así que tenía que ser lo más selectivo posible.

—Tengo otra duda... Cuando os visteis dijiste que tú y Cheng Xin os conocíais de pequeños, y que siempre os contabais historias. Si los trisolarianos eran capaces de explorar tus recuerdos, ¿cómo es que no descubrieron el engaño? —AA quiso haberle hecho esa pregunta hacía mucho tiempo, pero no quería interrumpirle.

Yun Tianming alzó la mirada hacia la negra bóveda del cielo, intentando recordar el pasado de un Yun Tianming que se había perdido en un lejano punto en el tiempo y que parecía haber muerto ya, y murmuró:

—No era exactamente una mentira. Lo cierto es que... yo sí conocía a una chica así.

De pequeño Yun Tianming conoció a una niña tres años más joven que él, que era familiar de sus vecinos. Un verano ella fue de viaje a su ciudad, y por una extraña casualidad acabó conociendo a Yun Tianming. Durante el poco tiempo que pasaron juntos, él le contó historias que había leído en los libros: la guerra de Troya, los tesoros de Salomón, los caballeros de la Mesa Redonda, el mercader de Venecia... La mayoría procedían de los abstrusos libros que le había hecho leer ese padre obsesionado con la educación clásica; y esa chica también solía contarle pequeños cuentos fruto de su imaginación infantil: que si el príncipe Travieso, que si la princesa Elfa, que si el Cerdito Feliz... Eran historias sin ningún interés, pero Yun Tianming las escuchaba con gran fruición porque no tenía amigos y su padre no le dejaba jugar con los niños de «familias incultas». A los padres de Yun Tianming tampoco les gustaba demasiado que se relacionara mucho con aquella niña, porque su vástago acababa de empezar el primer año de la escuela secundaria, una edad «peligrosa» según ellos. Pero en su casa había estallado una crisis familiar y habían empezado a hablar de divorcio, así que no estaban de humor para prestarle mucha atención.

Yun Tianming solo pasó algo más de un mes con aquella niña. Cuando terminaron las vacaciones de verano, ella regresó a su ciudad, y quedaron en volver a verse al año siguiente. Pero poco después los padres de Yun Tianming se divorciaron, y se marchó con su padre a la casa donde habían

vivido siempre. Jamás volvió a ver a aquella niña, y se hundió aún más en la melancolía. El polvo del tiempo había sepultado esta anécdota insignificante, y muy pocas veces la mencionaba.

Sin embargo, esa chica consiguió transmitirle algo de calidez en una de las etapas más duras de su vida. Y el embrión de los tres cuentos narrados por Yun Tianming eran historias que esa niña le había contado:

—El príncipe Malvado, usando magia negra para matar a la princesa Gota de Rocío, hizo que cayeran meteoritos del cielo... Una ninfa bajó para proteger a la princesa usando un paraguas hecho con nubes de colores que podía repeler las piedras... La cubrió con él y protegió a la princesa...

»Al final la ninfa y la princesa fueron a la isla Despreocupada acompañadas por el capitán de la guardia de palacio, encontraron al príncipe Alta Montaña, que había aprendido la magia de la ninfa y podía volverse tan grande como una montaña y tan pequeño como un grano de arena...

»El príncipe Alta Montaña mató al príncipe Malvado, y al final la princesa y el capitán de la guardia vivieron felices y comieron perdices para siempre. El príncipe Alta Montaña y la ninfa se marcharon del reino y volvieron a la isla, donde se casaron...

Yun Tianming todavía recordaba la forma en que la niña le había relatado todos aquellos cuentos, totalmente entregada con su expresión infantil. Recordó también haberle preguntado por qué no se habían casado el príncipe Alta Montaña y la princesa Gota de Rocío.

—¡Eh! ¿Es que no me has escuchado? —exclamaba la niña, haciendo una mueca—. El príncipe Alta Montaña es el hermano mayor de la princesa. ¿Cómo se iban a casar? Por eso tenía que casarse con la ninfa, y la princesa Gota de Rocío con el capitán de la guardia.

La verdad era que esa niña no se parecía demasiado a Cheng Xin, pero cuando Yun Tianming conoció a su compañera de universidad no pudo evitar

coquetear con la fantasía de que ya se conocían desde hacía mucho tiempo. Por eso proyectó su sombra sobre el pasado, y en su imaginación aquella niña se convirtió en la Cheng Xin de su infancia. Los trisolarianos eran incapaces de distinguir ambos detalles a partir del conocimiento que tenían de su mente, y Yun Tianming añadió adrede recuerdos falsos para despistar a los alienígenas y hacerles creer que tanto él como Cheng Xin realmente habían coincidido siendo niños, sin darse cuenta de que Yun Tianming estaba moldeando sus propios recuerdos.

—Pero esa niña... ¿la volviste a ver al final? —preguntó AA con voz temblorosa.

—No; habría sido imposible en un mundo tan grande. Ni siquiera recuerdo cómo se llamaba. Solo recuerdo que sus familiares y amigos la llamaban «Weiwei»... Un momento, ¿qué te pasa? —Yun Tianming se dio cuenta enseguida de que algo raro le pasaba a AA, que tenía los ojos bañados en lágrimas y respiraba con dificultad mientras clavaba una extraña mirada en él.

En el rostro de Ai AA se dibujó una fría sonrisa.

—¿Te olvidaste de su nombre y todo? Hay algo que yo sí sé y tú no: el nombre completo de Weiwei era Ai Xiaowei.

Yun Tianming pensaba que, después de conocer el secreto del universo decadimensional, nada del universo tridimensional volvería a sorprenderle. Pero se equivocaba: las cosas más increíbles no eran los inexplicables grandes misterios del universo, sino los hechos pasados que tienen que ver con la vida y las relaciones de las personas.

La mente de Yun Tianming se había quedado en blanco. Jamás se había parado a pensar qué relación podía haber entre aquella niña que había

conocido de pequeño y alguien como Ai AA, que había nacido más de doscientos años más tarde.

Pero AA no se había equivocado: aquella chica se llamaba efectivamente Ai Xiaowei. No es que no se acordara, sino solo que no se había parado a pensar en los detalles. La parte inconsciente de su mente no quería destruir la ilusión de que aquella niña era Cheng Xin de pequeña.

Pero ¿cómo podía AA saber algo así? Yun Tianming se la quedó mirando y recordó aquella extraña sensación de *déjà vu* que tuvo al verla por primera vez. ¿Se trataba acaso de una sensación totalmente infundada, una pura casualidad? Pudo apreciar de manera cada vez más nítida la huella de la antigua Weiwei en el rostro de AA; pero Weiwei era una niña de once años cuando la conoció, y aunque AA fuera realmente ella no habría sido capaz de reconocerla tan solo a través de la cara.

Además, tenía la certeza de que Ai AA no era una persona de la Era Común. Aunque no había estudiado a fondo su pasado, observaba en ella costumbres, gestos y otros elementos propios de aquel mundo dos siglos posterior al suyo, algo que resultaba imposible de aparentar. Las observaciones que había llevado a cabo a través de los sofones y el año y pico que había convivido con ella parecían corroborarlo.

A menos que hubiese comenzado a hibernar con once años; pero en aquella época eran los años noventa del siglo xx... y esa tecnología todavía no existía.

En un breve instante pasaron por la mente de Yun Tianming un sinfín de ideas, ninguna de ellas lo bastante convincente. Quería preguntar algo, pero al abrir la boca solo alcanzó a balbucear unas pocas palabras inconexas:

—Pe... pero... ¿cómo...?

—No digas nada. Primero escúchame, ¿vale? —AA le puso suavemente la mano sobre los labios—. Tianming, hay algo muy importante, algo que llevo

queriendo decirte desde hace mucho mucho tiempo; pero nunca he sabido por dónde empezar.

»No tienes por qué culparte a ti mismo de la destrucción de la humanidad, en serio. La culpable de todo, en realidad... soy yo.

—¿Cómo es posible...?

—En todo esto he tenido un papel mucho mayor del que crees. Pero tenemos que remontarnos a la Era Común... En lo tuyo con Cheng Xin había una tercera persona, el verdadero Oculto de esta historia —empezó AA.

»Esa persona era Ai Xiaowei, o Weiwei... —dijo AA con un hilillo de voz; eran unas palabras que claramente había ensayado miles de veces en su cabeza—. Era una niña a la que le gustaban los cuentos y la fantasía. Una vez fue a pasar el verano a casa de su tía en otra ciudad. Su pariente vivía en un edificio grande, junto al cual había otro edificio alto de aspecto idéntico, y como no estaba muy familiarizada con aquel nuevo entorno al día siguiente de llegar se fue al edificio de al lado. Cuando un niño desconocido le abrió la puerta se dio cuenta de que se había equivocado, y se puso a llorar de la angustia. El niño la llevó al salón de su casa y le sirvió un helado, y poco a poco dejó de llorar.

Yun Tianming se acordó de aquella escena y no pudo contener una sonrisa. La poderosa curiosidad que sentía por conocer la verdad le hizo rememorar la calidez y la tristeza de sus años de juventud.

—El niño la acompañó de vuelta a su casa, pero Weiwei no sabía decirle dónde vivía exactamente; solo que era en el edificio de al lado. Llamaron a muchas puertas sin que nadie les abriera, y cuando sí había gente en casa no era la que buscaban. Finalmente aquel chico no supo qué hacer, y la llevó al jardín que había al pie del edificio a esperar a que su familia fuera a buscarla.

»Se quedaron allí sentados varias horas, y como estaban aburridos Yun Tianming empezó a contarle varios cuentos. Weiwei también le explicó

varias historias que se había inventado, y justo cuando mejor se lo estaban pasando aparecieron los familiares de Weiwei, que se la llevaron de vuelta a casa.

Al llegar a ese punto de la historia, AA hizo una pausa y le preguntó:

—¿Todavía recuerdas aquella historia que Weiwei no terminó de contarte?

Yun Tianming negó con la cabeza, completamente mudo de asombro. Se acordaba de las circunstancias de la historia, pero le resultaba imposible acordarse del argumento.

—El cuento se llamaba «La persona que regaló una estrella», e iba sobre una princesita de un reino que un día se encontró con un chico muy raro que le dijo que quería regalarle una estrella. Ella no le creyó, y ordenó a uno de sus guardias que le expulsara. Luego pasaron muchas cosas: la madrastra intentó matar a la princesa, que se escapó de palacio y fue perseguida por aquella y todo un ejército. Al verse acorralada, la princesa observó que de aquella estrella bajaba una escalerilla por la que ella misma empezó a subir. Su madrastra también subió por la escalera llevándose consigo a su ejército. Al final una persona que estaba en esa estrella la cogió de la mano: era aquel extraño chico. Cortaron la escalerilla y la madrastra y su ejército se precipitaron al vacío.

»Al final los dos vivieron felices en aquella estrella.

Los recuerdos empezaron a aflorar poco a poco en la cabeza de Yun Tianming, que comenzó a recordar aquella historia y más cosas. Esa historia tan pueril y sencilla también había aparecido entre los sueños que había tenido a bordo de la nave trisolariana, aunque con algunos retoques superficiales. Pensaba que todo aquello eran los efectos del subconsciente por haberle regalado aquella estrella a Cheng Xin... Pero ¿y si era justo al revés? ¿Y si el motivo por el que quiso regalarle la estrella a Cheng Xin desde el principio hubiera sido en realidad aquella historia que le había contado

Weiwei? ¿Es que ese cuento había permanecido latente en su consciencia sin que él sospechara nada?

—Entonces Weiwei empezó a salir a jugar contigo, y aquel verano se convirtió en uno de sus mejores recuerdos... No sé si te acuerdas de que quedasteis en volver a veros al año siguiente, pero un año después ella regresó a aquella ciudad y tú ya te habías mudado. Y así fue como perdisteis el contacto.

No quedaba ni rastro de la AA juguetona y bromista, sino que solamente oía su voz tranquila y fría. A lo lejos sopló una fría ráfaga de viento, gélido y triste como el aire de las noches de la Tierra, que agitó los desordenados pensamientos de Yun Tianming. Sintió que sus ojos se humedecían.

—Estos recuerdos de infancia, apenas un amorío, se desvanecieron sin remedio. Diez años más tarde Weiwei se convirtió en una mujer hecha y derecha que fue a la universidad y empezó a trabajar. Da la casualidad de que estudió y trabajó en la misma ciudad que tú; pero no te volvió a ver nunca más, y guardó aquellos recuerdos en su corazón. A veces se preguntaba dónde estaría aquel niño, y si estaría casado o no. Pero no era más que una pregunta que se hacía a sí misma, y no tenía ninguna prisa por conocer la respuesta.

»Y justo entonces, en el momento más inesperado, os volvisteis a encontrar.

—¿Que nos volvimos a encontrar? —preguntó Yun Tianming estupefacto. No recordaba haber visto en ningún lugar a la Ai Xiaowei adulta, pero al contemplar el rostro dulce y triste que tenía delante la sensación de estar frente a alguien que había conocido hacía mucho tiempo se fue volviendo cada vez más intensa, y de repente surgió un borroso recuerdo de entre las profundidades de su memoria.

—¡Sí! ¡Te vi...! ¡En la Era Común...! ¡Te vi en algún sitio, seguro!

Un caos de pensamientos llenaba la cabeza de Yun Tianming, que se esforzaba por buscar aquel rostro entre sus recuerdos. El instituto, la universidad, la empresa, el hospital... Antes de marcharse de la Tierra había llevado una vida bastante sencilla y había tenido contacto con muy pocas chicas de su edad, pero no conseguía encontrar a nadie que se pareciera a AA. Estaba seguro de haberla visto en algún lugar, pero ¿dónde? ¿Era la chica que se sentaba delante de él en la biblioteca de la universidad? ¿La oficinista con quien solía tropezarse en el ascensor, tal vez? ¿O quizá aquella chica con la que compartió piso durante una temporada? En su mente fueron apareciendo distintos rostros, hasta que finalmente sacudió aturdido la cabeza en señal de que no se acordaba.

Ai AA esbozó una sonrisa de impotencia.

—Pensaba que al menos te acordarías de algo, porque fue algo muy importante para ti. Puede que lo más importante de tu vida. Fue el día —dijo señalando el sol— en el que compraste esa estrella.

¡«Aquel» día!

Los recuerdos que dormían en su mente se despertaron, y lo recordó todo con tanta nitidez como si hubiera ocurrido el día anterior: había recibido un mensaje de su amigo Hu Wen, el doctor Zhang le había acompañado en coche a la oficina de la UNESCO en Pekín, había entrado en la oficina del Proyecto Estrellas y había hablado con una mujer extranjera y con el doctor He. Un momento, parecía haber olvidado a alguien... Cielos, ¿es que acaso...?

Yun Tianming respiró hondo, señaló con el dedo a AA y exclamó lleno de sorpresa:

—¡Eres aquella chica del Proyecto Estrellas! ¡La chica de recepción! Pero ¿cómo...? ¿Cómo...?

—Esa no era yo —negó AA, agitando la cabeza—; era tu amiga de la infancia, Ai Xiaowei... mi antiguo yo.

Yun Tianming no entendía qué quería decir con eso de «antiguo yo». Recordó los detalles de aquella recepción: efectivamente, aquella chica que correteaba de un lado para otro sirviendo té y lanzándole de vez en cuando miradas de curiosidad parecía rebosar energía. Eso fue todo lo que consiguió recordar. En circunstancias normales su particular atractivo físico le habría llamado más la atención, pero en ese momento era un enfermo terminal a las puertas de la muerte muy bajo de ánimos y en cuyo corazón solo había lugar para Cheng Xin, y sentía una total indiferencia por la belleza femenina. Finalmente se olvidó de ella, pero jamás habría imaginado que existiría una relación entre ella y AA.

—No te acuerdas de nada, ¿verdad? —dijo AA con una sonrisa burlona—. Claro, para ti solo fue una persona más, como cualquier otra que te hubieras encontrado por la calle; pero tu aparición le cambió la vida.

»Ella al principio tampoco te reconoció. Cuando le dijiste que querías comprar una estrella se pensó que eras un millonario de esos que tienen la vida resuelta y se buscan cualquier cosa para pasar el rato, y mientras te hacía una presentación del proyecto se reía de ti para sus adentros. Luego, cuando le dijiste al doctor He que la estrella era para regalar, ella se acordó de aquel cuento: tu cara le empezó a sonar cada vez más, pero tú no quisiste desvelar tu identidad. Lo único que sabía era que la destinataria de la estrella se llamaba Cheng Xin. Cuando reunió el valor suficiente para dirigirse a ti directamente, el doctor He ya te había llevado en coche a las afueras de la ciudad a contemplar la estrella.

»Esa fue la despedida definitiva.

»Weiwei pensaba que eras un joven millonario, y no quería molestarte; pero al día siguiente el doctor He le contó que estaba convencido de que eras un enfermo terminal al que le quedaban pocos días de vida. Entonces se obsesionó contigo, y removi6 Roma con Santiago en busca de tu paradero.

Pero no sabía nada aparte de tu nombre. ¿Sabes cómo te encontró al final? Se le ocurrió la idea de buscar en Lenlen y encontró tu perfil.

—Espera, querrás decir Renren,[9] ¿no?

—Sí, eso... —asintió AA—. No me acordaba bien. ¿Para qué servía esa página?

—Era una red social en la que los usuarios podían publicar datos personales como el nombre, la dirección o la universidad —explicó Yun Tianming.

En la era de AA, los contactos por internet habían experimentado muchos cambios, y las redes sociales que tenían en su época eran muy diferentes a las de la suya. Se habían convertido en antiguallas, como los útiles de piedra de los hombres prehistóricos.

Por mucho que se esforzara por recordar, Yun Tianming no conseguía acordarse de cuándo se había abierto una cuenta de Renren. Como mucho habría creado un perfil básico con apenas información, y después no habría vuelto a conectarse ni a escribir nada.

—Sí, pero tu único contacto era Hu Wen, ¿a que sí? El empresario. Por lo visto también era tu único amigo en la universidad. Era un hombre de negocios inteligente con un montón de amigos en Renren. Al cabo de dos o tres días, Weiwei escribió a Hu Wen y consiguió tu contacto. Fue a la clínica en la que estabas hospitalizado, pero se enteró de que te habías ido con Cheng Xin. Según la versión oficial, Cheng Xin te había acompañado a Estados Unidos para recibir tratamiento.

»Weiwei intuía que entre tú y Cheng Xin había una bella historia de amor, pero no sospechaba cuál era la verdad... Aquel romanticismo incurable tuyo le llegó al fondo del corazón. Puede que fuera entonces cuando al fin... se enamoró de ti y juró encontrarte. No sabía por qué, pero quería volver a verte. Pero quién le iba a decir... que ya te habían enviado al espacio.

»A partir de entonces comenzó para ella una vida llena de desdicha. Te estuvo buscando siete u ocho años, lo dejó todo y se fue a Estados Unidos en busca de Cheng Xin, pero para entonces ella ya estaba hibernando. Weiwei no podía viajar al futuro, así que desistió. Entonces conoció a un hombre encantador que no tenía mucho dinero pero que era casi tan romántico como tú y consiguió llegarle al corazón. Ella correspondió a su amor y vivieron momentos felices, pero un día al despertar Weiwei comprobó que aquel hombre se había marchado sin dejar rastro y que su cuenta bancaria había sido completamente desvalijada. Poco después descubrió que aquel bala perdida le había contagiado el sida... y a los pocos años falleció.

Yun Tianming emitió un sonido de sorpresa. No imaginaba que su compañera de juegos hubiera tenido un final tan trágico. Volvió a pensar en aquella chica optimista que vio al abrir la puerta de la oficina del Proyecto Estrellas. Ahora esa imagen había cobrado nitidez en su mente, pero ¿cómo podía saber que entre ellos había un pasado tan entrañable y un futuro tan incierto?

—Sabía que su vida estaba acabada, pero era incapaz de aceptarlo — prosiguió AA. Conforme se volcaba en la narración, empezaron a caerle las lágrimas.

»Murió con treinta y pico años y sin hijos. Se vio obligada a vender parte de su patrimonio y dejó algunas células que conservó en un banco genético. Quería renacer de alguna manera y tener una vida completamente nueva en el futuro. En aquella época mucha gente tenía ideas similares, y en todos los bancos genéticos había células dejadas por al menos varios millones de pobres soñadores a los que durante el Gran Cataclismo y la Era de la Crisis nadie se tomó la molestia de prestarles atención, y mucho menos clonarlos. La mayoría de esas células fueron destruidas, así que fue una gran suerte que las de Ai Xiaowei pudieran conservarse.

»Según el acuerdo inicial, sus genes solo podían preservarse durante un período de doscientos años, tras el cual podían ser destruidos en caso de que nadie estuviera dispuesto a clonarla. Doscientos años más tarde, a mediados de la Era de la Disuasión, la vida del ser humano volvió a la normalidad y se recuperaron los valores humanistas. Entonces se creó una organización para la protección de los genes que defendía que en esas células había seres humanos en potencia que tenían el derecho a la vida, por lo que se reunieron fondos para clonarlos. A causa de la falta de financiación se tuvo que clonar de forma selectiva, y se eligió a dos de cada cien personas. Y así fue como me clonaron a mí, supongo que por mi cara bonita. Doscientos años después he conseguido hacer realidad el sueño de mi antiguo yo...

—¿Antiguo yo? —Yun Tianming, confuso, no pudo evitar hacer la pregunta.

—Así es como los clones llamamos a nuestro cuerpo original después de muerto —explicó AA—. Mi antiguo yo dejó una larga carta en la que explicó su historia y me aconsejó no ser tan tonta y vivir la vida... Por eso sabía tantas cosas acerca de la Era Común y conocía de la existencia de la estrella DX3906; por eso la elegí como tema para mi tesis doctoral... —Entonces AA hizo una pausa, al sentir que las palabras que pronunciaría a continuación serían más duras.

La gran rueda de las transmigraciones había girado ante ellos durante setecientos años. ¿Cómo habrían podido saber que lo que parecía fruto del azar era en realidad algo dispuesto por su vida anterior? En ese mismo instante fue como si cada uno de los dos pudiera escuchar el latido del corazón del otro.

Ai AA esbozó una sonrisa despreocupada para rebajar la tensión que se respiraba en el ambiente.

—Tianming, no te lo tomes a mal. «Antiguo yo» es solo una forma de

hablar: no soy Ai Xiaowei, ni soy tan tonta como ella. Únicamente quiero que sepas que nunca has estado solo. En tus momentos de mayor soledad había alguien pensando en ti. Cuando tu cerebro crionizado surcaba el espacio había alguien en la Tierra buscándote con denuedo.

Entonces añadió otra frase:

—Y ese alguien no era Cheng Xin.

Yun Tianming permaneció un buen rato en silencio hasta que finalmente dijo con un hilo de voz:

—Ella fue mi Antonieta.[10]

Pasado un buen rato, AA prosiguió con su historia:

—En realidad fui yo quien despertó a Cheng Xin.

»Después de enterarme de que había hibernado durante la Era Común, me las arreglé para encontrar su paradero. Ese año supe que todavía estaba durmiendo, y que como no era una persona demasiado importante las autoridades no tenían planes de sacarla de su letargo. Pero yo tenía muchísimas ganas de reanimarla y ver ese amor platónico tuyo al que mi yo anterior nunca llegó a conocer. Justo entonces descubrí los dos planetas de DX3906, el mundo donde nos encontramos ahora mismo. Ese hallazgo no tenía apenas importancia, puesto que cada año se hacían miles de descubrimientos de planetas en sistemas estelares exteriores y la gente no les prestaba apenas atención... Pero le pasé la información a un amigo periodista que indagó en la historia del regalo que Cheng Xin recibió casi tres siglos antes y escribió un reportaje en un tono muy encomiable que despertó la curiosidad de la ciudadanía y llamó la atención de los gobernantes. Así fue como Cheng Xin fue despertada gracias a mis esfuerzos. Pero nunca pensé

que una vez dado ese paso ya no habría marcha atrás y Cheng Xin acabaría saltando a la fama para luego convertirse en portadora de la espada.

Yun Tianming palideció. Jamás habría imaginado que la culpable de que Cheng Xin hubiera sido elegida portadora de la espada fuera ni más ni menos que su amiga Ai AA.

—Puedes echarme todas las culpas. Yo tenía curiosidad, pero no pensaba que todo acabaría de esta manera... —dijo AA compungida.

Yun Tianming permaneció en silencio, incapaz de reprimir una pregunta en su interior: «¿Si AA no hubiera intentado despertar a Cheng Xin, o si hubiera tardado años en despertarla, qué habría ocurrido?».

Aunque otra mujer como Cheng Xin se hubiera postulado como portadora de la espada y el intento de Thomas Wade hubiese prosperado, ¿habría sido destruida la Tierra? Entonces a lo mejor Cheng Xin podría haber llevado una vida tranquila en la Tierra... o tal vez...

—Hacía mucho tiempo que tenía esa idea en la cabeza. Puede que quien tenga la mayor culpa de la destrucción de la Tierra no seáis ni Cheng Xin ni tú, sino yo. No sé cuántas veces intenté consolarla, pero lo cierto es que también intentaba consolarme a mí misma... Si mi curiosidad no me hubiese llevado a despertar a Cheng Xin, otro gallo habría cantado.

Yun Tianming cerró los ojos e hizo una mueca en su intento por recordar. Ai AA dijo con un semblante pálido:

—Échame las culpas a mí si quieres, pero no se las echas a Xiaowei... Ella no tiene nada que ver con todo esto. Ella solo quería decirte que...

—No —le interrumpió Yun Tianming con convicción—, no te culpo en absoluto. Ahora que recuerdo lo que ocurrió me doy cuenta de que, aunque hubiese sido otra mujer, si Wade la hubiera intentado asesinar de esa manera tan cruel yo también me habría visto en la obligación de salvarla.

»En esta vida todos los actos tienen consecuencias, pero no hay por qué

sentirse responsable de todas ellas. Las causas y las consecuencias son una red que nunca se acaba. Nadie puede tomar decisiones de forma independiente, sino que siempre existe la influencia de otras personas. Visto en perspectiva, Cheng Xin fue la portadora de la espada elegida por toda la humanidad. Su elección fue la elección de toda la raza humana, y sus valores fueron los de toda la humanidad; pero desde un punto de vista más concreto, Cheng Xin tomó una elección porque tú la despertaste, tú la despertaste por mí, y a mí me enviaron al espacio por Cheng Xin, la cual a su vez hibernó por mí... y quien tuvo la última palabra fue Wade, que intentó matar a Cheng Xin. Un lío tremendo.

»Ye Wenjie, Luo Ji y Zhang Beihai también podrían haber tomado otras decisiones: ¿quién sabe si, de haberlo hecho, el resultado hubiera sido distinto? Pero no podemos perder el tiempo comiéndonos la cabeza con esas preguntas. Al final la humanidad ha acabado extinguiéndose... Bueno, no del todo: según lo que te contó Guan Yifan, parece que los humanos galácticos han logrado explorar una nueva vía y han inaugurado una nueva era para la Vía Láctea. Pero nadie puede cambiar el hecho de que la Tierra y el Sistema Solar han desaparecido para siempre.

»¡Pero eso no es todo! ¡Puede que la Tierra y el Sistema Solar no fueran más que el principio! Puede que cuando dentro de mil, diez mil o muchos más años volvamos la vista atrás y observemos la destrucción de la Tierra, nos demos cuenta de que no fue más que un acontecimiento como la caída de Constantinopla. ¿Has oído hablar acerca de la caída de Constantinopla?

AA asintió, pero acto seguido sacudió la cabeza en señal de incompreensión.

—Algo me suena... lo leí en los libros de historia, pero no estoy segura.

—Hace un millón doscientos mil años, en 1453 —explicó Yun Tianming—, Constantinopla fue tomada por el Imperio otomano, lo cual puso fin al

Imperio romano de Oriente, también conocido como Bizancio. De este modo cayó la muralla que protegía a la civilización europea, y toda Europa tembló ante la amenaza del mundo islámico y el Gran Turco. Pero dio la casualidad de que ese episodio supuso el inicio del resurgir de Europa y el nacimiento de la civilización moderna: muchos eruditos bizantinos viajaron a Europa occidental llevando consigo el surgimiento de la civilización grecolatina y permitiendo así el nacimiento del Renacimiento; y como el Imperio otomano cortó el camino hacia Asia, los europeos tuvieron que buscar otras rutas comerciales para llegar hasta China, lo cual dio paso a la era de las grandes exploraciones... En apenas un siglo, españoles, portugueses, holandeses e ingleses habían colonizado el mundo entero y habían obrado un milagro moderno que ni los europeos del Medioevo, ni los antiguos griegos ni los romanos habrían podido llegar a imaginar jamás. ¿Puede que la destrucción del Sistema Solar sea el comienzo de una esplendorosa Era Galáctica!

Yun Tianming y AA permanecieron en silencio, absortos mientras imaginaban el futuro de la humanidad. Al cabo de un rato Yun Tianming forzó una sonrisa y dijo:

—Todo esto son fantasías absurdas... ¿Para qué pensar en la Era Galáctica, cuando seguramente no logremos abandonar este dominio negro en la vida? Aunque algún día exista una era semejante, es probable que antes de que comience estemos criando malvas.

»Te estoy muy agradecido, en cualquier caso —dijo Yun Tianming, estrechando las manos de AA—. Gracias a ti he podido quitarme de encima el yugo del pasado. Mis sentimientos hacia Cheng Xin eran una carga, como también lo era la culpa que sentía hacia la humanidad. Solo con una conciencia tranquila podremos dejar de cargar con semejante responsabilidad, ni tú ni yo. Disfrutemos de la felicidad del presente y del futuro, ¿vale?

Ai AA sonrió mientras las lágrimas le corrían por las mejillas, y se abrazó

con fuerza a Yun Tianming. Aunque se habían abrazado miles de veces, esa era la primera vez que sentían sus corazones tan cerca el uno del otro.

Al cabo de un rato, Yun Tianming escuchó otra frase:

—Al final de su carta, Xiaowei me pidió que si algún día te veía te desease de su parte una vida llena de felicidad.

Yun Tianming no dijo nada, pero Ai AA notó que su hombro desnudo se estaba humedeciendo.

—Tendremos una vida feliz, AA —dijo él al fin.

La noche pasó muy rápido en el Planeta Azul. Al cabo de un período de tiempo indeterminado, el horizonte se tiñó de un rojo intenso que cubrió a aquella pareja de enamorados empedernidos que tantas cosas habían vivido juntos. Bajo el influjo de la luz de la aurora, toda la flora del planeta empezó a estirar sus ramas hacia el este y comenzó la simple y cálida sinfonía de la vida, como si esta les estuviera dedicando una canción de amor.

Yun Tianming y AA, que seguían fundidos en un abrazo, no se dieron cuenta de que en medio de aquella pléyade de estrellas un pequeño punto de luz móvil se estaba sumergiendo en el sol naciente. En aquella nave que volaba a la velocidad de la luz reducida solo transcurrió un minuto: Cheng Xin y Guan Yifan todavía no se habían repuesto de la sorpresa de la expansión de las líneas de muerte, y las caras de ambos estaban a escasos milímetros mientras Guan Yifan abrazaba la cabeza de Cheng Xin. Eran como la botella que aquel chico tibetano había lanzado al río, y que flotaba corriente abajo arrastrada por el cruel tiempo sin saber adónde la llevaría el agua.

Esas dos parejas separadas a ambos extremos del río del tiempo se iban alejando cada vez más, y seguramente ya nunca volverían a encontrarse.

SEGUNDA PARTE

LA CONVERSACIÓN
DE LA
CEREMONIA DEL TÉ

Era del Planeta Azul, año 63

Nuestra estrella

El sol volvía a ponerse, apagándose conforme iba descendiendo entre las montañas. La melodía de la vida seguía sonando en la superficie como aquella noche hacía sesenta y tres años en el Planeta Azul, una cantidad de tiempo que equivalía a cuarenta años terrestres. La única diferencia era que los protagonistas de la historia eran ya ancianos.

Una AA con la cabeza cana y la cara llena de arrugas y cubierta con una estera de paja sonreía serena, echada inmóvil en el interior de un gran túmulo excavado en la tierra. El otro agujero que había a su izquierda seguía vacío. Un Yun Tianming senil permanecía sentado delante del agujero sumido en sus pensamientos.

Aquella mañana su anciana esposa se había liberado de las ataduras de la vida mortal y había entrado en el sueño eterno. Él no tardaría en acompañarla.

Recordó la primera vez que la vio, la primera vez que se abrazaron en aquel planeta desconocido, aquella larga conversación que mantuvieron aquella noche hacía cuarenta años, los numerosos años de penas y alegrías, y aquellas palabras que esculpieron en la roca: «Vivimos una vida feliz juntos».

Y recordó lo que le había deseado aquella persona, hacía ya tanto tiempo que casi parecía antes del inicio de la historia: «Te deseo una vida feliz».

«¿He llevado una vida feliz?», se preguntó.

Una infancia y una juventud solitarias, un sueño de varios siglos, seguido de varias décadas de suplicio a bordo de la nave de la flota trisolariana

sumido en un letargo de casi diez mil años, hasta que finalmente logró abandonar a los alienígenas gracias a aquel misterioso anillo y llegó al planeta en el que había quedado con Cheng Xin.

Pero entonces conoció a otra mujer que puso fin al vínculo que había establecido con Cheng Xin, se enamoraron y vivieron juntos el resto de sus días.

Sin embargo, no podía calificar de felices esos últimos años. Los dos primeros fueron bastante tranquilos, pero al tercer año el anillo se esfumó.

El anillo no era un objeto físico, sino tan solo el aura de un espíritu en miniatura. Al igual que aquel pequeño universo, se trataba de un regalo de espíritu.

—BUSCA AL OCULTO, LUCHA CONTRA ÉL... ESTO TE AYUDARÁ...

La última vez que se despertó de una pesadilla relacionada con el espíritu, quién sabe si avisado por su consciencia despierta, comprendió parte de la forma de consciencia que este le había transmitido. Aquel anillo apareció en su mano emitiendo una luz plateada como si se tratara de un espíritu en miniatura.

Necesitó varios días para recordar la información mínima imprescindible para realizar operaciones básicas con el anillo. El artilugio, controlado a través de su mente, era capaz de cosas tan increíbles como abrir la entrada a un microuniverso, analizar y controlar los sistemas informáticos de la nave, realizar modificaciones automáticas que otorgaban notables funcionalidades a la embarcación, llevar a cabo conversiones de energía pura a pequeña escala, y producir todo lo que necesitaran. Tenía un conocimiento limitado de los aspectos técnicos del anillo, pero sabía que para aprovechar a fondo todo su potencial había que tener la capacidad de enviar formas de consciencia, un poder que él no tenía.

No entendía el motivo por el que el espíritu le había obsequiado con un artefacto tan poderoso. El espíritu estaba muerto, y seguramente no era más que una inteligencia artificial que quería apoyarse en él para vengarse del misterioso Oculto; pero ¿qué le hacía pensar que él iba a ser capaz de llevar a cabo semejante tarea? ¿Un hombre normal y corriente cuyo lugar en medio de la inmensidad del universo no era mucho más importante que el de una mota de polvo, con la misión de destruir una fuerza tan poderosa como la de ese espíritu? Menudo disparate...

Recordó de repente que en ningún momento de su estado semiinconsciente había accedido a la petición del espíritu, aunque jamás se habría sentido capaz de enfrentarse a una civilización oscura aun estando en plena posesión de sus facultades. Pero también recordó el diálogo que había mantenido con él:

—¿Por qué me cuentas esto? No estoy en absoluto dispuesto a ser buscador...

—NO HAY TIEMPO. ESTOY CADA VEZ MÁS DÉBIL. ESTE UNIVERSO ES DEMASIADO GRANDE, Y NO SÉ CUÁNTO TARDARÉ EN VOLVER A ENCONTRAR A ALGUIEN ADECUADO.

—Yo no soy adecuado.

—ES IGUAL, NO NECESITO TU APROBACIÓN.

—No entiendo...

—ALGÚN DÍA ENTENDERÁS.

Nunca comprendió lo que le había querido decir el espíritu. En un primer momento pensó que este había llegado hasta el fondo de su consciencia, y sabía que no tendría más remedio que aceptar la misión. Cuando escapó de los trisolarianos se sintió dispuesto a todo, y se vio moralmente obligado a acabar con el Satanás de aquel universo; pero al final acabó encerrado en

aquel pequeño planeta en el interior de ese dominio negro y perdió todo su ardor guerrero. Lo único que quería era estar con la mujer a la que amaba.

¿Tal vez fue ese cambio de planes el motivo por el que desapareció el anillo? ¿O puede que el dominio negro hubiera neutralizado la energía de aquel? Recordó la famosa fórmula de equivalencia entre masa y energía de Einstein, $E = mc^2$: si la reducción de la velocidad de la luz alcanzaba los diez mil metros por segundo, según dicha fórmula ¿no disminuiría también la energía? Yun Tianming no tenía conocimientos muy profundos sobre física y no podía llegar a ninguna conclusión, pero en ese mundo en el que la velocidad de la luz se había reducido tanto podía ocurrir cualquier cosa, y ni siquiera el espíritu era capaz de predecir lo que podía pasar.

Quizá por la misma razón, la energía que le quedaba a la nave se agotó por completo mucho antes de que el anillo desapareciera. Y después de que eso ocurriera ya no pudieron volver a usar ningún tipo de tecnología avanzada, Yun Tianming y Ai AA tuvieron que vivir como los campesinos de la antigüedad; o mejor dicho, como los cazadores-recolectores de la prehistoria.

La única forma que tenían de salir de ese planeta era ir a un microuniverso, pero ellos mismos descartaron esa posibilidad.

Las sospechas de Cheng Xin al final resultaron ser en parte correctas. Al principio Ai AA no quería entrar en el microuniverso, y tras escuchar las explicaciones de Yun Tianming pensó que aquello, más que un regalo, era una tumba. No estaba dispuesta a esperar cientos de millones de años para ser testigo del fin del tiempo. Presentía que si entraban en el microuniverso Yun Tianming acabaría aceptando la misión del espíritu y recorriendo el tiempo hasta el combate final con el Oculito en el mundo de dentro de billones de años para salvar el universo de la reducción dimensional. Por eso no quería entrar y ver cómo su amado asumía una misión imposible y acababa siendo aplastado por dicha carga.

Naturalmente, Yun Tianming no podía abandonarla y entrar sin ella.

Al final Ai AA tampoco tuvo la posibilidad de acceder al microuniverso aunque hubiese querido. Una vez desaparecido el anillo, Yun Tianming dejó de tener la capacidad de modificar desde fuera la autorización, configurada para que solo pudieran entrar Cheng Xin y él. Ai AA nunca lo conseguiría.

Tal vez existiera la posibilidad de modificar esa autorización desde dentro, pero no se atrevía a entrar en el microuniverso ni por un instante. Sabía que allí el tiempo transcurría de forma independiente a la del universo mayor, y que corría el riesgo de que hubieran pasado millones de años aunque hubiera salido del microuniverso nada más entrar. Si eso ocurría Ai AA no habría tenido tiempo de esperarle: se habría convertido en polvo antes de que él regresara.

No tenía suficiente valor como para abandonar a AA, porque le aterraba la soledad más que nada en el mundo y quería envejecer junto a su esposa.

Al segundo año de empezar a vivir juntos, AA se quedó embarazada. Pero quién sabe si por culpa del entorno en el que vivían o por cualquier otra razón, la gestación terminó con un aborto y a partir de entonces ya no volvió a quedarse encinta.

Aunque eso tal vez fuera algo bueno. Yun Tianming era consciente de que si tenían hijos, sin la protección de la alta tecnología sus descendientes no podrían seguir reproduciéndose durante mucho tiempo. Además, ¿cómo se multiplicarían? Si los hermanos se apareaban, nacerían personas con las facultades mentales mermadas; y al cabo de varias generaciones perderían todos los rasgos característicos de una civilización y acabarían reducidos a la condición de bestias salvajes, caminando desnudos y cubiertos de suciedad por bosques y campos nevados, atacándose y luchando entre ellos... Se echaba a temblar solo de pensarlo.

Sabía que cientos de años luz más allá, en aquellos mundos normales, los

supervivientes de la flota estelar habían dado continuidad y prosperidad a la civilización humana en la nueva Era Galáctica. Él, que había cometido crímenes contra la humanidad, por lo menos ya no tenía por qué cargar con la responsabilidad de mantener la continuidad de la especie humana.

Así pues, los dos tuvieron que depender el uno del otro para sobrevivir y pasaron toda la vida juntos.

¿Fue una vida feliz? En cierto modo, su vida estuvo repleta de dolor y angustia: durante el largo tiempo que pasaron juntos vivieron atemorizados ante la posibilidad de perder al otro, porque cuando eso ocurriera se quedarían solos y desamparados. Dormían abrazados, se despertaban mirándose mutuamente, y cuando no veían al otro siquiera por un segundo se ponían muy nerviosos. Cuando uno de los dos enfermaba, el otro se sentía angustiado. A ellos no les pasó lo que a muchas parejas chinas, que a los siete años de relación perdían la pasión: cada día clavaban la mirada en el otro con el mismo afecto que el primer día aun después de tener el rostro repleto de arrugas y el pelo cubierto de canas, porque sabían que la otra persona sería el único ser humano que verían en toda su vida... Pero sobre esa gran tragedia se podía observar claramente una dulzura suprema. ¿Qué clase de amor, qué tipo de afecto se podía comparar a un sentimiento como ese?

Sí, fueron felices.

Pero aquel día llegó al fin. Aquella mañana, una Ai AA de cabeza plateada se durmió entre sus brazos y no volvió a despertarse. Se marchó en paz, con una ligera sonrisa en la boca. Yun Tianming no se sintió demasiado triste, porque sabía que pronto iría a donde se encontraba su amada.

Yun Tianming sintió que ya no quedaba nada en ese mundo hacia lo que sentir apego. Debería haber muerto hacía tiempo, en la clínica de eutanasia más de siete siglos atrás. Había vivido siete siglos, más que cualquier otra

persona a excepción de Cheng Xin. La única persona del mundo que le amaba se había marchado: ¿qué más le ataba a ese mundo?

Alguna vez pensó en entrar en ese microuniverso solo para echar un vistazo y ver qué clase de paraíso misterioso se escondía allí; pero el miedo de la edad anciana se apoderó de él, asustado de la posibilidad de separarse de su amada en el tiempo y el espacio y morir solo en el fin del mundo sin siquiera ser capaz de encontrar el cadáver de su esposa... Ya no era más que un anciano normal y corriente que se sentía muy débil y que en cualquier momento podía caer muerto: aunque entrara en aquel microuniverso, ¿qué podía hacer él? Tan solo quería morir en paz. No quería descubrir más cosas, y es que ya sabía demasiado.

Sabía cuál era el futuro que le esperaba al universo. Las decenas de millones de galaxias se transformarían en un magnífico rollo que acabaría convertido en un interminable hilo plateado, que a su vez pasaría a ser un punto que desaparecería en la oscuridad, y finalmente la oscuridad se desvanecería también... El «fin» estaría representado por una idea abstracta, y no quedaría nada.

Había visto el futuro del universo: no experimentaría una muerte térmica ni una contracción, ni mucho menos un nuevo Big Bang. El universo quedaría reducido a la nada, desvaneciéndose en el vacío. Ese era el verdadero significado de la reducción dimensional: la desaparición de cada una de las dimensiones acarrea una incalculable pérdida de materia y energía, que lo convertía todo en nada.

Vanidad de vanidades, todo es vanidad.[11]

Recordó un poema que leyó mucho tiempo atrás, en sus años de universidad:

Así es como el mundo acaba.

No con una explosión, sino con un gemido.[12]

¿Y qué tenía todo eso que ver con él? Dentro de unas pocas horas se convertiría en nada, y nadie gemiría por él.

«¿Para qué preocuparse por algo que no existe?», pensó.

Yun Tianming se pasó un día entero cavando un gran hoyo en el que enterrar a AA y a sí mismo. Ya estaba muy mayor, y cualquier esfuerzo físico le hacía respirar con dificultad, le causaba taquicardias y le dejaba el cuerpo empapado de sudor, lo cual le obligaba a descansar un buen rato. Podría haberse dejado caer sin más en el interior de la tumba y morir allí, pero como ser humano que era quería quedar sepultado bajo la tierra, aunque eso no impidiera que los gusanos del Planeta Azul le devoraran.

Se puso el sol y cayó la noche. Los últimos rayos de luz se desvanecieron y llegó el momento.

Se metió en el hoyo con un mechón del cabello de AA en una mano y se recostó junto al cuerpo de su amada. Luego metió toda la tierra que pudo en el agujero hasta cubrir la mitad de sus cuerpos, y sacó una chapa oxidada que había encontrado en su vieja nave.

Alzó la vista y miró el cielo del Planeta Azul. Varias estrellas frías emitían su luz, aunque no el Sol, que se había extinguido hacía ya muchos años. En sus años mozos nunca imaginó que llegaría a ver con sus propios ojos la muerte de un sol.

Pero entonces reparó en un refulgente punto plateado, y supo que se trataba de la nave de Cheng Xin y Guan Yifan. Durante aquellos cuarenta años a menudo la había visto dar vueltas alrededor del Planeta Azul. Puede que todos esos años no fueran más que unos pocos minutos para ellos, tal vez apenas unos segundos.

Pero algún día aterrizarían en el Planeta Azul y verían aquel microuniverso.

«¿Entrarán y vivirán en ese mundo hasta el fin del universo? ¿Pasarán

juntos el resto de sus vidas como marido y mujer, como AA y yo?», se preguntó.

Pasara lo que pasara, para cuando eso ocurriera él ya sería historia. Esperaba que pudieran encontrar las letras que AA y él habían dejado grabadas en la roca.

Yun Tianming clavó la mirada en el cielo mientras esbozaba una sonrisa serena, y le dijo al amor que más marcó su vida unas palabras que ella ya nunca escucharía:

—Te deseo una vida feliz.

Entonces se hundió la placa de hierro en la aorta, de la que salió sangre a borbotones.

Todo había terminado.

Vanidad de vanidades, todo es vanidad.

Al principio no existía nada, y él era uno con la nada. Pero en medio de aquel vacío empezaron a sonar ecos de recuerdos lejanos. Al principio todo era apenas tangible, pero entonces se volvió nítido y brillante:

«Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad».[13]

Cayó en un profundo sueño, como cuando iba a misa con su madre y escuchaba el sermón del sacerdote. ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Media hora? ¿Cómo es que su madre no lo despertaba?

Se hizo la luz. El incorpóreo vacío se convirtió en una oscuridad palpable, la cual a su vez fue perturbada y difuminada por la luz. Todavía sumido en un indefinido estado de consciencia, el hombre notó que el resplandor se filtraba por sus párpados, como si una fuente luminosa le estuviera enfocando.

Abrió los ojos. Los restos de los sueños se esfumaron de repente, y el hombre se dio cuenta de que estaba tumbado en una fosa mientras el disperso brillo de las estrellas le iluminaba los párpados bajo un inquietante cielo oscuro.

Entonces sintió que la luz no procedía de las estrellas, sino de un lugar junto a él.

Levantó el brazo y observó que en el dedo anular de la mano izquierda llevaba puesto un anillo semitransparente que emitía una potente luz.

En el interior del anillo había otro anillo, y así sucesivamente hasta el infinito...

Sin embargo, ese objeto era una proyección carente de masa física, y, por lo tanto, no notaba su peso.

Entonces se dio cuenta de que aquel era su anillo, que había vuelto.

El hombre lo recordó todo. No estaba en la iglesia a la que había ido de pequeño, sino que se encontraba en otro planeta, en otro tiempo... las cosas no son humanas.

El resplandor del anillo iluminaba la mitad de su cuerpo desnudo. Notó algo extraño, levantó la cabeza, y al ver su cuerpo se quedó asombrado.

Tenía la piel suave, el cabello negro, el pecho firme... y sentía una gran vitalidad que emanaba de su interior. El hombre se sentía más joven, más sano y lleno de energía que nunca. Estiró las piernas, quitándose de encima la tierra que le cubría, y comprobó que estaban llenas de un vigor como el de los atletas de la antigua Grecia.

El hombre, muy sorprendido, giró la cabeza y miró a su lado. Allí reposaba

un decrepito cuerpo cubierto de tierra que parecía el de su abuela. Nadie hubiera creído que alguna vez había sido su mujer, y que antes de su sueño él había sido tan viejo como ella.

Entonces se acordó de algo. Se pasó la mano por el cuello y notó que no había nada, ni heridas ni marcas, solo piel tersa.

Un momento... ¿nada?

El hombre se presionó el cuello, pero no se notó el pulso. Asustado, se llevó la mano al pecho y tampoco sintió los latidos del corazón.

Entonces sintió la imperiosa necesidad de respirar hondo, pero descubrió que no había aire que respirar. Se acarició la frente, que estaba tan fría como las rocas en que se habían convertido aquellas estrellas extintas.

Empezó a saltar, dio varias vueltas en el suelo y comprobó que no había nada raro en sus movimientos. Lo único fuera de lo normal era que todo parecía demasiado normal: todos y cada uno de sus movimientos tenían una fluidez sorprendente, y tenía mucha fuerza tanto en las manos como en los brazos. Su anterior cuerpo enfermizo nunca le había obedecido de aquella manera.

El hombre volvió a recordar algo y salió disparado como una flecha hacia el pequeño lago cercano como si su cerebro le hubiera enviado una señal. Durante varios minutos recorrió las praderas azules dando vigorosas zancadas como las de un guepardo hasta que finalmente llegó junto a un lago que se encontraba a varios cientos de metros más allá. Su rostro se dibujó en la amarillenta superficie del agua, iluminado por el tenue brillo del anillo.

Volvía a tener dieciocho años.

Mejor dicho, él a los dieciocho años no había tenido un cuerpo tan fuerte. Se sentía como el dios Apolo, envuelto en un aura divina.

Permaneció un buen rato de pie y entonces se puso a reír a carcajadas hasta que se le saltaron las lágrimas.

Debería haber supuesto que, si el espíritu había invertido tanto en él, no le iba a abandonar así como así.

Al espíritu le daban igual diez, cien, mil o diez mil años. Para él esas cantidades de tiempo no eran más que una despedida momentánea entre él y su mundo. Esa guerra que quería librar se medía en cientos de millones de años, y podía permitirse el lujo de dejar pasar un período de tiempo tan insignificante. Esperó pacientemente a su muerte para transformarlo y darle un cuerpo incorruptible con el fin de servir mejor a su objetivo.

Era inmortal.

Su yo inmortal recordaba a la perfección lo que el espíritu quería que hiciera, y él estaba totalmente dispuesto a obedecerle. No había en su corazón un atisbo de desconfianza, miedo o indecisión. Estaba completamente dispuesto a dedicar toda su vida a esa empresa aparentemente imposible.

Aunque nada de eso era consecuencia de su libre albedrío, ya que era consciente de que el espíritu había introducido en él un precinto mental. Solo podía obedecer, y lo hacía gustosamente y con total convicción.

Pero no había perdido en absoluto la consciencia de ser él mismo. Fue entonces cuando comprendió el auténtico significado del espíritu:

«NO IMPORTA, NO NECESITO TU CONSENTIMIENTO.»

Ciertamente no lo necesitaba: era él quien había creado su consentimiento.

Las distintas revelaciones se le fueron apareciendo una tras otra, y lo entendió prácticamente todo. Pero ya no tenía posibilidad de resistirse. Sabía que se convertiría en un fiel esclavo del espíritu, para quien llevaría a cabo esa inconmensurable misión y a quien serviría con absoluta lealtad.

Entonces le vino a la mente un chiste que había oído hacía tiempo: «Si no puedes resistirte a un violador, cierra los ojos y disfruta».

El hombre esbozó una sonrisa socarrona. Se puso de pie, atravesó el amplio espacio azul como una ráfaga de viento y en un abrir y cerrar de ojos llegó a una roca sobre la que había varias palabras talladas: «Vivimos una vida feliz juntos». Su esposa y él habían dedicado enormes esfuerzos a esculpir aquellas palabras.

Ahora se daba cuenta de que había cometido un error, uno demasiado grande: todo lo que había ocurrido no era más que un breve prólogo, y su vida auténtica no había hecho más que empezar. En comparación con lo que estaba a punto de suceder, los más de cuarenta años que él y su esposa habían pasado juntos en ese extraño planeta y lo que le habían parecido diez mil años de sueños eran un simple suspiro.

Junto a las rocas había un marco dorado que medía lo mismo que un ser humano. Era un marco rectangular cuyo interior estaba vacío, pero el hombre sabía qué era lo que había en su interior: un mundo nuevo. Cuando traspusiera ese umbral, abandonaría para siempre aquel mundo azul en el que había vivido durante más de cuarenta años.

¿Cuántos mundos había abandonado ya? La Tierra de la Era Común, la nave trisolariana, una infinidad de sueños... No le importaba volver a marcharse de otro.

«Además, el tiempo acaba de comenzar», se dijo para sus adentros.

En medio de aquel silencio sepulcral el hombre permaneció de pie como en un trance, queriendo entrar pero dudando al mismo tiempo. Acarició el mechón de pelo de su mujer que todavía sostenía entre los dedos. Recordó algo y se volvió, corriendo hacia la fosa donde se había enterrado a sí mismo. Al llegar junto al hoyo observó por un instante el cadáver de aquel ser querido y tuvo ganas de llorar, pero aquel nuevo cuerpo no tenía lágrimas que

derramar. Cerró los ojos con determinación, echó tierra al interior de la fosa con las manos y cubrió para siempre el rostro de su anciana esposa.

Juntó un gran montón de tierra y distribuyó ordenadamente unas cuantas piedras a modo de señal para cuando regresara en busca de esa tumba en el futuro. Era consciente, sin embargo, de que quizá no consiguiera regresar. Estaba a punto de ir a otro mundo.

«AA, voy a marcharme, pero sé que siempre estarás a mi lado», dijo mentalmente a aquella mujer con la que había compartido tantos momentos difíciles. Entonces, haciendo de tripas corazón, dio media vuelta y se dirigió hacia el marco dorado.

Esa vez no dudó ni por un segundo. Entró directamente en el umbral dorado y su figura se esfumó en el vacío.

Así fue como Yun Tianming entró en el microuniverso 647.

Fuera del tiempo

Nuestro universo

En aquel universo no había separación entre el cielo y la tierra ni entre la luz y la oscuridad. Todo era caos, y ni siquiera el tiempo había comenzado.

Yun Tianming se encontraba en los márgenes del mundo. Al volverse para ver la «puerta» por la que había entrado descubrió con sorpresa que había desaparecido, y que se encontraba rodeado de una neblina grisácea que le envolvía, y en medio de la cual flotaba como si hubiera entrado en un espacio virtual donde no existía nada. No alcanzaba a ver el final del mismo, y llegó incluso a dudar de su propia existencia física.

Pero pronto sonó una voz en medio de aquel espacio hueco, o tal vez fuera en el interior de su cabeza (le costaba diferenciar ambas cosas):

—Buscador Yun Tianming, bienvenido al Universo 647. Soy el administrador de este universo —dijo la voz en un tono neutro y aséptico. Imposible determinar si se trataba de una voz de hombre o de mujer.

«El Universo 647», pensó Yun Tianming para sus adentros mientras esbozaba una sonrisa. No se había equivocado: él no era la única persona a la que había buscado el espíritu. El espíritu había pasado miles de millones de años contactando con millones de civilizaciones en ese universo multidimensional, y aparte de especies incapaces de recibir formas de consciencia como los humanos y los trisolarianos seguramente había encomendado su misión a formas de vida inteligente parecidas a la suya o incluso superiores.

¿Y qué había sido del universo 646? Era mejor no preguntar: seguro que

había sido un fracaso, o por lo menos no había ningún indicio de que hubiera tenido éxito.

Aquella voz seguía resonando en su cabeza:

—He leído toda la información básica acerca de usted. Como propietario con mayor nivel de autorización, puede realizar la configuración básica de este universo.

—¿Configuración básica? —preguntó Yun Tianming desconcertado. Había perdido la costumbre de hablar con otras personas o cosas aparte de con su esposa.

—Dimensionalidad, constantes físicas, distribución de la materia, composición elemental básica...; tenga en cuenta, eso sí, que la energía de iniciación del microuniverso es limitada y solo es posible configurar una forma básica pero no modificarla. Por lo que respecta a la dimensionalidad, si establece un universo con menos de tres dimensiones, las dimensiones de su cuerpo se reducirán, una transformación que le causaría la muerte a pesar de que su cuerpo también se transformaría. Si establece una dimensionalidad equivalente o superior a las seis dimensiones, su geometría sería inferior al espacio que ocupa, y su cuerpo quedaría reducido en un fragmento de alta dimensionalidad. Le recomiendo escoger tres, cuatro o cinco dimensiones — explicó pacientemente la voz.

Yun Tianming no imaginaba que tendría la posibilidad de configurar las dimensiones de aquel pequeño universo. ¿Qué clase de existencia era esa, que desafiaba de esa manera las leyes naturales? Entonces comprendió que aquel espíritu decadimensional seguramente también existía en un universo fuera de ese cosmos, y que se había proyectado al universo tridimensional. Seguramente ese era el motivo por el que no había sufrido los efectos de una reducción dimensional y había conseguido mantenerse estático.

Un mundo decadimensional ajeno al universo...

Yun Tianming pensó un rato y dijo:

—Que sea un universo tridimensional con gravedad de un g, similar a la Tierra... ¿Es posible crear seres vivos?

—Solo los seres cuya información figure en la base de datos. Puedo establecer un ecosistema, pero estaría sometido a las limitaciones físicas del mundo.

—Perfecto: entonces que tenga cielo, tierra, sol, una casita y un huerto... y algunos árboles, como una casa de campo de las de la Tierra. ¿Sabes qué es una casa de campo?

—Sí —contestó el administrador.

Sintió que su cuerpo se iba volviendo cada vez más pesado hasta que finalmente pisó tierra firme, y vio sobre su cabeza una bóveda celeste en la que estaba suspendido un sol cuyos rayos dorados se esparcían por la tierra y varias casas a lo lejos. Las ramas de varios árboles junto a ellas ondeaban al viento, proyectando una sombra que cubría el techo de las casas.

—¡Qué rápido! —exclamó Yun Tianming.

—Nos encontramos en un espacio temporal desvinculado del gran universo. En este microuniverso todavía no existe el tiempo, así que no se puede hablar de rápido o lento —puntualizó el administrador.

Yun Tianming asintió sin entender del todo, y miró a la lejanía. Al verse a sí mismo en el horizonte enseguida comprendió que se trataba de su reflejo. Esas imágenes se reflejaban en todas direcciones hasta el infinito.

—Este universo no es demasiado grande. Se trata a grandes rasgos de un cubo perfecto de mil metros de longitud a cada lado. Es completamente cerrado, como la superficie de una esfera, lo que significa que tras recorrer mil metros es posible volver al punto de partida independientemente de la dirección en la que se camine.

—Pues sí que es un universo, sí... —suspiró Yun Tianming maravillado.

—A fin de facilitar nuestra interacción, me apareceré ante usted con forma humana. Puede configurar mi perfil, como por ejemplo mi forma, mi voz, mi carácter o mi denominación.

—Genial, por fin podré ver a una «persona» después de tantos años —rio Yun Tianming.

Después de darle vueltas a la cabeza decidió que no quería un administrador con la imagen de Cheng Xin o AA, pero apenas conocía a otras personas... Aunque sí había «alguien» que le resultaba familiar y que había nacido en su mente; y al igual que aquel administrador, pertenecía a otra especie:

—En ese caso que tenga la forma de Ran... digo Tomoko.

Nada más acabar la frase, se abrió la puerta de una casita blanca y apareció una delicada mujer de aspecto adorable. Una melena de pelo oscuro le caía sobre los hombros, y tenía las manos y los pies repletos de una dulzura y un encanto sin parangón: era Tomoko, aquella seductora y despiadada mujer mecánica.

Tomoko dedicó a Yun Tianming una dulce sonrisa, recorrió delicadamente el campo hasta llegar a donde se encontraba e hizo una profunda reverencia.

A él le costó horrores apartar la mirada de su cuerpo menudo.

—¿Cómo es que... no llevas ropa?

—Es que todavía no me la has configurado... —repuso amablemente Tomoko, guiñándole con picardía un ojo.

Mucho tiempo después, Yun Tianming estaba sentado en el salón contemplando todo lo que le rodeaba. Tomoko, ataviada con un espléndido kimono, permanecía sentada en el suelo sobre las esteras mientras ordenaba unos utensilios para preparar el té. En ese mismo instante Yun Tianming tuvo

la sensación de haber vuelto al día en que vio a Tomoko por primera vez, cuando contempló el proceso de elaboración del té a distancia.

—Su nuevo cuerpo acaba de ser activado y todavía no puede recibir formas de consciencia, así que por ahora nos comunicaremos mediante el lenguaje humano. Le ruego que me disculpe —se excusó Tomoko en voz baja.

—No eres la Tomoko de verdad —murmuró Yun Tianming, emergiendo de entre sus recuerdos.

—Eso es algo que usted seguramente ya sabía —sonrió con dulzura Tomoko, en cuya boca se dibujaba una sonrisa tan enigmática como la de la Gioconda.

—Pero eres clavadita a ella.

—Eso es normal: en el módulo inteligente que usted llama «anillo» está almacenada toda la información de las naves trisolarianas. Cuando el Maestro estableció el primer contacto con aquella nave escaneó toda la información de la flota, incluidos los datos de Tomoko; así que podría decirse que soy la propia Tomoko, si pasamos por alto el hecho de que tengo una inteligencia superior y una configuración básica distinta. ¿Soy de su agrado? —preguntó ella con una sonrisa.

—Es decir, ¿que también habéis escaneado toda la información sobre la Tierra que había a bordo de la flota trisolariana? —preguntó entusiasmado Yun Tianming.

—Por supuesto, eso es algo muy sencillo para el Maestro. También disponemos de toda la información genética de las semillas que llevó consigo a la nave trisolariana —explicó ella, señalando con una pequeña mano en dirección a un rincón de la casa en el que había un saco de semillas. Ahora Yun Tianming comprendía cómo había sido creado aquel microuniverso que parecía una granja terrestre. No era una ilusión ni una maqueta, sino un

campo real creado a partir de la información genética de las plantas de la Tierra.

Esto causó en Yun Tianming una inesperada alegría. Conocía el grado de desarrollo de los sistemas de difusión de información de los trisolarianos, y dedujo que aquel microuniverso contenía toda la información de la Tierra y Trisolaris. «Seguro que cuando Cheng Xin y Guan Yifan entren aquí se pondrán muy contentos», pensó para sus adentros.

Pero ¿qué tenían que ver ellos con él ahora? Yun Tianming no era más que una herramienta.

—¿Ese «Maestro» del que hablas... es el espíritu? —preguntó, recordando que el espíritu se había presentado como «maestro del universo».

—Así es, es el espíritu del Maestro. Para nosotros él es el Maestro en sí.

—Vale, ¿y cuál es la relación que hay entre tú y el Maestro o su espíritu?

—Solo soy un programa creado por el Maestro. Sirvo a los buscadores. Usted es mi amo —dijo Tomoko, entregándole una taza de té recién hecho.

—¿Los buscadores?

—Es una denominación para referirse a todas las formas de vida inteligente a quienes el Maestro ha encomendado la misión de buscar al Oculito.

—¿Cuántos buscadores hay?

—Antes había muchos, pero ya no quedan demasiados. Usted seguramente será el último. El Universo 647 es el último microuniverso que puede ser utilizado por una forma de vida inteligente.

—Entonces ¿cuál es el motivo por el que el Maestro me ha entregado este microuniverso? —preguntó Yun Tianming sosteniendo entre las manos la taza de té.

—Liberarle de las limitaciones de la velocidad de la luz para recorrer los rincones del gran universo en busca del Oculito.

Yun Tianming esperaba una respuesta similar. Imaginaba que el Maestro no le había regalado una casita con un huerto para pasar allí el resto de su vida. Seguía maravillándole la fuerza que dominaba aquel espíritu, más propia de un dios.

—¿Y qué hay del tiempo? ¿Puedo viajar a un momento pasado del gran universo? —preguntó Yun Tianming, que sentía crecer la euforia en su interior. Si era capaz de viajar al pasado, podía subsanar muchísimos errores y salvar muchas vidas...

—El tiempo dentro de este microuniverso es independiente, sin ninguna relación con el del gran universo; pero ha quedado establecido un punto temporal absoluto desde el momento en que entró aquí. No podemos volver a ningún momento anterior a ese punto absoluto, pero sí podemos regresar a cualquier punto posterior en el interior del gran universo. En cualquier caso, le aconsejo no viajar a ninguna época demasiado remota, porque si el gran universo entra en las dos dimensiones usted podría acabar siendo destruido por completo.

—¿Y qué me dices del microuniverso 646? —inquirió Yun Tianming mientras miraba las hojas de té flotando en el fondo de la taza. No podía creer que se encontrara en una sala de té debatiendo con una inteligencia artificial acerca de las cuestiones más profundas del cosmos.

Tomoko sonrió y dijo:

—Lo siento, no lo sé. Un microuniverso no puede saber cómo es otro microuniverso. Lo único que sé es que la mayoría de los buscadores del universo 646 volvieron al gran universo para cumplir con la misión encomendada por el Maestro. Desgraciadamente la mayoría de ellos fueron destruidos, y de momento nadie ha tenido éxito.

—¿Existen todavía esos buscadores?

—La mayoría de los microuniversos proceden de una época en la que

había una dimensionalidad más alta que esta, y lo normal es que sus dueños no puedan actuar en universos tridimensionales. En el mundo en tres dimensiones hemos creado diecinueve microuniversos, de los cuales solo funcionan unos pocos. Ignoro qué ha sido de sus buscadores.

—¿Hay alguien más que se haya convertido en buscador aparte de mí? Alguien de la Tierra, quiero decir —preguntó nervioso Yun Tianming, que se moría de ganas de encontrar congéneres suyos.

—Hasta donde yo sé, no. Según la forma de consciencia del Maestro, sin embargo, antes de morir un buscador puede encomendarle la misión a otro ser inteligente, así que en principio sería posible que existieran otros buscadores humanos. Pero usted seguramente ya sabe que esa probabilidad es prácticamente nula.

—Entonces ¿por qué me eligió a mí? —preguntó decepcionado.

—Usted ciertamente no era la mejor opción, pero no quedaba tiempo. El Maestro está cada vez más débil, y el mundo tridimensional es la dimensión más baja en la que puede proyectarse. El Maestro podría seguir proyectándose en un universo en dos dimensiones, pero ya no tendría inteligencia ni podría detener al Oculto, y el universo pondría rumbo hacia su destrucción.

—¿De verdad? O sea, ¿que el Maestro no es omnipotente?

Ignorando el tono burlón de Yun Tianming, Tomoko explicó tranquilamente:

—El Maestro tiene suficiente poder como para transformar el universo entero, pero... solo es una inteligencia residual del universo decadimensional que se conservó en un microuniverso cuando su mundo fue destruido y que desde entonces se proyecta en las dimensiones inferiores en busca de seres inteligentes con los que comunicarse a través de formas de consciencia. Si no

hubiera encontrado a alguien adecuado que ejecutara el paso clave, su poder no podría desplegarse del todo.

—¿El Maestro se encuentra en un microuniverso? ¿Qué es un microuniverso en realidad?

—Es un fragmento del universo decadimensional. Todos los microuniversos proceden del universo en diez dimensiones.

—¿Cómo... cómo es posible? —exclamó Yun Tianming sorprendido.

—Los microuniversos son esencialmente una pequeña cantidad de materia, pero mantenerlos aislados del gran universo requiere la cantidad de energía necesaria para crear un universo y basarlos en un despliegue dimensional absoluto. Solo en la era decadimensional hay una cantidad de energía y dimensiones suficientes como para crear microuniversos, que existían de forma separada e independiente del gran universo. Después del universo decadimensional, en teoría ninguna civilización había sido capaz de crear un microuniverso independiente por sí sola.

Yun Tianming sorbió el té sumido en sus pensamientos mientras asentía con la cabeza: algo tan extraordinario como los microuniversos no podía estar muy extendido, y si cualquier civilización hubiera sido capaz de crearlos, aquellas civilizaciones divinas se habrían repartido el universo como un pastel.

—¿El objetivo de la existencia del Maestro es recuperar el universo en diez dimensiones?

—Amo, eso es algo que usted ya debería saber —le recordó Tomoko en tono respetuoso. Lo que pretendía decirle en realidad era lo siguiente: «¿No debería usted estar totalmente entregado a esta noble empresa?».

—Sí, pero todavía no sé lo suficiente. Si quieres que trabaje para el Maestro, tienes que contármelo todo. ¿Por qué hay que buscar al Oculito? ¿Qué relación hay entre esa misión y recuperar el universo decadimensional?

Tomoko adoptó una expresión seria.

—Esa es la razón por la que necesitamos sus servicios. El Oculto es el único enemigo del Maestro. Al Maestro no le importa ningún ser inteligente ni ninguna civilización del universo, y si él quisiera podría revertir las dimensiones del universo ahora mismo. Lo único que le preocupa es el Oculto, el único ser con un poder comparable al suyo, el único enemigo capaz de detener la reversión dimensional.

Yun Tianming captó un término clave:

—¿«Reversión dimensional»? ¿Eso qué es?

—Actualmente el universo real es tridimensional, y las otras dimensiones siguen existiendo, aunque confinadas al micromundo. Esto está íntimamente vinculado a la estructura atómica básica del universo tridimensional. La reversión dimensional consiste en emplear la degeneración del vacío para desdoblar la estructura de la materia a partir de las capas más básicas, las moléculas básicas según su naturaleza, y luego volver a hacer una combinación de alta dimensionalidad hasta reconstruir el mundo decimensional. —Tomoko levantó la tapa de la tetera y la volvió a colocar como si estuviera hablando de cualquier nimiedad.

Yun Tianming, sin embargo, había comprendido la poderosa fuerza que se escondía detrás de esas palabras: para el universo de baja dimensionalidad, la reversión dimensional suponía la destrucción total. Nada se conservaría más allá de las partículas elementales. Esa fuerza destructiva le aterraba.

—Lo que hace el Maestro en realidad es devolver la naturaleza a su estado primigenio, eliminando las alteraciones introducidas por la mano del hombre —dijo Tomoko con indiferencia, como advirtiendo el desasosiego de Yun Tianming.

—¿Puede entonces la reversión dimensional recuperar... el Sistema Solar y

la Tierra en dos dimensiones? —preguntó Yun Tianming, aferrándose a un clavo ardiendo.

—Lo siento, me temo que eso es imposible —contestó Tomoko, sonriendo y sacudiendo la cabeza—. El Sistema Solar tridimensional era en sí mismo el producto de una alteración, por lo que solo podría ser devuelto a su estado original de diez dimensiones.

Truncadas ya todas sus esperanzas, Yun Tianming preguntó decepcionado:

—¿Y cómo es que el Maestro tiene ese poder y no hace nada?

—No es tan sencillo. El Oculito ha colocado por todo el universo pantallas protectoras, y el Maestro no puede llevar a cabo una reversión dimensional sin más porque comprometería su posición y sería detectado.

—¡Un momento! ¿Me estás diciendo que... las pantallas dejadas por el Oculito son... las zonas en las que los sofones pierden señal? —dijo Yun Tianming con una súbita lucidez.

—Sí —asintió Tomoko—; los seres humanos especularon mucho acerca de esas zonas, pero lo cierto es que su razón de ser no es formar lo que vosotros llamáis «estado de bosque oscuro», que no es más que una función muy secundaria. La auténtica función de esas zonas es detectar las fluctuaciones energéticas de las vibraciones de las supercuerdas; si el Maestro realizara una reversión dimensional en el interior del universo, el Oculito descubriría su posición y lo intentaría destruir.

Yun Tianming se quedó sin habla. El principio del bosque oscuro que había destruido la Tierra y Trisolaris y que regía los destinos de un número incontable de civilizaciones en todo el universo no era más que un «daño colateral» causado por una «mina antipersona» colocada por uno de los bandos enfrentados en una guerra cósmica. ¿Quién lo hubiera dicho?

—¿Pero no dices que el Maestro se encuentra en un microuniverso? ¿Cómo iba a atacarle el Oculito? —exclamó confuso Yun Tianming.

—No es tan fácil —explicó pacientemente Tomoko—. Todos los universos, tanto los grandes como los pequeños, se encuentran sobre una... gran membrana. —Ante la mirada inquisitiva de Yun Tianming, añadió—: Esa es la estructura última sobre la que se sostienen los universos, y hasta aquí puedo explicar. Las coordenadas de los microuniversos sobre la supermembrana no están muy alejadas de las del gran universo, o de lo contrario sería imposible proyectar y crear entradas. Las civilizaciones más avanzadas del gran universo pueden atacar a los microuniversos en la supermembrana, siempre y cuando consigan ubicarlos.

—¿Cómo... pueden atacarlos?

—Recurriendo a la diferencia de energía potencial del universo. Aunque se lo explicara no sé si lo entendería. Aunque a veces es necesario convertir toda la materia de la galaxia en energía pura y transmitirla a la supermembrana — dijo Tomoko mientras sorbía el té.

—¿Cómo puede ser? ¡Pero si es un área de trillones de años luz de longitud que abarca billones de estrellas y millones de civilizaciones! ¿Es una idea tentadora?

—No, ha habido muchos intentos de ataque como ese. El Oculto es capaz de alterar las relaciones de gravedad de un sistema estelar, haciendo que todas las estrellas vayan al centro del sistema a máxima velocidad y generando agujeros negros al tiempo que crean una alteración en el espacio lo bastante potente como para atravesar el universo y entonces proyectar la energía hacia la supermembrana y realizar un ataque entre universos. Sufrimos enormes pérdidas a causa de esos ataques: el Maestro llegó a tener veinte réplicas de sí mismo, pero antes de la aparición del universo tridimensional el Oculto destruyó siete, al comienzo del universo tridimensional acabó con otras cuatro, y ahora solo queda una.

—O sea, ¿que el Oculto ha convertido en energía pura tres de los cuatro

sistemas estelares del universo tridimensional? —preguntó asombrado Yun Tianming.

Tomoko le miró sonriendo y sacudiendo ligeramente la cabeza, como si sintiera lástima por la falta de imaginación de su interlocutor.

—No son cuatro sistemas estelares, sino decenas de miles. El índice de éxito en los ataques entre universos es demasiado bajo, y la energía de la gran mayoría de las galaxias se pierde. Varios científicos terrícolas descubrieron los rastros de energía y las radiaciones secundarias que se producen tras la conversión en energía pura.

—¿De verdad? Jamás había escuchado nada parecido. —Yun Tianming dio un sorbo al té.

—Seguramente ya sabe que durante la Era Común algunos científicos humanos descubrieron objetos celestes que parecían estrellas, pero que emitían una enorme cantidad de energía que superaba con creces la de todo un sistema estelar, miles de veces más brillante que las galaxias normales, y que finalmente decidieron denominar cuásares.

De la impresión que le causaron esas palabras, Yun Tianming no pudo evitar escupir sobre Tomoko el té que estaba bebiendo.

—Ay, perdona... ¿Me estás diciendo que los cuásares... son...? —Yun Tianming, totalmente perplejo, se daba ahora cuenta de en qué enfrentamiento se había metido. La bidimensionalización del universo lo había dejado pasmado, y esas guerras cósmicas lo sobrecogían aún más. Sin embargo, comparadas con el pulso mantenido entre esas dos divinidades no eran más que una pelea entre hormigas.

Tomoko se secó la cara con un trapo y dijo con un hilo de voz:

—Los cuásares no tienen nada de especial: hay cosas más sorprendentes. Existen antiguos sistemas estelares de extrañas formas (que los humanos denominan «galaxias irregulares»), que no son más que las cenizas dejadas

por el Oculito después de consumir la energía del origen del universo tridimensional.

—Entiendo... Pero si el Oculito tiene semejante poder, ¿para qué necesita ocultarse? —preguntó Yun Tianming extrañado.

—El Oculito se encuentra en el gran universo, y el microuniverso decadimensional en el que se encuentra el Maestro puede iniciar una reversión dimensional sobre cualquier punto del gran universo (un punto puede ser un rango de varios miles de años luz), basta con conocer las coordenadas correspondientes. Todas las formas de defensa del gran universo son inútiles frente a este ataque entre universos. Si no ocultase sus coordenadas, el Oculito habría sido destruido hace ya mucho tiempo. De hecho, durante las guerras que tuvieron lugar a principios del universo tridimensional el Maestro destruyó el nodo de control del Oculito y llevó a cabo una reversión dimensional parcial; pero para su sorpresa el Oculito escondía otro nodo de control con el que destruyó muchas de las réplicas del Maestro y detuvo la reversión dimensional. El resultado de esa guerra fue lo que dio lugar a la estructura básica del universo tridimensional: la parte del universo sometida a la reversión dimensional se había convertido en un superagujero vacío con un radio de entre cien y trescientos millones de años luz, en el que todo había quedado destruido y la materia de su interior se había convertido en materia oscura. Y las otras partes que quedaron se convirtieron en una estructura filiforme.

Los problemas cosmológicos que habían atormentado a los científicos de la Tierra y generado todo tipo de especulaciones finalmente habían sido desvelados. La verdad hizo estremecerse a Yun Tianming, pero él era solamente un peón en aquel gran tablero cósmico, y no podía hacer más que seguir avanzando con todas sus fuerzas, ya que no había ningún otro camino que seguir.

—¿Qué puedo hacer yo? —inquirió Yun Tianming.

—Encontrar al Oculito antes de que finalice la bidimensionalización. El Maestro solo puede realizar búsquedas aleatorias recurriendo a métodos como la proyección de su espíritu que dan resultados impredecibles, pero no es capaz de realizar búsquedas por sí mismo; y solo puede mantener un máximo de nueve proyecciones al mismo tiempo, o de lo contrario el Oculito podría deducir la ubicación del microuniverso en la supermembrana a partir de las distintas posiciones de sus emanaciones en el universo. Es por ese motivo por el que el Maestro necesita que una forma de vida inteligente como usted nos ayude en la búsqueda. Ya sé que no es una tarea fácil, pero todavía tiene al menos cien mil millones de años para completar la misión, así como el cuerpo incorruptible que el Maestro le ha regalado. Tiene además el anillo, con el que puede volver a este microuniverso cuando le plazca —dijo Tomoko cordialmente.

—Ya veo. ¿Tenemos alguna pista sobre dónde podría encontrarse el Oculito?

—No muchas; aunque sospechamos que un misterioso grupo conocido como «nulificadores» podría tener algún vínculo con él.

—¿«Nulificadores»? —preguntó Yun Tianmin, frunciendo el ceño.

—Sí, así es como se autodenominan. Han sido muy influyentes en los últimos millones de años. Puede que sean una civilización, o tal vez una federación de civilizaciones... El Maestro no dispone de demasiados datos al respecto. Solo sabe que quieren reiniciar el universo, devolverlo a la era edénica.

—Es que acaso... ¿no es precisamente ese el objetivo que persigue el Maestro?

—Sí, pero la manera de conseguirlo es diferente. Los nulificadores creen que para recuperar el universo en diez dimensiones primero hay que reducir

las dimensiones a cero, para luego ir en sentido contrario hasta llegar a las diez dimensiones. Eso es obviamente absurdo, porque en un universo sin dimensiones es imposible que existan civilizaciones, de modo que algo así supondría la muerte. Esos nulificadores solo pueden ser necios que desconocen los principios básicos de la recuperación de la alta dimensionalidad, o bien una fuerza que goza del respaldo del Oculto, o ambas cosas.

—¿Dónde están?

—No sabemos de dónde vienen, pero en los últimos cientos de millones de años han establecido bases en muchos sistemas estelares, la más cercana de las cuales se encuentra en el cúmulo del Pato Salvaje,[14] mientras que la más lejana se encuentra en un sistema estelar a siete mil millones de años luz. Para los microuniversos, no obstante, se encuentran a la misma distancia. Le aconsejo ir primero al cúmulo del Pato Salvaje, porque los nulificadores que allí se encuentran han estado muy activos últimamente.

—¡Ahora lo recuerdo! —exclamó Yun Tianming—. Las líneas de muerte de DX3906 fueron dejadas por ellos, ¿verdad?

—En mi base de datos no hay información al respecto, pero si se trata de líneas de muerte... es bastante probable que sí.

—¡Genial! ¡Justamente tenía ganas de ajustar cuentas con ellos! —Al pensar en que por culpa de los nulificadores había quedado atrapado durante décadas en el Planeta Azul, Yun Tianming sintió la ira crecer en su interior; pronto tendría la oportunidad de resarcirse—. Aunque no tengo ninguna experiencia, y el cúmulo del Pato Salvaje es muy grande... ¿Qué tendré que hacer al llegar allí?

—Otro buscador ya se encuentra allí: quizá él pueda echarle una mano.

—Ah, ¿y cómo puedo encontrarlo? —Los ojos de Yun Tianming se encendieron.

—Eso es justamente lo que el Maestro quiere que haga. Según su información, el buscador del universo 589 ya ha llegado allí y ha dejado una serie de indicaciones; pero más tarde se esfumó y cortó los vínculos con el microuniverso... Eso es algo muy poco habitual. Es por ello por lo que el Maestro necesita que vaya a buscarlo, porque seguramente tiene información importante para nosotros.

—¿Quién... o qué es el buscador del microuniverso 589?

—Yo tampoco lo sé —repuso ella sin más—; el consumo energético que exige la retransmisión de información a través de la supermembrana es muy elevado, y por eso los mensajes deben ser escuetos. El universo 589 es uno de los pocos microuniversos que todavía funcionan, uno de los microuniversos a los que el Maestro dio cuatro dimensiones, cuando todavía no existía el universo tridimensional... Puede que su propietario sea un ser inteligente de cuatro dimensiones rebajado a las tres dimensiones, o tal vez su heredero. También debería tener un anillo: al llegar a la ubicación del cúmulo del Pato Salvaje puede leer la información que haya dejado diseminada y contactar con él mediante el anillo. Pero solo podrá conocer los detalles una vez allí.

—Mmm, vale... Una última pregunta. —Yun Tianming hizo una pausa y al cabo de un rato preguntó—: ¿Por qué empezó esta guerra? ¿Cómo es que el Oculito quiere reducir las dimensiones del universo y destruir el mundo perfecto?

—El Maestro tampoco lo sabe —dijo Tomoko, negando con la cabeza—; pero tal vez pueda transmitirle la información correspondiente a través de formas de consciencia, y usted pueda encontrar la respuesta por sí mismo.

Al ver la expresión sorprendida de Yun Tianming, Tomoko se apresuró a explicarse:

—No tenga miedo: su cuerpo y su cerebro han sido transformados por el

Maestro, y ya puede recibir formas de consciencia básicas. Su mente no volverá a sufrir daños.

Yun Tianming asintió. Entonces Tomoko esbozó una ligera sonrisa, se levantó y se plantó delante de Yun Tianming, haciendo un ademán de cortesía.

—Con su permiso... —dijo Tomoko, que le clavó la mirada en los ojos mientras lo agarraba por los hombros.

Yun Tianming se sintió atraído por la profunda mirada de la androide, cuyas pupilas parecían dos vórtices invisibles que lo succionaban, y en un instante se vio envuelto en el mundo infinito de los conceptos y las ideas.

Recibir las formas de consciencia era probablemente la experiencia más espectacular del universo. Yun Tianming sintió que el torrente de información le arrastraba como un mar embravecido que se lo llevaba todo por delante. Esa vez, sin embargo, parecía como si una fuerza lo hubiera sacado de ese océano de información y un rayo de sol hubiera iluminado su pensamiento en el acto. De repente todo era transparente; todas las ideas, formas e imágenes tenían un significado único, y todas guardaban relación entre sí, constituyendo una lógica y unas unidades gramaticales básicas, y a continuación se superponían las unas sobre las otras hasta convertirse en una forma unificada que englobaba millones de conceptos. A diferencia de otras veces en las que solo había podido apreciar los contornos generales de las ideas, en esta ocasión lo entendió todo por completo.

Vio la versión primigenia del universo: un punto que explotaba emitiendo infinitas cantidades de materia y energía. En ese momento materia y energía eran un todo, sin que hubiera separación alguna entre ambas. En un abrir y

cerrar de ojos nació el universo en diez dimensiones, que finalmente Yun Tianming pudo ver con sus propios ojos.

No existen adjetivos para describir la perfección de ese mundo. La luz, liberada de las ataduras del tiempo, se movía de un extremo a una velocidad ilimitada. Las demás velocidades tampoco tenían límites, y en todos los rincones del mundo decadimensional nacían millones de formas de vida con un chasquido de los dedos. A causa de la velocidad ilimitada, no tardaron en establecer vínculos entre sí hasta formar un todo unido que evolucionó hasta convertirse en una entidad inteligente. Cuando surgía una civilización, enseguida aparecían junto a ella la ciencia, la cultura y el arte, y en un instante alcanzaban la perfección.

La suave voz de Tomoko resonaba en aquel universo singular:

—El universo decadimensional era un mundo hecho de luz pura, construido sobre el intercambio entre fotones. Las partículas y las antipartículas eran creadas por los fotones, y de su mutua destrucción nacían nuevos fotones. Por ese motivo, todo ocurría a la velocidad de la luz, que no tenía límites. Y lo más impresionante aún es que a causa de la mutua neutralización entre partículas y antipartículas, la cantidad total de energía del universo era equivalente a cero, una proporción increíble que constituía la base de los seres inteligentes en el universo decadimensional.

Materia, vida, inteligencia, civilización... En el universo decadimensional todo era uno. Toda la materia tenía vida, toda la vida era inteligente, y todo ser inteligente pertenecía a una forma de civilización armoniosa. Más que un mundo tridimensional en cuyo espacio vacío se acumulaban estrellas solitarias, aquel cosmos era un ente vivo en el que todas las formas de vida formaban parte de una forma de vida mayor, y en el que todos los seres inteligentes eran partícipes de una inteligencia superior. Lo que se conocía

como estado de bosque oscuro era inconcebible para una unidad espiritual semejante.

Ese era el cuerpo del Maestro, el cuerpo del universo decadimensional.

—El Maestro no tiene un cuerpo individual como pasa con los seres humanos, sino que es la suma total de una infinidad de consciencias. Cada entidad consciente comparte todo lo de otras entidades y la existencia misma del universo, convirtiéndose a sí misma en una totalidad y adquiriendo una única persona.[15] Esto era una forma de existencia inimaginable para el ser humano: la fusión total de la existencia individual con la armonía universal, como la estructura geométrica del espíritu —prosiguió Tomoko.

Al comprender todo esto Yun Tianming entendió finalmente el irrefrenable deseo del Maestro de restituir aquel universo perfecto: ¿cómo podía soportar la desolación y la crudeza del mundo tridimensional un ser que conocía la infinita vitalidad de aquel mundo? Le parecía incomprendible que alguien tan perverso como el Oculto estuviera dispuesto a destruir un mundo repleto de belleza y armonía como ese.

Entonces contempló la gran destrucción.

En un rincón de aquel mundo se apagó la tenue luz de la vida y aparecieron puntos oscuros, como si un inmenso folio blanco hubiese sido manchado por gotas de tinta negra. Esos insignificantes puntos negros se expandieron a la velocidad de la luz en todas direcciones: al ser esta infinita, el ritmo al que se extendía la oscuridad tampoco tenía límites, y el universo decadimensional quedó sumido en las tinieblas en muy poco tiempo.

Si bien la devastación se produjo en un brevísimo lapso de tiempo, era posible observar una secuencia clara y definida cuyos detalles Yun Tianming pudo apreciar gracias a las formas de consciencia. Se trataba de un cambio imposible de describir con el lenguaje de un mundo tridimensional: era como si el mundo entero fuera un dibujo formado por un sinnúmero de fichas de dominó

que de repente se hubiesen caído, dejando en pie la misma imagen pero con una estructura completamente diferente, como si en un abrir y cerrar de ojos se hubiese «aplanado».

El universo había pasado de las diez a las nueve dimensiones. Un cruel hijo desobediente del universo decadimensional había matado a la madre que le había dado la vida.

—Una de las entidades que formaban parte de la infinita consciencia del Maestro se rebeló y redujo las dimensiones del universo. El Maestro no entendía nada, porque no estaba preparado para nada semejante. Es como si un bebé nonato desgarrara el útero de su madre estando todavía en su vientre: ¿cómo iba la madre a estar preparada para hacer frente a algo así? Así fue como el Oculto se alzó con la victoria —dijo Tomoko indignada.

En el último instante de la reducción dimensional se produjeron más cambios orgánicos. Las fuerzas que todavía quedaban en el universo decadimensional opusieron resistencia, y de los intercambios entre luz y oscuridad surgió un resplandor muy fuerte al lado del cual el brillo de la Vía Láctea parecía una pequeña vela iluminada por el sol. La forma y el significado de esa guerra era algo que Yun Tianming no alcanzaba a comprender del todo.

En el fragor de la batalla definitiva, Yun Tianming se fijó en una forma de consciencia emitida por el Oculto que era como un grito en medio de un campo de batalla:

—¡ESTE UNIVERSO ES DEMASIADO PEQUEÑO! ¡NECESITO UNO MÁS GRANDE!

Yun Tianming no lo entendía: ¿es que un universo de nueve dimensiones era acaso mayor que uno de diez?

Vio que en medio del resplandor de la batalla un pequeño fragmento se separó de la totalidad del universo decadimensional y voló hasta un lugar que

él era incapaz de ver. Tenía la certeza de que ese era el sitio donde se encontraba el Maestro.

—El Maestro intentó detener la reducción dimensional, pero ya era demasiado tarde. Lo único que pudo hacer fue tratar de separar del gran universo un pequeño fragmento de diez dimensiones que sería el germen de un microuniverso que mantendría la última llama de aquel mundo perfecto. Afortunadamente cada fragmento conserva toda la información del universo original.

Yun Tianming comprendió que el Maestro era el alma del universo decadimensional, o un fragmento de dicho espíritu, y que por eso estaba tan decidido a llevar a cabo una reversión dimensional y recuperar ese paraíso perdido: aquella empresa equivalía a recuperar su propio cuerpo.

En la forma de consciencia pudo verse el universo en nueve dimensiones, que parecía un universo decadimensional incompleto, un huevo resquebrajado. De la misma manera que, según la antigua mitología china, las montañas, los ríos, el sol y la luna habían surgido del cuerpo del dios Pangu al morir, el universo de nueve dimensiones parecía haber nacido del cadáver del universo decadimensional. Pese a no tener vida, era el campo de batalla en el que se enfrentaban a muerte un sinnúmero de formas de vida. Sí, un campo de batalla. Si hubiera que describirlo de alguna manera, este universo sería una ciudad construida sobre ruinas y desgarrada por la guerra.

—La historia del universo de nueve dimensiones es una prolongación de la del universo decadimensional. A diferencia de lo que le ocurría al verse reducido a las dimensiones más bajas, las formas de vida unidas no murieron al pasar de las diez a las nueve dimensiones, sino que simplemente se separaron y dieron lugar a una infinidad de grupos de civilizaciones que, no obstante, mantenían intactos los recuerdos y la civilización del universo anterior. Un grupo de civilizaciones se aliaron para restituir el universo

decadimensional, mientras que otro grupo fue seducido por el Oculto y se unió a su bando —le explicó la forma de consciencia que Tomoko había introducido en su mente.

—¿Seducido por el Oculto? ¿Cómo es posible? —Yun Tianming no entendía.

Observó que, pese a no ser infinita como en el universo decadimensional, en el universo de nueve dimensiones la luz también podía alcanzar una velocidad impresionante. Las guerras tampoco concluían en un instante, sino que experimentaban un complejo proceso. Los intentos de reversión dimensional y la reducción dimensional se producían al mismo tiempo, dando lugar a efectos sorprendentes. Todo el universo parecía cambiar de forma como un trozo de plastilina mientras emitía una extraña radiación. Finalmente, y tras un potente e indescriptible resplandor, la luz del universo se esfumó por completo.

—Durante ese período se produjo lo que los científicos humanos denominaron aniquilación de partículas y antipartículas. A causa de la destrucción del equilibrio fundamental y la disminución de la velocidad de la luz, todas las antipartículas y casi todas las partículas se extinguieron, y solo logró conservarse una milmillonésima parte de las partículas positivas que dieron lugar al universo actual. La ingente cantidad de energía resultante de dicho proceso dio entonces lugar a una rápida expansión del universo —prosiguió Tomoko.

—Pero ¿por qué había más partículas que antipartículas, y por qué acabaron desapareciendo por completo? —preguntó Yun Tianming, que recordó ese problema cosmológico.

—La reducción dimensional acabó con la simetría del universo, y las antipartículas se vieron afectadas en la dimensión desaparecida. La enorme cantidad de antipartículas degeneró en neutrinos, lo cual dio lugar al extraño

fenómeno que vosotros llamáis «violación de la simetría CP» —explicó Tomoko.

Con la desaparición de las partículas y las antipartículas, volvió a producirse otra impresionante reducción dimensional. Se hizo la oscuridad, y en medio de la absoluta desesperación de millones de civilizaciones el universo adquirió el aspecto de un globo desinflándose a toda velocidad, y cayó nuevamente en una dimensión inferior. Poco después, el universo en nueve dimensiones fue sustituido por un cosmos de ocho dimensiones.

El universo octodimensional era un extraño mundo esférico lleno de agujeros y túneles. Recurriendo a metáforas del mundo tridimensional, podría decirse que aquel universo era un gran queso gruyer. En cada uno de esos agujeros las distintas civilizaciones que habían sufrido la reducción dimensional se despertaron y entablaron enfrentamientos a vida o muerte. Si bien la luz del universo de ocho dimensiones tenía una velocidad bastante baja, la guerra seguía desarrollándose a un ritmo trepidante. Todo eso eran obviamente conjeturas de Yun Tianming, puesto que era imposible calibrar el tamaño de un universo de ocho dimensiones con los parámetros de alguien que procedía de un mundo tridimensional.

En medio de esa guerra el universo volvió a caer irremediablemente en las siete dimensiones. La estructura del universo heptadimensional era mucho más simple que la del universo de ocho dimensiones, con una interminable superficie hexadimensional dividida en dos mitades: un mundo sólido y un espacio vacío. Parte de aquellas civilizaciones se esparcieron sobre la superficie hexadimensional que medía miles de millones de años luz, pero esa superficie era mucho más compleja que el mundo tridimensional. Como ocurrió con las civilizaciones que habían existido antes, el universo en siete dimensiones quedó sumido desde el principio en una guerra entre civilizaciones. Ya no quedaban entre ellas muchas de las antiguas razas

venidas del mundo decadimensional, y las recién nacidas se hicieron con el poder. Fue entonces cuando el principio del bosque oscuro empezó a adquirir un papel cada vez más importante: las distintas civilizaciones no se atrevían a iniciar las hostilidades y empezó a generalizarse el uso de las armas dimensionales, lo cual provocó una nueva reducción dimensional.

—Los universos de nueve, ocho y siete dimensiones eran continuaciones del universo decadimensional. Los dos bandos del universo decadimensional continuaron en estos tres universos, pero con cada dimensión menos el bando del Maestro se volvía cada vez más débil. El Oculto también iba perdiendo poder, pero la situación jugaba a su favor. Su objetivo era reducir las dimensiones; estaba preparado para la reducción desde el principio, y aunque usar armas de ese tipo le restara una dimensión, también le permitía continuar la guerra en un universo con una dimensión inferior —dijo Tomoko.

En el universo de seis dimensiones ya apenas si quedaba rastro de las antiguas civilizaciones. Ese mundo tenía un aspecto de lo más singular: sobre un inmenso océano de energía flotaban millones de pequeñas islas de materia oscura (en el sentido hexadimensional, claro está). Cada isla tenía un tamaño de varios millones de años luz y podía actuar como un universo independiente de los demás que se encontraba separado por más de un millón de años luz de distancia. En ese mar de energía y esas islas de antimateria surgieron miles de civilizaciones cuyas guerras eran más sobrecogedoras que los enfrentamientos más espectaculares de cualquier historia fantástica. Las victorias eran majestuosas como los dioses del Olimpo, y las muertes eran lastimosas como el canto de un cisne.

Y así fue como se sucedió una reducción dimensional tras otra.

Los universos en cuatro y cinco dimensiones eran bastante similares al actual universo tridimensional: dejando a un lado la diferencia dimensional, su estructura fundamental consistía en un sistema energético en un vasto

espacio oscuro. La velocidad de la luz y otras velocidades se iban ralentizando poco a poco. El tiempo necesario para ir de un extremo a otro del universo ya no se medía en minutos ni en semanas, sino en millones de años. Esta distancia inabarcable creó un abismo eterno entre civilizaciones. Gracias al Oculto el estado de bosque oscuro acabó triunfando. Toda civilización desarrollada se escondió en el bosque y se dedicó a disparar contra cualquier presa que se dejara ver, viviendo con la posibilidad de ser exterminada por un enemigo más poderoso.

El Maestro y el Oculto, aquellos dos rivales desde tiempo inmemorial, no eran ajenos al principio del bosque oscuro. Los dos auténticos participantes en aquel juego también se escondían, al tiempo que se movían en silencio intentando asestar el golpe mortal a su enemigo.

Los universos nacían y morían, y las civilizaciones ascendían y sucumbían. Un insecto llamado Yun Tianming observaba todo esto después del paso de un período de tiempo interminable.

Al cabo de un período de tiempo indeterminado, Yun Tianming se apartó de los ojos de Tomoko. Pese a tener el cuerpo de un dios capaz de soportar mucho mejor las formas de consciencia, seguía siendo tan débil que apenas podía articular palabra: no era una debilidad física, sino espiritual.

—No lo entiendo. ¿Por qué decía el Oculto que ese universo era demasiado pequeño? —masculló Yun Tianming.

Tomoko sacudió la cabeza, aturdida.

—El Maestro tampoco. Puede que ese sea el misterio mejor guardado del universo. Pero usted no tiene necesidad de saberlo: le basta con completar la misión. No hay forma de entrar en razón con el Oculto...

Yun Tianming salió de la casa y se dirigió hacia la «puerta» del microuniverso, un marco rectangular de líneas imprecisas que había

aparecido a lo lejos, mientras Tomoko lo seguía en silencio. Entonces caminó hacia la puerta, se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Cuánto tiempo ha pasado en el gran universo?

—El tiempo en el microuniverso transcurre de manera independiente, y no guarda ninguna relación con el tiempo en el gran universo. En cierto sentido, ahora el tiempo en el gran universo sigue congelado en el instante en el que usted llegó aquí. También podemos ajustarlo en función de diferentes escalas. Pero ya le he advertido de que no vaya a un futuro demasiado lejano, puesto que para entonces es posible que el universo ya haya entrado en las dos dimensiones. No nos queda mucho tiempo.

—¿De cuánto tiempo estaríamos hablando?

—No más de quince mil millones de años.

Yun Tianming esbozó una sonrisa: le parecía muy gracioso que quince mil millones de años fuera lo que ella entendía por «poco tiempo»... Apenas un día antes había pensado que toda su vida había durado setecientos años.

Había tenido pesadillas durante miles de años, pero lo que tenía por delante era insignificante en comparación. Era una pesadilla de la que tal vez no pudiera despertar en miles de millones de años.

Al pensar en ese futuro insondable en medio del espacio oscuro, Yun Tianming sintió que su ánimo flaqueaba, y sintió deseos de ver a otro ser humano. Antes de entrar en el microuniverso no tenía ganas de verla y dejar que ella, cuya belleza y juventud se habían mantenido inalteradas, viera su aspecto desportillado y avejentado; pero todo había cambiado, y creía que ahora sí podía ir en su busca.

—¿Puedo esperar un rato más? Quiero esperarlos... y decirles algo cuando vengan a este universo.

Tomoko supo enseguida a quiénes se refería.

—No se preocupe —dijo Tomoko—. No necesita esperar mucho tiempo:

con que vuelva durante los próximos cien millones de años ya está. Si lo desea puede quedarse aquí unos años: también puede ajustar la velocidad a la que fluye el tiempo, y así verlos antes.

Yun Tianming asintió y de repente se le pasaron las ganas. Había pasado toda una vida con otra mujer, y varios días después de su muerte ¿qué esperaba conseguir yendo a ver a su antiguo amor platónico? ¿Qué había pasado entre Cheng Xin y Guan Yifan durante todo aquel tiempo? Él probablemente ya sobraba.

«¿Es Cheng Xin la persona a la que amo de verdad? ¿O quizá AA, o tal vez Ai Xiaowei?», pensó.

Yun Tianming sacudió la cabeza decepcionado. Nada de eso tenía por qué ser un problema, puesto que podría haber llevado una vida tranquila junto a Cheng Xin. Todo había cambiado por culpa de aquellas malditas líneas de muerte.

La velocidad de la luz se había desacelerado y el tiempo los había separado. Los dos se miraban el uno al otro en el origen y el final del río del tiempo sin llegar a verse. Si estuvieran en el universo decadimensional en el que la velocidad de la luz era infinita todo habría sido muy diferente...

«¡Un momento!»

De repente apareció en su mente una idea difusa que poco a poco se fue perfilando. Pensó en un factor clave en el que no había reparado antes, algo que había dado por sentado hasta tal punto que había pasado por alto su relevancia.

—¿Cuánto tiempo lleva existiendo el universo tridimensional? —preguntó, volviéndose hacia Tomoko mientras le lanzaba una mirada exultante.

—Según el sistema de medición humano, unos trece mil ochocientos noventa y cuatro millones de años —contestó Tomoko sin saber muy bien cómo había llegado a esa conclusión.

—¿Y el universo tetradimensional?

—Aproximadamente dos coma ocho millones de años.

—¿Cuánto duró el universo en cinco dimensiones?

—Doscientos sesenta y cinco años.

—¿Y el hexadimensional?

—Nueve días y doce horas.

—¿Y el heptadimensional?

—Un minuto y diecinueve segundos.

—¿Y el de ocho dimensiones?

—Siete milisegundos.

—¿El de nueve dimensiones?

—Sesenta y seis nanosegundos.

Intentando contener su emoción, Yun Tianming hizo una última pregunta:

—¿Y el universo decadimensional?

—En ese universo no existía el tiempo: era eterno.

—Debería haberlo adivinado antes... —murmuró Yun Tianming—.

Velocidad infinita y eficiencia infinita. Todo terminaba al empezar, y en un breve instante todo alcanzaba su plenitud, sin necesidad de que transcurriera intervalo alguno... Un mundo sin tiempo.

»Sin tiempo, sin movimiento, sin cambios, sin procesos... ¡Todo acababa nada más empezar! ¡Un instante era toda la eternidad! Un mundo sin formas de vida animadas, sino solo formas de vida superpuestas las unas sobre las otras en un todo... ¡un mundo muerto!

—No comprendo —protestó Tomoko—. No entiendo lo que me está diciendo. El mundo perfecto no necesita tiempo. El tiempo no es más que... una molesta espera.

—Tú eres la sierva del Maestro, y por eso tanto para ti como para él el

tiempo es algo incomprensible. Nunca podréis comprender lo que es el tiempo si no habéis vivido en él. Según una historia mitológica de la Tierra...

—Conozco todos los mitos de la Tierra —le interrumpió Tomoko con desdén.

—Pero eso no quiere decir necesariamente que entiendas su significado. ¡Puede que si lo hicieras comprendieras la verdadera motivación del Oculito! En la mitología griega el mundo nació de la siguiente manera:

»El dios Urano se unió a la diosa Gea, y de su unión fueron engendrados muchos dioses. Pero Urano odiaba a esos hijos, y bloqueó el útero de Gea con sus genitales para impedir que nacieran, de tal manera que el cielo y la tierra se mantenían en un estado de unión perpetua. Gea, que sufría por el hecho de estar siendo aplastada por Urano, ordenó a sus hijos que la ayudaran a separarse de él. Así fue como su hijo Cronos cortó con una hoz los genitales de su padre Urano, y de esta forma se separaron cielo y tierra. Así fue como nacieron los dioses y todos los seres de la Tierra.

—¿Qué tiene que ver una historia tan burda con el universo decimensional? —preguntó Tomoko, haciendo una mueca de asco.

—Deberías saber que Cronos significa «tiempo» en griego. Es una metáfora sobre el inicio de todo. El Oculito necesitaba el tiempo, porque un universo sin tiempo es demasiado pequeño por muy grandes que sean sus dimensiones. Fue por eso por lo que el Oculito, incapaz de soportar esa situación, necesitaba reducir las dimensiones del universo original. Con cada dimensión inferior el tiempo se alargaba cada vez más. El Oculito no es un loco ni un malvado: tan solo necesita... un poco de tiempo.

»El Oculito reduce las dimensiones para crear tiempo. Cada dimensión reducida queda compensada mediante el tiempo. Él (o una parte de él) se ha trasladado al interior del tiempo de alguna manera. Eso es lo bueno de la

reducción dimensional: ¡si no se reducen las dimensiones no puede existir el tiempo!

—Podría ser... Hace mucho nos dimos cuenta de que el tiempo es un efecto para compensar la reducción de la velocidad de la luz —dijo Tomoko pensativa.

—Al igual que la separación de la tierra y el cielo fruto de la intervención de Cronos, el tiempo dividió el cosmos e hizo que la entidad viva que era el eterno universo decadimensional se extinguiera. A partir de entonces, todas las civilizaciones tuvieron que vivir sometidas a las limitaciones del tiempo y el espacio, y la incertidumbre pasó a regir el mundo. Solo teniendo tiempo es posible tener esperanzas, expectativas, ilusiones, sorpresas, recuerdos, olvidos... solo así es posible ser libre.

—Eso no tiene mucho sentido —le espetó Tomoko—. La eternidad lo es todo.

—Pero el Oculto no piensa lo mismo: se siente asfixiado en la eternidad del mundo en diez dimensiones. Y con la llegada del universo en nueve dimensiones hubo cada vez más seres inteligentes que se identificaron con sus puntos de vista y se pusieron de su parte. Preferían colocarse dentro del tiempo aun a riesgo de extinguirse y así obtener más tiempo. Este también fue el motivo por el que el Maestro acabó fracasando... ¿Me equivoco? Él necesitaba tiempo: y es que todas las cosas vivas aparte del Maestro necesitan tiempo.

—Pero según tengo entendido el tiempo es el origen de la mayoría de las tragedias del ser humano. Usted y Cheng Xin, sin ir más lejos, podrían estar juntos si no fuera por el tiempo —objetó Tomoko.

Yun Tianming esbozó una sonrisa llena de melancolía.

—Pero no habríamos sido felices. Sin aquel mes de cuentos con Weiwei, sin aquella hora que pasé con Cheng Xin junto al lago, sin aquellos miles de

años de bellos sueños y sin aquellos cuarenta años que viví con AA... seguramente ni siquiera tendría consciencia de ser quien soy.

Tomoko sacudió la cabeza.

—Meras fantasías, nada más —zanjó—. Además, ¿para qué iban a querer seguir reduciendo las dimensiones si en el universo de nueve dimensiones ya existía el tiempo?

—Sobre eso solo podemos especular —contestó Yun Tianming, cuya mente se había vuelto especialmente clara y ágil después de volver a la vida—. El Oculto creó el tiempo reduciendo las dimensiones, pero también se vio engullido por él. Después de abrir esa caja de Pandora ya no había vuelta atrás. En medio del tiempo todo nacía y moría; pero el Oculto no quería vivir unos pocos segundos, días o años y acabar muriendo, sino vivir eternamente. Por eso empezó a reducir dimensiones una y otra vez: no solo para escapar a la persecución de los buscadores, sino también para conseguir más tiempo. Al hacerlo fueron apareciendo otras civilizaciones que también se unieron a ese juego, y el universo acabó convirtiéndose en un bosque oscuro en el que la reducción dimensional constituía una forma de ataque y en el que cada civilización utilizaba la reducción dimensional con el fin de prolongar todavía más su tiempo... Este juego continuó, y el tiempo de cada universo era diez mil veces superior al del universo anterior, con la pérdida de una valiosa dimensión como único precio para conseguirlo. Un universo sin ninguna dimensión debe de ser un espacio vacío en el que solo existe el tiempo... — Yun Tianming no pudo evitar sentir un escalofrío: aquello tenía que ser un universo en el que solo existía la muerte.

Los dos extremos eran la perfección muerta y el vacío muerto, y la vida solo podía existir en el cruel término medio del bosque oscuro: la muerte era el medio indispensable para la existencia de la vida.

—Es precisamente por eso por lo que el Maestro debe pararle los pies —

terció Tomoko—. El Oculito ha enloquecido: ¡lo único que quiere es sacrificar el universo en el altar del maligno dios del tiempo! Si el universo se hunde en las cero dimensiones no habrá nada que hacer. Entonces no habrá ninguna forma de vida ni ningún ser inteligente; aun en el hipotético caso de que existiera algo, quedaría atrapado en el tiempo infinito. ¡Un trillón de años no sería más que un segundo de esa cadena perpetua!

—Pero si el Maestro se encuentra fuera del universo, ¿por qué no lleva a cabo una reversión dimensional cuando el universo llegue a las cero dimensiones? —preguntó Yun Tianming—. Supongo que cuando el universo se quede sin dimensiones el Oculito también perecerá, con lo que dejará de tener la capacidad de enfrentarse al Maestro.

—No, en eso se equivoca usted. El universo sin dimensiones no tiene dimensiones dignas de dicho nombre, por lo que se separaría de la gran membrana y el Maestro no sería capaz de rastrearlo. Esto es un fenómeno bastante habitual en la membrana que se conoce como «evaporación universal», y que seguramente es obra de esos adoradores del tiempo. ¡Tiene que ayudarnos a detener al Oculito en el universo tridimensional!

Yun Tianming sacudió la cabeza y dijo:

—Necesito un pretexto, o de lo contrario no veo por qué debería dedicar tantos esfuerzos a combatir una muerte usando otra.

—No necesita ningún pretexto, mi señor. El Maestro ya ha introducido en usted su voluntad, y lo único que debe hacer ahora es llevarla a la práctica —afirmó ella con expresión confundida.

—¿De verdad? —preguntó Yun Tianming con una fría sonrisa—. Pues déjame que te diga una cosa: el precinto mental del Maestro no puede controlarme. ¡A partir de ahora ya no dependo de él!

Tomoko, asustada, dijo con expresión de profunda perplejidad:

—¿Cómo... cómo es posible? ¡Un ser inteligente se ha alejado del

Maestro! ¿¡Cómo puede ser!?

—¿A que no lo sabes? Es porque las formas de consciencia del Maestro apelan a la razón para ejercer su control, y están sustentadas sobre una base conceptual totalmente correcta. Si se descubre algún error fatal en los hechos, su control se desvanece por completo. El Maestro es perfecto y casi nunca comete errores, así que puede emplear este método sin temor a equivocarse. Pero ha cometido un gran error: desconoce la importancia del tiempo y el principal defecto del universo decadimensional, que no era en absoluto un mundo perfecto. Me ordenó que restaurase el mundo perfecto, pero ahora sé que no existe tal cosa, así que su mandato no significa nada para mí. Acabo de suprimir su control, y a partir de ahora ya no tengo por qué obedecer a nadie.

Tomoko guardó silencio mientras miraba a Yun Tianming con una extraña expresión. Él dio instintivamente un paso atrás, temeroso de que la androide recurriera a alguna forma de represalia.

—No tiene por qué preocuparse, amo —dijo Tomoko al fin—. No le haré ningún daño. Es usted muy especial: no es el ser con mayor nivel intelectual de todos los que han recibido el Universo 647, pero es la única forma de inteligencia capaz de resistirse al dominio del Maestro. Eso es algo extraordinario.

—El mérito no es mío, sino de los trisolarianos. Gracias a las torturas a las que sometieron a mi sistema nervioso aprendí muchas cosas. Las formas de consciencia del Maestro me abrumaban, pero aun así logré mantener una caja negra en la que pude pensar, o de lo contrario su voluntad me habría engullido y me habría convertido en su instrumento —explicó Yun Tianming.

—Sí, es la primera vez que ocurre algo así. Vistas las circunstancias, tengo que hacer unos cálculos para determinar si podemos darle un pretexto para ayudarnos.

Tomoko cerró los ojos y permaneció un buen rato en silencio, como sumida en un estado de meditación zen. Yun Tianming esperó en silencio, mirando la extraña sombra de sus cuerpos proyectada sobre el suelo.

Al final Tomoko abrió unos radiantes ojos.

—Señor Yun Tianming, el cálculo ha finalizado. Sí, le puedo dar un motivo para ayudarnos.

Yun Tianming miró con recelo a Tomoko, que tenía una ligera sonrisa dibujada en el rostro.

—Hace poco me ha preguntado si la reversión dimensional puede devolver el Sistema Solar y la Tierra a su estado original, ¿verdad?

—Sí, y me has contestado que no era posible.

—Así es; pero eso solo era parte de la respuesta. La respuesta completa es que no se puede restaurar el Sistema Solar y la Tierra por separado; pero si se restablece todo sí sería posible recuperar su hogar.

Los ojos de Yun Tianming se iluminaron, y preguntó ansioso:

—¿Qué quiere decir «si se restablece todo»?

—La reversión dimensional consiste en devolver cada partícula fundamental a su estado inicial en función de su naturaleza, desplegando todas las dimensiones encerradas en su interior con el fin último de recuperar el universo en diez dimensiones. Ni siquiera el Maestro es capaz de decidir a voluntad el aspecto que tendrá el mundo tras la reversión dimensional. Una vez recuperado, el mundo volverá a su estado original de forma total, completa e indivisible.

Yun Tianming se esforzó por captar el sentido de esas palabras, pero no alcanzó a entenderlas.

—Pese a no tener tiempo, el cosmos de diez dimensiones seguirá estando sometido a las leyes de la naturaleza y todas las cosas estarán regidas por la estricta ley de la causalidad. Si todo volviese a su estado primigenio, todo

discurriría según su cauce original sin que se produjera cambio alguno — continuó Tomoko.

—¡Dios mío! —exclamó Yun Tianming al entender la clave de toda su explicación—. ¿Estás diciendo que...?

—Sí, las formas de vida del universo decadimensional nacerían en un momento, y en ese mismo instante el Oculto contraatacaría. Volvería a producirse una guerra cósmica, y se volvería a caer a las nueve dimensiones, luego a las ocho, entonces a las siete, a las seis... y así hasta llegar a vuestro universo.

»Vuestra Vía Láctea volvería a formarse, el Sol aparecería de nuevo en ese rincón de la galaxia, y la Tierra y los demás planetas aparecerían otra vez, bañados por la misma luz solar. En la Tierra surgirían las formas de vida originales, que evolucionarían hasta convertirse en organismos multicelulares, los peces pasarían del agua a la tierra firme, los reptiles se repartirían por todo el planeta, y luego un meteorito provocaría la extinción de los dinosaurios. Un insignificante primate bajaría de un árbol y fundaría civilizaciones, estados, religiones, ciencias... Su patria también renacería, como todas las demás: los antiguos reyes volverían a gobernar el mundo, y otra vez estallarían guerras y levantamientos; los poetas volverían a componer sus cantos, y los científicos volverían a devanarse los sesos para lograr dar con la respuesta a los mismos grandes interrogantes; Ye Wenjie volvería a pedir a los trisolarianos que invadieran la Tierra, Luo Ji volvería a enunciar el principio del bosque oscuro, y Cheng Xin se convertirá nuevamente en la portadora de la espada... Usted, por supuesto, volvería a nacer del útero de su madre exactamente el mismo día y a la misma hora. Todo... se repetiría una vez más.

—¿Otra vez... igual? —murmuró Yun Tianming. Esta idea tan inverosímil le daba vueltas en la cabeza.

—Sí, todo se repetiría sin ningún cambio, por pequeño que fuera. Cheng Xin y Ai Xiaowei llevarían la misma ropa y le dirían lo mismo cuando las volvieran a conocer; cuando hablase con Cheng Xin el viento también le agitaría el cabello y la lluvia seguiría cayendo sobre ustedes; el día de la eutanasia Cheng Xin también le detendría en el mismo momento, ni un segundo antes ni después; volvería a ver los mismos sueños, volvería a salvar a Cheng Xin de la pistola de Wade, volvería a ver el espíritu del Maestro, volvería a llegar al Planeta Azul, se volvería a enamorar de Ai AA, y cada vez que hicieran el amor sería exactamente en la misma postura... Finalmente, al cabo de doscientos mil millones de años (o quizá un billón de años, quién sabe), usted estaría donde se encuentra ahora hablando conmigo, diciéndome exactamente lo mismo. Evidentemente, cuando eso ocurra ni usted ni yo nos acordaremos de nada.

—Eso... parece increíble.

—Es el resultado de una operación matemática.

—Pero ¿qué sentido tiene hacer que todo se repita de nuevo?

—¿Sentido? No soy capaz de contestar esa pregunta, pero teniendo en cuenta que se repetiría todo hasta el más mínimo detalle, podría deducirse que si la primera vez tuvo sentido, la segunda también lo tendrá.

—¿El objetivo del Maestro es hacer que el universo se repita hasta el infinito? ¿Una degeneración dimensional de varios billones de años de duración tras el breve instante del universo decadimensional...? ¿Y una vez recuperado, vuelta a la destrucción...?

—Olvida usted que para el Maestro el tiempo no existe. No hay apenas diferencia entre el eterno universo decadimensional y el eterno regreso al universo de diez dimensiones. En cuanto comience, será un proceso eterno.

—¡Ja, ja, ja...! —Yun Tianming prorrumpió en carcajadas—. Y yo que pensaba que el Oculito estaba loco... ¡Pero si el Maestro está todavía peor!

¡Ahora resulta que el fin del universo no era el vacío, sino una película en bucle!

»Aunque... —Yun Tianming interrumpió sus risotadas al considerar una posibilidad todavía más inquietante— si todo puede repetirse sin ningún cambio, es posible que todo esto se repita tarde o temprano, o puede que incluso ya se haya repetido una infinidad de veces. ¿Y si ya estamos metidos en la rueda...?

Vio su sombra y la de Tomoko proyectadas sobre el suelo. Aquel Yun Tianming miraba hacia un horizonte todavía más alejado, donde se reflejaba otro Yun Tianming que tenía la mirada puesta en otro que estaba aún más lejos... y así hasta el infinito. Todos aquellos Yun Tianming eran él, la viva imagen de la teoría de Tomoko.

—Es muy probable —contestó Tomoko con calma.

—¿Ni tú ni el Maestro lo sabéis? —preguntó él.

—Recuerde que, con la reversión dimensional, el Maestro también entrará de nuevo en el ciclo y todos los recuerdos del universo anterior se perderán.

—Entiendo... entonces ¿el motivo que me das es repetirlo todo de nuevo?

—Sí.

—En ese caso... ¡me niego! ¡De ninguna manera! Recuerdo que hace mucho tiempo vi una serie de televisión delirante en la que cada capítulo era prácticamente idéntico, porque una chica casi igual de loca que el Maestro controlaba el mundo: todos los personajes hacían casi las mismas acciones sin conservar recuerdo alguno de lo que habían hecho antes, y el mismo argumento se repetía una y otra vez durante siete u ocho capítulos. Era tan desesperante que al final me dieron ganas de tirar el portátil por la ventana. ¿Crees que iba a estar dispuesto a permitir que el universo se convierta en algo tan absurdo?

—Solo sería así en apariencia —repuso Tomoko con total seriedad,

haciendo caso omiso del arrebató de Yun Tianming—. Si el universo fuera una serie no habría un espectador con ganas de tirar el ordenador por la ventana, y aun en el caso de que dicha entidad existiera no seríamos ni usted ni yo. Del mismo modo que los personajes de las series no tienen ningún recuerdo, para usted cada experiencia es única e irrepetible por muchas veces que se repita. Recuerde lo que le acabo de decir: si la primera vez tuvo sentido, la segunda también lo tendrá.

Yun Tianming se calmó y empezó a digerir las palabras de Tomoko. No le faltaba razón.

La repetición era insoportable por el hastío que generaban los recuerdos; pero si la memoria no existía era como si la repetición nunca se hubiese producido. Generaciones y generaciones de bacterias, insectos y otros seres vivos seguirían el mismo curso vital que sus antepasados sin experimentar cambio alguno, pero desde su punto de vista esa existencia no dejaría de tener sentido. ¿Es que alguien que hubiese tenido una vida plena y feliz iba a renunciar a vivirlo todo otra vez sin un solo cambio? El nacimiento, los primeros pasos, las primeras palabras, ir a la escuela, el primer beso... la repetición de todos estos momentos no estaba carente de sentido.

¿Y Yun Tianming? Hubo un tiempo en el que creyó que su vida no tenía propósito alguno, y llegó a pensar que era culpable de crímenes imperdonables y en más de una ocasión había deseado incluso la muerte... Pero después de todo aquello ¿pensaba realmente que su vida había sido en vano? ¿No quería volver a vivir una vez más? ¿No quería volver a ver a Ai Xiaowei abriendo tímidamente la puerta de su casa? ¿No quería volver a sentarse a la vera de Cheng Xin junto al lago mirándole disimuladamente a los ojos? ¿No tenía ganas de volver a sentir palpitaciones al comprar por primera vez un DVD de Ran Asakawa? ¿No quería volver a flotar él solo en sus maravillosos sueños? ¿No quería volver a besar ávidamente los labios de

Ai AA durante aquella primera noche en el Planeta Azul? ¡Claro que sí! Al igual que al Maestro, a Yun Tianming no le importaba tener que esperar millones de años ni tener que atravesar por todo aquel sufrimiento; gustosamente volvería a embriagarse de aquellos momentos tan maravillosos dos, tres o mil veces.

Y estaba seguro de que, al igual que él, la humanidad y las formas de vida de la Tierra nacidas en el pecado original y rodeadas de penurias también estaban dispuestas a algo así.

—Tienes razón —convino al fin Yun Tianming—. Eso es un buen motivo. ¡Un motivo cojonudo!

Yun Tianming se marchó del microuniverso y regresó al vasto espacio temporal del que había venido para ir al encuentro de aquel desconocido buscador. Recorrió los millones de años luz que ocupaba el bosque oscuro como un espectro pasando ante aquellos miles de civilizaciones escondidas para cumplir con aquella misión: encontrar al Oculto entre todas aquellas civilizaciones que permanecían escondidas.

Antes de partir, Yun Tianming le dijo a Tomoko que ampliara el permiso de entrada en el microuniverso para incluir a Guan Yifan, porque imaginaba que tanto él como Cheng Xin acabarían llegando hasta allí, y puede que cuando eso ocurriera Yun Tianming ya no existiera. Le pidió a Tomoko que, si algún día Guan Yifan y Cheng Xin llegaban allí, no les dijera que le había visto, porque no quería convertirse en una carga para ellos.

«A Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César», pensó. De modo similar, lo que era de Guan Yifan, que fuera para Guan Yifan; y lo que era de Yun Tianming... pues eso.

Por último le entregó a Tomoko el mechón de pelo de Ai AA.

—Si logro volver antes de que el gran universo sea destruido, ¿podrías clonarla? No quiero tener que esperar a que transcurra todo el tiempo del universo para volver a verla.

—Técnicamente eso es muy sencillo. Podría hacerlo ahora mismo.

—No, mejor espera a que vuelva. El nuevo clon no sería su... yo anterior, y no sabría cómo tratar a esa nueva Ai... Ai lo que sea. —Yun Tianming no sabía por qué, pero estaba convencido de que aquella chica con la que había coincidido en dos vidas volvería a cruzarse en su camino de un modo u otro. El universo es grande, y la vida lo es todavía más, y puede que volvieran a encontrarse...

Qué bonita ensoñación.

—Por cierto, ¿por qué no vienes conmigo? —preguntó Yun Tianming. Desconocía casi todo acerca de su nuevo trabajo, pero estaba seguro de que con Tomoko a su lado todo sería mucho más fácil.

—Olvida usted que soy la administradora del sistema de este microuniverso. Si me marchó, este universo se desmoronará —señaló Tomoko—. Pero si va al microuniverso 589, el buscador que allí se encuentra debería ser capaz de ayudarle.

Yun Tianming asintió, contempló por última vez aquel huerto que no tendría oportunidad de disfrutar, se dio la vuelta y se marchó. Su silueta se desvaneció al cruzar el marco invisible de la puerta, y apareció en medio de un cúmulo de brillantes estrellas situado a seis mil años luz de distancia. Yun Tianming no necesitaba que ninguna nave espacial fuera a recogerle, ya que él mismo era una nave. Su cuerpo no se parecía en nada al de un ser humano más allá de su aspecto externo. De hecho, él y Tomoko podrían haber pertenecido a la misma especie de no haber sido por el hecho de que él tenía unos recuerdos y una voluntad independientes —una especie que consistía en una maquinaria creada a partir de energía pura. Su cuerpo estaba formado por

células como cualquier otro ser humano, pero eran unas células tan complejas como un miniordenador... Era incluso capaz de impulsarse mediante un proceso de propulsión por curvatura, y surcar todos los rincones del universo tridimensional a una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo.

El tiempo se había detenido en el microuniverso, y todo había quedado sumido en la oscuridad. Tomoko permanecía sentada en silencio en la casa en la que se había parado el tiempo, esperando a que Yun Tianming le comunicara mediante el anillo que volvía a requerir de sus servicios a su regreso.

Al cabo de un período de tiempo que no era un período de tiempo hubo una señal, pero no era Yun Tianming.

Tomoko abrió los ojos, y enseguida supo que en el gran universo habían transcurrido dieciocho coma nueve millones de años.

Quien había regresado no era Yun Tianming, sino las otras dos personas con autorización para entrar en ese universo.

Tomoko no era capaz de apreciar el paso del tiempo, pero era plenamente consciente de lo que significaban dieciocho coma nueve millones de años para un ser humano.

Puede que Yun Tianming se hubiese convertido en polvo y no fuera a regresar jamás, y es que por mucho que se hubiera transformado su cuerpo, era incapaz de hacer frente a un entorno tan duro como el del gran universo. Cabía la posibilidad de que estuviera recorriendo mundos lejanos en busca del Oculito; o puede que se encontrara viviendo feliz en algún rincón del universo tras olvidar por completo su misión...

Como robot programado para actuar según unos parámetros predeterminados, Tomoko era incapaz de sentir decepción, preocupación, miedo o curiosidad, y mucho menos entristecerse por alguien que tal vez hubiera desaparecido en las brumas del tiempo. Ella no necesitaba esos

sentimientos; lo único que le importaba era cumplir con su misión actuando según la configuración establecida por Yun Tianming.

Salió de la casa, atravesó los bancales del campo labrado y llegó al pie del árbol donde poco antes —o puede que dieciocho coma nueve millones de años antes— había visto a Yun Tianming, e hizo una profunda reverencia al hombre y la mujer recién llegados.

—Te dije que el universo es grande, pero que la vida lo es todavía más. Al final el destino sí ha querido que nos volviéramos a encontrar.

TERCERA PARTE

CÁLIZ CELESTIAL

Grano temporal 1325436564 Cúmulo estelar de los tañedores de estrellas

Rapsoda no imaginaba que Monarca fuera a convocarlo de forma tan repentina.

Después de cientos de millones de granos temporales se había convertido en el anciano de una simiente, pero para alguien del nivel de Monarca, él no era más que una entidad de cuarto nivel. Tan solo era uno de los ancianos de menor rango, uno al que le gustaba cantar más que a los demás, pero solo eso. No sabía por qué lo había convocado Monarca. ¿Acaso era porque sabía que... iba a morir?

A millones de estructuras a su alrededor había un sinfín de mundos que habían sido conquistados por los tañedores de estrellas. Cómo habían logrado reproducirse a semejante velocidad y vencer a los malditos insectos matriz era todo un misterio para él. Los pequeños tañedores de estrellas habían tenido el descaro de dejar ver sus coordenadas, pero ninguna entidad de baja entropía se había atrevido a limpiarlos. Ya eran capaces de eliminar los puntos de masa y las hojuelas bidimensionales, y aunque no estaba del todo claro si podían hacer frente a armas más poderosas, sí eran capaces de rastrear el ataque hasta el sistema estelar del atacante. El propio Rapsoda había visto cómo varios limpiadores habían sido destruidos de esa manera.

La aparición de los pequeños tañedores de estrellas había obligado a cambiar aquella vieja consigna: mientras que antes era «esconderse bien, limpiar bien», ahora se decía «esconderse bien, no limpiar».

Pero Rapsoda no creía que fueran capaces de descubrirlo. La simiente recorría el universo a toda potencia, y, como un fantasma que siembra muerte a su paso, lanzaba a los tañedores de estrellas espejos de luz o aros de inversión, unas formidables armas de las que todavía no podían defenderse. Rapsoda no sentía ningún regocijo al ver cómo las estrellas de los pequeños tañedores eran limpiadas una a una: sabía que no era la primera vez que una entidad de baja entropía había experimentado un desarrollo tan espectacular, pero al cabo de varios cientos de millones de granos temporales todas ellas desaparecían sin dejar rastro en el lugar donde nacían las estrellas. Los pequeños tañedores de estrellas no serían una excepción.

Todas las cosas se corrompen, y solo el mundo matriz dura para siempre.

Siempre había sido así. El mundo periférico también había demostrado su fuerza ante el mundo matriz en la creencia de que podría acabar reemplazándolo, pero al final fue totalmente aniquilado.

Según la leyenda el mundo matriz había sido instituido por el mismísimo Dios Creador, y había heredado la fuerza de los antiguos dioses que le permitía destruir el cielo y la tierra. Aquello, claro está, no era más que una leyenda; pero la destrucción del mundo periférico puso de manifiesto que eso iba más allá de la ficción, y que existían temibles fuerzas capaces de acabar con el universo.

¿Por qué temía a los insignificantes tañedores de estrellas a pesar de todo?

Rapsoda había limpiado más de cuatrocientas estrellas de los tañedores. Sabía que en ese cúmulo de estrellas había otras entidades de baja entropía ya muertas o en silencio, y que él era el único limpiador que seguía eliminando tañedores de estrellas. A veces se sentía orgulloso de eso, como decía aquella vieja balada:

Soy el último barrendero que limpia los campos de batalla de los mundos.

Los ofrendo a los pies de mi amor.

*Cuando todos los mundos estén limpios,
mi amor ya no tendrá que esconderse,
y podrá salir de su envoltura nupcial y convertirse en mi novia.*

De forma inesperada, los tañedores de estrellas localizaron su simiente y enviaron un insecto interestelar a fin de que la devorasen. Para inmovilizarla, los insectos lanzaron un anillo sobre ella, una herramienta sumamente rudimentaria. La simiente quebró enseguida el anillo, pero pronto apareció otro: los pequeños tañedores de estrellas dispararon como locos cientos de miles de anillos con capacidad para contrarrestar la energía de centenares de estrellas. La simiente los rompió tan fácilmente como si de la delicada piel de una sirena se tratara.

Quería haber exterminado aquellos odiosos insectos interestelares una vez destruidos todos los anillos, pero enseguida se dispersaron asustados y escaparon a toda velocidad. «Qué rápidos...», dijo para sus adentros.

Justo cuando Rapsoda se disponía a marcharse victorioso de aquel lugar vacío se dispararon las alarmas. El núcleo detectó una lámina de vector dual sin precinto que estaba convirtiendo en un espacio en dos dimensiones todo lo que le rodeaba.

Rapsoda dio la orden inmediata de batirse en retirada, pese a que ya era demasiado tarde. Y de pronto lo comprendió todo: los pequeños tañedores de estrellas habían utilizado la enorme energía de los anillos para ocultar la reacción masa-energía de la lámina de vector dual y hacerle bajar la guardia. Ya tenían la lámina encima, y la simiente no tendría tiempo de alcanzar la máxima velocidad y acabaría siendo engullida.

«¿Se pensaban estos taimados cazadores que iban a poder conmigo solo con esto?»

Lleno de rabia, Rapsoda pensó en volver a precintar la hojuela. Hacerlo era algo fácil en principio, pero la lámina bidimensional que habían creado los

pequeños tañedores de estrellas estaba hecha de una manera tan chapucera que no se podía precintar. Además, el espacio bidimensional se había extendido demasiado y la simiente no tenía suficiente energía. La simiente utilizó toda la energía y logró confinar la lámina vectorial dual mediante un campo magnético, pero también fue arrastrada por ella y quedó atrapada en el espacio. No podía moverse lo más mínimo, o de lo contrario la hojuela rompería el bloqueo y los enviaría, a él y a toda la simiente, derechos a las dos dimensiones.

La simiente podía contener la lámina temporalmente, pero su nivel energético era limitado y cada minuto de bloqueo requería ingentes cantidades de energía. El núcleo advirtió de que la simiente no aguantaría más de la décima parte de un grano temporal. Rapsoda creyó ver su final: sería empujado por la lámina y acabaría convertido en una superficie plana y desapareciendo en un absurdo espacio vacío sin dejar siquiera una nota musical para la posteridad.

Ahora lamentaba que el mundo matriz no hubiera llevado a cabo una bidimensionalización antes, pero ya no servía de nada llorar. Ya estaba viejo, y no le quedaba mucho por vivir. ¿Para qué ir a ese mundo cuya simple evocación le angustiaba? ¿No era ya lo bastante doloroso morir en ese universo tridimensional al que ya se había acostumbrado?

Al menos podía entonar una canción de amor...

Rapsoda ajustó su órgano de vibración, buscó varias baladas antiguas, y justo en el momento en el que se disponía a entregarse al canto fue requerido por Monarca.

Monarca no utilizó las señales de aviso del núcleo, sino que directamente activó el gran ojo para escudriñar en Rapsoda y el interior de la simiente. Esa era potestad de Monarca, capaz de entrar en todos los grandes ojos y ver lo que sucedía en cada simiente. Pero había tantas simientes como huevos de

insectos matriz, y Rapsoda jamás habría imaginado que Monarca fuera a interesarse por una tan anodina como la suya, situada a cuarenta mil millones de estructuras de distancia. Aunque él se extinguiera en ese cúmulo de estrellas, para Monarca no significaría nada. No era ni siquiera una mota de polvo en el Sagrado Altar del Palacio de la Eternidad: al menos Monarca lo vería.

Rapsoda sabía que al usar el gran ojo había que extremar la precaución, porque era la única herramienta del universo capaz de escapar a las restricciones de la ultravelocidad absoluta y conectar dos puntos en tiempo real. Las demás entidades de baja entropía también podían crear herramientas similares al gran ojo, pero solo esa era capaz de atravesar el velo de lo desconocido —una gracia de los antiguos dioses—. Aunque las antiguas canciones decían que no se podía utilizar demasiado su magia, o de lo contrario el que lo usara acabaría siendo descubierto por el Dios de la Muerte, que desde su exilio deseaba la destrucción del mundo. Por regla general, solo se usaba para establecer comunicaciones entre miembros de la Casa Real e importantes consejeros situados a grandes distancias, o bien para interrogar a grandes criminales.

Era evidente que Rapsoda no pertenecía a ninguna de esas dos categorías.

Y, sin embargo, Monarca lo había convocado, haciéndolo, aparecer en el gran ojo sin darle tiempo a prepararse.

Al sentir la luz suprema de Monarca, Rapsoda se postró de inmediato en el suelo temeroso de alzar la vista mientras repetía fórmulas estilizadas.

Era la segunda vez que veía a un miembro de la Casa Real.

En una ocasión, cuando todavía era un niño que vivía en el mundo matriz, vio el chasis del vehículo de Monarca atravesando el cielo. En ese preciso instante estaba sentado en la copa de un árbol megalítico y pudo ver su rostro en la lejanía. ¡Qué belleza tan deslumbrante! Aquel rostro era más hermoso

que el de cualquier blando que hubiera conocido nunca. Aunque se trataba de un miembro de la realeza, y el resto de los blandos no podían compararse con ella. No creía que ningún duro pudiera sentir por una blanda un deseo como aquel, un amor espiritual totalmente puro como la mirada de una ballena abisal en un cúmulo de estrellas. Como los antiguos poetas, plasmó su amor hacia Monarca en aquellos cantos repletos de belleza y melancolía.

Aquella vez Monarca apenas le prestó atención, y después no volvió a verle. Había transcurrido una cantidad indeterminada de granos temporales y Rapsoda se encontraba ya en el ocaso de su vida, pero Monarca mantenía su rostro como el primer día y continuaría así por los siglos de los siglos.

—¿Eres el anciano Rapsoda? —preguntó Monarca con una voz de una frialdad y una belleza indescriptibles. ¡Cuál no sería su felicidad si escuchara esa voz cantar! Rapsoda no pudo evitar pensar en eso, y entonces hizo todo lo posible para reprimir esa idea en su mente. No quería que Monarca detectara esa muestra de descortesía que había aparecido en su órgano de pensamiento.

—Soy un humilde siervo —respondió temblando.

—Acude inmediatamente al Palacio de la Eternidad. Hay algo que deseo preguntarte —ordenó Monarca.

—A sus órdenes. —Rapsoda estaba extrañado, pero no hizo preguntas. Activó el tentáculo magnético y estableció una conexión a larga distancia. Los canales de comunicación con el mundo matriz estaban abiertos, y logró establecer un vínculo sin ningún problema. Rapsoda cerró la mayoría de los sensores que le rodeaban y sintió una maravillosa sensación, como flotando en una melodía apenas distinguible.

Lo despertó la gravedad del mundo matriz, que hacía tiempo que no experimentaba. Se dio cuenta de que se había encarnado en un cuerpo joven, y se sintió lleno de fuerza. Armándose de valor, alzó la vista para mirar a su alrededor y observó que a través del gran ojo su órgano de pensamiento había

viajado cuarenta mil millones de estructuras hasta llegar al Palacio de la Eternidad, que se encontraba bajo la Sima de las Estrellas, como si él mismo hubiese regresado al mundo matriz. «Qué maravilla», exclamó Rapsoda extasiado mientras examinaba lleno de curiosidad los rincones del palacio, un lugar mágico que nunca había tenido el placer de visitar durante su estancia en el mundo matriz.

Pero pronto se dio cuenta de que estaba equivocado: el lugar en el que se encontraba no era el espléndido palacio real que había imaginado. Nunca había estado allí antes, pero estaba seguro de que no podía tener ese aspecto, porque rezumaba decadencia: los árboles megalíticos que componían sus muros y pilares estaban marchitos, y el suelo estaba alfombrado de hojas rojas, algunas de las cuales todavía giraban sin cesar al caer. La mitad del enorme salón real se había desmoronado por algún motivo, el antiquísimo altar sagrado estaba irreconocible, y por los decorados muros reptaba una marabunta de insectos lineares. A través de las deterioradas paredes podía verse que a lo lejos los demás lugares de la ciudad también se habían convertido en ruinas. Las tortugas que sostenían las placas terrestres yacían muertas, y solo un par de ellas seguían alzándose a lo lejos.

Rapsoda miró al cielo y vio solamente la oscura Sima de las Estrellas. El mar de la Vida que daba vueltas en torno a ella y que solía emitir una luz multicolor había desaparecido, y solo quedaban varias de las más de cien resplandecientes ciudades voladoras. Se oyó el lamento de un pájaro de equilibrio que movía con todas sus fuerzas sus heridas alas sin lograr detener su caída. El mundo desprendía un olor a muerte.

Con todo el coraje del que consiguió hacer acopio Rapsoda miró hacia la inmaculada Monarca, envuelta por un manto de fuego que, no obstante, no refulgía tanto como los cúmulos de estrellas que había visto otras veces. En el

esbelto y hermoso rostro de la reina había melancolía, y ya no parecía aquella soberana excelsa e invencible, sino más bien una blanda cualquiera.

Su órgano de pensamiento vibraba con fuerza: Monarca y el mundo matriz que había visto estaban al borde de la extinción, como su simiente. ¿Cómo era posible que el incorruptible mundo matriz y la eterna Monarca fueran a perecer?

Entonces volvió a escuchar la suave voz de la soberana:

—Vas a morir, anciano. Lo lamento. —Monarca seguramente se había enterado de la situación en la que se encontraba Rapsoda a través del núcleo de la simiente.

—Morir por vos es un honor para mí, mi reina. Todas las cosas deben morir, pero solo mi reina es eterna. —Las palabras de Rapsoda no eran más que una fórmula de cortesía, pero estaban cargadas de una sinceridad y un cariño incomparables.

—Te agradezco tu lealtad, anciano. Pero... yo también voy a perecer —replicó ella con tono tranquilo.

—¡No puede ser! —exclamó Rapsoda tembloroso. Temía oír algo así, pero no imaginaba que fuera la propia Monarca quien fuera a transmitirle personalmente esa trágica noticia.

—Ha aparecido un misterioso ser de baja entropía —anunció Monarca en voz baja—. Mis palacios han sido destruidos, mis ciudades han sido arrasadas, mi pueblo ha sido exterminado, y mi mundo está a punto de ser reducido a cenizas. Se ha marchado, pero en cualquier momento podría volver. El mundo matriz y yo... vamos a morir.

Rapsoda se estremeció. La perspectiva de la inminente destrucción del mundo matriz le revolvía las tripas. No sabía por qué razón Monarca le contaba todo eso; las siguientes palabras de la soberana despejaron su incógnita, pero le sorprendieron todavía más:

—Es posible que todo esto tenga que ver contigo. Necesito examinar tus recuerdos.

—No comprendo, mi reina —dijo Rapsoda asustado.

Sin mediar palabra, Monarca extendió hacia él un tentáculo de fuego con el que examinó su órgano de pensamiento. Experimentó una sensación indescriptible. No sabía que a semejante distancia fuera posible entrar en contacto con el órgano de pensamiento a través del gran ojo.

Pero con toda certeza Monarca le tocó, y ese contacto produjo en él un dulce escalofrío. Estuvo un buen rato hurgando en sus recuerdos, pero no pareció encontrar lo que buscaba. Finalmente Monarca retiró el tentáculo:

—No tienes datos sobre ese ser de baja entropía.

—Mi reina, nunca he oído hablar de ese misterioso ser del que habláis. ¿Cómo iba a tener datos sobre él? —preguntó Rapsoda todavía desconcertado.

La reina dejó escapar un suave suspiro, extendió un tentáculo de fuego hacia otra dirección del cielo y prosiguió con su explicación:

—Sospechamos que ese misterioso ser es un miembro de los tañedores de estrellas venidos de aquel cúmulo globular en el que te encuentras. Tú fuiste el primero de nuestra raza en contactar con ellos, y por eso te he convocado de urgencia en busca de pistas.

—¡Eso es imposible, mi reina! —exclamó Rapsoda sorprendido—. Los tañedores de estrellas se han desarrollado muy rápido, es cierto, pero solo se han hecho fuertes en la mitad del cúmulo de estrellas. Todavía no han atravesado la galaxia que ellos llaman «Río Plateado»,^[16] y mucho menos han sido capaces de recorrer cuarenta mil millones de estructuras y atacar el mundo matriz. Aun en el caso de que llegaran hasta aquí, con esa tecnología tan rudimentaria de que disponen no lograrían matar más que a un pájaro de equilibrio.

—No hablo de un grupo de seres, sino de una única entidad —puntualizó Monarca—. No tenemos constancia de que en ninguno de los innumerables mundos conocidos exista algo tan temible. Pero a partir del relato de otros miembros de nuestra raza que han observado a este ser hemos podido encontrar una información que coincide con la del núcleo universal: se trata de un ser muy próximo a los tañedores de estrellas que limpiaste hace tiempo.

—Debe de ser tan solo una coincidencia, mi reina. En el universo existen billones de entidades de baja entropía, y no es poco habitual que algunas se parezcan entre sí.

—Aun así, me gustaría escuchar tu opinión acerca de los tañedores de estrellas. Puede que nos sea de utilidad —dijo Monarca.

—¿Los tañedores de estrellas? Son sin duda unos seres singulares. La verdad es que después de limpiar su sistema estelar no tardé en olvidarme de ellos, y no volví a prestarles atención hasta que empezaron a cobrar fuerza. Al final intercepté un insecto interestelar de los pequeños tañedores de estrellas que me permitió conocer sus orígenes: son los descendientes de aquellos tañedores de estrellas que abandonaron su estrella de origen tras la guerra con el sistema estelar vecino. Aquello ocurrió antes de que yo los limpiara, y no se trata de los supervivientes de aquellos a los que yo limpié —explicó Rapsoda, midiendo sus palabras. Monarca ya había obtenido esa información al examinar sus recuerdos, pero pensaba que se quedaría más tranquila al escuchar el relato directamente de boca de Rapsoda. Al estar a punto de morir no le preocupaba recibir un castigo, pero no quería quedar como un inútil ante su admirada reina.

—No te preocupes, anciano. Seguiste el procedimiento de limpieza habitual, y nadie te culpará por ello. Es posible que ese ser de baja entropía realmente no tenga que ver con los tañedores de estrellas y todo haya sido

una mera coincidencia —dijo Monarca, que a continuación se mantuvo un buen rato en silencio.

Rapsoda sabía que, según el ritual de la corte, el silencio de Monarca significaba que la audiencia había terminado. Aunque la reina no le hubiera ordenado retirarse, él debía despedirse, abandonar el avatar y regresar a aquella simiente que estaba a punto de ser engullida en el otro extremo del universo. Pero no quería abandonar a Monarca, y se quedó quieto mientras dudaba sobre qué hacer.

—Dime qué opinión te merecen los tañedores de estrellas. He observado que han sido capaces de dominar casi toda la nebulosa, algo muy poco habitual para seres de baja entropía —dijo.

—Sí, esos malditos son astutos, ruines y muy dados al sentimentalismo; son sectarios, arrogantes e inseguros —comenzó Rapsoda—. Piensan que todo el cúmulo de estrellas es su cortijo, y han creado extrañas religiones para venerar a lo que ellos llaman «Madre del Río Plateado». La verdad es que en algunos aspectos... esto... —balbuceó.

—Habla con total libertad.

—Este humilde siervo os pide perdón por lo que va a decir —se disculpó Rapsoda—. En algunos aspectos... se parecen bastante a nosotros.

Se arrepintió de sus palabras nada más pronunciarlas. ¿Cómo podía comparar a los despreciables tañedores de estrellas con los excelsos moradores de la Sima de las Estrellas? ¡Y delante de la reina, para colmo!

Monarca, sin embargo, elogió sus palabras:

—Tienes razón, anciano. En esencia no hay nada que distinga a una raza que se jacta de descender de los dioses como la nuestra y unos seres de baja entropía como los tañedores de estrellas. ¡Ay, gentes de la Sima de las Estrellas...!

Rapsoda saboreó las palabras de Monarca, cuya melódica voz volvió a

sonar como si estuviera hablando consigo misma.

—Háblame de esas entidades de baja entropía. En el universo existen desde hace tiempo varias leyendas acerca de misteriosos seres: algunas dicen que es un único ser, otras que se trata de dos seres, o tal vez de varias entidades que comparten un único cuerpo, pero nunca les hemos prestado demasiada atención. Hace un millón de granos temporales desaparecieron los nulificadores; hace cuatrocientos mil granos temporales, los meditadores se esfumaron sin dejar rastro; hace trescientos cincuenta mil granos temporales el mundo de los evacuadores también se extinguió. Se cuenta que una misteriosa fuerza los exterminó... puede que esta sea la misma entidad que acabó con ellos.

Rapsoda se quedó pensativo. Tenía un conocimiento muy somero acerca de esos grupos, pero sabía que eran los mundos más antiguos del universo, que habían logrado superar las limitaciones del principio de supervivencia y no necesitaban esconderse; solo un necio sin ningún interés por seguir vivo se atrevería a intentar limpiarlos. ¿Qué clase de temible fuerza había sido capaz de limpiar esos mundos uno tras otro? Si incluso esos mundos habían caído, lo más lógico era que el siguiente en ser exterminado fuera el igualmente antiguo mundo matriz.

—Mi reina, ¿qué ha hecho esa entidad de baja entropía aparte de causar algunos daños en el mundo matriz? —preguntó Rapsoda con sumo cuidado. Su rango no le permitía preguntar esas cosas a Monarca, pero estaba preparado para ser reprendido y expulsado de palacio por su descortesía.

La reina, sin embargo, le dio una respuesta detallada:

—Eso es lo que más me preocupa. Ese ser ha examinado la base de datos del núcleo de nuestro universo en busca de... una raza oculta.

—Pero mi reina... en este universo casi todas las especies están ocultas. El gen de la ocultación está en todas las razas que habitan el cosmos. Con la

única excepción de las grandes civilizaciones antiguas y de las ingenuas civilizaciones recién nacidas, todos destinamos enormes esfuerzos a escondernos —protestó Rapsoda.

—No, creo que no andaba buscando una raza normal y corriente, sino la que creó el universo. Puede que esto guarde alguna relación con las guerras entre dioses de la antigüedad. En el mundo matriz ya han comenzado a circular rumores acerca de una entidad de baja entropía venida en nombre del exiliado Dios de la Muerte para acabar con el universo. Mis ministros han negado oficialmente estas teorías, pero yo... no lo sé, la verdad es que no lo sé... —La voz de Monarca empezó a temblar como la de una sirena asustada.

Rapsoda fue comprendiendo poco a poco el motivo por el que Monarca quería hablar con él: en ese mismo momento era una blanda impotente que necesitaba ser escuchada pero que no podía hablar con quienes tenía a su alrededor. En cambio, un simple anciano a punto de morir que se encontraba a miles de millones de estructuras de distancia era el confidente ideal. Monarca podía mostrar su lado más frágil sin temor a que trascendiera.

Rapsoda contempló el rostro macilento de la reina, que desde su posición tan cercana y al mismo tiempo tan lejana le fascinaba y al mismo tiempo le rompía el corazón.

*Mi reina es la noble hija del Dios Creador,
que guarda el mundo en nombre de su padre.
La Sima de las Estrellas se extiende a sus pies,
y el eterno fuego sagrado la envuelve con un manto de luz.*

Rapsoda recordó esas antiguas canciones, y aquella leyenda que había circulado durante billones de granos temporales:

En un principio fue el Dios de la Muerte, y la muerte gobernaba el universo primigenio. Entonces el primogénito del Dios de la Muerte se volvió

contra su padre y lo desterró del universo, y llevó a las nuevas formas de vida a un mundo que era como una charca de agua estancada, creó el universo actual y se convirtió en el Dios Creador; pero poco después el Dios de la Muerte que había sido desterrado emprendió un contraataque que dio comienzo a una devastadora guerra entre el Dios de la Muerte y el Dios Creador. Finalmente el Dios de la Muerte volvió a ser expulsado, pero el Dios Creador también se marchó dejando tras de sí a los habitantes de la Sima de las Estrellas: los descendientes del Dios Creador, la raza a la que pertenecía Rapsoda.

Eso era algo más que una leyenda. Monarca había vivido aquella remota era mítica, y su forma de vida era completamente diferente a la de los demás habitantes de la Sima de las Estrellas. Los historiadores del mundo matriz habían dejado para la posteridad registros que demostraban la historia del desarrollo de su especie: los habitantes de la Sima de las Estrellas habían nacido en una nube de estrellas en las inmediaciones del mar de la Vida. En los estadios iniciales de su civilización habían sido como los tañedores de estrellas: no conocían el principio de supervivencia y no disponían de coordenadas para ocultarse, por lo que estuvieron a punto de ser limpiados. Entonces una civilización de un increíble nivel de desarrollo les entregó la supertecnología y construyó una barrera eterna para el mundo matriz. Esa civilización desarrollada no era otra que el Dios Creador, con quien habían trabado contacto la mayoría de las civilizaciones más antiguas del universo, y a la que Monarca seguramente había pertenecido en otro tiempo.

Los historiadores, sin embargo, ignoraban el motivo por el que las civilizaciones de la remota antigüedad habían decidido abandonar el principio de supervivencia y tomarse tantas molestias para ayudarlos a crear su propia civilización. No quedaba apenas información sobre los contactos mantenidos con las civilizaciones de aquella época, así que lo único que se podía hacer

era especular con que esa civilización remota fuera un poco habitual benefactor dispuesto a ayudar a otras formas de vida del universo. Aunque eso no explicaba la razón por la que, según la leyenda, esa civilización les ayudó a exterminar a más de un centenar de civilizaciones situadas a miles de estructuras a la redonda.

Puede que la única que conociera la verdad fuera Monarca, ese ser eterno que había vivido desde aquella era mítica hasta hoy. Ella y solo ella había presenciado el proceso que había llevado a los moradores de la Sima de las Estrellas a abandonar su nube estelar para convertirse en una de las especies más poderosas del universo. Monarca, entre cuyos títulos se incluía el de «hija del Dios Creador», no confirmaba ni desmentía esas habladurías. La verdad, no solía meterse en política más allá de varias cuestiones importantes sobre la vida y la muerte de los habitantes de la Sima de las Estrellas, y las principales decisiones políticas eran tomadas por el Consejo de Ancianos. Siempre respetaban a Monarca como jefa de Estado, pero todo el mundo sin excepción estaba convencido de que en su mano residía la fuerza heredada de la civilización de aquel tiempo remoto. Había sido y sería la eterna protectora de la estirpe de la Sima de las Estrellas y el mundo matriz, a quienes había socorrido en momentos de crisis.

Rapsoda no olvidaría jamás su gallardo porte cuando encabezó personalmente la expedición para destruir el mundo periférico, de la que un poema daba fe:

*¡Oh, hija del Dios Creador, reina de los ejércitos!
La nube de estrellas es su armadura de batalla,
las ondas de la gran membrana son sus tentáculos.
Hace vibrar todas las cosas como una supercuerda,
convierte el universo en antimateria,
enviándolo a la morada donde vive la eterna oscuridad.*

Pero la Monarca que ahora tenía ante sí no parecía tan temible, y Rapsoda se atrevió a preguntarle lleno de curiosidad:

—Mi reina, disculpad la osadía de este humilde siervo, pero... esa entidad de baja entropía anda buscando a los descendientes del Dios Creador... es decir, a nosotros... ¿No es así?

Monarca tembló, pero en vez de lanzar llamaradas de cólera emitió una aureola que denotaba una gran intranquilidad y daba a entender que había tenido pensamientos similares.

—No lo sé —dijo Monarca—, porque todavía ignoro qué es esa entidad.

Rapsoda tardó un rato en comprender lo que Monarca pretendía transmitirle, y cuando lo hizo se sintió conmocionado:

—¿Y si realmente se trata del enviado del Dios de la Muerte...?

—Entonces a quien busca es a nosotros —confirmó Monarca.

Rapsoda enmudeció. Se sentía incapaz de articular palabra.

—No sé por qué tengo que contártelo a ti, anciano —objetó Monarca—. Pero poco importa, porque ese secreto ya no trascenderá. Lo he guardado durante mil trescientos granos temporales, y ya no quiero guardarlo más.

Rapsoda se dio cuenta de que el sagrado fuego protector de Monarca era cada vez más tenue, lo que quería decir que su espíritu se estaba degradando y se parecía cada vez más a una blanda normal y corriente.

Una blanda a la que él, Rapsoda, podría amar...

Rapsoda intentó por todos los medios reprimir esa alocada idea y escuchar en silencio lo que le contaba la soberana.

—La guerra entre el Dios de la Muerte y el Dios Creador no es ninguna leyenda, sino un hecho histórico ocurrido antes del nacimiento de nuestra estirpe. La Sima de las Estrellas es el fruto de una gran batalla. Para evitar morir a manos del Dios de la Muerte, el Dios Creador se escondió en el Mar de la Vida que rodea la Sima de las Estrellas, pero ya estaba muy debilitado y

no pudo aguantar varios millones de granos temporales, motivo por el que creó la raza de la Sima de las Estrellas. No somos los descendientes del Dios Creador, pero sí somos su creación. Cuando teníamos una inteligencia elemental, el Dios Creador nos dio la civilización y la tecnología y me designó a mí como Monarca. Una vez completada dicha tarea, el Dios Creador... murió.

»No soy su hija, ni tampoco resucité al tercer día de morir. En otro tiempo fui un ser exactamente igual que tú, una blanda normal y corriente. Pero el Dios Creador me escogió a mí, me hizo inmortal y me concedió una fuerza espiritual superior a cualquier otra. Tengo la única misión de proteger el mundo matriz, que es una enorme máquina construida por el Dios Creador que esconde una estructura y una fuerza increíbles capaces de observar los contraataques del Dios de la Muerte en todo el universo. Cuando el Dios de la Muerte lance su maldición definitiva podremos saber dónde se encuentra su morada. Cuando llegue el momento, la Sima de las Estrellas y los veinte cúmulos de estrellas se convertirán en energía pura y se proyectarán al exterior del universo, destruyendo al Dios de la Muerte.

—¿Dispone de semejante tecnología el mundo matriz? —exclamó Rapsoda, que no cabía en sí de asombro. Era consciente de lo que suponía convertir un cúmulo de estrellas en energía pura: generaría una fuerza capaz de destruir todo lo que se encontrara en los cuarenta mil millones de estructuras que separaban al mundo matriz de su simiente.

—No es una tecnología propia de la estirpe de la Sima de las Estrellas, sino algo dispuesto por el Dios Creador. Si el Dios de la Muerte usa su magia, el proceso se desencadenará de manera automática sin necesidad de que nosotros hagamos nada. El único motivo por el que existe nuestro pueblo es defender el mundo matriz: esa es la razón por la que el Dios Creador nos regaló esa tecnología tan potente, como insisten las antiguas leyendas.

—Pero eso deja al mundo matriz más expuesto al peligro... —caviló Rapsoda.

—En todos los rincones del universo existen formas de vida y civilizaciones. Los habitantes de la Sima de las Estrellas no son más que una entre muchas, y nadie se pararía a fijarse en nosotros. Nuestro único error ha sido extendernos demasiado rápido. Desde hace varios cientos de millones de granos temporales hemos reivindicado nuestra condición de hijos del Dios Creador y nos hemos expandido sin medida en nombre del oculto mundo matriz mientras limpiábamos a las civilizaciones circundantes y extendíamos nuestros tentáculos fuera de la mitad del universo sin escondernos como es debido. Yo también olvidé mi misión, y tras sofocar la rebelión del mundo periférico me dormí en los laureles pensando que el Dios Creador siempre nos protegería. Y finalmente hemos recibido un castigo divino...

Rapsoda, que no sabía qué contestar, finalmente dijo:

—Pero ese misterioso ser de baja entropía seguramente desconoce el secreto que guardáis.

—A través de nuestras bases de datos puede encontrar los cantos de las civilizaciones de la remota antigüedad —dijo Monarca con voz melancólica—. Si se trata en efecto del emisario del Dios de la Muerte, no le debería resultar muy difícil comprender el sentido oculto detrás de esas leyendas. Aunque no sepa cuál es la misión real de los habitantes de la Sima de las Estrellas, no nos dejará escapar. Muchos creen que se ha marchado, pero yo sé que no. El daño causado en su primer ataque fue solo un intento de obtener información, el verdadero ataque todavía no ha comenzado: solo es cuestión de tiempo.

Un hilo temporal más tarde, el tiempo dejó de ser un problema.

Rapsoda experimentó súbitamente una maravillosa sensación, como si algo invisible e inmaterial le recorriera todo el cuerpo. Un instinto de

introspección propio de los moradores de la Sima de las Estrellas le decía que aquello no era una alucinación, sino un cambio que se había producido en el entorno que les rodeaba. Sin embargo, no entendía qué era aquello: esa cosa parecía haber entrado directamente en su corazón, y en un abrir y cerrar de ojos la tierra se estremeció violentamente como si la hubiera golpeado una ballena abisal empalada por un arpón.

Hubo un fortísimo movimiento del cielo y la tierra, y Rapsoda fue arrastrado por una fuerza irresistible que le hizo caer al suelo. Entonces vio que, delante de él, Monarca también se había desplomado y permanecía inmóvil postrada en el suelo. Intentó por todos los medios de extender un tentáculo hacia un árbol megalítico, pero era totalmente incapaz de levantarlo; parecía como si le hubieran atado al suelo. Vio cómo Monarca se incorporaba haciendo grandes esfuerzos, pero entonces una pared que había a sus espaldas se desmoronó y su luz se desvaneció sepultada entre los escombros.

—¡No...! —gritó Rapsoda presa del pánico.

Intentó arrastrarse hacia Monarca, pero un árbol megalítico de color granate cayó entre ellos y los separó. Las alarmas empezaron a sonar por doquier: al parecer, la ciudad se encontraba en estado de máxima alerta. Rapsoda sintió que su cuerpo se volvía ligero, como si en cualquier momento fuera a ser capaz de alzar el vuelo, pero en un breve instante volvió a pisar tierra firme. Entonces oyó un lamento que penetraba los cielos, y el suelo del palacio se inclinó hacia un lado. Su avatar había caído a un rincón y sentía un intenso dolor. Entonces supo que la tortuga que sostenía el Palacio de la Eternidad había muerto.

Como muchas entidades de baja entropía del mundo matriz, las tortugas eran seres vivos, pero también enormes máquinas inteligentes que actuaban como la unidad básica que formaba las ciudades de aquel mundo. En tiempos

remotos los habitantes de la Sima de las Estrellas habían llegado al continente del mundo matriz montados a lomos de esas tortugas en busca de un lugar para vivir. Ahora sus movimientos estaban totalmente controlados por el núcleo universal, y era imposible que cayesen sin más. El Palacio de la Eternidad parecía un edificio poco sofisticado hecho a base de madera y piedra procedente de aquella lejana época, pero hasta el último rincón había sido reconstruido mediante los sistemas inteligentes del núcleo universal, y estaban siendo observados por puntos de fuerza. En situaciones normales no era posible que las paredes de la vida se derrumbaran ni que los árboles megalíticos cayeran; aunque de vez en cuando se produjera algún accidente, siempre había un campo de protección que neutralizaba sus efectos. En el último ataque, sin embargo, los sistemas inteligentes habían quedado dañados en su mayoría y ya no podían cumplir con su cometido. El mundo matriz, que había crecido al calor de la supertecnología durante cientos de millones de granos temporales, no tuvo más remedio que probar el amargo sabor de los terremotos como un primitivo humano cualquiera.

¿Un terremoto? ¡Imposible! En el mundo matriz nunca había habido terremotos, porque no estaba formado por placas tectónicas como otros mundos ni tenía un núcleo líquido, de modo que su tierra no podía temblar. Rapsoda sabía que el mundo matriz era una enorme máquina legada por el Dios Creador: ¿acaso se había producido un fallo crítico en la maquinaria?

No, Rapsoda sintió que una potente fuerza le levantaba del suelo, impidiéndole aguantarse en pie y hacer funcionar el sistema de soporte vital. Sintió que su campo vital emitía la máxima alerta. Justo entonces un pájaro de equilibrio emitió un gemido y se precipitó al suelo junto a él. Como Rapsoda, se quedó paralizado en el suelo incapaz de abrir las alas. Cuando todavía no se había repuesto de la sorpresa, vio caer un grupo de insectos matriz que agitaron con fuerza las alas mientras emitían sonidos sin lograr

separarse del suelo. Rapsoda alzó la vista al cielo del mundo matriz, de donde caían todos los seres vivos como si de una lluvia de estrellas se tratara.

Podía abandonar su avatar cuando lo deseara y regresar a la nebulosa de los tañedores de estrellas situada a cuarenta mil millones de estructuras para evitar que ninguna fuerza le hiciera daño; pero no quería marcharse, porque Monarca estaba ahí. Escudriñó el lugar donde se encontraba Monarca, pero un árbol megalítico le bloqueaba el campo visual y era incapaz de ver nada.

Hubo un destello plateado y una simiente sin control atravesó el cielo cayendo en picado. Rapsoda pensó que se precipitaría sobre el altar, pero al final explotó sobre su cabeza y emitió una resplandeciente luz blanca. Las llamaradas cayeron sobre él como una flor abierta a punto de engullirle, pero finalmente desapareció por completo: el campo de protección del Palacio de la Eternidad cumplió con su función y contuvo las llamaradas y los restos de la simiente. Rapsoda hizo todo lo posible por calmar su aterrado órgano de pensamiento, pero a su alrededor solo podía sentir el estruendo de edificios derrumbándose y los alaridos de gente muriendo.

Aquel enemigo invisible había asestado un golpe, pero Rapsoda no sabía de qué tipo de ataque se trataba, y mucho menos dónde se encontraba el enemigo. Parecía el día del Juicio Final. Por alguna extraña razón pensó de repente en los tañedores de estrellas, y se acordó de lo que sintieron cuando muchos granos temporales antes su mundo pasó a tener dos dimensiones como resultado de la acción de la lámina bidimensional que él había lanzado: seguramente se parecía mucho a esa sensación de miedo e impotencia que él sentía ahora.

¿Realmente era el fin de todo?

De entre los escombros que había a su alrededor surgió una densa luz. La hermosa silueta de Monarca se alzó de entre las ruinas y flotó en el aire sin ningún rasguño.

—¿Estás bien? —le preguntó a Rapsoda.

Emitió una lengua de fuego sagrado que envolvió al anciano, que enseguida se calmó y pudo incorporarse.

—Es el efecto antigravedad —explicó Monarca, esbozando una sonrisa. Enseguida Rapsoda se volvió a sentir lleno de alegría y fuerza. Monarca no se había caído, sino que estaba luchando: el mundo matriz todavía tenía posibilidades.

—¿Qué ha ocurrido, mi reina? ¿Han arrancado los motores? ¿Vamos a abandonar las inmediaciones de la Sima de las Estrellas? —preguntó Rapsoda.

Cuando se hubo recuperado comprendió el motivo por el que había caído al suelo y no había sido capaz de volver a levantarse, y por qué el palacio y los árboles megalíticos se habían derrumbado y las bestias voladoras y los insectos habían caído del cielo: solo porque el mundo matriz había arrancado todos los motores espaciales y había acelerado a toda potencia. Al parecer el mundo matriz podía acelerar a la máxima velocidad absoluta en un breve lapso de tiempo. En circunstancias normales era imposible modificar la trayectoria del mundo matriz sin señales previas ni antes tomar medidas de prevención, pero precisamente se encontraban en una situación de excepcionalidad... Aunque ¿cómo era posible que ni siquiera Monarca estuviera al corriente de que el mundo matriz se preparaba para trasladarse?

Los tentáculos de Monarca resplandecían en señal de negación.

—Eso es imposible. No podemos abandonar los alrededores de la Sima de las Estrellas, o de lo contrario el mecanismo de respuesta contra el Dios de la Muerte quedaría inservible. Esa era la voluntad del Dios Creador. ¿Acaso se trata de una decisión tomada por el Consejo de Ancianos? Pero ellos no tienen autorización para mover los motores del mundo matriz. ¿Es que acaso...?

Entonces Rapsoda pensó en otra posibilidad: que detrás del mundo matriz hubiese aparecido un gran cuerpo celeste que le hubiese atraído como consecuencia de la fuerza de la gravedad, y que los motores se hubieran activado automáticamente para evitar que el mundo matriz no abandonara su órbita, lo cual habría dado lugar a un importante incremento de la gravedad. Pero ¿qué era eso? ¿Un sol? ¿Una estrella de tamaño medio? Rapsoda no podía imaginar qué clase de fuerza era capaz de burlar los sistemas de supervisión y defensa que rodeaban el mundo matriz a lo largo de varias estructuras y colocar un cuerpo celeste justo detrás sin ningún aviso previo. La mínima posibilidad de que el mundo matriz pudiera acabar precipitándose en el mar de fuego de una estrella bastaba para hacer que los órganos sensoriales de Rapsoda se paralizaran de terror.

—No temas —le consoló Monarca al percibir la conmoción en su órgano de pensamiento—: aunque llegara una cantidad inesperada de gravedad procedente de un supersol situado a una distancia muy próxima, los sistemas defensivos automáticos del mundo matriz también pueden apagarse como una antigua lámpara en un hilo temporal sin sufrir daño alguno.

Monarca miró hacia el altar y preguntó:

—Núcleo universal, ¿cuál es la fuente de esa fuerza de gravedad?

Una bola de fuego informe apareció sobre el altar y el núcleo universal respondió:

—No se han detectado fuentes que aumenten la atracción gravitatoria, majestad.

Monarca y Rapsoda se miraron estupefactos.

—No es posible —dijo Monarca—. ¡La gravedad del mundo matriz se ha multiplicado por diez como mínimo! ¿Se han activado los motores, entonces?

—No, mi reina. Nadie salvo vos puede hacer que arranquen.

—¿Cómo... cómo puede ser?

—Le pido perdón —se excusó el núcleo universal—; nunca había observado una situación semejante. En estos momentos estoy recabando información captada por los veinticuatro millones de puntos de observación situados dentro y fuera del mundo matriz, y pronto dispondré de los resultados del análisis.

Entonces se produjo un silencio enloquecedor. Al cabo de una cantidad de tiempo indeterminada, el núcleo universal ofreció los resultados del análisis emitiendo un gran esplendor:

—Majestad, las observaciones iniciales indican que se trata de un ataque mediante las leyes de la física. Tomando como punto de partida las coordenadas absolutas de la Sima de las Estrellas 142.522, 624.713 y 64.214, y un radio de una coma cuarenta y tres estructuras, todos los gravitones se han visto afectados por una partícula energética de forma desconocida y han acelerado por sí solos, lo cual ha ocasionado alteraciones en las constantes gravitatorias universales habituales, que han pasado de 31,772 a 381,213.

¿Alteraciones en las constantes gravitatorias universales habituales? Rapsoda no entendía la explicación, pero suponía que aquello era algo más deseable que la aparición repentina de un enorme cuerpo celeste detrás del mundo matriz o el uso de un arma de reducción dimensional. Disponiendo del refugio de efecto antigravitatorio, eso seguramente no sería un gran problema...

Al contemplar el semblante de Monarca, sin embargo, Rapsoda se quedó paralizado de terror. En el rostro de la reina había aparecido una extraña expresión que parecía al mismo tiempo sorprendida y tranquila, como si una sensación de desesperación ante algo de lo que era imposible escapar le llenara de paz. Rapsoda, que no se sentía demasiado bien, preguntó:

—Mi reina... ¿qué significa esto...?

Monarca guardó silencio.

Rapsoda repitió la pregunta, y ella extendió un lánguido tentáculo con el que señaló al cielo. Rapsoda dirigió la mirada hacia el firmamento: todas las bestias aladas y todos los insectos habían caído, y no se veía más que la Sima de las Estrellas.

«¡La Sima de las Estrellas! ¡La Sima de las Estrellas...! ¡Cielos...!», pensó.

Enseguida comprendió. Según una sencilla fórmula física, existía una proporción directa entre las constantes gravitacionales del mundo matriz y el radio sumergido de la Sima de las Estrellas, de modo que si las constantes gravitacionales eran doce veces más altas que las iniciales, el radio sumergido de la Sima de las Estrellas también se multiplicaría por doce y acabaría abarcando la órbita del mundo matriz, con lo que terminaría hundiéndose en la Sima de las Estrellas. O mejor dicho, ya lo había hecho: el mundo matriz ya estaba trazando su trayectoria orbital en el interior del radio de la Sima de las Estrellas, y se dirigía a toda velocidad hacia ese pozo de total oscuridad.

Puede que el mundo matriz dispusiera de ciento veinte mil motores espaciales y fuera capaz de alcanzar una velocidad absoluta para escapar de cualquier ataque convencional, pero esos motores no servían de nada en semejantes circunstancias: aun en el caso de que alcanzaran la velocidad absoluta, no podrían abandonar la Sima de las Estrellas. El radio sumergido era la distancia a la que era imposible escapar a velocidad absoluta ni en la membrana larga ni en la membrana corta.

El mundo matriz acabaría siendo engullido por la Sima de las Estrellas.

Ese era el ataque de la misteriosa entidad de baja entropía: no había dejado al mundo matriz ningún margen de maniobra.

Los tentáculos de Rapsoda y Monarca se entrelazaron en un intento de consolarse mutuamente. Habían dejado de ser soberana y siervo, dos desconocidos separados por millones de estructuras de distancia: eran un duro y una blanda normales y corrientes en una situación desesperada.

Justo encima del Palacio de la Eternidad, en el oscuro espacio, se abrió una puerta de marco invisible.

El ángel de la muerte apareció en el umbral, y flotó en el espacio como si no le afectara la gravedad. Contempló impasible y en silencio cómo el mundo matriz se convertía en un infierno a sus pies.

No se sentía orgulloso de lo que había hecho, ni tampoco culpable. Un miembro del mundo matriz había destruido su mundo, y era natural que él hiciera lo propio. Nada de eso tenía que ver con la venganza: era la ley de la naturaleza.

La vida engendra destrucción y la destrucción engendra vida, y todas las cosas acaban regresando a la misma órbita. Billones de años después ese mundo volvería a nacer, y repetiría su larga y brillante historia; regresarían la gloria y los sueños, el amor y las intrigas, la democracia y la ciencia, la guerra y la muerte...

Tal como había ocurrido en el pasado.

Como en todos los demás mundos.

Exactamente igual.

El mismo tiempo 2,5 estructuras más allá

Una insignificante y anodina mota de polvo estelar en los alrededores de la Sima de las Estrellas, a varios miles de rutas de navegación en cuyas inmediaciones habían prosperado las gentes de la Sima de las Estrellas, un montón de desechos que apenas tenían alguna utilidad. Ese cúmulo de polvo estaba envuelto en materia oscura, pero las cantidades eran tan ridículas que no hubiesen hecho sospechar a nadie que allí existiera nada digno de ser explorado, y por mucho que alguien hubiera realizado excavaciones allí no habría conseguido nada.

Pero en medio de esa materia oscura existía algo más...

Apareció una señal de aviso: un punto, dos puntos, tres puntos.

Se trataba sin lugar a dudas de una alerta de nivel tres, lo que indicaba que algo muy gordo había ocurrido.

Un campo de consciencia en letargo se despertó. Tardó un buen rato en comprender qué era lo que había sucedido, y se volvió hacia otro campo de consciencia:

—¡Despierta, 2012! ¡Mira lo que ha pasado!

—Pensaba que te lo había dejado claro, 2046... ¡No me despiertes a menos que ocurra «eso» que tú ya sabes!

—Es que justamente de «eso» se trata, de lo que hemos esperado durante treinta mil grandes años. ¡Cretino!

El campo de consciencia emitió un rayo sensorial y se dio cuenta de que

había ocurrido algo increíble; volvió a hacer otra comprobación y descubrió sorprendido que lo que había ocurrido era cierto.

En un instante se activaron todos los campos, los sensoriales, los cognitivos, los energéticos... y apareció un mensaje de júbilo:

—Esta vez va la buena.

El mismo tiempo

Interior del radio sumergido de la Sima de las Estrellas

Monarca, que se había sobrepuesto a la desesperación, soltó enseguida el tentáculo de Rapsoda y dictó una orden al núcleo universal:

—Activa todos los motores espaciales, huyamos de la Sima de las Estrellas. Puede que la energía del enemigo sea limitada y el cambio de las constantes gravitatorias no dure mucho tiempo. Todavía tenemos posibilidades.

—El mundo matriz perdió 55.144 motores espaciales en el último ataque, y no tenemos suficiente potencia —advirtió el núcleo universal.

—Curad entonces a los pájaros de equilibrio —replicó Monarca, esbozando una mueca de incomodidad.

—De acuerdo, majestad, vuestros deseos son órdenes —dijo el núcleo universal.

Entonces se encendió otro motor espacial, la tierra tembló y se balanceó inútilmente sobre la Sima de las Estrellas como un pez curvilíneo debatiéndose entre la vida y la muerte en un lodazal en un intento de lograr alargar un poco más su existencia antes de su inexorable extinción.

El núcleo universal calculó con precisión el momento exacto de la destrucción del mundo matriz: la energía de los motores espaciales duraría como mucho 18,53 nodos temporales. Después de ese período el mundo

matriz se precipitaría en la Sima de las Estrellas y al cabo de 22,12 nodos temporales sería destruido.

Es decir, que si en menos de cuarenta nodos temporales no se conseguía devolver las constantes gravitacionales a sus parámetros normales, el mundo matriz sería destruido. Tanto Monarca como Rapsoda eran conscientes de que aquel temible enemigo seguramente ya había realizado todos esos cálculos, y no les iba a dejar ninguna salida; pero tenían que intentarlo.

El núcleo universal avisó a Monarca de que el mundo matriz había quedado sumido en el caos, y le comunicó que representantes del Consejo de Ancianos, el Consejo Ejecutivo, la Comisión Militar y las Asambleas Populares y altos cargos de distintos niveles administrativos querían una audiencia con ella. La reina, exhausta, rechazó sus peticiones:

—No vale la pena. No quiero hablar con esos condenados políticos justo antes de morir. Además, no hay mucho de qué hablar.

—Pero tenéis la obligación de consolar y animar a vuestro pueblo...

—He trabajado con ese objetivo durante mil trescientos millones de granos temporales, y creo que tengo derecho a descansar el resto del tiempo. Ve tú a hablar con ellos.

—De acuerdo, vuestros deseos son órdenes.

El núcleo universal desapareció y la paz volvió al Palacio de la Eternidad. De las ruinas de una ciudad lejana seguían llegando los gritos de la gente. Con una mueca de hartazgo, Monarca hizo un gesto y las voces se apagaron.

Rapsoda la miró asustado. No tenía miedo a morir, sino a que ella también desapareciera y acabara muriendo solo.

Entonces Monarca cayó en la cuenta de que estaba acompañada por otro miembro de su raza.

—El mundo matriz va a desaparecer. Vete, tú al menos estás a salvo —dijo a Rapsoda. Si abandonaba su avatar, volvería a aquella nube de estrellas a

cuarenta mil millones de estructuras. El mundo matriz se contraería en un punto singular y ninguna fracción de su cuerpo se vería dañada.

Rapsoda sacudió la cabeza:

—Tanto da: esos insectos extraterrestres pronto convertirán a este humilde siervo en un ser bidimensional. Prefiero morir aquí en vez de hacerlo en un universo lejano. Morir junto a mi reina... será todo un honor. Espero que mi reina me conceda ese privilegio.

Monarca asintió con la cabeza y le dedicó una sonrisa:

—Tener tu compañía tampoco está mal, anciano.

Una inmensa felicidad invadió a Rapsoda, y su órgano de fonación empezó a balbucear sin saber qué decir. Monarca, sin embargo, dijo:

—¿Sabes por qué he dejado que te quedaras?

El visor de Rapsoda mostró una expresión desconcertada, y Monarca sonrió:

—En tu órgano de pensamiento he podido observar que te gustan los cantares antiguos. ¿No es así?

—No es más que una afición de este pobre esclavo —contestó Rapsoda atemorizado.

—No, a mí también me gustan: tienen algo que me recuerda a la época en la que nací. Es solo que ahora ya casi nadie es capaz de entonar esas canciones como es debido. Venga, cántame una.

—Temo que mi despreciable órgano de vibración ofenda a la noble inteligencia de mi reina.

—No te preocupes, me gusta escuchar cantar a los duros. Sé que los duros no tenéis la costumbre de cantar, así que tú debes de ser muy especial.

—De acuerdo, majestad... en ese caso me tomaré esa licencia. ¿Qué canción queréis escuchar?

—Cualquiera estará bien.

Rapsoda rebuscó en su órgano de memoria y encontró aquella canción que conocía tan bien:

*Veo a mi amada;
vuelo a su lado;
le entrego mi regalo;
un pequeño trozo de tiempo solidificado.
En el tiempo hay grabadas bellas inscripciones,
tan suaves al tacto como el lodo en el lecho marino.*

Después de cantar durante un buen rato, Rapsoda se detuvo al ver que la mirada de Monarca se había vuelto muy extraña.

—¿Qué ocurre, mi reina? ¿He cometido algún error? —preguntó Rapsoda.

—No, en absoluto. Es solo que esta canción... es mía.

—Mi reina, ¿me estáis diciendo que... esta canción la compusisteis vos? —inquirió Rapsoda estupefacto.

—No, me la reveló el Dios Creador —dijo Monarca—. La imprimió directamente en mi órgano de pensamiento mediante una forma de consciencia sumamente compleja: yo solo me limité a transcribirla en nuestro idioma. Seguro que en la letra se esconde un importante mensaje, aunque no parece más que una bonita canción de amor y no sé qué podría querer decir. ¿Tú qué opinas, anciano?

—Yo tampoco lo sé, majestad. Aunque siempre me ha fascinado el verso «tiempo solidificado»... Siempre he pensado que se trataba de una metáfora de la literatura de la remota antigüedad.

—No —afirmó Monarca categóricamente—, en la literatura de esa época no existían esas metáforas. En algunos de esos versos dejé mi huella, pero esas palabras que has citado proceden de la sagrada lengua del Dios Creador, y no es posible que existan errores. Sigue cantando: quién sabe si seremos capaces de descubrir algo en la letra.

Así pues, Rapsoda prosiguió:

*Ella se cubre el cuerpo de tiempo,
me arrastra para volar con ella a la frontera de la existencia.
Es un vuelo espiritual:
en nuestros ojos, las estrellas parecen fantasmas;
en los ojos de las estrellas, nosotros parecemos fantasmas.*

Antes, al entonar esa canción, su órgano de pensamiento se llenaba de cálidos sentimientos, pero ahora que sabía que se trataba de una revelación del Dios Creador la veía con otros ojos. Se sentía cada vez más sorprendido, como si aquella canción de repente le resultara totalmente desconocida. Cada una de sus palabras tenía infinitas posibilidades de interpretación.

«Tiempo solidificado», «vuelo espiritual», «estrellas que parecen fantasmas»...

El órgano de pensamiento de Rapsoda tembló.

—Mi reina, si esta canción procede realmente de una revelación del Dios Creador, entonces significa que... Pero no, es absurdo...

—Habla, anciano. En las circunstancias actuales nada es absurdo.

—Creo que podría ser una metáfora, majestad. «Yo» se refiere al protagonista de la canción, el Dios Creador; «mi amor» es nuestro universo; y «tiempo solidificado» vendría a ser el regalo que nos hizo el Dios Creador. Él solidificó el tiempo y creó formas sólidas que entregó al universo.

Monarca abrió de par en par siete bellos ojos, señal de que estaba sumida en una profunda meditación. Al cabo de un rato dijo al vacío:

—Núcleo universal, ¿lo has oído? ¿Qué te parece? ¿Es posible solidificar el tiempo?

—Es una metáfora, mi reina —respondió inmediatamente el núcleo universal—, aunque esa expresión tiene múltiples interpretaciones. Desde el

punto de vista de la física, la solidificación del tiempo puede entenderse como la dimensionalización del tiempo: es decir, convertir el tiempo en tiempo.

—¿Es que el tiempo no es de por sí una dimensión?

—No, el tiempo no tiene dimensiones, sino que se trata en esencia de una forma de distribución de la energía. Nuestros científicos descubrieron hace mucho tiempo que la dimensionalización del tiempo es una forma de compensar la falta de dimensionalidad universal.

—¿Falta de dimensionalidad universal?

—El único universo en equilibrio es el decadimensional. Cuando hay menos de diez dimensiones, la contracción de una dimensión determinada provoca una ruptura del equilibrio entre la materia y la energía que a su vez provoca la aniquilación mutua de las partículas y las antipartículas; toda la energía del universo queda perturbada y la energía y la gravedad se separan, motivo por el que hay que realizar cambios para conseguir nuevamente un equilibrio.

Rapsoda no entendía del todo esa explicación, y Monarca también parecía algo confundida. El núcleo universal continuó con la explicación:

—Nuestros científicos creen que en un principio el universo tenía diez dimensiones, y que en un momento dado empezó a perderlas. Cada vez que se reducían las dimensiones se producía una enorme pérdida de materia y energía, que hacía que el espacio se expandiera constantemente a las demás dimensiones, mientras que la energía se distribuía de forma desigual y el universo pasaba de tener una alta entropía a una baja entropía. Esto permitió que se produjeran cambios, y adoptó una dirección determinada en respuesta a la alta entropía: ese es el significado del tiempo.

—Es decir, ¿que en el universo decadimensional no existía el tiempo? —preguntó Rapsoda.

—Esa pregunta no tiene fácil respuesta. Tal vez fuera un mundo en el que no había procesos de cambio, o quizá consistiera solamente en un único instante, o puede que se tratara de un mundo eterno. De lo que no hay ninguna duda es de que no existía el tiempo tal y como lo conocemos.

Rapsoda se sumió en sus cavilaciones hasta el punto de que su órgano de pensamiento comenzó a brillar. De repente exclamó:

—Eso es una suposición sin ninguna base científica, y no puedo contestar —respondió sin más el núcleo universal.

—Pero con esta explicación lo puedo entender. La función del tiempo es llevarnos volando al límite de la existencia, y eso es lo que significa la baja dimensionalidad del universo. ¿A que sí? ¡Precisamente eso es el «viaje espiritual»! —exclamó Rapsoda entusiasmado. Esos versos que no había conseguido entender después de darles mil vueltas escondían ese misterio tan simple y profundo a la vez.

—¿Y qué hay del fantasma? —preguntó impaciente Monarca. El núcleo universal, que no era demasiado ducho en exégesis literaria, permaneció en silencio.

—Parece una descripción de los vuelos cósmicos, pero... —Rapsoda dudó, y entonces pareció comprender algo; de su órgano de pensamiento surgieron rayos resplandecientes—. Un fantasma es algo que se puede ver pero no tocar; en este universo todo está atrapado por la velocidad absoluta, y para volar de una nebulosa a otra se necesitan billones de granos temporales, e incluso para ir de una estrella a otra hace falta una gran cantidad de tiempo. Para la mayoría de los mundos de baja entropía que he visto, las estrellas no son más que fantasmas imposibles de medir, y los que se ocultan son como espíritus que cabalgan las estrellas. Todo está separado. Pensándolo bien, la mayoría de los billones de mundos que hay en cada nube de estrellas nacen y mueren en la oscuridad sin que lo sepamos, y ellos tampoco saben

absolutamente nada acerca del nuestro. Nosotros y el universo entero estamos atrapados en el tiempo.

—Pero cualquiera diría que esto tiene que ver más con la velocidad absoluta que con el tiempo. Parece como si hubiera sido provocado por una falta de tiempo —dijo Rapsoda. Su órgano de pensamiento emitió un destello de perplejidad.

—No es seguro, majestad —terció el núcleo universal—; en teoría existe un estrecho vínculo entre la velocidad absoluta y el tiempo. Por cada disminución de una dimensión, la expansión del espacio-tiempo provoca una caída aparente de la velocidad absoluta en uno o dos órdenes de magnitud, mientras que el tiempo aumenta varios órdenes de magnitud. La explicación del anciano Rapsoda no es verificable, pero se sostiene.

Monarca y Rapsoda se miraron consternados: por pura casualidad se les había revelado un enorme misterio del oscuro universo.

Lo que el Dios Creador había entregado al universo era el tiempo. Gracias al tiempo había cambios y procesos, y también entidades de baja entropía. El tiempo y la velocidad absoluta eran un todo único, pero él separó el universo y colocó a todas las entidades de baja entropía y sus civilizaciones en un rincón de la inmensidad del espacio, impidiéndoles retirar el misterioso velo que cubría el cosmos y haciendo que la encarnizada lucha por la supervivencia se convirtiera en lo normal.

Sin embargo, desde el punto de vista general esto no fue más que un acto de caridad: el oscuro espacio era una barrera de protección para los más débiles. Lo que uno más amaba podía estar a salvo en un lugar oculto a los ataques enemigos.

Ese era el gran regalo del Dios Creador. El tiempo creó la vida y todo lo demás, haciendo que todos los poderes hegemónicos que ambicionaban unificar el universo desaparecieran en el río del tiempo y volvieran al polvo

de las estrellas; también entregó a muchas civilizaciones primigenias un valioso espacio para la supervivencia. Lo único que se sacrificaba eran las dimensiones —y aquel Dios de la Muerte.

—¡Núcleo universal! ¿Cómo es que no has interpretado antes esta información tan importante contenida en las canciones? —preguntó Monarca indignada.

—No he hecho tal cosa, majestad —explicó pacientemente el núcleo universal—. Yo solo he ofrecido hechos científicos: la explicación la ha dado el anciano Rapsoda. Bien sabéis que los científicos no son capaces de cantar esas canciones antiguas, y mucho menos de aplicarlas a fines científicos.

—De haberlo sabido antes, quizá... quizá... —Monarca no terminó la frase, sino que dejó caer los tentáculos en señal de abatimiento—. Es igual; aunque lo hubiéramos sabido antes no habría servido de nada, ni habríamos podido detener al ángel de la muerte.

—No —dijo Rapsoda meditabundo—; puede que sí sirva de algo. La información oculta en las canciones no nos sacará de esta crisis, pero al menos nos dice algo.

—¿El qué?

—El tiempo es la dádiva del Dios Creador, mi reina. Solo gracias al tiempo es posible que existan formas de vida y sociedad, pero para recibir este regalo tenemos que pagar un precio. Ese precio es quedar atrapados en el tiempo, o más concretamente, la muerte y la destrucción. Hemos pasado a los márgenes de la existencia eterna, y nacemos y morimos en el tiempo. No nos encontramos en un estado de existencia ni de no-existencia, sino en medio de un proceso de generación y cambio que desemboca en la muerte.

Monarca esbozó una sonrisa triste.

—Creo que tienes razón, anciano. Pensaba que había conseguido la gracia de la vida eterna de manos del Dios Creador, pero ahora comprendo que el

único propósito de mi vida era presenciar el fin del mundo matriz. El Dios Creador ya lo pronosticó: Él entendía que en este universo todo nace y todo muere. Míralos: esos seres también mueren en el gran río del tiempo. ¿Qué tiene de triste que nosotros también perezcamos? Vamos a ver si otras canciones también contienen mensajes ocultos del Dios Creador.

Examinaron otros cantos antiguos y encontraron información similar; y en otras cinco o seis canciones descubrieron alusiones a la charca de agua estancada del universo decadimensional, relatos sobre las cruentas guerras de reducción dimensional y reflexiones acerca de las formas sociales y culturales del Dios Creador y las gentes de la Sima de las Estrellas. También había otros cantos que sin duda contenían información importante, pero finalmente tuvieron que desistir al verse totalmente incapaces de sacar nada en claro.

—Núcleo universal, ¿cuánto tiempo nos queda? —preguntó Monarca, levantando un tentáculo tiempo después.

—Once coma treinta y dos nodos temporales.

Monarca rio impotente.

—¿Está a punto de llegar la destrucción total? Es la primera vez desde que conseguí la vida eterna que siento que el tiempo pasa tan rápido.

—Como una flor de polvo estelar abriéndose... —dijo Rapsoda, parafraseando un verso de un antiguo poema.

—... como la vida media del amor... —continuó Monarca en voz baja.

Rapsoda quiso decirle algo, pero Monarca se volvió rápidamente hacia el núcleo universal:

—Es el momento de abandonar toda esperanza. Núcleo universal, enciende todos los grandes ojos que puedas: quiero mandar un mensaje a todos los mundos vástagos y las simientes.

Rapsoda observó que Monarca había recobrado la tenacidad y el vigor.

La función de acción a distancia de los grandes ojos no se veía limitada por

el radio sumergido, o de lo contrario Rapsoda no habría podido mantenerse en su avatar; pero aun así el núcleo universal lanzó una advertencia:

—Esto solo es posible a través de una red de acción a distancia polimórfica compleja. Tenemos cien mil mundos vástagos, treinta millones de simientes y más de doscientos millones de grandes ojos con conexión directa. Esto supondrá un considerable consumo de energía, y puede que el núcleo universal tenga que ser desactivado antes.

—Es una orden. Cumpliré con mi deber hasta el final. Sea —ordenó Monarca con aplomo.

—De acuerdo, vuestros deseos son órdenes.

El núcleo universal empezó a funcionar a gran velocidad mientras emitía luces fluctuantes. Al cabo de un rato Monarca subió al semiderruido altar y doce brillantes llamas sagradas rodearon su cuerpo puro y la elevaron en el aire. Rapsoda alzó la vista siguiendo el cuerpo de Monarca y pudo observar que a su alrededor surgió una esfera de luz plateada que indicaba que los grandes ojos habían empezado a funcionar. En ese mismo instante la imagen holográfica de Monarca fue retransmitida a todos los rincones del universo donde había moradores de la Sima de las Estrellas. En ese momento los mundos vástagos todavía no sabían qué era lo que había sucedido.

—¡Nobles gentes de la Sima de las Estrellas! —empezó Monarca, hablando con una voz en la que no había rastro de desesperación ni debilidad, sin aspavientos.

Rapsoda, sin embargo, sabía que bajo aquel aspecto seguro y lleno de determinación había un profundo dolor.

—Soy vuestra Monarca, y este será mi último mensaje para vosotros. Ha llegado la calamidad del fin del mundo que profetizaron los poemas de la

remota antigüedad: hemos sido víctimas de un ataque de origen desconocido basado en las leyes de la física. Las constantes gravitacionales de las inmediaciones de la Sima de las Estrellas se han multiplicado por doce, lo que significa que todo el mundo matriz ha entrado en la Sima de las Estrellas y no tenemos escapatoria. Nos extinguiremos dentro de varios nodos temporales.

Si bien Rapsoda no sabía en qué situación se encontraba el mundo exterior, podía imaginar el terror y el dolor que estarían experimentando sus congéneres esparcidos a lo largo de millones de mundos en los que reinaba la paz y la prosperidad, y cómo sus órganos de emoción se desplomarían y quedarían sumidos en la mayor de las desesperaciones.

Las siguientes palabras, no obstante, causaron en él una sorpresa mayor si cabe:

—Pero no estéis tristes, gentes de la Sima de las Estrellas. La destrucción del mundo matriz no es nada en comparación con lo que está a punto de suceder: el destino de este universo ha llegado a su fin.

El ángel de la muerte contemplaba en silencio aquel discurso de despedida en medio de las estrellas suspendidas en el oscuro espacio. Parecía como si ninguna fuerza de aquel vasto universo fuera a ser capaz de romper aquella calma. Pero varias de las palabras de Monarca captaron su atención:

—El misterio ha sido desvelado, y el Oculto se ha hecho carne.

El ángel de la muerte ignoraba que no muy lejos de donde se encontraba había otros dos observadores contemplando con atención la escena.

—Ha pasado mucho tiempo —continuó Monarca— desde que empecé a guardar el mayor secreto de este universo, pero ha llegado el momento de desvelarlo. Hijos de la Sima de las Estrellas, tenéis derecho a saberlo todo. Este universo tiene derecho a saberlo todo.

»Todos conocéis la antigua leyenda que cuenta cómo el Dios de la Muerte

logró domeñar el caótico universo, y cómo el Dios Creador se rebeló y lo expulsó y creó el mundo de las formas. En verdad os digo que esta leyenda es cierta: existe una guerra entre el Dios de la Muerte y el Dios Creador desde tiempos remotos. En el transcurso de esa guerra nuestro universo ha caído de las diez a las tres dimensiones. En cada una de estas dimensiones el Dios Creador impidió al Dios de la Muerte alcanzar su ambición de destruir el universo, pero al hacerlo se fue volviendo cada vez más débil.

»Al principio del universo tridimensional ambos dioses entablaron la batalla definitiva. El Dios de la Muerte fue nuevamente derrotado y desterrado, y le quedó únicamente una última encarnación, pero el Dios Creador no consiguió la victoria. El Dios Creador murió poco después, con lo que nuestro universo perdió a su único defensor y quedó expuesto a la mirada del Dios de la Muerte.

»Afortunadamente el Dios Creador creó nuestro mundo poco antes de morir y nos legó su última voluntad y sus medidas de represalia. Los habitantes de la Sima de las Estrellas nos convertimos en sus herederos, y se nos encomendó la tarea de proteger este universo. Sí, nuestra civilización es la más antigua, y somos los descendientes de la estirpe divina.

»El mundo matriz es el último medio de contraataque dejado en herencia por el Dios Creador. Mientras exista este mundo, si el Dios de la Muerte intenta cubrir el universo entero con su maldición, su morada será destruida y será exterminado. En los miles de millones de granos temporales la existencia del mundo matriz ha garantizado la seguridad del universo.

»Solo el Dios de la Muerte es capaz de destruir el mundo matriz. Él sabe de su existencia, pero desconoce su ubicación, y a lo largo de los últimos millones de partículas de tiempo ha hecho que muchos emisarios recorrieran el universo en busca del paradero de nuestro mundo. Todos esos enviados fracasaron en su intento, pero este último ha conseguido encontrarnos y

obtener información de nuestra base de datos. Finalmente hemos sido nosotros quienes hemos fracasado.

»No estoy triste por el fracaso final, compatriotas, y espero que vosotros tampoco lo estéis. Esto es un combate entre seres mortales y dioses; esas fuerzas y esas inteligencias supremas venidas del universo decadimensional pueden derribar el mundo y volver a hacer que se expanda, y nuestra humilde raza no es capaz de resistirse a ellas. Lo más importante es que hemos dado continuidad a una civilización milenaria y hemos protegido la seguridad del mundo matriz, de tal manera que hemos conseguido proteger el universo: solo eso ya es suficiente para nosotros.

»Amigos, hace mil trescientos millones de granos temporales el Dios Creador dejó un mensaje para nosotros, pero desgraciadamente no comprendí su significado oculto hasta el último momento. En estos últimos instantes me gustaría compartirlo con todos vosotros: el Dios Creador creó el tiempo y dio la vida al universo. Desde entonces todas las formas de vida se encuentran atrapadas en la inmensidad del espacio-tiempo y antes o después se marchitan. Nosotros no somos una excepción. Por muchos granos de tiempo que dure una vida, al final llega el día de la muerte.

»Estamos a punto de extinguirnos, y al universo no le queda mucho tiempo de vida. El final está cerca; pero según los parámetros cósmicos es posible que todavía podáis disfrutar en paz hasta que todo acabe, y quizá vuestros hijos también. Puede que todavía tengáis por delante una gran cantidad de granos temporales. Espero que tengáis siempre presente que el tiempo es el regalo que nos ha dado el Dios Creador, y confío en que no lo malgastéis. Al final todo irá a parar a la nada, pero todavía podéis vivir cada grano, cada nodo, cada hebra de tiempo... Ahí es donde reside el sentido de la vida.

Monarca quería continuar, pero el núcleo universal le avisó de que la energía estaba a punto de agotarse y de que apenas quedaba tiempo, así que

pronunció esas palabras capaces de romper el corazón de todas las entidades de baja entropía, todas las civilizaciones, todos los seres y todos los dioses del universo:

—Hasta siempre.

La imagen de Monarca desapareció de los grandes ojos repartidos por todo el universo. Los moradores de la Sima de las Estrellas se sumergieron en un mar de congoja, terror y desesperación.

En la oscuridad a uno de los extremos del mundo matriz, el ángel de la muerte sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro.

—¿A que es un encanto, 2046? —se lamentó uno de los observadores de la materia oscura después de que la hermosa figura de Monarca desapareciera.

—Pues sí... Si te digo la verdad, yo siempre la amé en secreto —repuso el otro tras un rato en silencio.

Los motores de aquel mundo se habían apagado mucho antes una vez consumida casi toda la energía. Las luces del mundo matriz se apagaron como un grupo de tenues fuegos fatuos que se dirigían hacia un océano todavía más oscuro.

Las esferas plateadas del Palacio de la Eternidad desaparecieron como pompas de jabón, y Monarca aterrizó suavemente como un águila cíclica. Clavó sus siete ojos en los de Rapsoda, y en ese instante pudieron escuchar incluso el leve sonido de las flores de polvo estelar que caían a su alrededor.

—Gracias, anciano —dijo al fin Monarca.

Al ver la expresión confundida de Rapsoda prosiguió:

—Gracias por explicarme el sentido de esas canciones. Me has liberado de la carga más pesada del universo. Llevaba mil trescientos millones de granos temporales temiendo la llegada de este momento, pero ahora ya no tengo miedo.

»Hace mil trescientos millones de granos temporales, durante los violentos

combates entre el mundo periférico y el mundo matriz, tomé la dura decisión de cancelar el plan de bidimensionalización. Entonces fueron muchos los que me cuestionaron, y no fue hasta la derrota del mundo periférico que el aluvión de críticas remitió. Una de las razones por las que tomé esa decisión fue que la misión de la estirpe de la Sima de las Estrellas consiste en proteger el mundo matriz: la bidimensionalización acabaría destruyendo también nuestro mundo, y no podía permitirme el lujo de correr ese riesgo. Por eso el ataque gravitacional fue para mí un duro golpe, ya que si nuestro mundo hubiese entrado en las dos dimensiones es probable que nada de esto hubiese ocurrido. Todo ha sido por mi culpa.

»Pero tus palabras me han ayudado a comprender que el motivo por el que el Dios Creador nos hizo no fue darnos la vida eterna, sino vivir cada uno de los nodos temporales y dirigirnos lentamente hacia nuestra destrucción. En este sentido no hay apenas diferencia entre un grano temporal y diez mil millones.

—No, mi reina, soy yo quien debe daros las gracias —replicó Rapsoda emocionado—. ¡Detesto las dos dimensiones! No podría aguantar ni un solo día en un mundo plano como ese de la asfixia que me produciría, y mucho menos una vida entera. Eso sería para mí la más terrible de las cadenas perpetuas: los demás presos solo están encerrados en un espacio, pero nosotros quedaríamos recluidos en un plano infinito. ¡Qué gran tragedia habría sido algo semejante!

—¿De verdad piensas eso? —preguntó Monarca ligeramente conmovida—. Yo pensaba lo mismo que tú, pero los ancianos y los generales no lo entendían. Ahora me doy cuenta de que debería haberte ascendido a primer ministro.

—Podéis hacerlo ahora, majestad; así me convertiría en el último primer ministro del mundo matriz en entrar en los libros de historia.

—Eso sería imposible: esa decisión tiene que ser ratificada por el Consejo de Ancianos y el Parlamento, y no tenemos tiempo de reunirlos. Me temo que tendrás que pasar a los libros de historia como el último ser con ambiciones de llegar a ser primer ministro del mundo matriz.

Los dos prorrumpieron en sonoras carcajadas, que no eran sino un sonido alegre producido por el movimiento de sus extremidades, una armoniosa danza en la que agitaban sus tentáculos.

Al cabo de un rato habló Monarca:

—¿Y si cantamos otra canción antigua, Rapsoda? —dijo Monarca, utilizando su nombre de pila.

—De acuerdo, mi...

—No me llames «reina», pues hace tiempo que he abdicado de mis funciones como tal —le interrumpió—. Me llamo... Escarlata.

—De acuerdo, Escarlata —convino Rapsoda—. Sí, ante el rostro de la muerte todos somos iguales.

Y entonces entonaron ese canto antiguo, tal vez las mismas palabras que el Dios Creador había pronunciado cuando su mundo acababa de comenzar su andadura un número indeterminado de universos antes de aquel cosmos:

*Veo a mi amada;
vuelo a su lado;
le entrego mi regalo;
un pequeño trozo de tiempo solidificado.
en el tiempo hay grabadas bellas inscripciones,
tan suaves al tacto como el lodo en el lecho marino.
Ella se cubre el cuerpo de tiempo,
me arrastra para volar con ella a la frontera de la existencia.
Es un vuelo espiritual:
en nuestros ojos, las estrellas parecen fantasmas;
en los ojos de las estrellas, nosotros parecemos fantasmas.*

Rapsoda escuchó al fin la voz de Monarca, fría y ardiente al mismo tiempo, como un planeta de hielo ardiendo, como un mar de fuego solar congelado, como la lejanía de los ríos galácticos, como la melancolía de una fría nube de estrellas, como el amor que nunca había tenido...

El canto de los habitantes de la Sima de las Estrellas era en realidad un conjunto de vibraciones de ondas electromagnéticas que los miembros de esa raza denominaban membrana primitiva, y que podían «ver» a simple vista. Rapsoda observó que el canto de Monarca generaba a su alrededor ondas de luz y color de una belleza sin parangón, como si aquel espacio se hubiera convertido en un lago de mercurio y la voz de la reina fueran las gotas de una lluvia de estrellas que formaban ondas al caer sobre su superficie, chocándose y mezclándose con las de Rapsoda...

«Estas deben de ser las “bellas inscripciones grabadas en el tiempo”...», pensó Rapsoda como sumido en un trance.

Y el «viaje espiritual» es el viaje hacia el fin de la existencia, hacia la Sima de las Estrellas...

Había llegado el momento de la destrucción.

Al alcanzar el límite de fractura, el mundo matriz se fragmentó y una poderosa explosión lo quebró desde dentro. Protegidos por los restos del fuego sagrado, Monarca y Rapsoda quedaron suspendidos en el aire y contemplaron las largas grietas que se abrían en el mundo a sus pies y que dieron lugar a un enorme abismo que finalmente se abrió dejando al descubierto la imponente e intrincada estructura interna de su mundo... Aquella misteriosa estructura que ellos eran incapaces de imaginar ni comprender se abrió ante ellos, pero ya no servía de nada. El mecanismo de contraataque había sido destruido, y ninguna fuerza podría impedir que el Dios de la Muerte regresara. Las violentas ráfagas de aire que surgían del

interior del mundo los empujó hacia el cielo, mientras contemplaban sobrecogidos la postrera belleza de la destrucción.

—Tengo miedo... —murmuró Monarca, apoyándose en Rapsoda. Tenía el órgano de pensamiento descubierto ante él, y entablaron un diálogo directamente a través de sus mentes:

«¿Cómo crees que será el interior de la Sima de las Estrellas? ¿Será un infierno oscuro de densidad infinita?».

«No, puede que allí haya un punto de distorsión que lleve a otro espacio-tiempo, a otro universo.»

«¿De verdad? ¿Podremos ir a otro universo?»

«No lo sé, nadie ha entrado nunca en ese mundo; pero hay una antigua canción que dice así: “Fuera del cosmos hay nueve universos. / Esta vida ha terminado, pero nadie conoce la siguiente”.»

«Es preciosa... aunque es la primera vez que la escucho.»

«No es una de nuestras viejas canciones, sino un poema que encontré en la base de datos de los tañedores de estrellas; se trata de una canción sobre el romance entre un rey y su difunto amor.»

«¿Sus reyes podían amar a otras personas?»

«Sí, eran como cualquier otra persona normal y corriente: eran mortales, y podían amar y odiar como cualquiera.»

Mientras pronunciaba estas palabras, Rapsoda entró en el órgano de pensamiento de Monarca y se embriagó de una desconocida y cálida consciencia. Monarca también exploró el órgano de pensamiento de Rapsoda, y tocó el órgano de pensamiento que la buscaba a ella... y ambos se entrelazaron. Los dos llevaron a cabo el ritual amoroso más antiguo de los pobladores de la Sima de las Estrellas, fundiéndose en uno. Entonces fue cuando la consciencia partida de Rapsoda le avisó de que la energía de la simiente en la que se encontraba su cuerpo físico estaba a punto de agotarse,

y que la lámina de vector dual de los tañedores de estrellas se lo estaba llevando a ese plano de muerte. Lo único que temía era que la muerte en aquel mundo le llegara antes que en ese otro.

«Qué oportuno», pensó satisfecho, y extendió todos sus tentáculos para agarrar a una Monarca empapada de una felicidad que le había llegado tarde.

El ángel de la muerte presenciaba todo eso en silencio.

De haber querido, podría haber salvado ese mundo con solo un gesto: con un simple movimiento de un anillo invisible, las constantes gravitacionales habrían recuperado sus valores normales, y al moverlo una vez más podrían incluso haberse vuelto todavía más pequeñas, reduciéndose hasta el infinito... De ese modo la Sima de las Estrellas se habría convertido en una insignificante bola de hierro sin ninguna fuerza de gravedad letal que los habitantes de ese mundo quizá podrían haber esquivado.

Hubiera bastado con que él extendiera la mano...

Entonces el ángel de la muerte extendió la mano izquierda e hizo ademán de agarrar algo en el vacío. En la palma de la mano se le encendió una bola de fuego que se extinguió enseguida, dejando en su lugar algo que tenía forma y materia.

Era un pequeño cáliz de cristal transparente que contenía un extraño líquido de color verde jade.

El ángel de la muerte sostuvo el cáliz en la mano. Las condiciones de temperatura, presión y gravedad que creó eran idénticas a las de su lugar de origen. Tomó el cáliz con ambas manos y lo examinó un instante, bebió su contenido, dejó escapar un suspiro de satisfacción y finalmente volvió a extender la mano.

—Otra copa de Tormenta Verde —murmuró para sus adentros.

Decididamente, aquel era un día para celebrar.

Ante él apareció otro vaso del brebaje verde. El ángel de la muerte volvió a extender la mano para tomar el vaso, pero unas delicadas manos femeninas se le adelantaron.

—*Hic mihi.*[27] —Junto con esa clara y suave voz apareció una sombra proyectada sobre un marco de puerta de líneas invisibles que tenía a sus espaldas. Del marco surgían unos tenues rayos de luz que iluminaban su cuerpo trazando un bello y delicado contorno: una mujer de piel blanca y cabello dorado vestida con un traje ajustado de color plateado, bajo cuya dulce y hermosa apariencia podían verse unos ojos azules que transmitían determinación y seguridad en sí misma.

—*Sis.*[18] —El ángel de la muerte hizo un gesto elegante con la mano.

—¿Son ellos? —preguntó la mujer.

—Eso parece —repuso él.

—Entonces ¿se lo comunicamos al Maestro? —La mujer alzó la mano, en la que refulgía un anillo.

El ángel de la muerte murmuró algo para sus adentros, y finalmente asintió con la cabeza.

El mismo tiempo 2,5 estructuras más allá

—Enciende el sistema de monitorización universal —dijo 2012—. El cebo número cuatro seguramente ya ha sido destruido, y la Madre Original pronto intervendrá.

—Todavía no me lo puedo creer —replicó 2046—. Después de treinta mil grandes años finalmente ha llegado el día que estábamos esperando.

—Sí, yo aún me acuerdo de cuando criaba a esas lagartijas. Eran unos animalillos la mar de dóciles. ¿Qué te pasa, estás triste? —preguntó a su compañero al sentir un ligero cambio en su campo de consciencia.

—¿Es que no lo has visto? ¡Mi Escarlata ha muerto! El único pasatiempo que he tenido durante estos treinta mil grandes años ha sido verla corretear de un lado para otro, montada en su coche espacial, yendo a la guerra ataviada con su armadura. ¡Qué mona era! Y todo para acabar sus días en la Sima de las Estrellas...

—A mí también me ha dado un poco de pena, pero ¡no me negarás que su muerte nos ha venido muy bien! Al final retransmitió al universo entero el mensaje de que eran nuestros descendientes... ¡Vaya pedazo de discurso que se marcó la tía!

—¡Por supuesto! Me costó sudor y lágrimas dejar sepultada esa orden en lo más hondo de su subconsciente. Obviamente no podía dejar que se diera cuenta, o de lo contrario no le habría salido tan natural.

—Estás hecho un lince.

—A mí no se me habría ocurrido algo así: fue idea del Gran Sabio.

Al mencionar al Gran Sabio, los campos de pensamiento de ambos se pusieron serios y guardaron silencio. Al cabo de un rato, 2046 dijo:

—Ahora toca despertar al Gran Sabio, ¿verdad?

—¿Y que nos devore? No seas tonto, esperaremos al último momento para despertarlo.

—Está bien; yo también quiero existir de forma independiente durante un poco más de tiempo.

Tiempo después todo seguía inmóvil, con la única excepción de las cifras tridimensionales del visor que rápidamente se transformaban como por arte de magia en un sinfín de extrañas formas geométricas.

—¿Crees que los buscadores habrán escuchado el discurso de Escarlata? —preguntó 2012 al cabo de un rato.

—¿Cómo no iban a hacerlo, si hasta tú has podido? —le espetó 2046 en tono desdeñoso.

—También es verdad; o sea, ¿que ya han recibido nuestro mensaje?

—Naturalmente.

—¿Habrán transmitido el mensaje a la Madre Original?

—Es posible.

—¿Y cómo es que la Madre Original no hace nada?

—¡Paciencia, que esto es una reversión dimensional! Estamos hablando de devolver el universo a las cero dimensiones, no de destruir dos estrellitas de nada.

—¿Qué diferencia hay entre lo uno y lo otro? Ya sabes que esa bruja cree que el tiempo es innecesario, y si decide pasar a la acción habrá que actuar de inmediato.

—¿Y si prefiere esperar?

—¿Esperar a qué?

—A ver si hay punto débil.

—¿Quieres decir que el plan del Gran Sabio tiene algún defecto? — preguntó inquieto 2046.

—Claro que no; pero puede que sí surja algún que otro problemilla cuando tú lo llesves a la práctica —replicó 2012.

—Estás de broma —dijo 2046—. Los cebos del uno al cuatro se colocaron de forma perfecta. Gracias a los cálculos precisos del Gran Sabio y a mi hábil plan pudimos atrapar a todos y cada uno de los buscadores: los nulificadores eran el objetivo más evidente, y nosotros queríamos que empezaran por ellos, pero si hubiesen sido el principal cebo los buscadores habrían sospechado; entonces encontraron en los nulificadores pistas que les llevaron a los reflexionadores, y en estos últimos dejamos dos indicios, una que les condujo a los locos de los evacuadores, y la otra a las lagartijas de la Sima de las Estrellas. Los evacuadores daban un poco más el pego: todo el mundo sabe que el decaimiento del vacío equivale a la reversión dimensional, así que era seguro que primero se dirigirían hacia donde se encontraban y enseguida se darían cuenta de que no eran lo que andaban buscando; además, sus leyendas sobre la creación del mundo también tenían su origen en las lagartijas de la Sima de las Estrellas, por lo que ambas pistas se respaldaban la una a la otra. En consecuencia, las lagartijas de la Sima de las Estrellas acabarían siendo su único objetivo.

»Entonces encontrarían lo que buscaban en la base de datos de las lagartijas de la Sima de las Estrellas, el discurso de la reina no haría más que confirmar sus sospechas, y el “Oculto” acabaría saliendo a la luz; nosotros, por otro lado, ya hemos explicado por qué el Oculto había podido ser exterminado con tanta facilidad, porque el auténtico Oculto ya había muerto y ellos no eran más que sus siervos. Es... un plan perfecto. Hasta el momento todo se ha desarrollado según lo previsto, lo cual demuestra que no existe ningún problema ni en el plan ni en su ejecución.

2012 enmudeció, pero como no quería que su interlocutor se viniera arriba, dijo:

—Tal vez los buscadores sospechen que se trata de un engaño...

—Quién sabe. El mundo está lleno de seres de baja entropía de todo pelaje, pero la Madre Original no sospechará nada. Le puede la soberbia. No hay más que ver cómo nos llama: ¡«Ocultos»! Se cree que lo único que podemos hacer es escondernos por toda la eternidad en un diminuto rincón del universo, y por eso se dedica a enviar gente a buscarnos creyendo que la mayor de sus alegrías será sacarnos de nuestro escondite. No se imagina que lo que hacemos es justo lo contrario: hacer que nos encuentre y nos destruya, haciéndole creer que ha conseguido la victoria y poner en marcha la reversión dimensional... ¡Me muero de ganas de ver la cara de idiota que se le queda a su campo de pensamiento!

—Eso será algo digno de ver; aunque es una pena que la supermembrana vaya a lanzar un ataque y todos los microuniversos vayan a ser destruidos, y que la bruja no vaya a ser capaz de ver que está acabada —se lamentó 2012.

—Bueno, esperemos a ver qué pasa —dijo al fin 2046.

Pasó un gran período, y el monitor del sistema de monitorización universal mostró una gran cantidad de información confusa y completamente inútil.

Pasaron dos grandes períodos sin que se produjera cambio alguno.

Pasaron otros tres y 2012 no pudo contenerse:

—Un momento: me parece que han descubierto algo.

—¡Imposible! No les hemos dejado ninguna pista. Nuestro único sistema supersensible está en el interior del mundo matriz, y ahora ya debe de haber sido destruido con él. Mira, esta gente es muy desconfiada, pero al final pasarán a la acción. Ahora no tienen ninguna pista, y no van a ir de galaxia en galaxia buscando. Seguro que acaban mordiendo el anzuelo.

—Entonces espero que se den prisa.

Varios grandes períodos más tarde seguía sin haber ninguna reacción, y los dos abatidos cuerpos digitales decidieron dormir. 2046, que seguía intranquilo, configuró el sistema para que lo volviera a despertar automáticamente cien grandes períodos después.

Pasaron cien grandes períodos, pero seguía sin ocurrir nada, y volvieron a dormirse preocupados. Lo mismo ocurrió quinientos grandes períodos después.

Entonces pasaron otros mil grandes períodos, y cuando se volvieron a despertar estaban completamente desesperados.

—¿Qué está haciendo esa bruja? —masculló 2046—. ¿Cómo ha visto que había algo raro en el cebo?

—La Madre es muy poderosa, pero nunca ha sido tan inteligente. Puede que sean esos buscadores... —repuso 2012 fríamente.

—Pase lo que pase, todo ha terminado. ¡Diez mil grandes años de preparativos, treinta mil grandes años de monitorización y espera! ¡Cuatro civilizaciones a modo de cebo...! Y todo para nada, joder...

—No seas impaciente: como mucho habrán fallado los cebos, pero no hemos perdido. La Madre todavía no sabe dónde estamos. Esto es un tablero de ajedrez muy grande...

—Pero aun así tenemos que informar al Gran Sabio. Seguro que... —2046 cambió a un canal privado de intercambio de consciencia— su ira caerá sobre nosotros. Puede que cuando nos absorba no nos integre del todo y nos expulse a la base de su consciencia y nunca logremos alcanzar un estado superior de existencia.

2012 sintió un escalofrío.

—Entonces vamos a esperar un poco más... Si dentro de otros mil grandes períodos seguimos sin tener noticias de ellos, ya veremos qué hacemos.

Volvieron a dormirse, pero al cabo de solo treinta y cuatro grandes

períodos el sistema de alerta los volvió a despertar. Aquel estímulo los animó tanto que su campo de pensamiento estuvo a punto de romperse.

Dos puntos, tres puntos.

Luego cuatro, y entonces cinco. Los puntos brillaban frenéticamente, emitiendo avisos que hacían enloquecer a los cuerpos digitales.

¡Un inédito aviso de nivel cinco! En teoría solo cabía una posibilidad: la reversión dimensional había comenzado.

Los dos cuerpos digitales miraron al espacio del monitor de observación, donde había un rincón que se había convertido en un dominio oscuro que se estaba agrandando a un ritmo lento pero constante. Sabían que ese era el espacio cero resultante del equilibrio total entre la energía positiva y negativa, y se estaba expandiendo a la velocidad de la luz, arrastrando consigo toda la materia que había a su alrededor. Cuando toda la materia entrara en el espacio cero, los neutrones y otras partículas experimentarían un deterioro inmediato, volverían a su estado natural y darían lugar a un nuevo universo decadimensional.

Si se tratara tan solo de una expansión de la velocidad de la luz, el universo de casi catorce mil millones de años luz podría esperar, pero la expansión del espacio cero transformaba la velocidad de la luz, que se volvía cada vez más rápida y crecía de forma exponencial. El Gran Sabio había calculado el tiempo exacto que duraría la reversión dimensional: nada más y nada menos que 1,91 grandes períodos. Y durante el 99,999 por ciento de ese tiempo el decaimiento del vacío no alcanzaría un rango del 10 por ciento, pero en el último instante la velocidad de la luz aumentaría hasta el infinito y se tragaría todo el universo.

Disponían de muy poco tiempo para contraatacar, pero sería suficiente. El mecanismo de respuesta estaba bien preparado, y en un gran período podía llevarse a cabo el ataque sorpresa que acabaría con la Madre Original y

devolvería todo a las cero dimensiones, acabando con el decaimiento del vacío.

El Maestro y el Oculto, o el Dios de la Muerte y el Dios Creador en las leyendas de los moradores de la Sima de las Estrellas, eran la madre y el hijo enzarzados en una eterna guerra que terminaría con el triunfo del segundo.

2046 abrió enseguida una línea de pensamiento con el Gran Sabio:

—Señor, la bruja... quiero decir, la gran Madre Original ha picado el anzuelo.

A tres millones de años luz de distancia Un agujero en las inmediaciones de la Gran Muralla Sloan[19]

En las profundidades de un infinito océano de materia oscura...

En el fondo del abismo de materia oscura, en un lugar sin luz ni oscuridad, sin leptones ni bariones, sin movimiento ni quietud...

El Gran Sabio, la mayor y más increíble forma de inteligencia de ese universo, había sido despertado.

En el último combate con el Maestro, el Gran Sabio había agotado todas sus energías hasta situarse al borde de la muerte. A fin de conservar su consciencia, se había visto obligado a dormir y despertarse una vez cada varios miles de grandes años y siempre de forma parcial. Cuando se despertaba por completo se activaban todas las redes ocultas del mundo de la materia oscura, lo cual facilitaba su detección por parte del Maestro. Por eso dividió su cuerpo en miles de nodos de datos que se convirtieron en órganos de pensamiento numérico independientes, que aguardaron escondidos en los distintos rincones del universo protegiéndose a sí mismos y observando al enemigo.

El plan de cuarenta mil grandes años finalmente había comenzado a dar sus frutos. El recientemente despertado Gran Sabio había activado su campo de pensamiento a máxima potencia y estaba recabando la información que venía de todos los rincones del universo, como una araña sintiendo las sutiles vibraciones de una telaraña en la oscuridad.

Recibió una ingente cantidad de información que lo confirmó todo.

Envuelto en una agradable sensación de júbilo, el Gran Sabio puso en marcha la unión de su pensamiento, y gracias a las redes cuánticas y de neutrinos absorbió e incorporó a su consciencia a todos los cuerpos digitales, incluidos 2046 y 2012, que hasta entonces habían sido fragmentos de su ser.

Todos los cuerpos digitales se fundieron en un único ente: el Oculto. Dicho proceso suponía un enorme gasto de energía, pero no le importaba porque esa sería la batalla definitiva.

El sistema de contraataque oculto en la inhóspita inmensidad del mundo de la materia oscura comenzó a moverse, y gracias a la reacción energética detectada logró ubicar en la supermembrana el universo en el que se encontraba la Madre Original. Solo esa tarea ya representaba un gasto de energía impresionante. El Oculto utilizó aproximadamente el treinta por ciento de la materia oscura del universo, la mayor parte de ella ubicada en las «burbujas» que se encontraban entre los grupos de estrellas, y que emitían radiaciones similares a las potentes ondas electromagnéticas de las nebulosas, como millares de flores que nacían en silencio en la oscuridad y que se abrían en un abrir y cerrar de ojos con la nocturna brisa primaveral.

Este sorprendente cambio, como era natural, pasaba desapercibido entre los observadores de la mayoría de las civilizaciones, que seguían fuera del cono de luz de esos eventos. Cuando las radiaciones electromagnéticas emitidas por la materia oscura llegaran a su mundo, su noche se volvería tan brillante como el día, y se darían cuenta de que aquel no era más que una mota de polvo en el mar de flores del universo. Los mundos más próximos quedarían reducidos a cenizas y sus ecosistemas se extinguirían. Pero eso apenas le importaba al Oculto.

El Oculto manipuló el mayor instrumento de guerra jamás creado, enormemente satisfecho de su proeza, y lanzó una mirada escrutadora hacia la supermembrana. Pese a ser una inteligencia sin rival en el universo, no era

capaz de observar y establecer contacto de manera directa con la supermembrana, y la idea de que existieran billones de universos fuera de ese cosmos le resultaba descorazonador. Pero esa vez era diferente, y aquella supermembrana de once dimensiones se convertiría en el campo de batalla en el que decapitaría a su madre, el alma de ese universo decadimensional que le vio nacer, y al hacerlo conseguiría de una vez por todas la libertad y la seguridad. Era su guerra, un combate que había durado ocho universos y cien mil grandes años, y que había llegado a su última fase.

Pronto terminaría todo...

Según el parte de la unidad de ataque, ya habían concluido los últimos preparativos, y solo hacía falta determinar las coordenadas del microuniverso en la supermembrana para llevar a cabo un ataque devastador. Excelente.

La mente divina del Oculito escaneó la unidad de análisis de la supermembrana, que seguía ocupada. No tenía prisa: había aguardado más de diez mil millones de años, y no le importaba esperar un poco más.

Al cabo de un rato observó que la unidad de análisis seguía operando, y se dio cuenta de que algo grave había ocurrido. No debería haber pasado tanto tiempo... A menos que...

No es que a su inteligencia suprema le fuera imposible concebir esa idea; simplemente no quería pararse a pensar en esa posibilidad, porque era aterradora.

El Oculito intentó calmarse y volvió a examinar la zona en la que se había producido un decaimiento del vacío: esa área todavía se estaba expandiendo, pero su velocidad no había aumentado, sino que se había reducido, y era imposible que el ritmo del deterioro fuera tan lento. A través de las redes de acción a distancia encendió la unidad de observación más cercana a la zona del decaimiento del vacío, a la que dotó de consciencia: no se atrevía a

conectar su campo de pensamiento con esa unidad, o se vería influido por el proceso de decaimiento.

—¿Qué has visto, 9527? —preguntó el Oculto.

—Estrellas, planetas, nebulosas... ¡Todo ocupaba la totalidad del firmamento, todo se ha convertido en un plano bidimensional! ¡Dos dimensiones! ¡Dos dimensiones! —exclamó presa del pánico, no tanto por la bidimensionalización en sí como por lo que ello implicaba.

El hecho de que todo estuviera entrando en las dos dimensiones implicaba que no se estaba produciendo un decaimiento del vacío, sino tan solo un proceso de bidimensionalización. El sistema de monitorización universal no podía ver el interior del espacio cero, ni tampoco era posible determinar si había aparecido un universo decadimensional; solo se podía saber lo que había ocurrido a través del ritmo de destrucción de los puntos de observación. ¡Y en ese mismo instante la velocidad de destrucción duplicaba la velocidad de la luz en el universo tridimensional! Por lo general, eso podía ser un efecto del decaimiento del vacío, que aumentaba enormemente el plano de contacto.

El Oculto fue entonces consciente del error que había cometido: se trataba de un engaño vestido de reversión dimensional. Era imposible que la velocidad de la bidimensionalización superara a la de la luz, pero el poder del Maestro podía hacer que la velocidad de la luz aumentara en zonas parciales en momentos determinados, lo cual generaba efectos similares a los de una reversión dimensional. Como su velocidad superaba la velocidad de la luz normal, no era posible observar el estado de la bidimensionalización desde fuera, y antes de poderlo hacer el observador ya había entrado en las dos dimensiones. Sin embargo, para llevar a la práctica esta falsa ilusión hacía falta demasiada energía, y conforme el plano bidimensional se iba expandiendo al final era imposible mantenerla en el tiempo, de modo que el ritmo de la bidimensionalización no tardaba en volver a reducirse.

Entonces llegó el informe de la unidad de análisis de la supermembrana:

—Se ha producido un error. Imposible ubicar ninguna posición en la supermembrana.

Ya no era posible hacerse ilusiones. Todas las cartas estaban sobre la mesa, y se había cumplido el peor de los pronósticos.

—¡Joder, qué cosa más rara! —pensó enfurecido el Oculito, y a continuación dio una orden—: ¡Unidad de ataque, detente de inmediato! ¡Inmediatamente! ¡Vuelve al estado oculto!

Su orden fue cumplida enseguida, y un sinfín de luces de neón que brillaban en el universo se apagaron súbitamente como cuando se marchitan los pétalos de una vistosa flor.

Pero ese inmenso caudal de radiaciones electromagnéticas ya había sido emitido, y surcaba el universo sin que el Oculito pudiera controlarlas. Sus coordenadas habían quedado expuestas: sabía que el Maestro y sus buscadores querían que él se dejara ver, y habían logrado su objetivo.

Todavía no era el fin, por supuesto. Aquellas coordenadas atravesarían todo el universo, y todavía tenía margen de maniobra: podía cambiar de posición y volver a esconderse. Aunque ya había dejado huellas imposibles de borrar, y sabía que no dejarían pasar esa oportunidad. Le darían caza hasta encontrarlo.

—¡Serán...! —pensó el Oculito furioso. Sospechó que detrás de todo aquello se encontraba la mano de un misterioso emisario del Maestro que había utilizado su mismo ardid en su contra, y es que los que le habían precedido nunca habían sido tan astutos.

—¿Qué clase de gente es esta? ¿Cómo han sido capaces de ver la trampa que les había tendido? —se preguntó el Oculito. El enemigo acabaría por encontrar la puerta que les llevaría a él, y cuando eso sucediera volvería a esconderse, trazaría otro plan y contraatacaría cuando su enemigo bajara la

guardia, haciendo que la bruja y sus enviados cayeran en la trampa y convirtiera su derrota en una victoria. Todavía tenía una oportunidad.

Sí, todavía tenía una oportunidad.

El campo de pensamiento del Oculto se agitó. Sintió una confianza como nunca antes, y volvió a fragmentar su consciencia en decenas de millones de unidades que se pusieron a trabajar a destajo por todos los rincones del universo para preparar el encarnizado combate que se avecinaba.

«No dejaré que te lleves el tiempo ni que vuelvas a construir tu reinado de muerte, madre: el tiempo se quedará conmigo, y la vida también», pensó.

En otro lugar del cosmos brillaba una nube de materia oscura a través de la cual se colaban unos resplandecientes haces de luz que iluminaban una gran porción de espacio.

El ángel de la muerte y su bella acompañante volaban por el interior de ese mundo extraño —si eso podía entenderse como volar— mientras miraban curiosos la radiante nebulosa de materia oscura que les rodeaba, y en cuyo interior había comenzado a aparecer un organismo de una considerable envergadura. No se trataba de una triste máquina planetaria como la del mundo de la Sima de las Estrellas, sino que era más bien una gran estructura de tamaño galáctico. Parecía una estructura muy similar a aquella proyección: una rosa de proporciones gigantescas cuyos pétalos estaban formados por una flor completa cuyos pétalos a su vez también estaban formados por flores completamente diferentes entre sí, y así hasta el infinito.

Era llama y al mismo tiempo océano, flor y telaraña, vida y máquina... Ese era el verdadero Oculto, la fuente del amor de ese universo.

—Qué bonito... parece un campo de lavanda de la Provenza... —exclamó emocionada la mujer.

—Es el cáliz celestial —dijo en voz baja el ángel de la muerte.

—¿Qué? —preguntó ella sin comprender.

—Esto es el sistema de energía universal del Oculto, lo que en la época de las guerras de la antigüedad remota se conocía como «cáliz celestial». Si algún día se activa la red de acción a distancia panuniversal, el cáliz de la flor se abrirá. La nebulosa de materia oscura es su rizoma, las zonas sin señal para los sofones repartidas por todo el universo son sus zarcillos, y las distintas grandes galaxias son sus nodos energéticos.

—Increíble... Y yo que pensaba que el mundo matriz y la Sima de las Estrellas eran el último as en la manga del Oculto...

—Yo también lo pensaba al principio, pero cuando vi el cáliz celestial comprendí al fin el verdadero significado de aquellas formas de consciencia. Estoy seguro de que ya no volveremos a fallar. Esta será la última jugada del Oculto.

—Sigo sin entenderlo, Yun. ¿Cómo has llegado a esa conclusión? Si no me hubieras detenido en el último momento, ya habríamos avisado al Maestro para que llevara a cabo la reversión dimensional —dijo la mujer rubia.

—Fue solo una coincidencia —repuso el ángel de la muerte—: al escuchar el discurso de aquella reina pensé en Tormenta Verde por alguna razón... Hace tiempo que tengo la costumbre de reflexionar sobre el funcionamiento de mi mente, y no tardé en relacionar ese pensamiento con... un anuncio.

—¿Un anuncio?

—Sí, una forma de propaganda comercial de mi época. Puede que no sepas lo que es...

—Sí, lo sé. En los mercados de Bizancio también teníamos anuncios: la gente colgaba de las puertas placas para captar la atención de los compradores, y algunas personas vendían sus productos dando grandes voces.

—Sí, Helena, en el fondo todo viene a ser lo mismo: darse a conocer. Me acordé de una escena del anuncio de Tormenta Verde en la que salía una hermosa chica. Esa reina estaba proclamando al universo entero que ella era

el Oculito, pero me pareció muy raro que lo hiciera: de haberse tratado realmente del Oculito o de uno de sus descendientes, habría mantenido el secreto incluso en el momento de su destrucción.

—Puede que a esa reina no le importara por el hecho de encontrarse al borde de la muerte.

—No, su raza tiene billones de mundos vástagos, así que no han muerto. Aun en el hipotético caso de que los habitantes de la Sima de las Estrellas fueran el Oculito y de que la reina no hubiese desvelado su identidad ni su método de contraataque final, el Maestro no podría haber estado seguro de la destrucción de aquel ni haber iniciado una reversión dimensional, sino que habría aguantado un poco más de tiempo. No habrían desvelado su identidad ni para proteger a su raza ni para vengarse del Maestro.

—Entonces la única conclusión posible es que ellos no eran el Oculito.

—Pero el mundo matriz ha sido arrasado, y ya no podemos confirmar esa hipótesis.

—Efectivamente, ya no podemos estar seguros. Pero para cuando caí en la cuenta ya no quedaba tiempo para alterar la gravedad: de haberlo hecho, habríamos podido conservar restos del mundo matriz para estudiarlos. No podemos confirmarlo, aunque sí podemos hacer un experimento: simular una reversión dimensional. Esto supondría un gran gasto energético, pero vale la pena intentarlo.

—¿Para qué quieres esperar tanto, pues? —inquirió ella.

—Muy sencillo: si se trata de un engaño, el Oculito tendrá redes de observación preparadas y estará observando todos y cada uno de nuestros movimientos. Si todo transcurre sin contratiempos podría empezar a sospechar y tomar la decisión de esperar un rato más. Quiero que sienta la alegría de la victoria después de pensar que había fracasado por completo, para así poder causar en él una mayor confusión.

—¿Y si no se lo traga?

—Es una apuesta a cara o cruz, aunque no en pie de igualdad. Si perdemos, solo habremos gastado una gran cantidad de energía, pero podremos volver a empezar de cero. Pero si él comete un error, habrá perdido la mejor oportunidad de encontrar al Maestro, y el decaimiento del vacío podría volverse demasiado grande y difícil de controlar. No se atreve a correr ese riesgo, pero no tiene otra alternativa; así que, como puedes ver, la balanza de la victoria siempre se inclina a nuestro favor.

—Yun, has cambiado: cuando te conocí en el cúmulo del Pato Salvaje no tenías una mente tan brillante.

—Por aquel entonces todavía era un principiante, y no tenía prácticamente ni idea de a qué me enfrentaba... llegué incluso a perder el contacto con mi microuniverso. Menos mal que te encontré a ti, porque si no a estas alturas ya habría muerto.

—No me des las gracias. Yo también he tenido suerte: quién me hubiera dicho que en este universo habría otro ser humano transformado y con la misión de buscar al Oculto —repuso Helena—. Desde que Constantinopla cayó y me desperté fuera de la Tierra no había vuelto a ver a otro ser humano. Cientos de millones de años después me convertí en la sierva del Maestro, y estuve a punto de olvidar que un día fui humana. Me resulta muy doloroso volver la vista atrás... pero aquel día... apareciste tú.

Se miraron el uno al otro. La magnífica luz que emitía el cáliz celestial iluminaba el rubio cabello de Helena, haciendo que su pálida tez adquiriera un tono arrebolado.

Un instante después todo se oscureció. El cáliz celestial se ocultó y la luz que había emitido hasta ahora se desvaneció, dejándolo todo envuelto en la oscuridad.

Los cálices celestiales situados a varios centenares de miles de kilómetros

seguían emitiendo luz, porque el resplandor llegó hasta allí. Aunque los cálices celestiales de todo el universo se apagaron al mismo tiempo, su brillo no podía desaparecer a la vez.

Entonces contemplaron una escena extraordinaria: el cáliz celestial más cercano se desvaneció, pero la profundidad del espacio fue volviéndose cada vez más brillante a medida que la luz de los cálices celestiales llegaba a su campo de visión. La luz empezó a crecer y a parpadear, como si fuera un...

—Un campo de lavanda de la Provenza mecido por la brisa de la primavera... —murmuró Helena.

Yun Tianming sonrió. Con eso tenían suficiente para empezar: una lámpara que iluminaba todas las sombras del universo se había encendido, y ahora todo lo que había que hacer era salir al paso de aquel enemigo invisible.

—¿Adónde podemos ir ahora? —preguntó Yun Tianming. Tenían demasiadas pistas que seguir.

—Volvamos primero a la Vía Láctea. Quiero ir a Trántor[20] a ver a los niños. Tengo miedo de que un cáliz celestial les haga daño.

—Con razón eres la madre de los humanos galácticos. No has escatimado esfuerzos para protegerlos y ayudarlos a crecer en el bosque oscuro durante todos estos millones de años.

—En ese caso tú serás su padre —repuso Helena con un hilo de voz y la cara sonrojada, aunque bajo la luz del cáliz celestial Yun Tianming no se dio cuenta.

—Yo también quiero que la humanidad prospere —dijo pensativo—, pero en los últimos millones de años el ser humano ha vivido su auge y su caída, y ya no puede abandonar la Vía Láctea. El proceso de bidimensionalización de esta galaxia está cada vez más avanzado, y la raza humana podría ser engullida en cualquier momento. Dejemos que todo siga su curso: lo más

importante es evitar que el universo pase a tener dos dimensiones y lograr que todo vuelva a empezar. Tenemos el deber de conseguir que tanto la humanidad como el resto de los seres del universo puedan seguir existiendo.

—Entiendo... Pero primero volvamos a la Provenza. Los campos de lavanda están a punto de florecer. ¿Quieres acompañarme?

—Con mucho gusto —aceptó Yun Tianming con una sonrisa.

EPÍLOGO



LA PROVENZA

Era Final, año 9

El fin del universo

Después de cruzar la puerta del universo, la nave apareció bajo un cielo azul salpicado de nubes blancas.

Cheng Xin y Guan Yifan, nerviosos ante la posibilidad de caer en un plano bidimensional o en medio de un agujero negro o algo parecido, se frotaron los ojos sin dar crédito.

Era en efecto un cielo azul con nubes blancas bajo el cual se extendía una pradera de color morado. Al principio pensaron que se trataba de una vegetación extraterrestre como la del Planeta Azul, pero al fijarse mejor comprobaron que era un interminable campo de lavanda de colores intensos que se mecía movido por la brisa.

Miraron a su izquierda y vieron a lo lejos la blanca cima de una imponente cordillera de montañas nevadas. Lo que tenían a su derecha parecía una exuberante selva tropical, y ante ellos se abría una inabarcable extensión de agua, un auténtico océano añil que se extendía a lo largo de muchos kilómetros.

Era como si hubiesen regresado a la Tierra, de tan familiar y cercano que les parecía todo. Si hubieran tenido que buscar alguna diferencia, habrían dicho que aquel lugar era más hermoso que cualquier rincón de su planeta de procedencia.

Por suerte, los dos estaban habituados a los grandes espacios, y tras su asombro inicial se volvieron hacia Tomoko:

—¿Qué es este lugar? ¿Qué... tiempo?

—Once mil doscientos millones de años después de vuestra entrada en el microuniverso. Por lo que respecta a su ubicación, me resulta difícil determinarla porque se han producido cambios demasiado grandes en la posición de las distintas galaxias. Para que lo entendáis, esto sería el fin del universo.

—O sea, ¿que por azar hemos entrado en la atmósfera de un planeta en una galaxia situada en el fin del universo cuyo medio es prácticamente idéntico al de la Tierra? —exclamó Guan Yifan, consciente de que esa probabilidad era tan remota como la posibilidad de escoger en el universo cincuenta kilos de materia de forma aleatoria y encontrar a Cheng Xin.

—No es un planeta —puntualizó Tomoko—: lo que tenéis delante es un mundo artificial de aproximadamente mil kilómetros de longitud y veinte kilómetros de grosor. Él es quien ha ordenado al microuniverso abrir la puerta aquí.

—¿Quién es «él»? —preguntaron sorprendidos.

—Lo siento, no puedo revelar esa información sin la debida autorización; aunque pronto tendréis la oportunidad de verle —contestó Tomoko.

Cheng Xin y Guan Yifan intercambiaron miradas: la expresión de ella revelaba sorpresa e inquietud, mientras que la de él estaba llena de incomodidad.

«¡La autorización! ¿Quién puede controlar la salida del microuniverso si no es con la autorización de esa persona?»

«¿Puede que sea realmente “esa” persona?»

Los dos guardaron silencio, perdidos en sus cavilaciones.

Ordenaron a la nave aterrizar sobre la playa. Los tres salieron del artefacto y vieron en la arena una casita blanca de cuyo dintel colgaba un cartel que decía: RESTAURANTE DEL FIN DEL UNIVERSO.

Cheng Xin no pudo aguantar la risa, pero Guan Yifan estaba un poco

nervioso:

—Ese tío... es una caja de sorpresas. ¿Qué será lo que te va a regalar ahora?

Cuando todavía no les había dado tiempo a pensar en las distintas posibilidades apareció el «tío» al que se había referido Guan Yifan. Un Yun Tianming con los brazos desnudos y vestido de color bronce se presentó ante ellos.

—¡Tianming! —Aunque ya lo había presentado, cuando Cheng Xin vio a Yun Tianming no pudo evitar la exclamación de sorpresa: era la misma persona de cuando tenían dieciocho años, solo que ahora tenía un aspecto mucho más sano y vital. No estaba segura de si habría sentido algo por él desde el principio si hubiera tenido ese aspecto en el momento de conocerse.

En el rostro de Yun Tianming se dibujó una sonrisa afable:

—Perdón por la espera. Pasad, pasad.

Cheng Xin, sobresaltada, puso orden al caos de su mente y entró en aquel «restaurante» con la cabeza gacha.

Era un local muy pequeño, con apenas cuatro o cinco mesas. Cheng Xin y sus dos acompañantes buscaron un lugar en el que sentarse, y Yun Tianming se sentó delante de ellos. Cheng Xin quería hacerle miles de preguntas, pero Yun Tianming se volvió y se dirigió hacia alguien que tenía detrás:

—¿Está ya la comida? ¡Los invitados acaban de llegar!

Todos dieron un salto del susto, y entonces oyeron una voz joven y alegre:

—¡Ya va, ya va!

Entonces apareció una hermosa chica ataviada con un delantal que llevaba en las manos dos platos de comida china: unas tiras de patatas salteadas y una ternera especiada.

—¡AA! ¿Qué haces tú aquí? —exclamó estupefacta Cheng Xin.

Un atónito Guan Yifan parecía a punto de decir algo, pero finalmente le

pudo la impresión y se limitó a suspirar en silencio.

El sol se puso detrás de las montañas y el firmamento se llenó de estrellas. A diferencia del movimiento de rotación de la Tierra, aquella puesta de sol era una verdadera puesta de sol, ya que era la estrella la que giraba alrededor del plano en el que se encontraban, y no al revés. Los anfitriones y los huéspedes salieron de la casa y fueron a contemplar las estrellas sentados en la arena.

—Oye, Tianming —preguntó Guan Yifan algo borracho—, ¿estas estrellas las has creado tú?

—No —respondió él—, son estrellas de verdad que forman parte de esta galaxia.

—No, las he reconocido: esas son la Osa Mayor, esas otras son la uve doble de la constelación de Andrómeda, y esa es el cinturón de Orión —replicó Guan Yifan.

—Bueno, vistas desde un cielo estrellado de la Tierra son más bonitas, así que las he puesto en su lugar —comentó Yun Tianming.

Esa tarde Guan Yifan y Cheng Xin escucharon muchas de las increíbles historias de Yun Tianming y ya no les sorprendía nada, pero todavía proferían exclamaciones de vez en cuando.

Ai AA sacó varias botellas de cerveza que ella misma había elaborado y se sentó en la playa a escuchar el rumor del oleaje.

—Tianming, ¿cómo se llama este mundo tuyo? —preguntó Guan Yifan, alzando la voz entre el ruido de las olas.

—Provenza —contestó él.

—¿Provenza? ¿Como la región francesa? ¿Por qué ese nombre?

—Sí, es el nombre que le dio Helena —explicó Yun Tianming—: ese era

el hogar de sus antepasados.

—Todavía no nos has explicado del todo quién es esa Helena... Es una buscadora como tú, pero ¿qué clase de persona es?

—Lo siento, me he explicado mal. Helena fue una... ramera que vivió en el Imperio bizantino, una maga que participó en las guerras contra los turcos. Es la santa patrona de los humanos galácticos, y es mi mentora y amiga —dijo solemne Yun Tianming. Guan Yifan y Cheng Xin se quedaron boquiabiertos.

»Helena nació en una familia humilde y se vio obligada a ejercer la prostitución desde joven. Pero en 1453, justo antes de la caída de Constantinopla, pasó por la Tierra un fragmento de alta dimensionalidad que cambió su destino...

Yun Tianming les explicó cómo Helena intentó infructuosamente matar al sultán, y entonces dijo:

—A decir verdad, cuando entró por última vez en el fragmento de alta dimensionalidad estuvo desaparecida durante un día y una noche y perdió la oportunidad de acabar con el sultán, pero durante su paso por el espacio tetradimensional fue convocada por una misteriosa voz y entró en un microuniverso.

—¿Quieres decir que entró en otro microuniverso? —preguntó Cheng Xin, que no daba crédito a lo que oía.

—Sí, el microuniverso 589. Era un resto del universo tetradimensional cuya forma de inteligencia en cuatro dimensiones estaba en sus últimos estertores. Aquel ser inteligente, otro de los siervos del Maestro, introdujo formas de consciencia en el cerebro de Helena para que continuara con su misión.

»Las formas de consciencia de aquel ser inteligente eran mucho más débiles que las del Maestro, pero Helena también cayó en un coma al sentirse abrumada por la información, como yo. Cuando aquellos soldados la

encontraron la mataron a sangre fría clavándola en la pared. Pero al igual que yo, Helena había recibido las formas de consciencia y volvió a la vida poco después: su cuerpo había sido transformado, había recibido un anillo y se había convertido en una buscadora. Siguiendo los designios del Maestro, abandonó la Tierra y empezó a buscar el paradero del Oculto por todo el universo. Entonces me encontró a mí y emprendimos juntos una búsqueda eterna y cuidamos de la humanidad galáctica...

—¿Y al final qué fue de esa Helena...? —preguntó con cuidado Cheng Xin.

Yun Tianming adoptó una expresión triste.

—Murió hace nueve años. Cuando finalmente descubrimos al Oculto fuimos aplastados por su incomparable poder. Estuvimos a punto de morir, y uno de los dos tuvo que quedarse allí para indicar al Maestro que pusiera en marcha el decaimiento del vacío. Entonces Helena me mandó al microuniverso, activó el anillo y pereció con el Oculto...

Cheng Xin y Guan Yifan no cabían en ellos de su asombro.

La expresión de Yun Tianming mudó de repente, como si hubiera regresado al preciso instante del combate definitivo. Allí, entre las olas de energía del Oculto en el núcleo del cáliz celestial, no podía hacer nada más que avanzar. Todavía tenía la oportunidad de escapar al microuniverso, pero sabía que si esa vez no acababa con el Oculto, el universo quedaría sumido en las dos dimensiones antes de que consiguieran encontrarlo de nuevo.

Fue Helena quien lo envió a la puerta del microuniverso 589, y luego dio la orden de que la entrada a ese microuniverso abandonara esa zona, una orden suprema que no podía revocar. También le transmitió la siguiente forma de consciencia:

Yun, déjame que me quede aquí: ya sabes que siempre quise ser santa.

No me sacrifico por ti; solo busco una manera de sentirme realizada. El decaimiento del vacío hará que el universo llegue a cero, y tú solo vivirás varias décadas más que yo, así que no hay mucha diferencia.

Tú todavía tienes a alguien a quien amas, pero a mí no me queda nada. Cuando llegues al final del universo, vuelve a clonar a tu esposa, y podréis disfrutar de varias décadas más de felicidad.

Toma el control de tu vida y tu tiempo. Tienes suficiente tiempo para amar...

Sumamente angustiado, Yun Tianming le envió millones de formas de consciencia, pero Helena cerró su canal.

—¿... y por eso has bautizado este lugar con ese nombre, en homenaje a Helena? —preguntó Guan Yifan.

Yun Tianming salió de aquellos duros recuerdos y asintió con la cabeza:

—En realidad ese es el nombre que le dio al microuniverso 589: yo solo me mudé allí. Casi toda la materia de este mundo procede de ese cosmos.

—Ahora entiendo por qué nunca volviste al microuniverso 647... ¡Te movías entre espacios a través del microuniverso 589! —dijo Guan Yifan en un arrebato de lucidez.

Cheng Xin sintió un vuelco en el corazón: si Yun Tianming hubiera conseguido volver al microuniverso 647 y encontrarla a ella, ¿qué habría pasado? No se atrevía a seguir pensando en esa posibilidad.

—¿Y qué me dices de AA? ¿No murió en el Planeta Azul? —preguntó.

—Todavía falta tiempo para la reversión dimensional —dijo Yun Tianming—. Uno coma noventa y un grandes períodos del Oculto equivalen a más de sesenta años en nuestro sistema de medición del tiempo, y esta será una de las últimas zonas del universo en verse afectadas por la reversión. Al morir, Helena me dijo que pasara el resto de mis días en paz junto a mi

mujer: esta es otra de sus últimas voluntades. Por eso decidí utilizar los materiales del microuniverso 589 para construir este continente, Provenza. No está mal, ¿eh?

—¡Es precioso! —exclamaron al unísono Cheng Xin y Guan Yifan.

—Me estoy haciendo viejo —dijo Yun Tianming, una afirmación que parecía absurda teniendo en cuenta que con ese aspecto de eterno quinceañero parecía más joven que la pareja que tenía delante—. Lo digo en serio; vosotros habéis pasado un año en el microuniverso, pero yo me he tirado miles de millones de años en el macrouniverso. Estoy muy cansado, y me gustaría llevar una vida retirada como la de Luo Ji.

»Por eso antes de marcharme hice que Tomoko me pasara las células de AA a través de una interfaz para volver a clonarla.

—Pero si es un clon no debería tener el mismo cerebro que el original... —objetó Cheng Xin, volviendo la vista hacia AA—. Y, sin embargo, se acuerda de todo: hace un rato hablábamos de anécdotas de cuando estábamos en la Tierra.

—El anillo había escaneado su cerebro y disponía de todos sus recuerdos —explicó Yun Tianming—, así que volver a introducirlos en su cerebro era pan comido. Pero por desgracia ese análisis lo hizo justo en el momento de conocernos, así que esta AA no tiene los recuerdos de los cuarenta años que pasamos juntos. Y hacer que vuelva a enamorarse de mí es imposible —se lamentó. Conforme iba hablando esbozó una sonrisa y tomó la mano de AA, que le miró sonriente.

Cheng Xin se sintió verde de envidia al ver esa escena. «Ese debería ser mi hombre; la persona que hay a su lado debería ser yo...», pensó para sus adentros.

Al tomar consciencia de esa idea sintió rabia y lanzó una mirada enfurecida a Yun Tianming y AA, pero entonces tuvo un súbito pensamiento: «¿Por qué

me importan estas cosas? Yo también tengo pareja: Yifan es muy cariñoso conmigo...». Entonces dejó escapar un ligero suspiro; la vida la había tratado bien, pero en lo más hondo de su corazón sentía una indescriptible sensación de arrepentimiento. Nunca había conseguido tener todo lo que había querido con solo pedirlo, pero ya jamás tendría lo que más anhelaba.

Cheng Xin sacudió la cabeza y ordenó la compleja maraña de sentimientos que la atenazaba.

—O sea, ¿que la retransmisión de la supermembrana la enviaste tú? —inquirió.

—Sí.

—¿Lo de devolver la materia tiene algo que ver con el colapso del universo?

Yun Tianming adoptó una expresión severa:

—El universo acabará colapsando en función del principio de equilibrio energético. Sin embargo, es imposible que el colapso se produzca de forma natural gracias a la intervención de las formas de vida inteligente, y de no ser por la reversión dimensional el universo acabaría perdiendo dimensiones en el estado de bosque oscuro hasta que finalmente toda la materia y toda la energía acabase convirtiéndose en un eje temporal infinito. ¡No quedará nada aparte del tiempo! La Vía Láctea y los clústeres de galaxias que conocemos tienen ahora dos dimensiones, al igual que las dos terceras partes del universo. Si no ponemos en marcha la reversión dimensional, la proyección del Maestro quedará despojada de su inteligencia en el mundo bidimensional, y no podrá dar la vuelta a las dimensiones. Eso sería el fin. Todo esto tiene como último fin la reversión dimensional: hay que encontrar formas de recuperar la materia, o de lo contrario nuestro universo no podrá volver a su aspecto original.

Cheng Xin y Guan Yifan se miraron mutuamente y se acordaron de la

botella y la esfera ecológica que habían dejado flotando en el otro microuniverso.

—¿Toda... la materia? —preguntó Cheng Xin con voz ronca.

—Sí, tal y como os acabo de explicar la reversión dimensional hará que el universo renazca, incluida nuestra Tierra. No puede faltar ni una pizca de materia, o de lo contrario nuestro mundo desaparecerá irremediamente —dijo Yun Tianming.

—Pero hay decenas de millones de microuniversos, y no todos tienen por qué devolver su materia —protestó Guan Yifan mientras la congoja crecía poco a poco en su interior.

—No hay tantos, solo 647 —replicó Yun Tianming—; todos ellos fueron contruidos por el Maestro, que puede devolverlos al universo mayor. Hice esa retransmisión por si acaso, porque no se puede perder ni un átomo. Si alguna otra civilización es capaz de crear un microuniverso y no lo devuelve al universo mayor, todo será en balde. Por eso tuve que hacer la retransmisión en los varios millones de lenguas conocidas para dejar claro que había que devolver toda la materia y toda la energía. La verdad es que no es tan difícil.

—Pero acabas de decirnos que el Oculito era capaz de realizar ataques y búsquedas a caballo entre universos. ¿Cómo no se iba a perder energía? —preguntó Guan Yifan.

—Tomoko me explicó que entre este universo y la supermembrana existe un equilibrio energético, y que de la supermembrana se toma la misma cantidad de energía que se emite; la materia es indivisible en el plano energético, así que eso no supone ningún problema. El problema está en los microuniversos.

Cheng Xin, a quien se le había puesto la piel de gallina, preguntó asustada:

—Y si... y si por ejemplo... no se devolvieran cinco kilos de materia al gran universo, ¿qué ocurriría?

—¿«Y si por ejemplo»? —preguntó Yun Tianming con suspicacia mientras clavaba la mirada en Cheng Xin.

Entonces oyeron una voz de mujer prorrumpiendo en carcajadas. No era la voz de Cheng Xin ni la de AA, sino la de Tomoko, que apenas había dicho nada durante todo el tiempo. Reía de una forma tan desquiciada que su bello rostro estaba desfigurado.

Al oír esas risotadas, Cheng Xin sintió que el vello se le erizaba. Enseguida le vino a la mente aquella noche once mil millones de años atrás, cuando una Tomoko vestida de *ninja* se había reído de la misma manera junto a la boca de aquel volcán tras el ataque de las gotas trisolarianas.

Cheng Xin sintió como si le hubieran sacudido el cerebro con una descarga eléctrica. De repente lo comprendió todo, absolutamente todo.

—Fuiste tú... —murmuró, volviéndose hacia Tomoko—. ¡Fuiste tú la que me convenciste para que dejara aquella esfera de cinco kilos con aquel pez y esa botella! ¡Todo fue idea tuya! ¡Me has vuelto a engañar! ¡Otra vez!

Yun Tianming se quedó boquiabierto con la mirada fija en ellas.

—La culpa es tuya por ser tan estúpida —le espetó Tomoko con desdén—; tienes que asumir la responsabilidad de tus decisiones.

Entonces se volvió hacia Yun Tianming:

—Querido amo, ¿acaso pensaba usted que el Maestro iba a permitir la recreación de un universo tan inmundo como este? ¿Es que no pensó en la posibilidad de que el Maestro fuera a querer una segunda oportunidad de ser el soberano de un reino en paz? ¿«Rueda eterna»? ¿«Repetición eterna»? ¡Ja! Eso no es más que una ilusión de los místicos de la Tierra. ¡Lo único eterno es el Maestro! ¡Solo Él!

»Cinco kilos es la cantidad clave. El Maestro puede hacer que un sinfín de microuniversos se aparten del universo para siempre, haciendo que el cosmos pierda una cantidad de materia y energía billones de veces mayor; pero si la

cantidad perdida es superior a los cinco kilos, después de la reversión dimensional causada por la gran diferencia con su estado inicial se quedará quieto en el universo sin que sea posible la aparición de otras formas de inteligencia, ni tampoco el Maestro. Si la cantidad perdida es demasiado pequeña, no obstante, es posible que apenas cambie nada. No podemos recibir la materia de otros universos a través de la supermembrana, así que teníamos que renunciar a cinco kilos.

»Conseguir esto no era nada fácil. Los microuniversos están cerrados y el Maestro solo puede controlarlos a través de la supermembrana, pero no desde su interior. Si se devuelve la materia tiene que ser en su totalidad, pero no es posible devolver la mayoría de la materia y dejar cinco kilos. El microuniverso del Maestro es indivisible, y casi todo el resto de los microuniversos no tienen habitantes o están habitados únicamente por formas de vida inferiores. El Maestro solo es capaz de devolverlos al gran universo. Las dos personas del microuniverso 589 eran demasiado inteligentes y podían haber desconfiado, así que el único universo que podíamos usar era el 647. Además, dio la casualidad de que Cheng Xin se encontraba en él, y que volvió a tomarme como su confidente: entonces le dije que podía dejar una esfera biológica para que ese universo no se convirtiera en un vacío oscuro sin vida... ¡Y se lo creyó! ¡Y dejó cinco kilos! —explicó Tomoko con una sonrisa socarrona.

—¡Serás... zorra...! —Yun Tianming, incapaz de reprimir su ira, levantó la mano dispuesto a propinarle una bofetada a Tomoko, pero al ver su pálido rostro y su mirada desafiante se detuvo.

—¿Qué sentido tiene pegar a una máquina...? —suspiró Yun Tianming.

—Creo que no está usted en posición de criticarme —dijo Tomoko—. Usted entregó toda la autorización del microuniverso 647 a Cheng Xin y Guan Yifan y me ordenó obedecerles, de modo que todas mis acciones son el

resultado de su voluntad, sobre todo la de Cheng Xin. ¿A que sí? —dijo, lanzándole una mirada desafiante a Cheng Xin. Tomoko no tenía sentimientos propios, pero sabía imitar a la perfección las emociones humanas.

Cheng Xin agachó la cabeza sin saber qué decir, y entonces empezó a sollozar, cubriéndose la cara con las manos. Guan Yifan permanecía a un lado visiblemente incómodo. AA se había quedado pasmada sin saber qué decir.

—Pero ¿qué tonterías dices? ¡Si fuiste tú quien manipuló su voluntad mediante tus artimañas! —le soltó un indignado Yun Tianming.

—¡Pero para poder manipular a alguien, esa persona tiene que ser manipulable! —replicó Tomoko—. Yo también intenté influir en su voluntad, pero no fue tan fácil. Al final no tuve más remedio que convencerle con el pretexto de la rueda eterna, cosa que me costó bastante. ¿Quién me iba a decir a mí que la persona a la que tendría que obedecer sería tan maleable?

Yun Tianming se quedó un rato sin decir nada mientras señalaba a Tomoko con el dedo, dudando de si lo que tenía delante era realmente un robot o no.

—Mátame si eso le place —dijo Tomoko—; o vióleme, me da igual. Eso sería una buena manera de recompensarle por lo que ha conseguido.

Yun Tianming permaneció de pie y en tensión. Finalmente suspiró y bajó la mano:

—Eso no serviría de nada. Tú no eres más que la sombra del Maestro. Vete, no quiero volver a verte.

Tomoko hizo una profunda reverencia.

—A sus órdenes, amo. Si lo desea puede volver a llamarme mediante el anillo, y enseguida apareceré a su lado —dijo, y acto seguido se marchó.

De repente Cheng Xin lanzó un alarido y se abalanzó sobre Tomoko como

una bestia enloquecida.

—¡Maldita zorra! ¡Te odio! —gimoteó Cheng Xin.

Había perdido por completo la compostura, y el resentimiento que había acumulado durante tantos años acabó estallando. Sintió como si su cuerpo se hubiera liberado de una pesada carga, y finalmente vio con claridad cuál era el viento que arrastraba el polvo en el que se había convertido, y cuál era el río que cargaba con esa pequeña hoja que era su vida. Rindiéndose por completo, dejó que el gélido viento le atravesara el cuerpo y que el odio le traspasara el alma.

Tomoko no devolvió los golpes. Atacarla no servía de nada: Cheng Xin no era capaz de hacerle el más mínimo rasguño porque su resistente cuerpo era todavía más elástico que la goma y suave como si no tuviera huesos, por lo que ningún golpe le dejaba marca.

Guan Yifan trató de contener a Cheng Xin, sin demasiado éxito, mientras Yun Tianming permanecía a un lado, contemplando la escena estupefacto. Ahora se daba cuenta de que los increíbles esfuerzos que había hecho durante cientos de millones de años habían sido aprovechados por otras personas a expensas suyas. Ai AA se aferraba al brazo de Yun Tianming, asustada al ver en qué se había convertido su vieja amiga. ¿Era esa la misma Cheng Xin que había conocido?

Finalmente, Tomoko esbozó una gélida sonrisa:

—No me odias a mí, sino a ti misma.

Esas palabras paralizaron a Cheng Xin, que se sentó a un lado a llorar amargamente mientras Guan Yifan la abrazaba en un intento de consolarla. Tomoko se levantó con gesto frío y volvió a hacer una reverencia a Yun Tianming para luego marcharse.

—¡Un momento! —Yun Tianming llamó a Tomoko cuando esta ya se

había alejado varios metros—. ¿Qué pasará si faltan cinco kilos de materia? ¿Podrá el Maestro recomponer el universo decimensional?

Tomoko se detuvo y se volvió hacia él; entonces sacudió la cabeza y dijo:

—El Maestro tampoco lo sabe. Es imposible de calcular... Es lo que vendría a ser... una incógnita. Pero seguro que será mejor que una repetición en bucle. El Maestro quiere intentarlo...

Entonces Yun Tianming sintió lástima del Maestro, que pese a ser el dios supremo del universo se veía impotente ante la ampliación del cosmos, luchando temeroso por su supervivencia. En el fondo no eran tan diferentes.

El universo no tenía maestro, sino que él mismo era su propio dueño.

Yun Tianming dejó escapar un hondo suspiro. Le pareció que no todo era tan trágico, y que el futuro tenía que ser así. Sí, todo iba y venía, y el universo también: el pasado había quedado en nada, pero el universo seguía existiendo, y todos los átomos y quarks que lo componían volverían a existir en el nuevo universo, y tal vez dieran lugar a un Tianming completamente distinto. ¿Por qué motivo había que perder toda esperanza? La Tierra, la humanidad, el Sistema Solar... Absolutamente todo era materia, y la materia volvería a renacer de una forma u otra.

El Maestro quería intentarlo, y el universo también tenía que hacerlo. Las oportunidades y los riesgos son dos caras de la misma moneda: todo está inmerso en una serie de cambios interminables, y no tiene sentido alguno empeñarse en un pasado que ya no volverá. ¡Que la corriente arrastrara su insignificante cuerpo hasta el fin del nuevo mundo! ¿No es acaso la libertad el verdadero sentido del tiempo?

«Como en aquel poema, no quiero regresar a pesar del viento y la lluvia. Así que no regresemos: pongamos rumbo al mundo desconocido», dijo para sus adentros.

Tal como había dicho Tomoko, si la primera vez había tenido sentido, una

repetición infinita también lo tendría. De modo similar podía decirse también que, si la primera vez había tenido sentido, seguiría teniéndolo aun en el caso de que no se volviera a repetir jamás y todo acabara quedando en nada. El sentido del universo y la vida no podían reproducirse de forma involuntaria, ni tampoco se desvanecerían con los cambios.

Aunque aquel antiguo mundo no volviera a repetirse seguiría existiendo allí, y aunque nadie lo volviera a mencionar no sería olvidado jamás...

Tomoko se marchó al cabo de un rato; Cheng Xin también se había alejado entre sollozos, seguida de Guan Yifan. Yun Tianming no odiaba a Cheng Xin, pero no había insistido en que se quedara allí con él. Sabía que ella jamás volvería a ser capaz de mirarle a la cara. Aunque sus acciones ayudaran a crear un nuevo universo, no estaba dispuesta a aceptar otra Cheng Xin inconsciente y manipulable. Yun Tianming no sabía si volvería a verla. En aquel nuevo mundo de más de un millón de metros cuadrados encontrarían un lugar seguro y cómodo en el que pasar los más de cincuenta años que les quedaban por vivir.

Él, en cambio, tenía otra idea completamente distinta en mente. La vida y la dulzura del amor volvían a llenarle el pecho, no tanto por los más de cincuenta años que le quedaban a ese universo como por ese nuevo universo desconocido.

Pensó en el último instante de la batalla final y la última forma de consciencia incompleta que recibió cuando Helena se inmoló en aquel espacio. No era un mensaje de Helena, sino del Oculto:

—YO CREÉ EL TIEMPO, Y AHORA MUERO POR ÉL. ¡PERO NO ME ARREPIENTO! SI TUVIERA OTRA OPORTUNIDAD, VOLVERÍA A...

La forma de consciencia se interrumpió abruptamente, pero Yun Tianming

enseguida comprendió lo que había intentado expresar:

«Volvería a hacer que el tiempo empezara de nuevo, y haría que todo tuviera otra oportunidad...».

El Maestro, el Oculito y Yun Tianming. Pese a estar enfrentados en una lucha sin cuartel, al final acabaron haciendo lo mismo: todas sus acciones tenían por objetivo hacer que naciera un nuevo cosmos, para que la vida y el amor renacieran en ese nuevo mundo.

Yun Tianming meditó mientras alargaba la mano hacia el mar de la Provenza, como Moisés separando las aguas con su cayado. Un sol rojo se levantó en el horizonte e iluminó el cielo del alba.

—Este es el amanecer del nuevo universo... —murmuró Yun Tianming mientras abrazaba tiernamente a Ai AA—. Helena, Cheng Xin, Guan Yifan, tú y yo... Sea cual sea la transformación que experimenten todas las formas de vida que han habitado este universo, todas ellas estarán bañadas por la luz del sol del nuevo.

Los primeros rayos de luz del radiante astro salpicaron sus cuerpos. Ante ellos se agitaban las resplandecientes olas del mar, y a sus espaldas el viento mecía el campo de lavanda como si de un sueño se tratara.

«Qué mañana tan hermosa...», pensó.

POST-EPÍLOGO

CRÓNICAS DEL
NUEVO MUNDO

«La historia comienza donde acaba la leyenda.»

3.500 a.C.
Sistema Trisolar

Sobre el Gran Rostro que se alzaba en el cielo nocturno podían verse nítidamente unas enormes marcas. Junto a él colgaban, lánguidos, los distintos cuerpos celestes, pero la Luna Amarilla aún no había salido. A lomos de su veloz bestia alada, Zuna sobrevoló los bosques luminosos rumbo a los Montes Colgantes.

Fue subiendo de montaña en montaña hasta llegar a la cima de la cordillera, donde pudo ver la delgada silueta de Kasha, que miraba al cielo mientras Tutu, su bestia alada, retozaba en el suelo junto a él.

Zuna, llena de alegría, se apeó sin esperar a que Sulu, su cabalgadura, descendiera.

—Te veo.

—Te veo —le saludó Kasha con un gesto de cortesía. A Zuna le gustaba la manera de saludar de Kasha, elegante y amable, completamente diferente a los rudos usos y costumbres de los cazadores de su tribu. Kasha pertenecía a otra, que se había trasladado ahí hacía poco tiempo, y que antes habitaba en el mar del Sur.

Kasha era el miembro de su tribu encargado de observar los movimientos de los cuerpos celestes. Zuna ignoraba cuál era la utilidad de esa función, pero él le explicó que en la costa los movimientos de los astros influían sobre las olas del mar, y que por eso la gente de su clan había mantenido un

observatorio durante toda su historia. Pese a haberse trasladado a una región interior, Kasha seguía subiendo cada día al pico más alto para observar el firmamento. Ese misterioso joven ejercía una gran fascinación sobre Zuna, que solía inventarse cualquier pretexto para ir a verle a la montaña cada noche.

Kasha le dedicó una sonrisa y dijo:

—La Luna Amarilla pronto saldrá. ¡Mira! —dijo, señalando a un lugar situado al borde del Gran Rostro, donde habían aparecido unas tenues luces naranjas. Enseguida se dibujó el contorno de una luna de color amarillento, cuya cálida luz iluminó todo el cielo y bañó sus cuerpos. Zuna miró a Kasha, cuyo joven rostro adquiriría una inusitada belleza bajo aquella pálida luz.

Pero Kasha no se volvió para mirarla a ella, sino que mantuvo la vista fija en la luna. Zuna sonrió un poco decepcionada, dándole golpecitos con la cola:

—¿Qué es lo que tiene de interesante esa luna como para venir a contemplarla cada noche?

—¿Qué es lo que ves junto a la Luna Amarilla? —preguntó Kasha.

—Es... es la Estrella del Dios del Fuego —dijo Zuna después de mirar durante un buen rato. Pronto se dio cuenta de que los dos astros estaban cada vez más cerca el uno del otro, como a punto de entrar en colisión. Zuna, asustada, preguntó—: ¿Van a... chocarse?

Kasha se echó a reír y le dio varias palmaditas en la cabeza:

—Qué tonta...

Zuna vio entonces que cuando la Luna Amarilla y la Estrella del Dios del Fuego se cruzaron, la estrella se convirtió en un punto negro que fue pasando lentamente sobre la redonda superficie de la luna. Aquel fenómeno astronómico le llamaba poderosamente la atención.

—La Luna Amarilla está más alejada de nosotros que la Estrella del Dios

del Fuego, ¿verdad? —dijo pensativa.

—Sí, bastante más. La Luna Amarilla está más lejos de nosotros que cualquier otro planeta.

—¿Planeta?

—Los planetas son los que se mueven en el cielo. Los que están fijos en un punto y se mueven con los demás cuerpos celestes se llaman estrellas.

—¿La Luna Amarilla es un planeta o una estrella?

—No te sabría decir. En teoría debería ser un planeta, porque es evidente que se mueve; pero es demasiado grande, está más lejos que la Estrella del Dios del Fuego, más que la Estrella del Dios del Agua, y todavía más que la del Dios de la Guerra, aunque salta a la vista que se trata de un disco en vez de un punto. Además, es demasiado brillante, y algunos de los sabios de nuestra tribu deducen que se trata de un sol; emite luz como nuestro sol, pero está mucho más lejos que este, y por eso su luz es mucho más tenue.

—¿Y también gira alrededor de nuestro planeta?

—¿La Luna Amarilla? No, según la astronomía de nuestra tribu gira alrededor del sol; o mejor dicho, los dos astros giran el uno alrededor del otro. Así —dijo, mientras hacía girar el dedo de una mano alrededor del dedo de la otra.

—Parecen... dos amantes... —titubeó Zuna.

—Sí, en la mitología de nuestra tribu, el Sol y la Luna Amarilla son una pareja de enamorados.

Zuna empezó a darle vueltas a la cabeza:

—¿Crees que tienen hijos?

—¿Cómo? —preguntó desconcertado Kasha.

—¿El Sol y la Luna Amarilla tienen hijos?

—Ya empiezas a fantasear otra vez... —dijo Kasha, en cuyo rostro se dibujó una sonrisa.

—¿Qué estás pensando, Kasha? —preguntó Zuna meditabunda.

—Nada, es que me acabo de acordar de una antigua leyenda que dice que el Sol y la Luna Amarilla sí tienen un hijo: el Pequeño Planeta Rojo.

—¿El Pequeño Planeta Rojo? —preguntó Zuna, que nunca había oído hablar de ese planeta.

Kasha señaló un rincón del cielo en el que había una estrella que resplandecía con un tenue brillo rojo menor que el de cualquier otra estrella, y que apenas se veía en medio del fulgor de la Luna Amarilla.

—¿Ese es el Pequeño Planeta Rojo? No parece gran cosa: ¿por qué lo llaman hijo del Sol y la Luna Amarilla? —inquirió Zuna sin entender nada.

—Sí, puede parecer insignificante, pero es muy especial: se mueve en el cielo a una velocidad extremadamente lenta, mucho más que cualquier otro planeta, pero se mueve a pesar de todo. Su posición en los antiguos mapas astronómicos de nuestra tribu es completamente diferente a la que tiene en los mapas actuales, así que no es ni una estrella ni un planeta. Está muy lejos de nosotros, más aún que la Luna Amarilla, tanto que parece que va a llegar a las estrellas, pero todavía no se ha apartado de las inmediaciones del Sol y la Luna Amarilla. Las leyendas de nuestra tribu cuentan que fue expulsado de la familia después de cometer un error, y que por eso oscila apartado del Sol y la Luna Amarilla, trazando un círculo en torno a ambos cada cien mil años pero sin atreverse a acercarse.

—Pobrecito... —suspiró Zuna—. ¿Por qué no lo dejan volver?

—Porque sería un desastre —rio Kasha—: destruiría el amor entre el Sol y la Luna Amarilla.

—¿Por qué? No lo entiendo...

—Yo tampoco... Según las leyendas de nuestra tribu, los astros se aman y quieren juntarse, pero si eso ocurriera no podrían moverse ni iluminar la tierra. Por eso el Creador los separó e hizo que su amor tuviera niveles y

estuviera bajo control. Si el Pequeño Planeta Rojo regresara, el Sol y la Luna Amarilla se pelearían por quedarse con él e intentarían hacer que girara en torno a ellos. De este modo el Sol y la Luna Amarilla detendrían su danza simétrica: se enzarzarían en una disputa, y el Pequeño Planeta Rojo podría colisionar con uno de los dos y el orden de los cuerpos celestes se vería alterado.

Mientras hablaban, Sulu y Tutu comenzaron a armar jaleo. Zuna y Kasha volvieron extrañados la vista hacia sus bestias aladas: pensaban que se estaban peleando, pero entonces se dieron cuenta de que sus gritos iban dirigidos hacia la Luna Amarilla.

Entonces alzaron la vista, pero no vieron nada en el firmamento. A veces las bestias aladas se comportaban así, y por eso no les prestaron demasiada atención. Zuna ordenó a los animales guardar silencio y se acabó el griterío.

Zuna tomó a Kasha de la mano, y le dijo con ternura:

—Cuéntame otra historia de amor del Sol y la Luna Amarilla.

Entonces Kasha se dio cuenta de que la mujer que tenía delante tenía una belleza especial. Clavó la mirada en sus ojos y le preguntó con un hilo de voz:

—¿Y si contamos la historia de Zuna y Kasha?

Zuna esbozó una sonrisa cohibida al comprender lo que quería decirle. Minutos después, esa nueva pareja se montó en las bestias aladas y alzó el vuelo en el cielo nocturno. Jugaron a perseguirse mientras iban subiendo cada vez más, como si intentaran alcanzar el Gran Rostro o la Luna Amarilla.

Pero ignoraban lo que las bestias aladas acababan de percibir. Un punto de luz plateada pasó volando a sus espaldas, ocultándose gracias al resplandor de la Luna Amarilla hasta situarse por encima del lugar en el que habían estado, hasta ese mundo que estaba más lejos que el Gran Rostro, la Luna Amarilla y el Pequeño Planeta Rojo.

Un mundo a cuatro años luz de distancia...

Mayo de 1453

Constantinopla

Cielo, tierra, mar, ciudad... todo.

Una vez más el mundo visible había quedado expuesto ante ella. Y no de cualquier manera, sino como ella solía hacer: despojándose de todos sus ropajes, abriéndose, descubriendo cada recoveco de su piel a la mirada lujuriosa de los clientes y dejando que cualquiera la poseyera. La única diferencia era que ahora ella era la «cliente» de ese mundo, cuyos infinitos detalles se abrían ante sus ojos. Podía hacer lo que quisiera, y eso lo extasiaba.

Helena sacudió la cabeza en un intento de quitarse de la mente esa comparación tan poco afortunada. Menuda blasfemia. Había perdido la cuenta de las veces que había entrado en ese misterioso espacio, pero cada vez que lo hacía se sentía embargada por una emoción que la hacía estremecer. Estaba convencida de que aquello era una gracia de Dios como la que habían recibido Daniel, el profeta Isaías o Juan, el autor del Apocalipsis. Había tenido la suerte de poder entrar en el Reino de Dios.

Comprobó que se encontraba en un lugar elevado, y que por eso podía tener una visión panorámica del mundo entero. Era tan alto como un torreón o una colina, pero su altura trascendía las limitaciones del mundo físico. ¿Qué lugar podía ser, si no el Reino de los Cielos? Intentó buscar las murallas de jaspe del Apocalipsis, el portón de cristal y piedras preciosas y las calles de oro... pero no encontró nada. Creía que el Reino de los Cielos todavía no

se le había abierto del todo, y que aún tenía que llevar a cabo una misión en el mundo terrenal para poder entrar en él.

La misión no era otra que asesinar al emperador de los herejes, aquel demonio hijo de Satanás, el sultán Mehmed II, también conocido como «el Conquistador». Si cumplía con esa misión se convertiría en la salvadora de Bizancio y toda Europa, una santa mayor aún que la mismísima Juana de Arco. La mera idea de lograr algo así la enardecía. Tomó la cimitarra y «bajó» de la torre.

Había aprendido a moverse en aquel extraño espacio. Recorrió un borde inapreciable en el mundo real, atravesó la pared y bajó al subsuelo. Se trataba del subsuelo en el verdadero sentido de la palabra, un espacio con una altura equivalente a la de una persona en el que podía caminar sin obstáculos. La ley de la gravedad seguía rigiendo, pero había caído de un nivel más alto hasta allí, y seguía avanzando firmemente en el interior de la tierra, aunque podía ver todo lo que había por encima del cielo y por debajo de la tierra, por lo que podía controlar la dirección hacia donde avanzaba.

El campamento de Mehmed II estaba a la vista. Helena estaba nerviosa, y aunque era consciente de que se encontraba en un lugar completamente seguro no podía evitar que el corazón le latiera desbocado.

«¿Quiere Dios ayudarme realmente a completar esta gran misión? ¡Señor, dame una señal!»

De repente la golpeó una poderosa fuerza mística y le pareció oír una voz en su cabeza:

—A QUIENES PIDAN SE LES DARÁ, A QUIENES BUSQUEN SE LES DARÁ, Y A QUIEN LLAMA A LA PUERTA SE LE ABRE LA PUERTA.[21]

Helena, asustada, preguntó:

—¿Eres Tú, Señor?

Entonces volvió a reinar la calma. Helena se serenó y pensó que seguramente le habían venido a la mente aquellas palabras de la Biblia a causa de los nervios.

Contuvo la respiración mientras avanzaba lentamente hacia el campamento del sultán, cuyas tiendas estaban recubiertas de oro y jade. No le resultó nada difícil, puesto que para ella esas enormes puertas no desempeñaban función defensiva alguna. En el otro espacio recorrió un camino inapreciable a simple vista y entró en el campo bajo las narices de los soldados. El joven sultán dormía plácidamente tumbado entre tres o cuatro mujeres desnudas. Lo reconoció enseguida gracias al retrato que le había entregado Frantzes.

«¡Maldito hereje...! ¡Debes morir!», pensó llena de cólera mientras alzaba el cuchillo. Le bastaba con hundir la hoja en el cuello del sultán para acabar con su vida.

Justo en ese instante volvió a aparecer aquella voz:

—ENTRAD POR LA PUERTA ESTRECHA... ENTRAD EN LA VIDA ETERNA...[22]

Ante ella apareció el marco de una puerta que emitía una luz plateada cuyo brillo parecía llamarla. La visión y la llamada le hicieron dar un brinco del susto, y el cuchillo se le escurrió de entre las manos. Se encontraba en otro espacio, pero el cuchillo siguió escrupulosamente las estrictas leyes de la gravedad y cayó junto a una roca que había en el interior de la tierra.

Ese percance hizo que el sultán se frotara los ojos como si estuviera a punto de despertarse. Helena no sabía qué hacer: «Seguro que esa es la puerta de san Pedro; tiene que ser una señal de Dios», pensó mientras clavaba la mirada en aquel umbral. Ignoraba por completo que en un universo anterior había corrido instintivamente hacia la puerta, impulsada por aquella voz que la conminaba a entrar en el microuniverso y asumir su nueva misión. Sin embargo, una diferencia de varios átomos entre su cerebro en ese universo y

el que había tenido en el universo anterior auguraban que todo sería muy distinto.

«Antes de entrar en el Reino de los Cielos debo acabar con ese hereje; solo si hago méritos podré conseguir la gracia de Dios y convertirme en la novia del Señor», pensó. El cuchillo se le había caído, pero eso no representaba ningún obstáculo para ella. Podía estirar la mano hacia el cerebro del sultán, que como las demás vísceras de su cuerpo habían quedado expuestas a sus ojos. Solo con tirar de él, aquel conquistador que infundía temor en todo el imperio se convertiría en un cadáver.

Pero justo entonces el cuerpo del sultán se volvió y la mano de Helena agarró el vacío, tocando su piel desnuda. El hombre, semidormido, le cogió la mano y la atrajo hacia sí. La frágil Helena no era capaz de resistir su fuerza, y acabó presionada contra su pecho.

Entonces el mundo mágico en el que había permanecido hasta ese momento se desvaneció de repente, y el peso de todas las cosas volvió a aplastarla. Pero lo peor de todo era que ahora se encontraba atrapada entre los fuertes brazos del sultán y apenas podía respirar. El olor a mujer de Helena había despertado el deseo sexual del vigoroso sultán, y sus manos habían comenzado a acariciarle los senos.

«¡No! ¡Tengo que marcharme! —pensó alarmada Helena mientras intentaba zafarse—. Si consigo volver al plano de contacto todavía queda tiempo...»

Metió la cabeza en el espacio, y la infinidad del mundo volvió a abrirse ante ella. La puerta seguía allí, llamándola; pero apenas había conseguido dar un paso cuando aquel hombre volvió a tirar de ella.

Una bofetada de Mehmed II la hizo caer al suelo con todo su peso.

El sultán estaba totalmente despierto, pero en medio de la oscuridad era incapaz de distinguir a Helena. Profirió una maldición que ella, que tenía

nociones de turco, dedujo que se trataba de alguna obscenidad. Pero no tenía tiempo que perder con esas menudencias: se arrastró sobre la cama apartándose del sultán y corrió hacia el plano de contacto.

Sin embargo, ya no quedaba nada allí: el plano había desaparecido.

Helena se quedó paralizada por el pánico. Sin darle tiempo a reaccionar, el sultán la agarró y le pegó al cuello una apestosa boca, de tal manera que pudo sentir su barba pinchándole la piel. A Helena le pareció entender una frase ininteligible:

—Me gustan las mujeres indomables como tú... Quiero conquistarte...

Todo había terminado. Helena sintió un vuelco en el corazón. La santidad no era más que una fantasía: en el fondo seguía siendo aquella ramera de la que cualquiera podía abusar. No era capaz de salvar a nadie, ni siquiera a sí misma...

Forcejeó un rato hasta que finalmente dejó de oponer resistencia. Sollozó en silencio mientras el sultán le desgarraba la ropa y aplastaba su cuerpo frágil como un lirio, llevando su destino a un futuro inescrutable.

Mientras tanto, aquel fragmento de alta dimensionalidad se alejó de la tierra, llevándose consigo la puerta al microuniverso y las esperanzas de Helena, elevándose hacia un oscuro y extraño cielo estrellado para no volver jamás.

Año 1964

Pekín

Un anciano de gran estatura estaba inclinado sobre una ancha mesa, sosteniendo en una mano un microscopio mientras leía con interés un informe y asentía de vez en cuando con la cabeza. El documento estaba encabezado por el epígrafe «Informe de investigación sobre la búsqueda de tecnología extraterrestre». Después de leer el texto, el anciano tomó un lápiz de una estantería y escribió apresuradamente:

«He leído el documento. Han lanzado duras palabras hacia el espacio, y es peligroso que la sociedad extraterrestre solo escuche una única voz. Deberíamos enviar también la nuestra para que puedan tener una visión más global de toda la humanidad. Hay que hacerlo...».

Quería haber escrito «rápido» a continuación, pero el sonido de alguien llamando a la puerta interrumpió sus pensamientos. Levantó la vista con expresión de sorpresa y sonrió:

—Llegas justo a tiempo. Ven, este informe te va a interesar.

Un anciano de aspecto cansado pero lleno de energía entró en la sala, tomó el informe que estaba sobre la mesa, le echó un vistazo y se puso a reír.

—Qué curioso... El tiempo pasa que es una barbaridad. De joven, cuando fui a estudiar a Francia, leí una novela de Julio Verne que me pareció lo más innovador del mundo; y ahora los yanquis se han puesto a buscar extraterrestres en serio.

—Nuestro país también debería tener una visión global como esta. No podemos ir siempre a remolque de los demás... Deberíamos construir una

base propia para buscar civilizaciones extraterrestres. He pensado un nombre y todo: ¡Costa Roja! Puede parecer un pequeño paso, pero es muy importante. Me gustaría hablar de ello con los camaradas Guo Lao y Xue Sen dentro de unos días. ¿Qué te parece?

—La idea no es mala... Solo que el presupuesto... —replicó el anciano de rostro macilento, torciendo el gesto.

Como si la cosa no fuera con él, el anciano corpulento repuso:

—Ya sé que pasamos por estrecheces financieras y que no tenemos mucho margen de maniobra. ¿Qué te parecen cien millones, para comenzar?

El otro hombre esbozó una sonrisa forzada y le entregó un documento al anciano corpulento:

—Primero echa un vistazo a este presupuesto.

El hombre tomó el documento y lo empezó a hojear. Conforme iba avanzando en la lectura se le fue congelando la sonrisa, hasta que finalmente dejó escapar un suspiro:

—Vaya, está claro que hace falta dinero para todo... Para los planes quinquenales, para las fuerzas armadas, para ensayar la bomba atómica y la bomba de hidrógeno, para lanzar un satélite al espacio... ¡Incluso esa tía de las óperas ejemplarizantes[23] me pide dinero! Y luego no queda nada para algo así... ¿Crees que podríamos aplazar la construcción de estas centrales? —preguntó mientras señalaba varias líneas del informe.

El de la cara enjuta enarcó una ceja y dijo:

—El desarrollo de la industria nacional exige mucha electricidad, y esas fábricas son imprescindibles.

—Mmm, ya veo... En ese caso pensaré en otras opciones... —suspiró el anciano corpulento mientras hojeaba el informe en busca de alguna partida que pudiera ahorrarse, pero al final no encontró nada.

El enjuto, que observaba la escena molesto, repuso:

—Si quieres construir una base de exploración de vida extraterrestre, allá tú. China no dejará de funcionar porque unas cuantas fábricas desaparezcan. Pediré un nuevo informe al Consejo de Estado después de las deliberaciones de la Asamblea Popular Nacional.

El anciano corpulento no asintió, sino que agachó la cabeza con expresión meditabunda hasta que finalmente dijo mientras agitaba la mano:

—¡Es igual! Tampoco es cuestión de retrasar el desarrollo nacional por unos extraterrestres que ni siquiera sabemos si existen... De momento no construiremos la base. ¡Pero esas centrales eléctricas tienen que construirse como es debido! —dijo, señalando con el dedo la última línea del informe, donde destacaban las palabras «Central Termoeléctrica de Niangziguan».[24]

Año 1969

Cuerpo de Producción y Construcción de Xinjiang

Al fondo de la habitación había una mujer joven vestida con uniforme militar vertiendo cuidadosamente la tinta de una botella en una palangana de agua.

El sol se reflejaba sobre el agua negra como un rayo de luz en la oscuridad, formando un disco pálido únicamente capaz de mantener su propio reflejo pero sin penetrar en la negrura del agua.

—Qué época más oscura... —suspiró Ye Wenjie con voz sombría. No pudo evitar pensar en su padre, que había muerto trágicamente dos años antes, y se sintió triste. Entonces se concentró en el reflejo del sol sobre el agua.

Justo cuando mantenía la mirada fija en la palangana, una persona le dio una palmada en la espalda. Ye Wenjie se estremeció, y al darse la vuelta vio a una chica de unos dieciséis años de edad.

—¡Wenxue! Me has dado un susto de muerte... ¿Por qué apareces de repente por detrás sin hacer un solo ruido? —preguntó Ye Wenjie.

—Los soldados te están buscando. ¿Qué haces aquí sin ir a trabajar?

—Chis... —susurró Ye Wenjie, echando a su hermana a un lado—. Estoy observando las manchas solares... No se lo digas a nadie.

—¿Qué? ¿Los puntos negros del sol? —exclamó Ye Wenxue—. ¿No te preocupa que la gente diga que estás... —dijo, bajando el tono de voz— lanzando un ataque velado contra el Líder Supremo...?[25]

—Precisamente por eso estoy aquí sola, mirando las manchas solares... En teoría todavía no hemos entrado en un ciclo de actividad; y, sin embargo, si te fijas verás que hay muchas manchas en la superficie del sol.

—Venga, va... ¿Es que te crees que eres una investigadora de física de los cuerpos celestes? —repuso indiferente Ye Wenxue—. En este maldito lugar ni siquiera tenemos instrumental básico... ¿cómo quieres observar las manchas solares con una palangana llena de tinta? ¡Y aunque consiguieras ver algo daría igual, porque en los tiempos que corren el conocimiento es cada vez más reaccionario! Ahí tienes el ejemplo de papá... No te metas en líos.

Al acabar la frase dio una patada a la palangana, y la tinta se desparramó por el suelo.

—¡Wenxue! ¡Serás...! —Ye Wenjie le lanzó una mirada furiosa a su hermana. Wenxue, que no podía controlar su ira en presencia de su hermana, se marchó corriendo.

Wenjie se quedó ensimismada mirando la mancha negra que se había dibujado en el suelo. Era como si las manchas solares hubieran caído sobre la tierra y se dispusieran a engullirla...

Suspiró, alzó la vista hacia el cielo y murmuró para sus adentros:

—¿Quién puede salvar esta tierra manchada de oscuridad e inmundicia aparte de Dios?

Año 1979

Monte Lang Son, Vietnam

A lo lejos se oía el débil sonido de unos cañones, y la pólvora y el fuego iluminaban ligeramente el cielo. Aquella oscura selva, sin embargo, seguía sumida en la calma, como si la guerra estuviera transcurriendo en un universo remoto. Ni siquiera la potente luz de las lejanas bengalas conseguía penetrar en la espesura del bosque.

Para aquella hormiga, la guerra se estaba librando en otro universo. Su mundo consistía en un pequeño rincón de aquella selva que medía un kilómetro, y las otras partes del mundo escapaban a su comprensión.

Aplicando los términos usados para describir la psicología humana, habría podido decirse que la hormiga estaba contenta, porque en su última expedición había descubierto un cangrejo muerto que daría de comer a su colonia durante dos días. Ahora se dirigía apresuradamente de vuelta a su reino para comunicar a sus congéneres que tenían a su disposición un festín; aunque como era natural la hormiga no tenía sentimientos, sino que actuaba según su instinto, avanzando impulsada por la ciega fuerza de la vida.

Justo entonces cayó sobre ella un objeto gigantesco que cubrió el cielo y todo lo que había a su alrededor. La hormiga no fue aplastada, porque había quedado atrapada en una concavidad sobre la superficie del enorme objeto. Siguió avanzando mientras palpaba con sus antenas aquella extraña superficie, y sin pensárselo dos veces subió a ella.

La superficie avanzó desplazando con ella a la hormiga, moviéndose y parándose de vez en cuando. La hormiga sintió el temblor de la superficie

sobre la que se encontraba, y su sistema nervioso emitió una señal de alarma. Se arrastró inquieta en todas direcciones, buscando un lugar por el que descender.

Cuando todavía no había encontrado ninguna forma de apartarse de ese objeto, captó un sonido bajo pero nítido:

—Da Shi, ¿de verdad hay enemigos ahí delante?

—¡Cállate! —contestó el objeto sobre el que se encontraba la hormiga.

—No se ve tres en un burro...

El agudo sonido de un disparo dio respuesta a la pregunta, y el objeto cayó aparatosamente.

—¡Joder! —aulló el objeto llamado Da Shi. De golpe y porrazo explotó una granada de mano cuya luz sacó a los cuerpos de la oscuridad en la que estaban envueltos. Empezaron a abrir fuego y el repentino sonido de los disparos rompió la calma de la selva, que se convirtió en un infierno en el que las balas silbaban en medio de una nube de humo.

Era un combate a quemarropa entre dos comandos de los ejércitos chino y vietnamita.

Al cabo de un rato los sonidos de los disparos se fueron dispersando poco a poco y el fuego del enemigo fue neutralizado. Los siete u ocho soldados supervivientes fueron avanzando cargando con sus armas, y rodearon un matorral que medía la mitad de una persona y del cual procedía un extraño sonido.

—*Nôp... Nôp súng...* Capitán, ¿cómo se decía «rendirse» en vietnamita?

—*¡Nôp súng không giết! ¡Ra đây!*[26]

—*¡Eso! ¡Nôp súng không giết! ¡Ra đây!*

Los soldados dieron varios gritos y les iluminaron con linternas. Finalmente el otro bando emitió un sonido con el que daban a entender que se rendían, y del matorral salieron enseguida dos cuerpos blancos.

Desde el punto de vista de la hormiga, aquellos dos cuerpos tenían un tono cetrino con manchas oscuras y algún que otro moratón, pero desde el punto de vista de los soldados eran blancos como la leche, de una blancura tal que hacía daño a los ojos y quitaba el aliento...

Eran dos mujeres totalmente desnudas con las manos en alto. Eran dos chicas jóvenes, pero estaban sucias y demacradas.

Una linterna cayó al suelo. Los jóvenes soldados no daban crédito.

Da Shi hizo como si nada: para él, aquellas dos mujeres no eran sino un obstáculo en su campo visual, porque lo que estaba observando atentamente era lo que tenían detrás. Tomó el subfusil y lanzó una ráfaga de disparos sobre el arbusto que había detrás de las dos féminas, y enseguida se oyeron unos gemidos. Los demás soldados tardaron un rato en reaccionar. Dos pistoleros vietnamitas apostados detrás de las dos mujeres desnudas con intención de contraatacar habían sido fulminados.

Da Shi no tenía tiempo para esquivar a esas mujeres, de modo que también las había abatido y estaban agonizando en el suelo. De sus cuerpos supuraba sangre.

Da Shi, sin embargo, seguía inquieto. Fue a inspeccionar el otro lado del matorral mientras los soldados retiraban a aquellas mujeres heridas. Tras varias negociaciones finalmente decidieron llevarse prisioneros de guerra; pero entonces una de las mujeres que había sido alcanzada en el pecho murió entre espasmos. La otra parecía haber entrado en coma y yacía inmóvil en el suelo. Un joven soldado se agachó a examinarla.

La pierna de la mujer se movió y el soldado, a quien había cogido desprevenido, cayó sobre ella, que le arrebató el subfusil y le encañonó. La mujer, apoyada en el suelo, disparó otra ráfaga a los demás soldados, que fueron cayendo en un baño de sangre sin tiempo a prepararse.

La mujer se puso de pie llena de entusiasmo, animada por el agradable

sabor de la venganza. Las heridas que había sufrido eran leves, y la sangre que la cubría era la de sus compañeros. Entonces notó que algo se movía detrás de ella, y enseguida se dio cuenta de que se le había escapado un enemigo. Da Shi se arrastró por el suelo, y ella intentó escabullirse, pero él la aplastó contra el suelo y se enzarzaron en una pelea. Da Shi intentó quitarle el arma, que ella asía con fuerza.

Era un duelo a vida o muerte, pero visto de lejos cualquiera habría dicho que se trataba de un escarceo amoroso.

Entonces se oyó el súbito sonido de un disparo. Da Shi se estremeció y una expresión de incredulidad se dibujó en su rostro. La sangre había empezado a brotarle del vientre.

La exultante mujer intentó zafarse de él, pero no consiguió moverlo. Da Shi no había muerto enseguida, como ocurre con los personajes de las películas, y sacó una daga con la que perforó de manera lenta y precisa la garganta de la mujer. Ella, sorprendida e impotente, forcejeó todo lo que pudo sin lograr moverse, aplastada como estaba por el enorme peso de Da Shi. Volvió a disparar dos veces haciendo pedazos el vientre de Da Shi, y hasta pudo sentir sus tripas esparciéndose sobre su cuerpo, pero él seguía sin morir. Volvió a asestarle dos golpes con una mano temblorosa, hasta que finalmente lanzó un aullido y hundió con rabia la hoja en la aorta de la mujer.

De repente empezó a salirle sangre a borbotones, y los ojos se le quedaron fijos en Da Shi como queriendo decir unas palabras que no alcanzaban a salirle de los labios. Al cabo de un rato ladeó la cabeza y murió.

Da Shi había empleado el resto de sus fuerzas en aquel último golpe, y no consiguió volver a ponerse en pie. En ese universo en el que faltaban cinco kilos de materia ya no podría vivir un minuto más. No podría casarse ni tener hijos, ni tampoco perseguir delincuentes veinte años después, ni coger el puro del coronel Stanton treinta años más tarde; tampoco podría idear la

impresionante operación Guzheng, ni acompañar a Luo Ji a la ONU, ni convertirse en la primera persona en escuchar a Luo Ji tras hibernar durante doscientos años y conocer aquel profundo secreto del universo.

Por alguna extraña razón Da Shi se sintió más relajado, como si se hubiera quitado de encima el peso de una dura responsabilidad.

—Me muero sobre el cuerpo de una tía... Ha valido la pena vivir... —pensó Shi Qiang, y poco a poco fue cerrando los ojos hasta quedarse inmóvil.

La calma volvió a la selva. La hormiga sintió que se había producido un cambio en aquel cuerpo y bajó al suelo; pero se quedó deambulando sin alejarse. Estuvo moviéndose durante largo rato sobre aquel cuerpo y el que estaba debajo, y llegó a una conclusión que la llenó de alegría. No sabía qué eran ni qué estaban haciendo, pero tenía una única certeza: se convertirían en el alimento de su clan.

Año 1983

Parque del Bambú Púrpura, Pekín

En medio del vaporoso atardecer podía verse una arboleda de bambúes y un lago de color púrpura en un día de otoño ya avanzado. En el frío cielo nocturno apareció un punto de luz plateada como el de una estrella, aunque no podía ser una estrella porque se movía a gran velocidad. Se situó a un centenar de metros del suelo y fue descendiendo lentamente. En el parque, no obstante, no quedaba apenas un alma, y nadie vio a aquel misterioso visitante.

Justo entonces se oyeron varias voces íntimas procedentes de la concavidad de una colina artificial.

—Xiuxiu, qué guapa estás... Déjame... No... Solo un poco...

—Pero ¿qué haces? No seas bruto... Más despacio...

Era bastante evidente que se trataba de una pareja de enamorados. Justo cuando esas dos personas se entregaban a la pasión oyeron el ruido de unos pasos apresurados entrando en el lugar en el que se encontraban. Se levantaron sorprendidos, pero ya era demasiado tarde: varias personas uniformadas les iluminaban con linternas. El hombre fue inmovilizado en el suelo antes de que pudiera decir nada, mientras la semidesnuda mujer se tapaba la cara avergonzada entre sollozos.

Cinco minutos más tarde estaban en la oficina de policía del parque.

—¿Nombre?

—Buuu...

—¿Por qué lloras? ¡Te he hecho una pregunta!

—Cheng Xiuxiu...

—¿Y tú?

—Zhang Yuanchao.

—¿Qué relación hay entre vosotros?

—Somos novios.

—¿Novios? ¿Y qué hacíais en esa cueva cuando el parque ya había cerrado?

—¡Lo que hagamos o dejemos de hacer no es asunto vuestro! —exclamó Zhang Yuanchao, indignado.

—Claro que sí lo es. Mira, la campaña *yanda*^[27] es implacable rápida, y se dirige precisamente contra jóvenes corroídos por el pensamiento capitalista occidental como vosotros. Justo el mes pasado encontramos a uno que le tocó el trasero a una camarada en un tranvía. ¿Y a que no sabes qué le pasó? ¡Lo declararon culpable de acoso y lo fusilaron!

—No, camarada, no me refiero a eso —repuso Zhang Yuanchao con aplomo—; somos novios de verdad, y estamos a punto de casarnos. Pero todavía no tenemos casa, así que... Por favor, compréndelo... ¿Fumas? —dijo, sacándose del bolsillo un paquete de cigarrillos de la marca Daqianmen que acercó al policía mientras esbozaba una sonrisa.

—¡Pero bueno! ¿Te crees que con un paquete de cigarrillos puedes comprar a un agente de la Policía Popular? ¡No hay más que hablar!

Zhang Yuanchao le entregó la cajetilla, de la cual sobresalía la punta de un billete de diez yuanes. El policía tomó el paquete dubitativo; pero antes de que le diera tiempo a decir nada entró en la habitación un agente de mediana edad que preguntó:

—¿Qué estáis haciendo?

—Señor director —dijo el policía mientras se metía apresuradamente en el bolsillo la cajetilla y el dinero—, hemos encontrado a estos dos, en la cueva de la roca artificial... Creo que podemos ponerles una multa y soltarlos.

—¡Justo a tiempo! —exclamó satisfecho el director—. A los del buró les preocupa no alcanzar las cuotas de la campaña. Acabo de hablar por teléfono con el director Zhao: mandádselos enseguida.

—¡No, somos novios! ¿Por qué nos detenéis? —Zhang Yuanchao estaba cada vez más nervioso—. Esto es indignante... —Un policía fue a agarrarlo del brazo, pero él lo apartó de un empujón.

—¡Miradle! ¡Cometen obscenidades, y encima va y ataca a un policía! ¡Menuda actitud! —dijo el director en tono solemne—. ¡Lleváoslos, lleváoslos!

Se los llevaron mientras Zhang Yuanchao se resistía y Cheng Xiuxiu lloraba. Justo entonces entró otro policía con un bebé envuelto en harapos.

—Mire, hemos encontrado este bebé abandonado en un banco con un biberón y mil yuanes.

Todos los presentes volvieron la mirada hacia el bebé, incluso los policías que estaban saliendo y Cheng Xiuxiu, cuyos ojos estaban borrosos por las lágrimas.

—¡Qué niño más gracioso! —dijo sorprendido el director mientras pellizcaba la cara regordeta del bebé—. Y además está forrado: ¡tenía mi sueldo de un año! No sé qué clase de madre sin corazón lo habrá dejado ahí... Ay, qué sociedad más inmoral. La gente se arrejunta sin casarse, y tiene hijos fuera del matrimonio... ¿Cómo no íbamos a hacer una campaña contra la inmoralidad?

Los policías suspiraron a la vez.

—¿Qué hacéis ahí plantados? ¡Rápido! —El director suspiró y se acordó de los policías que estaban en la puerta—. En el buró esperan que les llevéis a esta gente. En cuanto a este niño... Encárgate tú, Li.

Mientras se la llevaban Cheng Xiuxiu miró de reojo al bebé, y a pesar del miedo sintió que un amor maternal le inundaba el corazón. No hizo nada,

porque aquel niño no tenía nada que ver con ella, y tampoco lo tendría en el futuro.

El director caminó hacia la puerta y de repente recordó algo. Se volvió y preguntó:

—Por cierto, ¿es niño o niña?

—A juzgar por estas telas tan bonitas, supongo que es una niña. Cuando se haga mayor seguro que será una hermosa joven —dijo el policía que sostenía al bebé.

Otro de los agentes, inspirado por un espíritu detectivesco, examinó las tiernas piernas del bebé y dijo:

—¡Es niño, mi director!

Como queriendo dar fe de esas palabras, el pequeño miembro del niño tembló y disparó un rayo de pis dorado que salpicó la cara de aquel agente de policía que se había acercado a examinarlo.

—¡Joder!

Al otro lado de la ventana, aquel punto de luz plateada se alejó volando. El microprocesador alojado en el interior de aquella luz llegó a una conclusión: en ese universo con cinco kilos de materia menos, el amo que lo había creado ya no existía. Mejor dicho: nunca había existido, y nunca existiría.

Con todo, tenía que cumplir con su misión y encontrar en ese nuevo mundo a un sujeto adecuado al que transmitir la información del cosmos anterior. Había deambulado toda una eternidad con el propósito de completar esa misión más antigua que el propio universo. La misión que aquel amo que ya no existía le había encomendado...

El Sistema Trisolar había cambiado por completo, y los trisolarianos y su ecosistema habían sido reemplazados por otra entidad de baja entropía. El Sistema Solar y la Tierra seguían estando allí, y a simple vista parecían prácticamente idénticos, pero los ingentes datos de la unidad de

almacenamiento de la luz plateada confirmaban que había muchos detalles que habían cambiado. Algunas personas nunca llegaron a nacer, y otras habían muerto hacía mucho tiempo, e incluso quienes todavía existían habían cambiado por completo... Eso no le causó emoción alguna, porque lo único que quería hacer era completar su misión. Sin dudarlo un instante, su órgano de memoria se volvió hacia su última posibilidad: Yun Tianming.

Año 2003

Casa de Yun Tianming

Eran las siete de la tarde, y tras escuchar la habitual sintonía aparecieron en la pantalla del televisor las imágenes del telediario de la Televisión Central de China. Yun Tianming se incorporó en el sofá y miró nervioso la televisión, donde aquellos conocidos presentadores estaban dando las noticias del día: «El profundo despliegue de la avanzada labor educativa del Partido Comunista Chino logra notables resultados. Gran éxito de la sonda tripulada Shenzhou 5. Mueren varios soldados norteamericanos en un atentado suicida en Irak...».

Yun Tianming cambió de canal. Todo eran noticias, dibujos animados, series y programas por el estilo, como de costumbre. Suspiró relajado, se acomodó en el sofá y encendió un cigarrillo.

«Aquella guerra no ha comenzado», pensó.

Los recuerdos de Yun Tianming estaban frescos. Con eso de «aquella guerra» se refería a un conflicto armado que había tenido lugar en el mar Meridional de China en el otro universo, en el que el portaaviones *Zhufeng* había sido destruido por el arma atmosférica estadounidense *Eros*.

Finalmente una inesperada fusión de macroátomos hizo que el enemigo diera marcha atrás y firmara la paz.^[28] En comparación con la crisis posterior, aquella guerra se había perdido en la historia. Pero para alguien que había vivido muchos años en paz aquella guerra de finales de la Era Común había sido un importante punto de inflexión. El rumbo que seguían la historia de China y el mundo entero resultaba impredecible.

«Pero esta vez no ha habido ninguna guerra. Eso indica que no se producirá la Crisis Trisolariana que debería llegar ocho años más tarde», pensó.

Obviamente, Yun Tianming sabía que ese universo había sufrido muchos cambios: la base Costa Roja no había llegado a existir, por lo que era imposible que Ye Wenjie hubiese usado el Sol para enviar una señal al espacio. Según la información que había consultado, Ye Wenjie se había instalado en Estados Unidos. Tal vez allí hubiera conocido a Mike Evans, pero su colaboración ya no daría fruto alguno.

A decir verdad, no había visto con sus propios ojos el Sistema Trisolar más allá del informe del órgano de memoria, y no sabía si los trisolarianos estaban organizando una flota para acabar con la Tierra allí o en cualquier otro lugar. ¿Quién sabe si todo aquello ocurriría de repente? Desde que estableció contacto con el órgano de memoria, cualquier cosa era posible...

Por ejemplo, a pesar de que su nombre, su edad, sus familiares o su identidad no eran los mismos, el órgano de memoria le había comunicado de forma categórica que él era Yun Tianming. La materia del óvulo fecundado que había engendrado a Yun Tianming era la misma que había dado lugar al feto que había sido él, por lo que él y Yun Tianming compartían la misma identidad en los dos universos. ¿Quién podía creerlo? Y, sin embargo, así era.

Pero sea como fuere, la Era de la Crisis no existía en ese universo ni en esa Tierra. No creía de verdad en la posibilidad de que se produjera una crisis, pero el órgano de memoria le había metido en la cabeza muchísima información sobre aquel cosmos pasado, y ese universo en el que vivía se parecía tanto a aquel otro que los datos del universo anterior y el mundo real se solapaban, y su cabeza había empezado a mezclar pasado y presente.

—Ya te dije hace tiempo que no pasa nada. La historia ha cambiado, y

todo aquello no puede volver a ocurrir. —De repente oyó a sus espaldas una delicada voz.

Yun Tianming se dio la vuelta sorprendido, y vio a una sonriente chica de cuerpo despampanante surgida de no se sabe dónde.

—Pero... ¿otra vez tú? Rápido, márchate... ¿Qué dirá mi mujer si te ve? —dijo Yun Tianming asustado.

—No te preocupes, que tu esposa todavía no ha vuelto. Podemos hablar un ratito... —repuso ella en tono provocativo.

Yun Tianming suspiró impotente.

—Si alguien te viera sería un problema; aunque si encontraran a la actriz japonesa Ran Asakawa en mi casa... puede que saliera en las noticias.

—Sigues siendo tan cobardica como en el otro universo —rio ella.

—En este universo no existen ni Cheng Xin ni Ai Xiaowei, Helena se convirtió en la concubina del sultán, Guan Yifan todavía no ha nacido... Y yo no guardo ningún recuerdo del pasado; solo tú sigues como siempre —suspiró Yun Tianming.

—En ese caso tengo que darle las gracias a tu antiguo amor platónico: alguien tan lleno de amor seguramente copió mis datos en el órgano de memoria... —dijo Tomoko satisfecha.

—No te creas que no sé lo que pretendías hacer cuando le obligaste a construir una réplica tuya —dijo Yun Tianming con una sonrisa amarga—. Eso también fue una orden del Maestro, que quería que fueras al otro universo para seguir sirviéndole.

—Correcto —rio Tomoko—. Por desgracia el Maestro de ahora no es el mismo de antes, y a pesar de que las guerra de desdimensionalización se han repetido, ya no puedo establecer ningún contacto con él. Al renacer no conserva sus recuerdos anteriores, y desconoce de mi existencia. Tampoco

puedo ir a otros microuniversos a buscarle, así que he venido a verte a ti, tito Tianming...

—¿«Tito Tianming»? ¡Pero si eres por lo menos veinte mil millones de años mayor que yo! Además, ¿no solías llamarme «amo» en el otro universo?

—¿Qué pasa, es que te gustan las esclavas? ¡Chico malo! —Tomoko arqueó las cejas con picardía—. En un principio yo también iba a estar a tus órdenes; pero el tres por ciento de tu material genético básico viene de otra parte y no es del todo idéntico, y no tienes exactamente los mismos recuerdos, así que técnicamente no eres Yun Tianming, y por lo tanto no tengo por qué obedecerte.

—Entonces ¿por qué me has acompañado todos estos años?

—Pues porque todavía no he cumplido con mi misión. Tengo que retransmitir a este universo la información del universo anterior.

—Entonces ve a la ONU o a Estados Unidos. O a Pekín. Hay mucha gente a la que puedes ir a ver. ¿Qué sentido tiene quedarse en un sitio como este?

—Es que tu amor platónico me pidió que al retransmitir los recuerdos no interrumpiera el desarrollo natural de este universo, lo cual me plantea un dilema. Desvelar esos datos podría suponer el cambio en el curso de la historia.

—¿Qué piensas hacer entonces?

—No hay ninguna manera: lo único que puedo hacer es esperar. Quería haberte dado un cuerpo eterno para seguir buscando al Oculto de este universo, pero no soy más que una réplica de datos virtuales y no tengo suficiente energía, y en esta Tierra no hay suficiente para que pueda absorberla. Me temo que para cuando hayas muerto no habré logrado reunir un uno por ciento de mi energía. Pero no pasa nada: encontraré una manera de conservar tu cuerpo digital, y si existe una oportunidad dentro de varias

decenas de miles de años te devolveré a la vida para que puedas trabajar para la gran empresa del Maestro —explicó Tomoko con expresión solemne.

Yun Tianming no tenía nada que decir en respuesta a esas palabras. Varios años atrás, cuando Tomoko apareció junto al órgano de memoria, pensó que era un hermoso ángel que nadie era capaz de ver y tocar salvo él, y que había venido para satisfacer sus fantasías masculinas. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que esa mujer era un demonio, y que en comparación con ella todos los diablos eran ángeles.

—Si el Maestro no es el mismo de antes, ¿por qué tienes que servirle a pesar de todo? —preguntó finalmente Yun Tianming tras una larga reflexión.

—Porque todavía no ha terminado la cadena de causalidades —repuso Tomoko.

—¿Qué cadena de causalidades?

—Diferentes causas y consecuencias. Este universo ha llegado a ser lo que es porque se perdieron cinco kilos en el anterior, ¿verdad? ¿Cómo será este universo como consecuencia de esa pérdida?

Yun Tianming sintió un sudor frío y un pensamiento le vino a la mente.

—Piensa, tito Tianming. Esto no es solo la guerra de un universo: siempre y cuando exista el tiempo habrá una guerra entre el Oculto y el Maestro. Nos enfrentaremos a los mismos dilemas que en el universo anterior: ¿destruir el universo de cero dimensiones, recuperar toda la materia y volver a empezar desde el principio, o bien dejar cinco kilos y crear nuevas posibilidades?

—Yo prefiero la última opción.

—Pero todo debe tener un final. El universo no puede aumentar su materia, ni tampoco deshacerse de ella hasta el infinito. Aunque el universo perdiera solamente un átomo cada vez que vuelve a comenzar de cero, tarde o temprano acabaría reducido a la nada; y mucho antes de que eso ocurra habrán desaparecido todas las formas de vida e inteligencia. En resumidas

cuentas, que el cosmos solo tiene dos posibilidades: o acabar en el vacío o seguir su ciclo.

—Menudo panorama...

—Es imposible que el Maestro y el Oculto cambien, y para ellos esta situación es un callejón sin salida. Tú, en cambio, tienes la posibilidad de dejar todo eso atrás —dijo Tomoko.

—¿Ah, sí? Cuéntame cómo escapar de esta locura.

Tomoko esbozó una enigmática sonrisa y dijo:

—Enviando un cerebro.

—¿Cómo? Pero si esas son aquellas palabras de Wade...

Yun Tianming, que tenía la cabeza completamente nublada, sintió una descarga eléctrica que le dejó sin saber cómo reaccionar.

—Dios mío... Quieres... quieres decir que...

—Sí, esa es la última misión que me encomendó el Maestro antes de la destrucción total del universo anterior: cuando haga falta abandonar cinco kilos de materia en el siguiente universo, pensar en alguna forma de enviar un órgano de pensamiento a otros universos de la supermembrana para dar una salida a todos los seres vivos del cosmos. Y tú, por supuesto, eres el más idóneo para ello.

Yun Tianming se quedó boquiabierto.

—O sea, querido Tianming, que todo lo que ha ocurrido en los dos últimos universos era un prólogo. Tu verdadera historia todavía no ha comenzado. Tus pasos no se limitan a la Tierra, al Planeta Azul, al anterior universo ni a este. ¡Vas a ir a otro universo, a otro tiempo, a la supermembrana que engloba todos los universos! ¡Esa es tu misión! —dijo Tomoko visiblemente emocionada.

—...

Al cabo de un rato Yun Tianming torció el semblante, tomó el mando a

distancia y empezó a aporrear las teclas. Al seleccionar por casualidad un canal provincial apareció en la pantalla una cara que le resultaba familiar: «El joven sociólogo XXX de la Universidad de XXX implicado en un caso de plagio ha vuelto a recibir un ascenso. XXX ha manifestado que no existen indicios de plagio, y que la acusación desconoce los detalles del caso. Esta cadena ha entrevistado al famoso experto y crítico literario XXX...».

—Me parece increíble que Luo Ji haya acabado así —suspiró Yun Tianming. Nunca le había llegado a conocer, pero después de oír hablar acerca de sus hazañas en aquel universo sentía una gran devoción por él. En ese universo no se llamaba igual, pero la primera mitad de su vida había transcurrido de una forma muy parecida a la del universo anterior: ahora era un despreocupado joven profesor universitario cuya vida seguramente ya nunca daría un giro.

La trayectoria vital de Zhuang Yan también había cambiado. Ahora se apellidaba Liu y era una estrella de la televisión, de manera que era poco probable que sus caminos se cruzaran.

—Tom... esto... oye, guapa, hay una cosa que quería preguntarte, sobre lo que acabas de decir... ¿Qué te parece si vamos a buscar a Luo Ji? Tú ya has hablado muchas veces con él, y él tiene mucho más nivel que yo —dijo Yun Tianming con una sonrisa.

—Lo sé; yo ya le seguía la pista antes incluso de tener forma humana, hasta el final de la Era de la Disuasión... Pero no se puede comparar contigo. Tú eres el hombre de mi vida, así que fui a ti primero.

—¿Desde cuándo soy el hombre de tu vida?

—Olvidas que mi cuerpo fue moldeado a partir de las imágenes de tu mente. Fuiste tú quien me hizo mujer. Por supuesto que eres mi primer hombre, je, je... —dijo Tomoko, sacando la lengua.

Yun Tianming no sabía qué decir. Siguió mirando las noticias, donde Luo

Ji se había enzarzado en una guerra dialéctica con el acusado. Pensó que no era una buena cosa que Luo Ji estuviera así, y le parecía que llevar una vida interesante y luego monótona era mejor que cargar con una responsabilidad inasumible.

—¿Y qué me dices de Zhang Beihai? Ese no tiene el mismo nombre, pero también existe, ¿no? Él no es menos que Luo Ji. Hace poco se convirtió en capitán de un barco que fue a Somalia a luchar contra la piratería —dijo Yun Tianming.

—No me interesan los escapistas —dijo Tomoko, riendo—. Además, a Zhang Beihai solo le mueve el patriotismo, y no es nada comprensivo con las mujeres. Quién sabe si hubiera donado mi órgano de memoria al Comité Central del Partido Comunista para experimentar con él. ¡Tú eres el que más me gusta!

»Además, tu cerebro es diferente —prosiguió—. El hecho de que inventaras Tormenta Verde durante tus años de estudiante en el anterior universo demuestra que tienes una imaginación fuera de lo común. Una persona normal y corriente no habría podido aguantar entre los trisolarianos. Créeme, eres un auténtico genio. ¿O es que lo que has logrado en este universo no es prueba suficiente de ello?

—¿Un genio? Deberías ir a ver a Ding Yi —se apresuró a decir Yun Tianming—. Ahora se llama Li no sé qué... Tiene una mente igual de brillante que en el anterior universo, y parece que tiene varias amantes... Si vas a verle seguro que te recibe con los brazos abiertos.

—No necesito el talento de alguien como Ding Yi, sino el de alguien como tú. Diez Ding Yis serían incapaces de desentrañar el engaño del Oculto, pero tú sí puedes. Tu capacidad de extraer conclusiones no es como la suya, pero tu imaginación y tu creatividad sí son superiores. Si las pudiéramos aprovechar...

—Bueno, bueno... —se apresuró a responder Yun Tianming—. En mi otra vida los trisolarianos y el Maestro se aprovecharon de mí todo lo que quisieron y más, así que en esta prefiero llevar la vida de una persona normal y corriente. No quiero vagar por la supermembrana.

—¿Normal y corriente? Je, je... Pero si ahora te conoce todo el país. Vale, dejemos a un lado lo de la supermembrana, que al fin y al cabo es un proyecto para un futuro muy lejano. Pero me parece increíble que tu material genético se haya podido recomponer de un universo a otro, y creo que deberías hacer algo por el universo anterior.

—¿Me estás diciendo que...?

Tomoko adoptó una expresión seria:

—Escribe: ponlo todo por escrito, cuéntale a la gente lo que sucedió en el otro universo. En algún momento del futuro la gente comprobará la verdad que hay detrás de todo. Así podré cumplir con la misión que me encomendó Cheng Xin. Además, eso es justamente lo que se te da mejor...

—¿Escribirlo? ¿Cómo?

—Escríbelo como te salga.

—¿En forma de novela? ¿Una novela de ciencia ficción?

—Puedes decir que son recuerdos, y llamarlo *Un pasado ajeno al tiempo* o algo así, aunque la gente siempre lo vea como una novela de ciencia ficción. Pero en el futuro, cuando alguien descubra los secretos del universo, comprenderán lo que has querido decir en realidad.

A Yun Tianming nunca se le había ocurrido algo así, pero ahora que lo pensaba seriamente no le parecía mala idea. ¿Por qué no lo dejaba todo por escrito? Sería una historia increíble: el amor y el odio humanos, el orgullo de la humanidad, la responsabilidad individual, el destino del universo... Puede que ese relato se transmitiera durante mucho tiempo, y que todas las personas de ese universo sacasen algo bueno de él.

Yun Tianming no necesitó mucho tiempo para tomar una decisión.

—De acuerdo, así lo haré. Al menos eso es más fácil que ir a la supermembrana.

—Entonces quedamos así, Tianming, o mejor dicho, señor Liu. Debes escribir esta historia. Si tienes cualquier duda acerca de los detalles me puedes preguntar, je, je...

La sonriente Tomoko le guiñó un ojo y desapareció, dejando tras de sí únicamente el tintineante eco de su voz. Al fin y al cabo no era más que una proyección holográfica sin cuerpo físico.

Embargado por la emoción y las ganas de escribir, Yun Tianming sintió cómo le venía la inspiración. El título, la estructura y el contenido aparecieron de repente en su cabeza. Respiró hondo y se sentó en su escritorio, encendió su ordenador, creó un nuevo documento de texto y escribió con solemnidad las palabras «El recuerdo del pasado de la Tierra». Volvió a pensar un rato, y a renglón seguido escribió: «El problema de los tres cuerpos».

OTROS TÍTULOS DE



EL PROBLEMA DE LOS TRES CUERPOS

Cixin Liu

En plena Revolución Cultural china, un proyecto militar secreto envía señales al espacio exterior para contactar con civilizaciones alienígenas. Una de ellas, al borde del cataclismo final debido a la arbitraria órbita de su planeta, capta la señal y empieza a planear la invasión de la Tierra, que según los cálculos debería producirse en cuatro siglos. Durante las décadas siguientes se comunica a través de un extraño videojuego virtual en el que la historia desempeña un papel crucial. Cuando los extraterrestres empiezan a ganar a los jugadores terrícolas, se forman en la Tierra bandos opuestos, unos dispuestos a ayudar a esos seres superiores a hacerse con las riendas de un mundo decadente, y otros decididos a evitarlo a toda costa.

EL BOSQUE OSCURO

Cixin Liu

La humanidad se recupera del impacto producido por la perspectiva de una invasión alienígena en el plazo de cuatro siglos. Los colaboradores humanos de los extraterrestres pueden haber sido derrotados, pero la presencia de sofones (las partículas subatómicas que permiten el acceso instantáneo de los trisolarianos a toda la información humana) indica que los planes de defensa de la Tierra están expuestos al enemigo. Solo la mente humana sigue siendo un secreto. Y ese es el motor que hay detrás del atrevido plan que otorga a cuatro hombres enormes recursos para diseñar unas estrategias secretas, ocultas a través del engaño tanto de la Tierra como de Trisolaris. Tres de esos hombres son influyentes y científicos, pero el cuarto es un completo desconocido. Luo Ji, un ambicioso astrónomo y sociólogo chino, está desconcertado por su nueva condición. Lo único que sabe es que él es el único...

EL FIN DE LA MUERTE

Cixin Liu

Ha pasado medio siglo de la batalla del Día del Juicio Final y la Tierra goza de una prosperidad sin precedentes gracias al conocimiento transferido por Trisolaris. Mientras la ciencia humana avanza y los trisolarianos adoptan la cultura terrícola, ambas civilizaciones podrán convivir sin temor a ser destruidas. Pero con la paz la humanidad se ha vuelto autocomplaciente. Después de una larga hibernación, Cheng Xin, una ingeniera aeroespacial de comienzos del siglo xx, despierta en esta nueva era. Su mera presencia, sumada a cierta información sobre un proyecto olvidado desde el principio de la Crisis Trisolariana, podría alterar el frágil equilibrio entre ambos mundos. ¿Alcanzará el ser humano las estrellas, o morirá en su cuna?

La novela que amplía la historia de la «Trilogía de los Tres Cuerpos», el fenómeno editorial con 5.000.000 de lectores.



Al final del cuarto año de la Era de la Crisis, YunTianming, enfermo de cáncer, decide acabar con su vida. Esta decisión es el principio de un viaje hasta el final del universo. Congelan su cerebro y lo suben a bordo de una nave espacial lanzada para interceptar a los trisolarianos.

Se trata de un plan desesperado, casi condenado al fracaso, y las posibilidades de que un día Tianming pueda mandar información valiosa a la Tierra son mínimas. Sin embargo, contra todo pronóstico, lo consigue, y sus transmisiones revelan valiosos secretos para la única defensa posible desde la Tierra.

Al hacerlo, la historia de Tianming destapa la verdad sobre el bosque oscuro y el destino final del universo.

BAOSHU (Guangyuan, provincia de Sichuan, China, 1980) es un reconocido autor de ciencia ficción que con su primera novela publicada, *Las ruinas del tiempo*, obtuvo en 2014 el equivalente chino al premio Nebula. Baoshu es, además, un fan acérrimo de la obra de Cixin Liu, a la que rinde homenaje en *La redención del tiempo*, la novela que continúa la historia de la magistral Trilogía de los Tres Cuerpos. La obra ha ayudado a miles de lectores a profundizar un poco más en la épica del fenómeno editorial que ha conquistado Occidente tras vender cinco millones de ejemplares.

Título original: 三体X·观想之宙：典藏版

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2016, 宝树著(Bao Shu)

© 2018, China Educational Publications Import & Export Corp., Ltd

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Agustín Alepuz Morales, por la traducción

Adaptación de portada: S. Gómez / S. Pellicer

Ilustración de portada: © Stephan Martiniere

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17347-37-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] El texto completo del poema escrito por Zhang Zhihe, poeta de la dinastía Tang (618-907 d.C.), es el siguiente: «Frente a las colinas del oeste donde revolotean las garzas, / sobre un torrente donde se reflejan los melocotones y donde las percas están lozanas. / Ataviado con un sombrero azul de ala ancha / y una capa de paja verde, / no quiero regresar a pesar del viento y la lluvia». (*N. del T.*)

[2] *Yun* (云) significa «nube», por lo que el término al que alude el autor también podría traducirse como «computación en la nube». Para evitar equívocos hemos optado por la primera traducción. (*N. del T.*)

[3] Referencia a los numerosos casos de adulteración alimentaria ocurridos en China. (*N. del T.*)

[4] Divinidad femenina de la antigua mitología china, posteriormente asociada al taoísmo, y representada como una emperatriz bondadosa cuya corte se encuentra en el monte Kunlun, en la parte occidental de China. (*N. del T.*)

[5] Famosa pintura del siglo XII en forma de pergamino en la que aparece representada una escena de la vida social en la ciudad china de Kaifeng, a la sazón capital de la dinastía Song del Norte. (*N. del T.*)

[6] Cordillera de setecientos kilómetros situada en el Transhimalaya, en la región del Tíbet. El pico más alto, que da nombre al sistema montañoso, mide 7.162 metros de altura. (*N. del T.*)

[7] Literalmente «al sur del río», zona geográfica de China situada en el cauce inferior del río Amarillo que engloba la ciudad de Shanghái, la parte sur de la provincia de Jiangsu, el sureste de la provincia de Anhui, el norte de la provincia de Jiangxi y el norte de la provincia de Zhejiang. (*N. del T.*)

[8] Hebreos 10,30. (*N. del A.*)

[9] Red social china similar a Facebook. (*N. del T.*)

[10] Personaje de la novela *Juan Cristóbal*, de Romain Rolland. Descrita como una joven bondadosa de buena familia, Antonieta vive una serie de experiencias traumáticas que la acaban convirtiendo en una mujer fuerte que ejerce de pilar emocional clave para dos de los principales protagonistas. (*N. del T.*)

[11] Eclesiastés 12,8. (*N. del A.*)

[12] T. S. Eliot, *Los hombres huecos*. (*N. del A.*)

[13] Epístola a los Corintios 15, 50-53. (*N. del A.*)

[14] También conocido como Messier 11 o NGC 6705, es un cúmulo de estrellas situado

en la constelación de Scutum de la Vía Láctea, a seis mil doscientos años luz de la Tierra. (N. del A.)

[15] El autor pretende aludir aquí a las «tres personas» (Padre, Hijo y Espíritu Santo) de Dios en el cristianismo. (N. del T.)

[16] «Río Plateado» es la traducción literal de «Vía Láctea» en chino. (N. del T.)

[17] «Esta [copa] para mí.» En latín en el original. (N. del T.)

[18] «Como deseas.» En latín en el original. (N. del T.)

[19] Pared de galaxias de 1.370 millones de años luz de longitud situada a mil millones de años luz de la Tierra. (N. del A.)

[20] Alusión al planeta homónimo de la saga *Fundación*, de Isaac Asimov. (N. del T.)

[21] Evangelio según san Mateo 7,7. (N. del A.)

[22] Evangelio según san Mateo 7,13. (N. del A.)

[23] Obras operísticas y de danza producidas durante la Revolución Cultural china que ensalzaban los modelos del trabajador y el campesino en la China maoísta. (N. del T.)

[24] Niangziguan es un paso montañoso situado en la provincia minera de Shanxi, que por su ubicación estratégica ha sido escenario de numerosos combates a lo largo de la historia, siendo los más recientes los ocurridos en 1937 durante la guerra de resistencia contra Japón y en 1947 durante la guerra civil china. (N. del T.)

[25] Uno de los elementos recurrentes en la propaganda maoísta durante la Revolución Cultural fueron las alusiones a Mao Zedong como «sol rojo». (N. del T.)

[26] «¡Entregad las armas y no os mataremos! ¡Salid!» (N. del T.)

[27] Literalmente «golpear duro». Las campañas *yanda* son operaciones contra crímenes como la violencia mafiosa, las drogas o la prostitución, la primera de las cuales fue iniciada por el Gobierno de Deng Xiaoping en 1983. (N. del T.)

[28] Véase *La esfera luminosa*, de Cixin Liu. (N. del A.)

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

La rendición del tiempo

Tabla de las Eras

Prólogo

Era Final, año 1, 00:00:00. El fin del universo

Primera parte. Un pasado dentro del tiempo

Era del Planeta Azul, año 2. Nuestra estrella

Segunda parte. La conversación de la ceremonia del té

Era del Planeta Azul, año 63. Nuestra estrella

Fuera del tiempo. Nuestro universo

Tercera parte. Cáliz celestial

Grano temporal 1325436564. Cúmulo estelar de los tañedores de
estrellas

El mismo tiempo. 2,5 estructuras más allá

El mismo tiempo. Interior del radio sumergido de la Sima de las
Estrellas

El mismo tiempo. 2,5 estructuras más allá

A tres millones de años luz de distancia. Un agujero en las
inmediaciones de la Gran Muralla Sloan

Epílogo. La Provenza

Era Final, año 9. El fin del universo

Post-epílogo. Crónicas del Nuevo Mundo

«La historia comienza donde acaba la leyenda.»

Mayo de 1453. Constantinopla

Año 1964. Pekín

Año 1969. Cuerpo de Producción y Construcción de Xinjiang

Año 1979. Monte Lang Son, Vietnam

Año 1983. Parque del Bambú Púrpura, Pekín

Año 2003. Casa de Yun Tianming

Sobre este libro

Sobre Baoshu

Créditos

Notas